

Anejos del *Anuario del Seminario de Filología Vasca 'Julio de Urquijo'*, LVII

LUIS MICHELENA

OBRAS COMPLETAS

al cuidado de
Joseba A. Lakarra e Iñigo Ruiz Arzalluz

IV

EXPOSICIONES GENERALES SOBRE LA LENGUA VASCA TIPOLOGÍA Y PARENTESCO LINGÜÍSTICO



Universidad
del País Vasco Euskal Herriko
Unibertsitatea



Gipuzkoako Foru Aldundia
Diputación Foral de Gipuzkoa

Seminario de Filología Vasca 'Julio de Urquijo'
Diputación Foral de Gipuzkoa
Universidad del País Vasco
San Sebastián y Vitoria

'Julio Urkixo' Euskal Filologia Mintegia
Gipuzkoako Foru Aldundia
Euskal Herriko Unibertsitatea
Donostia eta Gasteiz

2011

LUIS MICHELENA
OBRAS COMPLETAS



66

W. W. W. W. W.

□

Anejos del *Anuario del Seminario de Filología Vasca 'Julio de Urquijo'*, LVII

LUIS MICHELENA

OBRAS COMPLETAS

al cuidado de
Joseba A. Lakarra e Iñigo Ruiz Arzalluz

IV

EXPOSICIONES GENERALES SOBRE LA LENGUA VASCA TIPOLOGÍA Y PARENTESCO LINGÜÍSTICO



Universidad
del País Vasco

Euskal Herriko
Unibertsitatea



Gipuzkoako Foru Aldundia
Diputación Foral de Gipuzkoa

Seminario de Filología Vasca 'Julio de Urquijo'
Diputación Foral de Guipúzcoa
Universidad del País Vasco
San Sebastián y Vitoria

'Julio Urkixo' Euskal Filologia Mintegia
Gipuzkoako Foru Aldundia
Euskal Herriko Unibertsitatea
Donostia eta Gasteiz

CIP. Biblioteca Universitaria

Michelena, Luis

Obras completas. IV, Exposiciones generales sobre la lengua vasca ; Tipología y parentesco lingüístico [Recurso electrónico] / Luis Michelena ; al cuidado de Joseba A. Lakarra e Iñigo Ruiz Arzalluz. – Datos. – [Leioa] : Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea. Argitalpen Zerbitzua = Servicio Editorial, [2026]. – 1 recurso en línea: PDF (280 p.). – (Anejos del Anuario del Seminario de Filología Vasca "Julio de Urquijo"; 57)

Ed. electrónica de la ed. Impresa (2011)

Modo de acceso: World Wide Web.

ISBN: 978-84-1319-715-9

1. Euskara (Lengua) I. Lakarra Andrinua, Joseba, coed. II. Ruiz Arzalluz, Iñigo, coed.

(0.034) 809.169

En la corrección de este cuarto volumen de las *Obras completas* de Luis Michelena han participado Arantza Bilbao, Ariane Ensunza y Enara San Juan.

Imagen reproducida en la página iv: Eduardo Chillida, «Retrato de Koldo Mitxelena».

© Zabalaga-Leku, VEGAP, Vitoria, 2010

- © Joseba A. Lakarra e Iñigo Ruiz Arzalluz
- © Seminario de Filología Vasca 'Julio de Urquijo'
- © Gipuzkoako Foru Aldundia / Diputación Foral de Gipuzkoa
- © Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitateko Argitalpen Zerbitzua

ISBN: 978-84-1319-715-97

EXPOSICIONES GENERALES SOBRE
LA LENGUA VASCA
TIPOLOGÍA Y PARENTESCO LINGÜÍSTICO

ÍNDICE

I.	Exposiciones generales sobre la lengua vasca.	1
1.	La lengua [vasca] (1959).	3
2.	<i>La lengua vasca</i> (1969, 1977).	13
3.	Basque language (1974)	67
4.	Vascuence (1982).	73
5.	La lengua vasca (1983, 1986)	79
II.	Tipología y parentesco lingüístico	125
1.	Tipología en torno a la lengua vasca (1982).	127
2.	A. Tovar, <i>El euskera y sus parientes</i> (1959).	145
3.	[El método léxico-estadístico y su aplicación a las relaciones <i>del vascuence</i>] (1961)	149
4.	G. Baehr, <i>Baskisch und Iberisch</i> (1948)	161
5.	Euskararen izter-lehengusuak direla eta (1979).	167
6.	L'euskaro-caucasien (1968)	171
7.	K. Bouda, <i>Neue baskisch-kaukasische Etymologien</i> (1953)	193
8.	K. Bouda, <i>Introducción a la lingüística caucásica</i> (1960)	197
9.	W. Scott, <i>Where East meets West</i> (1949)	201
10.	J. Errandonea, <i>Analogías vascas en el vocabulario sumero-semítico</i> (1953)	205
11.	J. Errandonea, <i>Analogías vascas en el vocabulario sumero-semítico</i> (1957)	209
12.	N. Lahovary, <i>Substrat linguistique méditerranéen, basque et dravidien</i> (1954)	211
13.	N. Lahovary, <i>La diffusion des langues anciennes du Proche-Orient. Leurs relations avec le basque, le dravidien et les parlers indo-européens primitifs</i> (1957)	217

14. N. Lahovary, <i>La diffusion des langues anciennes du Proche-Orient. Leurs relations avec le basque, le dravidien et les parlers indo-européens primitifs</i> (1958)	221
15. Txerribuztango erreka errotaria. Lahovary, euskara eta hizkuntza dravidikoak [Adabakiak] (1963)	223
16. J. Hubschmid, <i>Die asko-/usko-Suffixe und das Problem des Ligurischen</i> (1969)	227
17. A. Griera, <i>Vocabulario vasco</i> (1960)	237
Índices.	243

ABREVIATURAS

<i>ASJU</i>	<i>Anuario del Seminario de Filología Vasca «Julio de Urquijo».</i>
<i>BAP</i>	<i>Boletín de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País.</i>
<i>BSL</i>	<i>Bulletin de la Société de Linguistique de Paris.</i>
<i>ELH</i>	<i>Enciclopedia lingüística hispánica</i> , Madrid 1960.
<i>FHV</i>	L. Michelena, <i>Fonética histórica vasca</i> , San Sebastián 1961 (2. ^a ed. 1977).
<i>FLV</i>	<i>Fontes linguae Vasconum.</i>
<i>IJAL</i>	<i>International journal of American linguistics.</i>
<i>LH</i>	L. Michelena, <i>Lengua e historia</i> , Madrid 1985.
<i>MEIG</i>	K. Mitxelena, <i>Euskal idazlan guztiak</i> , Donostia 1988, I-IX.
<i>NTS</i>	<i>Norsk Tidsskrift for Sprogvidenskap.</i>
<i>PT</i>	L. Michelena, <i>Palabras y textos</i> , Vitoria 1987.
<i>REW</i>	W. Meyer-Lübke, <i>Romanisches etymologisches Wörterbuch</i> , Heidelberg 1930 ³ .
<i>RIEV</i>	<i>Revista internacional de los estudios vascos.</i>
<i>SHLV</i>	L. Michelena, <i>Sobre historia de la lengua vasca</i> , San Sebastián 1988, I-II.
<i>ZRPh</i>	<i>Zeitschrift für romanische Philologie.</i>

I

EXPOSICIONES GENERALES SOBRE LA LENGUA VASCA

LA LENGUA VASCA

Si este pequeño País, situado en el vértice del golfo de Vizcaya, donde la frontera francoespañola se pierde en el mar, es conocido en el mundo, lo debe, antes que a nada, a algo que no es ni una maravilla natural ni un monumento levantado por la mano del hombre. Los altos hechos de algunos de sus hijos y el mismo hierro de Vizcaya, han contribuido a difundir su nombre; pero lo que hace que figure destacado en algunos mapas, como una mancha de diferente color, aunque diminuta, es su lengua: el euskera, como ella se llama a sí misma. 17

Se preguntará qué tiene esto de particular cuando en el mundo hay unos 1.500 idiomas distintos, sin contar dialectos ni lenguas desaparecidas. La respuesta no es sencilla, porque se han dado varias respuestas.

Cuentan que los canónigos de la catedral de Pamplona declararon una vez, solemnemente, que el vascuence es la lengua hablada por nuestros primeros padres en el Paraíso. Pero no sólo es dudosa su afirmación, sino que los mismos canónigos no parecen haber existido más que en la fantasía del erudito humorista que inventó la anécdota. Con todo, aunque releguemos estos canónigos al mundo de la leyenda, no podemos hacer lo mismo con don Julián de Churruca, hermano de don Cosme Damián, el héroe de Trafalgar, que en un estupendo manuscrito, titulado *Lauroguei* («Ochenta»), llama

Gran Vía 4 (1959), 17-21 [nº 140, 13 de agosto de 1959], con el título «La lengua», dentro de un reportaje sobre «La epopeya de los vascos»; reimpresso, como «La lengua vasca», en *La gran enciclopedia vasca*, Bilbao 1968, III, pp. 486-492. La paginación al margen corresponde a la edición de 1959.

a la lengua vasca, entre otras cosas, «testamento eterno que salió de la boca del Padre».

Por lo general, los vascos hemos sido más comedidos. El mismo Padre Larramendi, el más famoso y batallador de los apologistas de la lengua, que disfrutaba más con una buena polémica que con el mejor banquete, se conformaba con considerarla una de las lenguas matrices, es decir, una de las lenguas —72 al parecer— que nacieron a raíz de la confusión de Babel, sin discutir al hebreo la primogenitura que entonces se le otorgaba. El durangués Astarloa, más dado a la especulación, la encontraba eminentemente «filosófica». En otras palabras, era para él la lengua que en su sistema, desde los sonidos hasta la gramática, reflejaba las leyes de la razón humana y la estructura misma del universo.

Éstas y otras opiniones del pasado no son, para ojos actuales, más que curiosidades pintorescas, si no aberraciones más o menos divertidas. Pero si los lingüistas de hoy, mucho más desengañados que Larramendi y Astarloa, por no hablar de don Julián de Churruca, conservan el interés por la lengua vasca como objeto de estudio que se sale, en cierto modo, de lo corriente, ¿cuál es la razón de este interés y qué peculiaridad distingue a la lengua?

A igual distancia de las ponderaciones de los «vascófilos del Paraíso» que de los juicios poco halagüeños de detractores como don José Ortega y Gasset, según el cual nuestra lengua nos tiene condenados a mudez perpetua, se puede afirmar que el euskera es una lengua como otra cualquiera, sin ninguna virtud privada, pero también sin ningún vicio original. Cada vez está más claro, en efecto, que una lengua no es, en principio, peor ni mejor que otra. Todas ellas, por distintas que sean, pueden servir con igual adecuación a la comunicación entre los hombres, puesto que todas poseen por igual la posibilidad de expresar con un número limitado de signos un número ilimitado de significados.

Desde un punto de vista distinto, la atención que se sigue concediendo a la lengua vasca se debe a que se trata de una lengua aislada, de una «lengua isla», como se suele decir, de un idioma sin parientes conocidos. En realidad, esto no es tampoco tan excepcional como pudiera parecer: no deben ser pocas las lenguas, vivas y muertas, que se hallan en situación análoga. Además, el hecho en sí nada tiene de extraño. No es que el vasco sea un hijo expósito que nunca ha conocido familiares. Es, más bien, el último miembro de una fa-

milia venida a menos, que las enfermedades y otras desgracias no bien conocidas han dejado reducida a un único descendiente que hoy no posee más que una porción insignificante del solar de sus antepasados.

De todos modos, este descendiente, aunque empobrecido, ocupa una posición distinguida en la tierra que habita: nadie puede negarle la condición de vecino más antiguo. De otras lenguas se sabe, o al menos puede presumirse, cuándo se establecieron por estos lugares; de la nuestra nadie, ni ella misma, lo sabe. Ahora que tanto se habla de Europa, no estará de más recordar lo que hace ciento cincuenta años escribía el sabio alemán Guillermo de Humboldt: «Volviendo a la lengua vasca..., se deduce claramente que es puramente europea... No pertenece a ningún grupo de pueblos aislado, desgajado de lejanos continentes, sino a un antiguo tronco de pueblos, ampliamente esparcidos e íntimamente entrelazados a los primitivos destinos de la Europa occidental».

Ahora bien: una lengua aislada en este rincón de Europa ha tenido que constituir una tentación para los investigadores deseosos de hallarle familiares. No hablo de los que han visto parecidos entre vasco y japonés, por ejemplo. Tales parecidos no son sorprendentes ni tienen valor probativo. Aparte de que todas las lenguas tienen en el fondo semejanza, ya que se valen fundamentalmente de los mismos recursos y expresan ideas y sentimientos análogos, dos lenguas son siempre parecidas para una persona que no conoce ni la una ni la otra, del mismo modo que dos chinos nos resultan siempre casi iguales a nosotros los europeos.

Siendo aquí la vasca la lengua más antigua, era natural pensar que en tiempos anteriores estuviera extendida por buena parte de la Península. Los vascos, no contentos con esto, solían defender, desde Garibay y Poza por lo menos, lo que Larramendi llamó la «universalidad» del vascuence en España.

De la lengua o lenguas que se hablaron en la Hispania antigua nos quedan ciertos restos importantes: las inscripciones en escritura indígena halladas en el este, sur y centro de la Península. 18

Era natural pensar, y no faltó quien lo pensara, que estaban redactadas en una lengua afín a la vasca. El más conocido mantenedor de esta tesis fue el austríaco Hugo Schuchardt, lingüista genial y uno de los mejores conocedores que ha tenido la lengua vasca. Schuchardt iba, además, más lejos. Como siempre ha tenido aceptación la idea de que los iberos procedían de África, vasco e ibérico,

en el fondo una misma cosa, estarían emparentados con las lenguas hamito-semíticas: con el bereber, el egipcio antiguo, el árabe y el hebreo, para citar algunas de las más conocidas.

En aquel entonces no se leían muy bien las inscripciones ibéricas. Para decirlo de un modo gráfico y además exacto, sobraban consonantes y faltaban vocales. Por desgracia para Schuchardt, algunos años más tarde apareció en Alcoy un texto largo en lengua indígena, pero en alfabeto griego, con lo que resultaba fácilmente legible. Peor aún: don Manuel Gómez Moreno halló después, por una intuición genial, la clave para la lectura de las inscripciones en escritura propiamente ibérica, con exclusión de las de Andalucía y del Algarve portugués, que no se leen bien todavía.

Fue una desgracia porque, si cuando se leían mal los textos se reconocían, con todo, algunos elementos con correspondencia vasca, era de esperar que al mejorar la lectura aumentara el número de coincidencias. Lejos de esto, se vio por un lado que una parte de las inscripciones —las del interior de España— estaban escritas en lengua indoeuropea, mucho más próxima al latín o a las lenguas célticas que a la vasca. Y, por otra, el vasco ayudó muy poco, o mejor nada, aun en lo que quedaba, a comprender los textos.

No puede decirse, sin embargo, que la hipótesis vasco-ibérica esté totalmente abandonada. Hay un cierto número de coincidencias sorprendentes. En un vaso de Liria, que representa una escena de guerra, se lee *gudua deisdea*, que en vascuence sonaría algo así como «grito de combate». Pues todo lo que en este sentido se ha presentado es, por distintas razones, muy inseguro.

Uno puede tener buenos motivos para pensar que cierta llave es la de una puerta determinada. Esa opinión, en principio, será verosímil y hasta probable, pero se mantendrá o caerá con la prueba, que consistirá, naturalmente, en ver si la llave abre o no la puerta. Y hasta ahora, por desgracia, la llave vasca no ha podido descubrir el secreto de los textos ibéricos, lo que no quiere decir que una persona más hábil no pueda mañana, acaso con algunos arreglos en la puerta y en la cerradura, obtener mejores resultados.

Estos últimos años se ha defendido, con muchos argumentos, la idea de un parentesco con las lenguas caucásicas. El Cáucaso, donde hubo también una Iberia en la Antigüedad, es una zona de refugio con gran mezcla de razas y lenguas, pues se habla allí, aun sin contar las lenguas que, como el armenio, pertenecen a familias conocidas, una veintena de idiomas, de los que el más importante es el geor-

giano, la lengua materna de José Stalin. Parece, incluso, que la posibilidad de ese parentesco no resulta del todo ingrata a las partes interesadas: al menos los georgianos que he conocido nos miraban con cierto afecto, como a primos distinguidos, aunque lejanos. Pero la verdad es que, aunque a uno le gustaría elegir los parientes, tiene que conformarse con los que Dios le ha dado y la hipótesis, que ha estado en auge unos años, no ha ganado el asentimiento general. Además, una cosa es que el parentesco exista y otra que hoy, con todos los eslabones que han desaparecido, pueda ser demostrado.

20

Un joven lingüista alemán, Hermann Berger, sostiene últimamente que el vasco tiene estrecha relación con el burushaski, una lengua aislada que hablan unas 50.000 personas en las montañas del norte del Pakistán. Hace poco hemos podido leer que Berger salía en expedición con varios etnólogos para estudiar la lengua y la cultura de aquel pueblo. De la expedición se obtendrán, sin duda, buenos frutos, pero dudo mucho que se cuente entre ellos la demostración del parentesco de aquella lengua con la vasca. De todos modos, puedo asegurar que Berger ha dado ya pruebas de ser más listo que el diablo, pues le he visto aprender a hablar en poco más de un mes una lengua, la nuestra, que aquél, por mucho que hizo, nunca consiguió entender.

Lo que se sabe, pues, de los consanguíneos de la lengua vasca es bien poco y podemos seguir considerándola aislada. No obstante, sería erróneo creer que ese aislamiento ha sido total. El último libro de Antonio Tovar hace evidente que el euskera ha mantenido con otras lenguas relaciones íntimas de vecindad, tan íntimas que bien puede hablarse de parentesco por afinidad. La lengua que le ha servido de medio de expresión muestra que el pueblo vasco, aun situado en una zona que ha sido culturalmente apartada durante muchos siglos, ha sido penetrado intensamente por todas las corrientes que han agitado a la Europa occidental. El vascuence no es, pues, sólo una lengua europea por la antigüedad de su afincamiento, sino porque en sus modos de decir refleja ampliamente modos de pensar y de vivir que tienen o han tenido vigencia en todos estos países.

Lo que sabemos de la extensión que la lengua alcanzó en el pasado es, poco más o menos, lo que sigue. En el sur de Francia, a lo largo de los Pirineos, con inclusión del valle de Arán —hoy gascón por la lengua, no catalán—, y algo, también, en la llanura, los nombres de personas y divinidad que aparecen en inscripciones escritas en latín nos aseguran que en el momento de la conquista ro-

mana se hablaba allí algo, el aquitano, tan estrechamente relacionado con el euskera que no puede separarse de él. Curiosamente, aunque esta laguna en nuestra información se deberá a la casualidad, faltan testimonios análogos en esta vertiente de los Pirineos. La romanización debió reducir los límites de la lengua vasca hasta casi ahogarla; pero, al descomponerse bastante pronto la organización imperial, el cerco se rompió. Pasados los siglos oscuros de la Edad Media, los límites del vascuence llegan hasta los picos de Urbión y las cercanías de Burgos, aunque en Navarra no alcanzaron las orillas del Ebro. La lengua se extinguió pronto en Castilla y, más tarde, en la Rioja; no sabemos cuándo se perdieron las hablas de tipo vasco que, probablemente, existieron en el Pirineo catalán y aragonés. El retroceso en Álava lleva principalmente la fecha del siglo XVIII; en Navarra viene ocurriendo el siglo pasado y éste. En el País vasco-francés, por el contrario, la frontera se ha mantenido con notable estabilidad.

De proseguir el proceso en la misma dirección, se llegaría a la pérdida total. Hoy, además, el peligro amenaza también desde el interior, por la venida en masa de gentes de otra lengua y por otras causas. Algunos se han basado en la uniformidad del retroceso en los últimos siglos para concluir que no puede tener más que un resultado. Uno, concretamente Unamuno, ha llegado a desear la muerte de la lengua, actitud que, dicho sea de paso, tiene más que ver con el cariño compasivo que nos mueve a desear el fallecimiento de una persona querida para abreviar sus sufrimientos, que con la indiferencia o el odio.

A pesar de todo, como dice U. Weinreich, «el oficio de los profetas que se dedican a vaticinar la muerte de las lenguas está lleno de peligros». Porque el proceso, por largo que sea, no tiene nada de irreversible. Ya una vez el derrumbamiento del imperio romano debió salvar a la lengua, como el golpe de gong en un combate de boxeo, cuando el peligro que corría no era menor que ahora.

De todos modos, hay que tener presentes dos cosas a este respecto. En primer lugar, la muerte de una lengua no es un hecho natural, como un eclipse que ocurrirá o no ocurrirá en una fecha determinada. Su conservación o su pérdida depende esencialmente de la adhesión o despegue de los que la hablan, pero también de otros factores que no por ser extrínsecos dejan de ser importantes y hasta decisivos. Mas, precisamente, una lengua no oficial difícilmente

subsistirá en el mundo de hoy si no dispone del mínimo de medios necesarios para su conservación.

En segundo lugar, esta desaparición no supondría un provecho para nadie y sí un empobrecimiento para todos, pero, sobre todo, para los vascos mismos. «Su pérdida —escribía hace unos años José Miguel de Azaola— sería una verdadera catástrofe, además de suponer una dilapidación injustificable, ya que los vascos del siglo XX no tienen el menor derecho a privar a sus descendientes de la herencia riquísima de su idioma vernáculo, que constituye el exponente más calificado y el fruto más rico del genio de su raza».

Por eso es digna de toda alabanza la labor emprendida por la Sección para el fomento del vascuence de la Institución Príncipe de Viana, fundada y dotada por la Diputación Foral de Navarra. Con certero acierto ha dirigido su actividad al punto vital, los niños, para evitar que, como ha ocurrido tan frecuentemente en Navarra, el paso de una generación a otra se traduzca no en la disminución del número de personas que poseen la lengua, sino en un corte brutal en la transmisión. No hay que olvidar tampoco la ayuda que presta la Junta de Cultura de la Diputación de Vizcaya a la Academia de la Lengua Vasca ni el Seminario de Filología Vasca «Julio de Urquijo», creado por la Diputación de Guipúzcoa, que atiende tanto al estudio de la lengua como a su cultivo, preferentemente en el orden literario.

Porque hay una literatura vasca, «más bella y original de lo que se suele decir», como escribe el profesor Lafon, de la Universidad de Burdeos. No es una gran literatura, porque también la lengua ha sido, desde que la conocemos, una lengua pequeña, lo que sólo quiere decir hablada por un corto número de personas. También ha perjudicado la escasa atención que los vascos, como colectividad, han concedido, al menos hasta tiempos recientes, al mundo del espíritu. 21

Por el contrario, no ha sido obstáculo grave para la literatura la existencia de varios dialectos vascos: algo semejante ocurría en griego antiguo. Con sus inconvenientes, la diversidad dialectal supone algo así como una variedad de registros, más o menos aptos según el tema y la ocasión, y no son raros los escritores vascos que han utilizado más de uno. Las diferencias, que para un lingüista resultan desesperantemente pequeñas, no constituyen una traba grave para la mutua comprensión, sobre todo cuando ha pasado la sorpresa del primer momento. Esto es particularmente cierto para la parte cen-

tral y más extensa del País: guipuzcoano, labortano y hablas navarras. Si se va de extremo a extremo, de Vizcaya a la Soule, las cosas son más complicadas, pero aun entonces no hay nada que un corto aprendizaje no pueda superar.

Hay, en primer lugar, una extensa literatura oral, nada despreciable por su calidad. De la lírica, indisolublemente unida a melodías tan sobrias como expresivas, se han podido formar varias hermosas antologías. Por el contrario, los versolaris, cuya producción está recogiendo con incansable actividad el Padre Zabala, S. I., tienen más que ver con el verso que con la poesía. Más que de los valores poéticos se han preocupado, por lo común, de la enseñanza religiosa y moral, del comentario de la actualidad, de los sucesos de alcance local o internacional, de la crítica social y personal, es decir, de temas que estamos más habituados a ver asociados con la prosa que con el verso.

Hay que confesar que las dos piezas épicas que han alcanzado mayor celebridad fuera del País, el canto de Lelo y el de Altabiscar, no son más que falsificaciones de distinta fecha. Pero hubo una auténtica épica, la de los cantares de la época turbulenta de las luchas de banderizos. Es lástima que sólo nos haya llegado en escasos fragmentos, pues, como dice J. Caro Baroja, «era tan buena como la de cualquier otra parte de España, si es que no la aventajaba en ciertas cualidades líricas». Hemos tenido, en cambio, la suerte de que se haya conservado vivo el auténtico milagro del teatro popular suletino, con sus pastorales trágicas, de representación tan larga —y para un profano tan pesada— como la de las obras de Wagner, y las farsas que la libertad moderna ha encontrado demasiado libres de lenguaje. Y, aunque el cristianismo nos ha empobrecido en este orden, nos queda un pequeño mundo legendario, algo descabulado: el de las lamias y Tartalo, ecos del mundo clásico; el de los «gentiles», expertos en todas las artes y técnicas; el del Basajaun, señor solitario de los montes y bosques.

La literatura escrita adolece de falta de variedad, por el predominio de las obras religiosas. Pero, aun en una enumeración tan breve como ésta, no puede pasarse en silencio la obra de Dechepare, primer autor vasco, una especie de Juan Ruiz en pequeño, más por el escaso volumen de sus versos que por su calidad; el libro ascético de Axular, la más alta cima de la prosa vasca, que desmerece poco por su fondo y por su forma, aun al lado de lo mejor que en el género se ha escrito en las lenguas vecinas; el noble espíritu humanista de

los dos Etcheberris; el encanto ingenuo del teatro de Barrutia; la gracia de los diálogos entre Peru Abarca y el barbero Maisu Juan, que salieron de la pluma de Moguel; la maestría de los versos de Elissamburu y la triste ironía de los del donostiarra Vilinch; la pintura de la vida de la costa y del caserío en las novelas de Domingo Aguirre. Más cerca están las poesías de Xabier de Lizardi, acaso la más alta cima de la lírica vasca, y la obra ingente de Nicolás de Ormaechea, cantor épico —aunque pacífico y rústico— de *Euskaldunak*, maravilloso traductor y uno de los pocos místicos, si no el único, de nuestra literatura. Hoy mismo, contra lo que pudiera pensarse, la actividad literaria es mayor que nunca y en todos los géneros; pero acaso más en la lírica y en la novela, se nota un impulso renovador que pocas veces se ha conocido. No hay que olvidar tampoco que acaba de imprimirse una obra de tanto empeño como la traducción completa y directa de la Biblia, debida al Padre R. Olavide, de la Compañía de Jesús.

Todo esto apenas puede considerarse más que como una indicación de lo que son una lengua y una literatura tan mal estudiadas y tan poco conocidas, incluso por los más directamente interesados. Y, para que no se piense que el afecto me ha extraviado, copiaré el deseo que expresaba recientemente el ilustre hispanista Arnauld Steiger: «¡Ojalá perdure la lengua vasca, tan maravillosamente conservada desde la lejana Antigüedad, que sobrevive en el espacio ibérico como único descendiente de una gran familia! ¡Ojalá no se pierda esa valiosa reliquia del pasado ibérico! ¡Ojalá sigan las madres vascas enseñando a sus hijos, a pesar de las exigencias de la vida moderna, la lengua misteriosa que nos conduce a la prehistoria de España y de todo el Occidente!»

NOTA DE LOS EDITORES

La lengua vasca se publicó por primera vez, con este mismo título, como capítulo (pp. 189-221) de la obra colectiva *Guipúzcoa*, editada por la Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa y publicada en San Sebastián en 1969; unos años más tarde vio la luz en forma de libro en la editorial de Leopoldo Zugaza (Durango 1977). El texto de ambas ediciones es en esencia el mismo, aunque el de 1977 contiene alguna que otra adición y, sobre todo, un «A manera de epílogo» relativamente extenso, así como varias ilustraciones con una vaga relación con el texto; naturalmente, aquí hemos seguido la edición de 1977 pero, como siempre, hemos recurrido a la primera para subsanar lo que eran claros errores de la segunda, el más importante de los cuales es la supresión de la nota de la p. 31. También la paginación que damos al margen es la de 1977. En aras de una mayor claridad, hemos añadido la numeración de los capítulos, que falta en el libro de 1977 muy probablemente como consecuencia de la forma en la que la obra fue publicada originalmente; igualmente, hemos suprimido las ilustraciones que contiene la edición de 1977 y que están ausentes en la de 1969, ya que no parece que su inclusión pueda atribuirse al autor de la obra.

SUMARIO

[[Prólogo]]	17
1. Los vascos y su lengua	19
2. Algo sobre nombres	21
3. Interés científico de la lengua	24
4. Límites	28
5. La antigüedad	30
6. Estructura de la lengua	33
7. La construcción ergativa	37
8. El verbo	39
9. Los dialectos	42
10. La clasificación de Bonaparte	46
11. Relaciones de parentesco	49
A manera de epílogo	54

PRÓLOGO

Se me ha pedido para este volumen una a manera de presentación de la lengua vasca. Es un encargo que, aun sintiéndome muy honrado, declinaría con bastante placer. En efecto, es tan inevitable el riesgo de reincidir en lugares comunes repetidos hasta la saciedad, de reiterar cansinamente cosas de todos sabidas que, si se tratara de un conferenciante, por ejemplo, estaría disculpado el recurrir a la muletilla de siempre: «El presentado es tan conocido que está de más cualquier presentación».

Pero, puesto que esa salida me está vedada, habrá que empezar *ab ouo*, contra el consejo de Horacio, y echar por delante, aunque en forma muy incompleta, las generales de la Ley. Una descripción tan buena como cualquier otra del sujeto en cuestión, y que la brevedad por lo menos recomienda, podría ser ésta: la lengua vasca es una lengua pequeña que sigue viva —es decir, que sigue siendo usada para fines de expresión y comunicación humanas— en una comunidad también reducida, asentada en su mayor parte en el extremo occidental de los Pirineos y en el rincón del Golfo de Vizcaya, a ambos lados de la frontera franco-española.

La descripción se ciñe al día de hoy, sin referencia al pasado. A la pregunta sobre fecha de nacimiento se podría contestar que los vascos y nuestras cosas, como decía aquél y sabe todo el mundo, no datamos y nuestra ascendencia se pierde, demasiado pronto por desgracia, en la noche de los tiempos. De todos modos, como hay que presentar objeciones a la pregunta por no estar bien formulada, ésta no ha sido más que una omisión pasajera e intencionada, y no tendremos más remedio que volver sobre todo ello.

- La presentación, por escueta que haya sido, necesita, sin embargo, una precisión. Decir que una lengua es pequeña, o para el caso que es grande, es una manera figurada de hablar. No se alude al tamaño en ningún sentido material de la palabra porque, aunque se ha discutido mucho y todavía no se ha acabado de discutir acerca de cuál es la realidad de las lenguas, todo el mundo parece estar de acuerdo en que carecen de dimensiones: cualquier otro género de grandezas, o de pequeñeces, sería mucho menos concreto y demasiado subjetivo. Una lengua pequeña no es sino una lengua que cuenta con pocos hablantes, comparativamente hablando, como
- 7 una lengua grande no es más que la que es usada por muchos. Tomar como patrón de medida el espacio que ocupan esas poblaciones sería más engañoso. Recuérdese el espejismo de ciertas lenguas hiperbóreas, aumentado por la distorsión de la proyección cilíndrica, en mapas de las lenguas del mundo. Hay que hacer un esfuerzo para caer en la cuenta de que aquellas inmensidades sólo son recorridas por un puñado de nómadas.

Habría quizá que invertir los términos y decir la lengua vasca y los que la poseen, puesto que es aquélla la que tiene en sí misma un nombre propio, quiero decir suyo y que de derecho le pertenece, y éstos tienen que conformarse con una denominación derivada y refleja. En efecto, quienes la vienen usando la llamaron *heuskara*. Me valgo de la forma que se documenta en fecha más antigua, ya que su *h*, por uno de esos vaivenes de la moda, ha vuelto a ser distinguida: en Guipúzcoa hoy, pero no en otros siglos, la mayoría dicen *eus-ker*a. El vasco, el hijo del país, es sencillamente *euskaldun*: poseedor de la lengua vasca. Esto, ahora y hace ya bastantes años, no deja de plantear un problema grave: ¿cómo llamar a los descendientes de vascos, a los nacidos en Vasconia, a todos los vascos de deseo que no hablan la lengua? Había para ello que extender mucho más allá de sus términos el significado —real y actual, no etimológico— de *euskaldun* o crear un neologismo, que alguno considera innecesario. Pero esto sólo significa que sería innecesario en una situación ideal en que «euskaldun» y «vasco» fueran coextensivos, situación que, por deseable que sea, no es la de hoy. 9 10

Y no es sólo cuestión de nombre. De hecho, se puede afirmar que si los vascos existen hoy como tales, como comunidad o como pueblo, eso ocurre sobre todo gracias a la pervivencia de la lengua: por su presencia o, al menos, por su proximidad. Es un legado que hemos recibido al nacer, sin desearlo ni buscarlo, y no nos basta con una no aceptación tácita si queremos rechazarlo, sino que se nos exige un desprendimiento activo, que difícilmente puede darse sin dolor en una persona sensible, como prueba el caso de Unamuno. No se trata en manera alguna de menospreciar el valor de otros fac-

tores (político-administrativos, socio-económicos, culturales) que han tenido gran influencia, a veces sin duda decisiva, en la constitución y mantenimiento de esa comunidad. Pero no hay comunidad sin conciencia, directa o refleja, y en esa conciencia siempre ha estado presente, central o marginalmente, el hecho lingüístico.

11 Esto no equivale a afirmar, ni mucho menos, que la lengua haya configurado la conciencia o que, como se suele decir, haya formado nuestra mentalidad, buena o mala. Esta es una tesis por lo menos dudosa, mucho más dudosa desde luego que aquélla que ve en la lengua misma incontables reflejos de nuestro pasado como pueblo, de nuestra historia. Es algo mucho más simple y mucho más inmediato. Una lengua, además de ser un medio de expresión y comunicación —vehículo, total o parcial, de la cultura de un pueblo, no mero elemento de esa cultura—, es también algo mucho más externo, pero también muy significativo: un distintivo. Toda lengua es a la vez, o puede serlo dadas las circunstancias, un nexo, un lazo de unión, para quienes la conocen y una barrera para quienes la ignoran. Sobrevalorarla como insignia, exhibirla con ostentación, puede ser dañoso y condenable, pero desconocer tal función, real aunque accesoria, sería negar la evidencia. Mi opinión, por lo tanto, no anda muy lejos de la de quienes, en una polémica reciente, sostienen que no es casual que los límites, por imprecisos y variables que sean según el juicio de cada uno, de lo que hoy y en tiempos recientes se conoce por Vasconia o País Vasco se cierren, incluyéndola, en torno a la zona de habla vasca, mientras dejan fuera regiones que conocieron y usaron la lengua, pero la perdieron hace ya algunos siglos.

ALGO SOBRE NOMBRES

Sin llegar al dogma popular vasco, recogido por Barandiaran, de que todo cuanto tiene nombre existe, parece natural pensar que ese distintivo, que une y separa a la vez y del que todos tienen conciencia, ha de tener un nombre, equiparable también a una insignia o bandera. Por lo que sabemos, es este un fenómeno universal y no hay pruebas de que jamás se haya conocido nada parecido al estado de promiscuidad lingüística que alguna vez se ha imaginado. Aunque cambiar de lengua sea más una especie de cambio de registro que un cambio de mentalidad, un modo diferente de pensar y de sentir, un individuo bilingüe y hasta plurilingüe puede modular su melodía pasando de un instrumento a otro, mezclando palabras y hasta frases de una u otra lengua, pero no sin que en un momento dado, si se para a pensar, pueda llegar a dudar de si es flauta o violín lo que está tocando o va a tocar. 13

Ya se ha mencionado el nombre que los vascos dan a su lengua; hay que añadir que, lo mismo que *vascuence* o *romance* (que en latín serían *uasconice* y *romanice*), es según toda verosimilitud lo que Co-seriu ha llamado «adverbio sustantivado»: '(hablar) a la manera vasca', o algo por el estilo. Lo mismo ocurre con su opuesto, *erdara*, que comprende a todas las demás lenguas aunque haya solido y suele especializarse, según los tiempos y los lugares, para designar la lengua vecina cuya presencia es más manifiesta. Esto no significa necesariamente, y advierto esto para los susceptibles, que los vascos hayamos sido o seamos tan cerrados de inteligencia que no pudiéramos distinguir entre lenguas cuya diferencia salta a la vista. Hasta, como prueba de la total vacuidad de este género de razonamientos, podríamos valernos de este hecho para volver contra Unamuno 14

aquel su famoso argumento —muy poco original, por cierto, aparte de estar basado en el desconocimiento de unos datos que ya entonces eran públicos y en la deformación de otros que le eran perfectamente conocidos— sobre los nombres del «árbol» en general y de las distintas especies de árboles. ¡Con *erdara* nos habríamos elevado los vascos al supremo nivel de abstracción que representa el concepto de «lengua extraña» en general! Pero, a escala mundial, no es nada raro que un grupo humano haya englobado en una denominación única a todas o parte de las lenguas vecinas e incluso a las
 15 gentes que las usaban: alemán *welsch*, etc. Y, aunque corresponda a la verdad la opinión de que *erdara* —relacionado con *erdi* ‘medio’— significaba en su origen ‘(hablar) a medias’, esto no resultará más descortés para nuestros vecinos que el hecho de que en ruso, por ejemplo, *némec* ‘alemán’ esté relacionado con *nemój* ‘mudo’.

Lo que no se ha conseguido nunca es explicar de una manera satisfactoria la relación que puede haber entre *euskara*, de una parte, y *vascos*, latín *Vascones* con acento en la primera sílaba, de la otra. Hay una semejanza superficial, la presencia común del grupo *-sk-*, pero habría que justificar el detalle de las demás correspondencias. Por ello, lo más prudente parece pensar hoy, con Tovar, que se trata de nombres distintos y de distinta procedencia: uno, vasco, que nos dábamos a nosotros mismos, relacionado acaso con el de los *Ausci* aquitanos, y otro, indoeuropeo, que nos dieron algunos de nuestros vecinos. También esto es corriente en el mundo y el segundo podría estar atestiguado en su forma más antigua en la leyenda *ba(r)scunes* de monedas que se acuñaron posiblemente en el actual territorio navarro.

Más interesante, por más próximo, es el problema de la duplicidad de *vascongado*, corriente entre nosotros en el pasado, y *vasco*, que en textos muy claros designa al de Ultrapuertos, al vasco-francés. Se ha dicho que este último es reciente, entrado de Francia, pero J. Garate advirtió que, en clara oposición a *latinado* ‘de habla romance’, aparece ya en Lope García de Salazar. En todo caso val-
 16 dría la pena de hacer un estudio histórico que aclarara su origen preciso y también sus distintos valores. Otras denominaciones, sobre todo *vizcaíno*, tendrían que ser contrastadas también.

Ahora, la situación es clara, aunque el detalle de la evolución que ha conducido a ella no lo sea tanto, si se prescinde del pasado más próximo que conocemos por haberlo vivido, experiencia no siempre de grato recuerdo. Hoy *vasco* es el término neutro que todo

el mundo emplea corrientemente; que, por contraposición, puede cargarse de valores emocionales, pero que no los connota necesariamente. El que aparece claramente marcado, y no siempre de modo favorable, es *vascongado*, que se ha convertido en un arcaísmo, salvo acaso en un escaso número de expresiones fijadas.

Es ésta una tendencia casi consumada que puede ser lamentada, porque la dualidad hubiera permitido una mayor riqueza de matices, pero que difícilmente podrá ya ser contrariada. Algo parecido ocurre con *vascuence*, el nombre castellano castizo de la lengua, que, a pesar de su neutralidad histórica, hoy parece peyorativo a bastante gente. Es un hecho, si no me equivoco mucho, que, incluso en Castilla, *vasco* va suplantando a *vascuence*: «hablar (en) vasco», «saber vasco», etc. Me limito a tomar nota y dejo para más adelante algunas consideraciones sobre el sentido originario de *vascongado*.

17 Aun a riesgo de retrasar demasiado la entrada en materia, me gustaría, porque lo creo indispensable, hacer unas consideraciones previas sobre las razones, no siempre bien entendidas, del interés que lingüistas muy conocidos y otros investigadores han sentido y sienten por la lengua vasca y, secundariamente, por otros aspectos de nuestro patrimonio cultural. Digo secundariamente porque ya Guillermo de Humboldt comprendió claramente, no sin alguna sorpresa, que la lengua era con mucho el testigo más fiel, aunque no siempre de interpretación sencilla, de nuestro pasado. Otros aspectos que saltaban menos a la vista por estar mezclados con tradiciones apócrifas se han revelado después más fructíferos, gracias sobre todo a la obra de Barandiaran, pero no creo que la situación haya cambiado esencialmente.

18 Hay que destruir ante todo algunos mitos. La inmensa mayoría de los lingüistas están de acuerdo, según creo, en pensar que no poseemos patrón alguno de medida para determinar el grado de progreso o atraso de las lenguas. Ni la riqueza y la regularidad del aparato morfológico es un signo de perfección, como creían entre nosotros Astarloa y otros, ni su simplicidad —compensada siempre por otras complicaciones— constituye un síntoma de progreso, según pensaba por ejemplo Unamuno siguiendo a Jespersen. No hay lenguas primitivas en el mundo, sino a lo sumo lenguas de pueblos primitivos. Es cierto que, en un momento histórico dado y por circunstancias extralingüísticas, unos idiomas están mejor preparados que otros para las necesidades de un tipo determinado de civilización. Pero tales deficiencias momentáneas, que radican por lo general en el léxico, parte nada central de una lengua, pueden ser rápidamente subsanadas,

por neologismo o por préstamo, si la comunidad que la usa se siente movida a ello.

Un mito muy difundido es el de que existen lenguas más «difíciles» —y la nuestra sería una de ellas— que otras, mito tan deleznable como el de las lenguas más «filosóficas» o más «progresivas» que las demás. Porque aquí todo depende del punto de partida: ¿para quién es más difícil una lengua que otra? Para el que habla una lengua románica es siempre más fácil aprender otra del mismo grupo; incluso le será probablemente más accesible adquirir el conocimiento de una lengua indoeuropea no románica que el de una no indoeuropea, siempre al menos que esté comprendida dentro de la misma área de cultura occidental. Lo que está por demostrar es que, para un chino o para un japonés, vaya a ser más difícil el vasco que el portugués o el rumano: lo uno será probablemente tan complicado como lo otro.

19

Vayamos ahora con la antigüedad de las lenguas, y procuraré explicar con mayor éxito que otras veces algo que para todo lingüista es elemental y por ello evidente. Es sensato, es decir, tiene un sentido cronológico preciso, afirmar que el hitita o el griego micénico son más antiguos que el latín o las lenguas eslavas, puesto que se documentan en el segundo milenio anterior a nuestra era, o que, por definición, el griego de Platón es más antiguo que el moderno. Desde este punto de vista, dicho sea de pasada, nuestra lengua, como se verá más adelante, no es demasiado antigua. Algo que es distinto pero que también tiene sentido, al menos parcial, es el concepto de arcaísmo: así se suele afirmar, porque hay elementos de comparación, que el lituano, conocido desde 1500 aproximadamente, es una lengua arcaica, porque conserva bien bastantes rasgos propios de las lenguas indoeuropeas antiguas —documentadas ya en siglos muy remotos—, aunque también ha innovado profundamente en otros aspectos.

Ahora bien, en sí, refiriéndonos al origen último, cualquier lengua es tan antigua como cualquier otra. El principio del lenguaje humano queda infinitamente remoto y sólo desde que comienza la escritura —desde ayer por la mañana, como quien dice— empezamos a saber algo de las lenguas. Pero en este período próximo, aunque sea inmenso si lo medimos a la escala de nuestras vidas, podemos decir, parodiando a Virchow, que toda lengua procede de otra lengua: más exactamente, que todo estado de lengua procede de otro estado anterior.

20

No debemos permitir que los nombres, como tantas veces, nos lleven a errar. Como hay varias lenguas románicas, y cada una tiene su propio nombre, aceptamos a pies juntillas que el castellano o el francés son lenguas distintas del latín, porque además la experiencia, muchas veces triste, nos ha enseñado que no podemos comprender un texto latino sin una larga iniciación, a pesar de nuestra familiaridad con uno o más romances. Pero, al no haber ahora prácticamente (descontando la famosa «diglosia») más que una lengua griega, que seguimos llamando así, nos inclinamos a pensar que el griego antiguo y el moderno no son a lo sumo más que variantes del mismo idioma. Y, sin embargo, un estudiante griego de bachillerato no hallará probablemente menos escollos en la traducción de Tucídides que un italiano en la de Tito Livio. Del mismo modo uno de nosotros, aun siendo lingüista, estaría con toda seguridad muy lejos de poder traducir de corrido un texto vasco, aunque le demos ese calificativo, de hace 2.000 años, si tuviéramos la suerte de tropezar con uno. ¿Qué pasaría con bastantes de los mismos *Refranes y Sentencias* de 1596, si no llevaran versión romance? Baste, como muestra, el 233: *Yquedac ta diqueada*. Como decía Lorca de un verso de Rubén Darío (*púberes canéforas que portan el acanto*, donde *que* sobresale por su claridad), lo único que se entiende es *ta*.

21 ¿De dónde viene, pues, el interés de que hablábamos antes? De que la lengua vasca, si no es más antigua ni más moderna que sus vecinas hablando en términos absolutos, sí es más antigua en sentido relativo: es más antigua *in situ*, es un vecino arraigado desde fecha muy anterior, en esta parte de Europa. Porque el occidente y sur de esta zona ha conocido, en su historia lingüística, dos hechos decisivos. Primero, en un proceso largo y mal conocido, la indoeuropeización prácticamente total, y luego, más cerca de nosotros, la romanización de su parte meridional, con la difusión del latín que acompañó a la expansión romana.

Y de ambas inundaciones lo único que ha sobrenadado ha sido la lengua vasca, islote solitario que, junto al testimonio fragmentario y mal comprendido de algunos grupos de inscripciones, nos permite hacernos una idea de lo que pudo ser el paisaje lingüístico de estas regiones europeas con anterioridad no sólo a su romanización, sino incluso a su indoeuropeización. Por ello mismo, y como ya el Romanticismo descubrió que las relaciones de parentesco lingüístico podían dar mucha luz sobre las líneas generales de la prehistoria de los países y pueblos, se ha intentado, una y otra vez,

como veremos más abajo, encontrar los nexos genéticos que pudieran unir nuestra lengua con otras lenguas o grupos lingüísticos.

No es que, desde el punto de vista tipológico, el vascuence tenga nada de particularmente sorprendente, ni de maravilloso ni de monstruoso. Posee, sin embargo, una fisonomía propia, suficientemente característica para que merezca ser estudiada por sí misma. Y, sobre todo, para cuantos se interesan por el contacto de lenguas, permite comprobar en detalle cómo una lengua pequeña, sometida durante dos milenios por lo menos a la presión incesante de lenguas vecinas que tenían a su favor todas las ventajas externas, ha podido mantenerse fiel a su tipo antiguo, a pesar de las muchas y profundas modificaciones sufridas. Y la determinación de la naturaleza y alcance de esas modificaciones no es la menor de las causas que han apasionado a los investigadores.

23 Como dice Lafon y hemos apuntado ya arriba, los límites de la zona de habla vasca, aunque ésta sea el corazón de Vasconia, no coinciden de una manera precisa, ni han coincidido en los siglos cuya historia conocemos mejor, con ninguna frontera política o administrativa. Los límites de aquélla, ya lo hemos dicho, son reducidos: Lafon le asigna 170 km. de este a oeste y 60 de norte a sur. Tampoco es fácil, a falta de estadísticas siquiera aproximadas, calcular el número de hablantes: podría cifrarse éste, a ojo de buen cubero, en una cantidad próxima, por defecto o por exceso, al medio millón.

24 Hay sin duda gentes de habla vasca dispersas por todo el mundo, sobre todo en América, pero el solar nativo, el que más nos importa, comprende el país vasco-francés en el departamento de los Bajos Pirineos (en el cual no entran, por lo que hace a la lengua, Bayona, Biarritz y Anglet), buena parte (central y oriental) de Vizcaya, pequeños rincones alaveses, el norte de Navarra y, si descontamos los enclaves, la totalidad de Guipúzcoa. Basta con esto para ver que Guipúzcoa está, sin mérito alguno, en su mismo centro, sin zonas limítrofes, desde hace muchos siglos. No es que en su ámbito no se conociera otra lengua. Es público el empleo de otras lenguas escritas y oficiales y, en particular, la existencia de una colonia gascona, muy influyente sin duda social y económicamente, en San Sebastián y en sus inmediaciones. Por necesidad, dado lo reducido de la comunidad, el bilingüismo, por lo menos, tuvo que estar siempre bastante difundido en todo el país. Uno puede dudar de que buena parte del público estuviera capacitado para apreciar los matices de las representaciones teatrales en castellano que se daban en el siglo XVI, en Rentería y Lesaca por ejemplo, pero no tiene más remedio que acep-

tar su realidad. Parece claro, por otra parte, que el bilingüismo establecía una separación vertical, todo lo gradual que se quiera, de clase o de cultura, no horizontal o geográfica, en la población. Pero el bilingüismo hay que entenderlo en los dos sentidos y por ello está falta de todo apoyo documental la idea de que San Ignacio, por citar un caso debatido, pudiera desconocer o haber olvidado su lengua materna. La aristocracia cultural guipuzcoana, y Peñaflores es un ejemplo eximio, se distinguía porque, además de la suya, conocía otra o varias otras lenguas, no porque sólo supiera y usara éstas.

Una parte del occidente de Vizcaya, amplias zonas navarras y algunas alavesas son sin duda desde muy pronto —desde que poseemos una documentación suficiente, desde luego— de habla romance. En compensación, por decirlo así, nos consta que, en la Edad Media, la lengua vasca estuvo difundida por la Rioja, en los valles del Tirón y del Oja (para Ojacastro, todavía en el siglo XIII, hay pruebas concluyentes, descubiertas por Merino Urrutia), y por la actual provincia de Burgos. Y, aunque aquí no parece haber testimonios directos, los nombres de lugar, que Corominas viene estudiando sistemáticamente, apoyan inconfundiblemente la tesis de que en altos valles pirenaicos se conservaron hasta muy entrada la Edad Media hablas de tipo éuskar, muy al este de la actual Vasconia. Al occidente no se puede afirmar que la toponimia del mismo origen desaparezca del todo más allá de la zona histórica de habla vasca, pero en todo caso el corte es aquí mucho más pronunciado y predominan los nombres de lugar de carácter vagamente indoeuropeo, mal determinado, con una capa románica más reciente. La diferencia de densidad a un extremo y otro debe de corresponder, esta es la explicación más natural, a diferencias de fecha en el cambio de lengua.

La historia del retroceso del vascuence es demasiado conocida para que haya que extenderse en detallarla. Hacia 1500 y posiblemente bastante antes, ya no debían de quedar comarcas de habla vasca al otro lado del Ebro. En Álava, teniendo en cuenta que en su capital predominaba ya el romance en el siglo XVI, es verosímil que la lengua perdiera mucho terreno, como quiere Odón de Apraiz, en el siglo XVIII; en Navarra, las pérdidas datan en buena parte del siglo pasado. En claro contraste con este retroceso al sur, las fronteras septentrionales han permanecido estables durante centenares de años. No estará de más advertir que allí, hasta tiempos relativamente recientes, la lengua competidora ha sido, en distintas formas, el gascón, variedad muy diferenciada del occitano.

25

26

27 Los indicios más antiguos que poseemos de la lengua son nombres propios: nombres de lugar y, sobre todo, los de persona y divinidad que aparecen en inscripciones aquitanas de época romana. Han sido halladas desde el valle de Arán hasta el País Vasco moderno, representado por una inscripción votiva cerca de Tardets, y su testimonio parece inconfundible. Nombres de mujer como *Andere* o *Neskato*, de hombre como *Cison* o los derivados de *Sembe-*, para repetir una vez más ejemplos siempre citados, son inseparables de vasc. *andere*, ‘señora, mujer’; *neskato*, ‘muchacha’; *gizon*, ‘hombre’; o *seme*, ‘hijo’; además de sustantivos como éstos, hay también adjetivos y sufijos que tienen correspondencia vasca precisa. Este género de onomástica no estaba representado de forma segura al sur de la frontera, pero hace unos años el epígrafe navarro de Lerga ha agregado algunos nombres a la lista. *Ummesahar* es la muestra más clara.

28 Esta es la primera prueba indiscutible de que en el territorio de los vascones antiguos estaba en uso una forma antigua de la lengua vasca en los primeros siglos de nuestra era. Claro que, por razones indirectas, por inferencia, nadie dudaba antes de ello, aunque es muy posible que ese territorio, ya en los comienzos de la dominación romana, no fuera más monolingüe que la Navarra medieval y moderna: su parte meridional estuvo sometida a una fuerte influencia celtibérica —es decir, de lengua indoeuropea— antes de la romanización.

Esto es, a decir verdad, una de las pocas cosas sobre las que nadie parece haber dudado y es curioso que haya sido probablemente un nombre, el de los vascones, el argumento que ha exorcizado el escepticismo. Porque todo lo demás ha sido objeto de discusión. En

efecto, Schulten, tan buen conocedor como violento intérprete de los textos clásicos, postuló, seguido por Bähr, un corrimiento de los vascones portadores de la lengua, hacia el oeste y luego hacia el norte, por el que el vasco hablado más allá de los Pirineos venía a ser, en contra de todos los testimonios antiguos, la secuela de invasiones medievales. También en el territorio de várdulos y caristios el estado de cosas histórico tendría su raíz en el cambio de lengua que impulsó la expansión vascónica.

Los argumentos con que se ha apoyado esta teoría no tienen fuerza bastante. Si se dejan a un lado los textos, que nada dicen de lo que se les ha querido hacer decir, está en primer lugar la onomástica personal, de carácter indoeuropeo, señalada por Gómez-Moreno. No obstante, la prueba es incompleta, porque nada nos dice de Guipúzcoa y muy poco de Vizcaya, además de ser excesiva, ya que en parte de Navarra se descubren los mismos nombres que en la llanada alavesa. No hay que olvidar tampoco que la onomástica personal está demasiado sujeta a modas.

Queda la denominación *vascongado*: las llamadas Provincias Vascongadas serían así, por razón de su etimología, «vasconizadas», no vascas. No sé, ni creo que nadie lo sepa, la razón precisa de esa denominación, pero no hay necesidad alguna de negar que su formación pueda ser paralela, aunque con una particularidad morfológica que nadie se ha cuidado de explicar,¹ a la del *Romanzado* navarro y, añadido por mi cuenta, a la de *Navarzato* en Roncal y a la de *Sarracinatu* en documento de San Juan de la Peña que enumera las lindes del monasterio de San Martín de Cercito. ¿Hasta dónde demuestra esto la influencia sarracena en un caso y la navarra dentro de Navarra en el otro? La toponimia del Romanzado es, además, vasca en buena parte, a pesar de la denominación.

Todo seguirá siendo inseguro mientras no lleguen a crecer mucho los testimonios directos, si alguna vez ocurre esto. Sí resaltan claramente algunos hechos fundamentales, que conviene subrayar. En contra de lo que sucedió con los cántabros, los romanos no parecen haber encontrado mayor resistencia en su penetración dentro de las zonas que podemos suponer de habla éuskara. El proceso de romanización, que contaba como centros próximos los dos núcleos

¹ Me refiero a la alternancia en las consonantes de *vascuence* / *vascongado*: compárese *mónago*, antiguo *monaziello*, frente al moderno *monaguillo*, etc.

urbanos de alguna importancia (las dos Iruñas: Pompaelo entre los vascones y Veleia entre los caristios), aunque profundizara en algunas zonas, debió de ser muy ligera en otras, a juzgar por la falta o extrema escasez de restos arqueológicos en parte de Vizcaya, en Guipúzcoa, en el norte de Navarra y en el país vasco-francés.

No es dudoso, sin embargo, que el proceso, con todas sus debilidades, hubiera llegado, de haber proseguido sin interrupción, a un fin inexorable: a la sustitución por el latín de la lengua del país y a la desaparición de ésta. Pero el aparato imperial empieza pronto —ya acaso a mediados del siglo III— a perder su eficacia en esta zona y sus habitantes, antes al parecer pacíficos y sumisos, oponen una resistencia cada vez más activa a la organización económica que lleva consigo la administración romana. Que esta resistencia fue ya rebeldía abierta y en suma victoriosa frente a visigodos (y a francos) es bien conocido: véase el artículo de M. Vigil y A. Barbero, *Boletín de la Real Academia de la Historia* 156 (1965), 271-339.^a A ella debió la lengua, reducida sin duda a sus últimas posiciones, la posibilidad de mantenerse primero y la de extenderse ampliamente después durante los siglos oscuros de la Edad Media.

^a «Sobre los orígenes sociales de la Reconquista: cántabros y vascones desde fines del Imperio Romano hasta la invasión musulmana».

Hecha esta digresión histórica y antes de entrar en la prehistoria ³¹ propiamente dicha —ésta, tratándose de lenguas, sólo puede basarse en la comparación—, hay que proceder a una presentación interna y real de nuestro objeto, dando por terminada la nominal y externa que nos ha ocupado hasta ahora. Así dispondremos al menos de algo que podamos comparar con otra cosa.

Esto, sin embargo, no carece de asperezas. Si al conocedor de la lengua cualquier retrato tiene que parecerle superfluo y enojoso, no es sencillo dar a quien la desconoce, sin entrar en tecnicismos con los que no tiene por qué estar familiarizado, una imagen clara, ya que no completa, de algo tan complejo como es siempre una lengua. Los tecnicismos pueden ser alguna vez un lujo, un velo engañoso desplegado para apartar al profano de unos misterios insondables ³² en apariencia, pero constituyen también, en buena medida, una estricta necesidad si se quiere describir de forma breve y precisa lo que de otra manera sólo podría expresarse con circunloquios cansados y ambiguos.

Ya se sabe que, aun ateniéndonos al día de hoy, si vamos al fondo de las cosas, no hay una sola lengua vasca, sino distintos dialectos y variedades: recuérdese que al griego antiguo también lo conocemos por griego a secas, a pesar de sus profundas divergencias internas. Por el momento, para simplificar, nos atendremos en lo fundamental a formas centrales, próximas al guipuzcoano, de la lengua.

Habrà que repetir una vez más aquello de que una lengua es un sistema de signos y que el signo es una unidad de dos caras, *significante* y *significado*. Es decir, una serie de unidades que pueden ser

percibidas por el oído como iguales o distintas entre sí, que son diferenciales porque tienen una función: sirven de soporte para la distinción de algo que ya no es percibido por ningún sentido, que son los significados.

El conjunto de estas unidades diferenciales, en forma más solemne el sistema fonológico de la lengua, es, en las variedades centrales, de tipo relativamente muy sencillo, de carácter casi podríamos decir español: cinco vocales, oclusivas sordas (*p, t, k*) y sonoras (*b, d, g*), éstas de pronunciación muy relajada; dos erres, suave y fuerte (*r, rr*), etc. Donde la lengua despliega un cierto lujo es en las sibilantes, porque hay una *s* apical, de tipo español, que se escribe *s*,
 33 y otra predorsal, pronunciada con la punta de la lengua baja, escrita *z*, muy parecida a la francesa, sorda, de *sens, poisson*, etcétera. Porque junto a estas fricativas hay las africadas correspondientes, representadas por *tz* (que se pronuncia como *z* en alemán: *ziehen, Zeit*, etc.), y *ts*, más dos chicheantes, escritas ahora *x* (más o menos *ch* en francés *cheval*; o *sh* en inglés *shy*) y *tx*, pronunciada como la *ch* de *chaval, chico*. Hay una aspiración, representada por *h*, conocida hoy sólo en los dialectos septentrionales, pero que un día debió de ser absolutamente general: aquitano *Aherbelste deo, Hautense, Harbelex, Harsi, Herauscorritsehe; Narhunges, Abisunhar*, en Lerga; *Bahaheztu*, mod. *Maeztu, Uhulla*, mod. *Ula, Hurizahar, Harriolha*, etc., en Álava, en 1025.

Aunque en materia de reconstrucción lingüística nunca se puede pecar —en teoría— por carta de más, siempre se está en peligro, peligro inevitable por razones de principio, de fallar por defecto. A pesar de ello, uno se inclina a pensar que, con un ligero margen de error, el protovasco, antecesor teóricamente unitario de los dialectos vascos históricos, tenía también un sistema fonológico simple, cuyas unidades no llegaban a la treintena. Esto supone que las complejidades del suletino moderno, con su *ü* y sus vocales nasales, sus sibilantes sonoras y sus oclusivas aspiradas (*ph, th, kh*, como inglés *pit, time, cat*) puede explicarse, y de hecho se explica, a partir de un sistema más sencillo. Añádase que los fonemas del sistema reconstruido, además de ser relativamente poco numerosos, estaban sujetos a
 34 severas limitaciones en la distribución dentro de la palabra: no había *r* inicial (de aquí la vocal antepuesta en *errota* ‘molino’, igual por el origen a castellano *rueda, arrazoi* ‘razón’, *Erroma* ‘Roma’, etc.), faltaban grupos de consonantes como *br, kl*, etc. Se puede pensar con fundamento que la configuración de las sílabas antiguas está

bien representada por palabras como *a(h)o* ‘boca’, *(h)andi* ‘grande’, *begi* ‘ojo’, *bi(h)otz* ‘corazón’, *esker* ‘gracia’, *gordin* ‘crudo’, *oin* ‘pie’, *sabel* ‘vientre’, *urde* ‘cerdo’, etc.

Las cosas se enredan, como pasa siempre en lingüística, en cuanto uno se sale de la fonología para entrar en la gramática. Es un hecho, cierto aunque doloroso, que la tipología fonológica de las lenguas —se alude a una clasificación no basada en la comunidad de origen, del mismo género que la taxonomía botánica de Linneo— está mucho más adelantada, por su simplicidad, por tratarse de unidades de una sola cara, que la clasificación tipológica general, fundada en la estructura gramatical y secundariamente en el léxico, que todavía ahora, como un niño, está en sus primeros pasos.

Por esto tendré que agarrarme, a falta de mejor recurso, a una noción poco clara e insuficiente, que procede de los Schlegel, y decir que en líneas generales el vasco es, como el turco por ejemplo, una de esas lenguas que todavía se suelen llamar aglutinantes. Téngase en cuenta que las lenguas aglutinantes, como las aislantes, flexivas e incorporantes de la misma clasificación repudiada pero corriente, constituyen una especie de modelo ideal, nunca realizado en su integridad.

Mientras en una lengua como el latín, una de las llamadas flexivas, tenemos en el nominativo plural *porta-e* ‘puertas’, *domin-i* ‘señores’, *templ-a* ‘templos’, *host-es* ‘enemigos’, *arcu-s* (con *u* larga) ‘arcos’, etc., en que terminaciones de forma distinta expresan categorías gramaticales idénticas (aquí, a la vez, número y caso), una lengua aglutinante que se condujera como le corresponde tendría que tener una sola forma, siempre la misma, como expresión de una categoría y una sola categoría como contenido de cada una de las formas. De ejemplo vasco podría servir, entre muchos, *bizar-dun-a-ren-a-re-ki-n*, ‘con el (la, lo) del barbudo’, literalmente ‘barb-udo-el (la, lo) de-el (la, lo)-compañía-en’, cadena de significantes uniformes y unívocos que determinan a los anteriores y van siendo determinados por los siguientes.

Esto quiere decir que la lengua vasca tiene declinación, pero que, sin embargo, tiene prácticamente una sola y única declinación, que se forma siempre con los mismos elementos sufijados, a diferencia del latín o del ruso, que tienen varias y muy diferentes declinaciones, según la clase de temas nominales o pronominales. También la conjugación o flexión verbal está regularizada, aunque no tanto como la declinación o flexión nominal.

- Posee, digámoslo de paso, abundantes recursos para la formación de palabras: cuando se ha recurrido a préstamos, ha sido muchas veces más por comodidad o por pereza que por falta de medios propios. Hay, de una parte, abundantes sufijos de derivación nominal y verbal bien particularizados («inclinado a», «abundante en»,
36 «poseedor de», «cualidad abstracta», etcétera), y la composición sigue siendo muy productiva, como en griego o en las lenguas germánicas y eslavas, en contraste con las románicas que, como ya el latín, sólo conservan vivo el procedimiento en algunos tipos, comparativamente muy reducidos: *oilasko-izterra* ‘pollo muslo’ es la manera corriente entre nosotros de decir «muslo de pollo» y, para repetir un ejemplo que me parece muy sugestivo como muestra de la diferencia que hay entre materia y forma, «mano de almirez» aparece traducido en 1562 por *almeriz-mano*.

Es este un rasgo central en el sistema gramatical que la lengua vasca comparte con muchas otras, presentes o pasadas, pero ninguna demasiado próxima en el espacio: creo que los vecinos más cercanos no se encuentran hasta llegar al Cáucaso. Si queremos privar a la expresión de su pomposa impenetrabilidad, lo mejor será acudir a los ejemplos. 37

Gizona etorri da es ‘el hombre ha venido’ (lat. *homo uenit*), pero *gizona ikusi du*, exactamente paralelo, no es ‘el hombre lo ha visto’ (latín *homo uidit*), porque eso se dice *gizona-k ikusi du*, sino ‘(él, alguien) ha visto al hombre’ (latín *hominem uidit*). En otras palabras, lo que en la traducción es el sujeto de un verbo intransitivo (*gizon-a* ‘hombre-el’) no se expresa de la misma manera que el sujeto de un verbo transitivo, porque éste necesita un sufijo adicional *-k* de caso activo o «ergativo» (que, en seudogriego, quiere decir lo mismo), sino como el complemento directo de éste. Si queremos hallar a toda costa un paralelismo en la versión, podemos recurrir, para los transitivos, a la transformación pasiva: «el hombre ha venido» como «el hombre ha sido visto», pero «(ello) ha sido visto por el hombre». De aquí nació el mito, muy difundido entre lingüistas hace unos años y muy mal visto siempre por los vascos —que, por enigmas de psicología profunda, lo encuentran ofensivo—, del carácter pasivo del verbo vasco. Es un mito porque, como se sabe por lo menos desde Saussure, una oposición exige como mínimo dos términos y no puede haber pasivo si no hay activo, como no puede haber masculino si no hay femenino. Ambas cosas, la falta de una oposición de género gramatical en los nombres y la ausencia de distinción de voz en el verbo, se dan unidas en vasco. Y se puede jurar al que no 38

lo sepa por experiencia propia que ni una ni otra carencia son suficientes para que el cielo, falto de apoyos, se hunda.

Hay, simplificando algo las cosas, tres casos de la declinación que podemos llamar gramaticales, porque lo son, a diferencia de los demás, ya que tienen con el verbo personal una relación que podemos muy bien llamar concordancia, en persona y número. Están, en primer lugar, los dos que ya han sido mencionados: el nominativo, caso inerte, sin marca formal o, si se prefiere, con marca cero, que expresa (hablo siempre en términos de traducción) el sujeto de verbos intransitivos, el predicado nominal (*etxe-a berri-a da* 'la casa es nueva', *mendi-a zabal-a da* 'el monte es ancho', con artículo, o *iru mendi dira* 'son tres montes', sin él), y el complemento directo de verbos transitivos (*etxea, mendia ikusi du* 'ha visto la casa, el monte'); por otra parte, el caso activo o ergativo, caracterizado por el sufijo *-k*, que indica el sujeto de verbos transitivos (*gizon-a-k ikusi du* 'el hombre lo ha visto', *iru seme-k erosi dute* 'lo han comprado tres hijos'). Junto a ellos va un dativo, marcado por *-ri*, o *-i*, según vaya tras vocal o tras consonante, que se refiere al objeto indirecto de verbos de ambas clases: *gizon-a-ri* 'al hombre', *iru gizon-i* 'a tres hombres'.

Lo que acabo de decir nos lleva como de la mano a tratar del carácter del verbo vasco, obra perfecta del espíritu colectivo para unos, que sólo por su condición inmaterial no ha encontrado lugar entre las siete maravillas del mundo, e instrumento torpe e inhábil para alguno por razón de su misma complicación. Vamos a los hechos, dando de lado los juicios de valor que no pueden tener, a lo sumo, más que una validez subjetiva, dentro del campo de los gustos y preferencias personales. 41

El verbo vasco, digámoslo en una palabra, es pluripersonal. Si no hemos perdido del todo el recuerdo de nuestras aburridas clases de gramática, acaso se nos venga a la memoria aquella famosa regla, válida en general para las lenguas indoeuropeas y también para otras, conforme a la cual el verbo concuerda con el sujeto en número y persona: si en *viene un hombre* cambiamos *un hombre*, el sujeto, por *dos hombres*, tenemos que cambiar también el verbo (*vienen*, no *viene*, *dos hombres*), modificación que no se produce si cambiamos el objeto directo (*ha comprado dos casas*, lo mismo que *ha comprado una casa*). 42

Pues bien, el verbo vasco concuerda en número y persona no solamente con el sujeto, sino también, además, con el objeto directo y (entre nosotros obligatoriamente) con el indirecto: el verbo personal constituye así una especie de cifra o compendio de la frase, indica su dirección general y el número y carácter gramatical de los elementos nominales o pronominales que constituyen su armazón fundamental. A la inversa, en una frase nominal como el refrán, comentado por Lafon en otra variante, *zozo-a-k bele-a-ri ipurbeltz* ‘el tordo (le dijo) al cuervo: culinegro’, está implícita una forma verbal tripersonal como *dio* o *zion* ‘él se lo ha (a él)’, o ‘él se lo había’.

Digámoslo de otra manera. «El padre ha hablado» es *aita mintzatu da*, pero, al introducir un término indirecto como *seme-a-ri* ‘al hijo’, hay que transformar *aita mintzatu da* + *semeari* en *aita semeari mintzatzu zaio* o, en otras palabras, hay que sustituir *da* ‘es’, unipersonal, por *zaio* ‘le es’; *aita-k txapela galdu du* ‘el padre ha perdido la boina’, más *seme-a-ri* ‘al hijo’, se transforma en *aitak txapela galdu dio semeari* ‘el padre le ha perdido la boina al hijo’ (o sea, ‘ha perdido la boina del hijo’) con *dio* ‘se lo ha (a él)’, tripersonal, en lugar de *du* ‘lo ha’.

43 A quien piense que esto introduce complicaciones inextricables no estará de más advertirle de algunas circunstancias que imponen severos límites a tal posibilidad. Ante todo, las formas personales del verbo son el resultado de la yuxtaposición en un orden determinado de un número reducido de elementos simples (*di-gu-zu* ‘nos lo ha (V.)’ es a *di-zki-gu-zu* ‘nos los ha (V.)’ como *di-zu-gu* ‘se lo hemos (a V.)’ es a *di-zki-zu-gu* ‘se los hemos’, etc.); hay además prácticamente isomorfismo, en el sentido preciso de la palabra, entre la formación de unos tiempos y la de otros de manera que, conocidas unas reglas nada abstrusas, se puede pasar unívocamente de forma a forma: de *di-gu-zu* a *zen-i-gu-n* ‘nos lo había (V.)’, de *di-zki-gu-zu* a *zen-i-zki-gu-n*, de *di-zu-gu* a *gen-i-zu-n*, de *di-zki-gu-zu* a *zen-i-zki-gu-n*, etcétera. Por otra parte, todo se reduce en la práctica al conocimiento de dos verbos, los auxiliares intransitivo y transitivo, fuera de los cuales no queda más que un cortísimo número de verbos «irregulares», cuyo patrón es además muy parecido al de los auxiliares, es decir, que tienen algunos tiempos simples (*d-akar-t* ‘lo traigo’ como *d-u-t* ‘lo he’, *n-ekarr-en* ‘lo traía [yo]’ como *n-u-en* ‘lo había [yo]’, etc.), mientras que en otros se ajustan al modelo general de forma nominal del verbo más auxiliar.

Esta es, dicho sea de paso, la mayor diferencia que se observa entre lo que podemos llamar vasco antiguo, el del siglo XVI, y el de nuestros días: las formas verbales simples eran entonces mucho más numerosas y más complejas que ahora, los tiempos y modos estaban mejor diferenciados y, en general, la estructura del sistema estaba
44 más alejado de los moldes de las lenguas vecinas. Y ya que nos hemos referido a éstas, conviene señalar que la distancia entre *se lo he dado* y *eman di-o-t* no es tan astronómica como a primera vista pudiera parecer. Todo se reduce, en el fondo, a la incorporación obligatoria de los índices pronominales al verbo, incorporación que supone que su orden es fijo y no pueden ser separados por elementos

interpuestos, como la negación por ejemplo. En este orden de cosas, el castellano que, como el gascón, no sólo puede permitirse, sino que tiene que emplear una construcción como *se lo he dado al hijo*, donde *se* recoge y anticipa el complemento nominal *al hijo*, está a medio camino, en cierto modo, entre el vasco (*seme-a-ri eman di-o-t*, lit. ‘al hijo se-lo-he dado’) y el francés normal, donde *je le lui ai donné au fils* sería completamente agramatical. Otra cosa es el giro de la lengua coloquial ejemplificado por *je l’ai vue à l’oeuvre, la police*, etc.

45 Las lenguas, como todo cuanto contiene el universo, están sujetas a la ley general del cambio, aunque al parecer no todos comprenden rectamente esto. Entiéndase bien que estoy hablando de cambio a secas, sin valoración alguna, no de decadencia y corrupción o, por el contrario, de evolución progresiva. Si el paisaje inmutable que vemos a nuestro alrededor no es constante más que en apariencia, si los montes mismos varían —los Andes, los Alpes y el Himalaya son, según nos cuentan, relativamente recientes—, a nadie le extrañará que las lenguas, como las costumbres, las instituciones y los valores morales, vayan modificándose. Todo es cuestión de *tempo*, de ritmo más o menos veloz y éste, en el caso de las lenguas,
46 es tal que el curso de una vida humana es más que sobrado para que las alteraciones sean claramente perceptibles. En mi niñez y juventud, los defensores de la pureza del castellano se quedaban roncós previniendo a la gente de los peligros del galicismo; ahora, hace ya años que es la influencia inglesa la que se deja sentir de manera más directa. Hoy llaman *romance*, préstamo de sentido más violento todavía porque la forma no ha sido prestada, a lo que entonces llamaban *idilio* y tiene curso legal y corriente una *emergencia* que entonces, a lo sumo, se hubiera dicho de los buzos. Corominas lo califica de «reciente, inútil y grosero anglicismo».

F. de Saussure decía que en una comunidad hay una tensión constante entre las fuerzas opuestas del espíritu de campanario, tenaz conservador de las particularidades diferenciales, y el intercambio, que conduce a la convergencia y a la nivelación. Como una lengua cambia tanto en el tiempo como en el espacio y no hay razón alguna para que en distintos puntos se altere de la misma ma-

nera, el resultado tiene que ser la formación de variedades diferentes, más o menos distintas, pero distintas. Así en la pronunciación, sin ir más lejos, hay divergencias sensibles dentro del castellano de España, más acentuadas aún si se toma en cuenta el hablado en América. Estas no afectan solamente a la fonética, sino al mismo sistema fonológico. Quedan todavía algunos atrasados —entre los cuales me cuento, tal vez por razón de mi primera lengua— que se obstinan en distinguir *pollo* de *poyo*, pero, si Dios no lo remedia, pronto se juntarán con los dinosaurios y los tasmanianos; para muchísimos da lo mismo *casa* que *caza*, *siervo* que *ciervo*.

47

Al lado de la fragmentación lingüística —los romances, hermanos nada gemelos que continúan un latín esencialmente unitario— se dan también fenómenos de uniformación: la *koiné* griega, por ejemplo, que suplantó, salvo algún residuo insignificante, a los antiguos dialectos. Se diría, sin embargo, que lo natural y espontáneo es el primer proceso, cuando no intervienen factores extralingüísticos decisivos. En nuestro caso, los factores disgregadores han tenido por lo general campo libre, mientras que las fuerzas cohesivas han sido escasas y dispersas. Lo que asombra dentro de este marco es que tantas innovaciones, algunas relativamente recientes —no sólo de carácter fonético, sino también morfológicas, sintácticas y léxicas—, hayan afectado a la totalidad de la zona de habla vasca.

No es posible valorar todavía, puesto que falta un método de cuantificación, el alcance de las divergencias. La inteligibilidad mutua, que muchas veces se suele aducir, es un criterio poco seguro por relativo. Dos vascos de distinta zona, vírgenes ambos de conocimientos dialectológicos, muchas veces han pensado, al tropezar entre sí por primera vez, que lo que hablaba el otro era una algarabía incomprensible; luego, al cabo de no mucho tiempo, han empezado a comprobar con sorpresa, aunque no tuvieran como guía al buen Peru que instruía a Maisu Juan, que «aquello» tenía cada vez más sentido y se iba pareciendo de una manera en principio insospechada a la propia lengua de cada uno.

48

Las diferencias alcanzan a la pronunciación, tanto por lo que toca al número y naturaleza de los fonemas como a su frecuencia en la cadena hablada: en todo el territorio español hay un fonema como el que en castellano se representa por *j*, pero en unas partes (en Guipúzcoa, por ejemplo) es muy corriente, mientras que en otras sólo aparece en préstamos recientes o en alguna palabra como

jaun ‘señor’, *Jaungoiko* ‘Dios’. Otras afectan a la morfología (los vizcaínos expresan con *-gaz* ‘con’ lo que los demás con *-ki*, *-kin*, etc.), sobre todo a la verbal. Algunas son sintácticas y las más, que suelen ser también las más llamativas para el profano, son de orden léxico.

Por diversas razones, excusables en parte y en parte no, la dialectología vasca no ha progresado gran cosa. Nuestro Linneo fue Luis Luciano Bonaparte que sólo era, para desgracia nuestra, uno de los precursores, si bien uno de los grandes, de la dialectología moderna. No consiguió librarse, como dice Menéndez Pidal, del «concepto unitario del dialecto», ni tampoco del prestigio de las variedades literarias de la lengua escrita, necesariamente normalizadas, que siempre mezcló más o menos con las formas locales de la lengua hablada. Lo que ahora llamaríamos su error consiste en no haber visto que un dialecto, en un país como el nuestro donde la variación es el resultado de una sedimentación secular, es un concepto macroscópico que, visto de cerca, se disuelve en una acumulación gradual de hechos diferenciales aislados.

Si se recorre el país pueblo por pueblo y casa por casa, ya no se encuentran dialectos unitarios, con claras soluciones de continuidad, sino solamente isoglosas, límites de hechos lingüísticos atómicos, cada una de las cuales delimita su propia área. Alguna vez, como ocurre entre guipuzcoano y vizcaíno, hay muchas que, si no se superponen exactamente, se van buscando unas a otras en un espacio reducido. Cuando las curvas de nivel tienden a juntarse en un mapa, el repecho es abrupto; del mismo modo, al acumularse las isoglosas, el cambio de habla es también brusco. Pero es más frecuente que las isoglosas, nuestras curvas de nivel, estén separadas por una distancia mayor o menor y que el observador, en consecuencia, tenga que aguzar oídos y atención para percibir las diferencias.

Buena o mala, la clasificación de Bonaparte es la única de que disponemos y la que, con algún retoque, hemos venido siguiendo Azkue y los demás. Con todos sus defectos, no debe de ser mala de raíz, ya que ofrece un marco de referencia válido que nadie ha podido sustituir por otro. Y es que el Príncipe, que no fue un pensador original y profundo —y no pudo por ello anticiparse a la ciencia de su tiempo—, era, sin embargo, un observador sagaz y metódico, que registraba todo, lo grande y lo pequeño. Su hermoso mapa conserva todo su valor, a condición de que no olvidemos que la reali-

dad es mucho más compleja que la imagen coloreada que nos mete por los ojos. Para ir más adelante, tendremos que realizar aquel viejo sueño que se llama Atlas lingüístico vasco. No nos honra mucho que un país nada pobre, reducido, tan progresivo en apariencia como el nuestro carezca todavía de ese instrumento. 50

51 El mismo Príncipe expresó a lo largo de su vida opiniones diferentes que no son, sin embargo, más que versiones distintas de un mismo esquema fundamental. Era inevitable, en efecto, que, dada su concepción de dialecto, se plantearan cuestiones académicas como la de determinar si el baztanés es una variedad alto-navarra o labortana. Quiero decir que se trata de problemas que no pueden resolverse, de una manera satisfactoria, ni en un sentido ni en el otro. Todo depende de la preferencia que se dé a unos criterios sobre otros, ya que el baztanés es en cierto modo alto-navarro y labortano y en cierto modo no es ni una cosa ni otra: podríamos decir que representa, como área intermedia, una determinada intersección de rasgos de ambos dialectos.

52 De oeste a este, los dialectos son: vizcaíno, guipuzcoano, alto-navarro septentrional y meridional (denominaciones que sólo corresponden a las coordenadas geográficas, porque el segundo llega más al sur que el primero), labortano (con o sin el baztanés), bajo-navarro occidental y oriental, suletino. Los tres últimos cuentan con variedades bastante diferenciadas en territorio español: aezcoano, salacenco y roncalés, respectivamente.

Conviene señalar, primero, que las divisiones no coinciden más que en parte con las regiones del país. El occidente de Guipúzcoa es de habla vizcaína y hay que descontar también su extremo nordeste hasta Pasajes, asignado al alto-navarro septentrional; en cambio, Bonaparte consideró el habla de la Barranca y Ergoyena como guipuzcoano de Navarra. Es interesante, luego, que las isoglosas que el Príncipe eligió como fundamentales vayan por lo general de norte a sur o, más exactamente, de noroeste a sudeste. Esto significa, claro

está, que los Pirineos no fueron en fecha antigua una barrera diferenciadora, sino que, como ocurre más al este en zona románica, la comunicación era directa entre valles de ambas vertientes que se continuaban uno a otro. No obstante, la pérdida de *h* en la Navarra Alta es, sin duda, un fenómeno antiguo, anterior por ejemplo al paso de *au* a *ai* en muchos contextos en el extremo oriental del país: de ahí *gai* «noche» en roncalés y suletino (común *gau*), pero roncalés *aintz*, suletino *ahüntz* «cabra» (común *a[h]untz*).

Se ha especulado mucho sobre las causas externas de los límites dialectales. Entre ellas, hay dos por lo menos que merecen consideración. Las divisiones tribales de la Antigüedad explican acaso el enclave alto-navarro en Guipúzcoa, puesto que Oeasso, según los geógrafos antiguos, estaba situado en territorio vascón; es menos seguro, pero también posible, que el límite entre guipuzcoano y vizcaíno coincida más o menos con la divisoria de várdulos y caristios. Las divisiones eclesiásticas de la Edad Media han podido, además, mantener y acentuar por lo menos las diferencias: el Baztán, hasta tiempos de Felipe II, formaba parte de la diócesis de Bayona y la zona guipuzcoana de habla vizcaína pertenecía a la diócesis de Calahorra.

La toponimia es casi lo único que puede ilustrarnos sobre el carácter de la lengua que se habló en la Rioja y su testimonio es suficiente para indicar que se trataba de una variedad de tipo occidental, más cercana al vizcaíno que a ningún otro dialecto. Lo mismo puede decirse del habla de la llanada alavesa. Aquí hay otras pruebas, en particular un vocabulario del siglo XVI, compuesto probablemente en Vitoria, que da una imagen suficiente de un habla autónoma, bien particularizada, pero inconfundiblemente occidental.

Es lamentable, pues ya no tiene remedio, que nos falten estudios, o documentos suficientes, del vascuence hablado en América desde el siglo XVI, entre otras razones porque todo hace pensar que, de la convivencia de vascos de procedencia diversa, nacieron y estuvieron en uso lenguas comunes con predominio de unos dialectos u otros. Sólo hay algún estudio, reciente, de la lengua en los Estados Unidos.

Frente a la clasificación de Bonaparte, algunos investigadores (Uhlenbeck, Gorostiaga) han presentado una bipartición, con el vizcaíno opuesto a todos los demás dialectos. Esto es probablemente una exageración que tiene su origen en la fuerte individualidad del vizcaíno y en la rápida acumulación de isoglosas (entre Legazpia y

53

54

Oñate, por ejemplo) a que ya nos hemos referido. Pero hay muchos hechos de tipo «vizcaíno» que abarcan partes mayores o menores del Goyerri guipuzcoano y hasta de Navarra, por lo que existe a lo sumo una diferencia de grado. Se puede demostrar, por otra parte, que el vizcaíno ha ido acentuando sus particularidades en los últimos cinco siglos, a menudo por elecciones distintas hechas de un acervo común: de *erra* (*erre*) *dezagun* o *daigun* ‘quememos’, para citar un caso, se ha quedado sólo con la segunda posibilidad.

En cuanto al guipuzcoano, parece haber estado en una clara situación de inferioridad con respecto al vizcaíno —no hablemos ya del labortano—, en cuanto a su uso como lengua escrita, durante los siglos XVI y XVII. Sólo en el siguiente, por obra sobre todo del padre Manuel de Larramendi, alcanzó un cultivo literario que ya después no se ha interrumpido. No obstante, Larramendi, por la gran influencia que alcanzó su *Diccionario trilingüe* (1745), ha enredado bastante las cosas por lo que se refiere al conocimiento de lo que era realmente la lengua de Guipúzcoa en su tiempo. Hay, por fortuna, bastantes fragmentos anteriores y, sobre todo, el catecismo de Ochoa de Arin (1713) que, si está lejos de ser un modelo de estilo o siquiera de versión ágil, tiene, por su misma fidelidad a la letra y su ausencia de preocupaciones literarias, un valor inapreciable como documento lingüístico.

II

RELACIONES DE PARENTESCO

Creo que casi todo el mundo tiene la idea de que la singularidad 57
de la lengua vasca estriba, aparte de otras virtudes, en su condición,
privilegiada por excepcional, de «lengua isla». Habría que precisar
que esto puede ser excepcional aquí, en esta parte del mundo, pero
que, si nos referimos al conjunto de las lenguas conocidas, presentes
o pasadas, está muy lejos de ser único. Uno de los más graves defec-
tos de la clasificación genética de las lenguas es que no es, ni mucho
menos, exhaustiva. Como ocurre con las personas, se puede demos-
trar un parentesco, a condición de que sea lo bastante próximo,
pero nos sería difícil probar que *no* estamos emparentados, ponga-
mos por caso, con Guillermo el Conquistador.

Antes de entrar en la consideración de parentescos genéticos, 58
necesariamente remotos, hay dos tareas que son previas por razones
de método y tienen la finalidad única de restituir por lo menos al-
gunos de los rasgos fundamentales de lo que pudo ser el vasco anti-
guo: el de hace unos 2.000 años, digamos.

Hay que separar, primero, lo que es más reciente y debido a lo
que podemos llamar afinidad, es decir, a la influencia o interferen-
cia de lenguas vecinas. Es un hecho bien establecido que lenguas, de
igual o distinto origen, que conviven en áreas próximas van toman-
do, a lo largo de los siglos, un conjunto de rasgos comunes. En
nuestro caso se piensa inmediatamente en la acción del latín y de
sus continuadores, las hablas románicas, que no se ha interrumpido
durante estos dos milenios.

De ahí hemos tomado, ante todo, incontables palabras, bastan-
tes en fecha muy antigua, y de ahí las seguimos tomando: de una
influencia indoeuropea prelatina, en cambio, parece haber sorpren-

dentemente pocas pruebas seguras en el léxico vasco. La interferencia latino-románica se manifiesta también en aspectos menos materiales: tenemos un artículo determinado, con el que es solidaria la expresión del plural en el nombre, sólo que pospuesto, sufijado (como en rumano o en las lenguas escandinavas), no antepuesto, sin duda por el carácter sufijante, no prefijante, de la lengua; tenemos tiempos compuestos formados por participio más auxiliar (*etorri da* como *il est venu*, *er ist gekommen*; *ikusi du* como *ha visto*, *he has seen*) y perífrasis para el futuro como *ikusiko* (*ikusiren*) *du*, semejantes a *ha de ver*; interrogativos e indefinidos empleados, con éxito diverso, como partículas subordinantes, etc. No es posible medir tal influencia, ni siquiera en el léxico, una de las partes mejor cuantificables de la lengua. Baste con decir que es inmensa, pero que, al mismo tiempo, lo que ha quedado de antiguo, en materia y en forma, es también mucho y de la mayor importancia.

Hay que tratar de reconstruir, además, la forma y en lo posible el valor de las unidades del sistema antiguo en sus distintos niveles. Esta labor está bastante avanzada, aunque estemos muy lejos de un grado óptimo, por medio de lo que suelen llamar reconstrucción interna y por la comparativa, que, en nuestro caso, se basa en las divergencias —muy pequeñas para un comparatista— que muestran entre sí los dialectos vascos. Aquí los préstamos, sobre todo los más antiguos (*bake* ‘paz’, *bike* ‘[la] pez’, *goru* ‘rueca’, etc.), cuya forma original es bien conocida (los acusativos *pacem*, *picem*, con *i* breve, *colum*), ofrecen un punto de apoyo sólido para la reconstrucción.

Para que no nos perdamos en divagaciones, yo limitaría el examen de los intentos de demostrar el parentesco con otras lenguas a los tres casos en que las tentativas, hechas por profesionales, han gozado de mayor crédito entre los entendidos y hasta han sido consideradas como definitivamente probadas: el ibérico, las lenguas hamito-semíticas y las caucásicas.

Cuando se habla de ibérico hay que distinguir lengua de escritura. Si se habla de la última, nos referimos a un sistema autónomo, semialfabético y semisilábico, usado en inscripciones de la Hispania antigua desde Narbona, por la costa levantina, valle del Ebro y parte de la meseta. Después de una historia lamentable, fue descifrado hace más de 50 años, aunque el valor de un signo continúa siendo dudoso, por don Manuel Gómez-Moreno: quiero decir que hoy podemos leer los textos, por más que sigamos sin comprenderlos. Más

al sur, hay otro sistema de escritura, variante del anterior, cuyos signos están peor interpretados.

Al poderse leer los textos en esta escritura ibérica, se pudo comprobar, no sin desagradable sorpresa de Schuchardt y otros, que la uniformidad gráfica encubría una dualidad de lengua: parte de los textos, los del interior en términos generales, estaban redactados en una lengua, llamada ahora celtibérico, que era sin duda indoeuropea. En consecuencia, cuando ahora se dice ibérico en el sentido de lengua ibérica, nos referimos exclusivamente a los demás textos, más próximos a la costa, con probable inclusión de los de buena parte de Andalucía, peor leídos, como ya se ha apuntado.

El vasco-iberismo a secas, la hipótesis de que el vasco histórico no es sino una forma reciente del ibérico, no se puede sostener. De ser cierta, uno se ve obligado a admitir que el vasco tiene que ser la clave —la llave—, todo lo fragmentaria y defectuosa que se quiera, que nos permita comprender, aunque sólo sea en parte, el sentido de algunos de los textos ibéricos. Nadie, por desgracia, ha acertado a conseguirlo.

Por otra parte, hay toda una serie de coincidencias —formales, externas, es cierto, puesto que el sentido no nos es accesible— que nos obligan a no abandonar la idea de que puede haber alguna especie de parentesco. El sistema fonológico del ibérico (con dos *r* y dos *s*) no debía de ser muy distinto del que podemos reconstruir para el protovasco; la estructura silábica y, como consecuencia, la forma de los significantes (palabras o morfemas) son muy semejantes; la composición nominal, a juzgar por los nombres propios, era del mismo tipo, etc. Algunos significantes son comunes a ambas lenguas (pero no podemos asegurar que se trate de los mismos signos, porque no conocemos los significados ibéricos) y Antonio To-
61
var ha presentado como muy verosímil la idea de que hay también coincidencia en algunos índices gramaticales.

La hipótesis de un parentesco con las lenguas hamito-semíticas (acadio, hebreo, árabe de un lado; egipcio antiguo y copto, líbico y dialectos bereberes, etc.), defendida sobre todo por Hugo Schuchardt, cuenta ya —y yo creo que con toda razón— con muy pocos partidarios. Las concordancias en el léxico son muy poco convincentes, además de escasas, y no será fácil encontrar, en el conjunto de las lenguas del mundo, dos términos de comparación que sean estructuralmente más distintos. Baste con citar la «flexión interna», mucho más desarrollada en hamito-semítico que en lenguas indoeuropeas

como griego y balto-eslavo: el sentido «escribir» está manifestado, en árabe por ejemplo, por las tres consonantes *ktb* (perfecto *kataba*, imperfecto *yaktubu*, *kitāb*, ‘libro’, en plural *kutub*, etc.), con un vocalismo móvil, que se ajusta a ciertas pautas o esquemas conforme a las categorías nominales o verbales que se tratan de expresar. Nada de esto se encuentra en vasco y tampoco, no está de más advertirlo, en las inscripciones ibéricas: es suficiente con leerlas, sin que haga falta entenderlas. El origen africano de esta lengua, que tantas veces se da por descontado, es, pues, una suposición completamente gratuita. A pesar de ello, puede naturalmente ser cierta, pero no es aquí el incrédulo el que está obligado a aducir pruebas, sino el creyente.

Al hablar de lenguas caucásicas nos referimos a las lenguas no pertenecientes a familias bien establecidas (como el oseta iranio, etc.), que se hablan (o se hablaban antes de 1864) en el Cáucaso. El padre Fita fue posiblemente el primero en estudiar la posibilidad de un parentesco de la lengua vasca con el georgiano, documentado desde el siglo V, y más recientemente A. Trombetti propuso abundantes comparaciones vasco-caucásicas, aunque dentro de su teoría general de la monogénesis de las lenguas. En forma específica la tesis del parentesco ha sido defendida y elaborada sobre todo por C. C. Uhlenbeck, G. Dumézil, K. Bouda y R. Lafon.

La hipótesis tiene a su favor una verosimilitud general. De haberse conservado en alguna parte restos de una antigua gran familia lingüística cuya representación occidental ha quedado reducida al vasco, es natural pensar en el Cáucaso, hormiguero de lenguas y típica zona de refugio. Las consideraciones de orden tipológico —valederas como mero indicio, no como prueba— tampoco son contrarias. Algunas de las lenguas caucásicas (las del noroeste, ante todo, pero también las del sur, como el georgiano y su grupo) traen inmediatamente a la memoria hechos vascos: si queremos ser modestos, podemos decirlo también el revés, y será igualmente cierto.

De ahí a que exista entre unas lenguas y otra un parentesco genético probado hay un abismo. Habría que aclarar, antes de nada, las relaciones de parentesco internas. Que hay lenguas caucásicas claramente emparentadas entre sí, como las meridionales o kartvélicas, está más allá de toda duda; que entre los diversos grupos de lenguas septentrionales haya una relación de parentesco, aunque lejana, es perfectamente posible y hasta probable. Lo que no está nada clara es la naturaleza de la conexión entre lenguas del norte y lenguas del sur.

Comparar elementos léxicos y gramaticales de cualquier dialecto vasco con otros entresacados de cualquiera de las lenguas caucásicas (una treintena), como alguna vez se ha hecho, puede ser muy cómodo, pero priva de toda fuerza al intento de prueba que sólo puede estar basado en consideraciones probabilistas: en sacar a la luz un número suficiente de homologías que no puedan explicarse más que postulando un origen común. Esto, sin embargo, es algo que no se ha hecho ni se podía siquiera hacer. Ahora que, desde 1950, ha ido desapareciendo la funesta influencia de N. J. Marr sobre la lingüística soviética, el trabajo comparativo, además de descriptivo, de las lenguas caucásicas se prosigue allí con el mayor empeño, sobre todo dentro de grupos estrechamente relacionados entre sí, siempre con buenos resultados, que en algún caso, como el de las lenguas kartvélicas, han sido extraordinariamente brillantes. 64

Aunque largo, este es el único camino viable. Sigue en pie la posibilidad de que la complejidad lingüística de la cuenca del Mediterráneo en sentido amplio, fuera un día mucho mayor de lo que ahora podemos adivinar. Con ello se alejaría indefinidamente la ocasión de relacionar genéticamente la lengua vasca con cualquiera otra de las que se han conservado vivas hasta nuestros días: el poder de penetración en el pasado de los métodos actuales —y un gran aumento en su potencia no parece previsible— es, por desgracia, muy limitado. Pero cabe también en lo posible que la suerte se decida un día a favorecernos. Entre tanto, no debemos olvidar que lo verdaderamente maravilloso es, en nuestro caso, la tenaz adhesión con que una pequeña comunidad, la de nuestros antepasados, ha sabido mantener viva y en pleno ejercicio la lengua en un ambiente poco favorable, no el que esa lengua carezca de parentela conocida.

A MANERA DE EPÍLOGO

65 El hecho de estar estas páginas destinadas en su origen a aparecer en un volumen colectivo titulado *Guipúzcoa* (que vio la luz, creo, en 1968, aunque no se difundiera gran cosa) les imprimió un cierto carácter: tenían, se consiguiera o no, una intención divulgadora, y de ahí la falta de referencias bibliográficas; eran, además, muy asépticas y marcadamente guipuzcoanas, hecho manifiesto hasta en las formas vascas citadas. Esto último parecía obligado en esas circunstancias, aunque no respondiera a mis convicciones profundas de entonces y menos aún a las de ahora. Para mí lo que importa es nuestro país (que lleva mayúscula, aunque vaya escrito con minúscula), y nuestro país no es Guipúzcoa, o Vizcaya, etc., sino algo más amplio y más alto. Y, si esto es claro en algún punto, lo es en el de la lengua, que ha dado su nombre a Euskal Herria.

66 En «Los vascos y su lengua» se menciona y comenta, acaso de manera más alusiva que directa, el hecho molesto de que *euskaldun*, en lengua vasca, sea hoy un término más que ambiguo, ya que hay vascos, hasta demasiados, que no son euskaldunes y hay también euskaldunes (uno mismo conoce bastantes) que ni son vascos ni aspiran a serlo. En el terreno de la lengua, la única ventaja con que cuenta un propio sobre un extraño consiste en una mayor probabilidad de no ser *erdaldun* o, más precisamente, *erdaldun huts*: el no ser *arrotz*, *atzeritar* o como quiera decirse no le confiere ningún otro privilegio. Y, como *euskaldun* corresponde y se contrapone a *erdaldun*, me gustaría conocer cuál es, a juicio de muy respetables y respetados expertos, la cuarta proporcional en *erdaldun* : *euskaldun* : : *arrotz* : *X*.

No se me oculta que hay quien ha puesto *basko* en lugar de la incógnita, con intención al parecer humorística, por más que a mí

me parezca una muestra de humor macabro, más que negro, el pretender conjurar con forzados juegos de ingenio una realidad tan dolorosa para muchos. Tampoco queda bien parada la erudición del inventor, ya que su modelo difícilmente puede ser otro que Dechepare, autor del primer libro impreso en lengua vasca, y éste empleó *basko* de muy otra manera: el mismo Stempf en su léxico advierte que «está por *euskaldun*». Y podía advertirlo, ya que los cuatro ejemplos que ocurren en la obra son coincidentes en cuanto al valor, como puede verse por esta única muestra: «*bascoec bercec beçala duten bere lengoagian scribuz cerbait... materia*» [Pról.]. Al testimonio de Dechepare sólo puedo añadir de cosecha propia que, allá por los años de mi juventud y ya como arcaísmo, he oído alguna vez decir *baxkoak*, no sin cierto matiz peyorativo, por 'nacionalistas', naturalmente vascos.

67

Naturalmente también, es sabido que antes se propuso y hasta se aceptó por muchos una solución, $X = euskotar$, que ahora se rechaza o se evita, sin que acabe de comprender muy bien por qué. Claro está que se trata de un neologismo, pero no todo neologismo, y más cuando se trata de un joven de unos ochenta años de edad, es *eo ipso* condenable, sobre todo si posee, como éste, la excelsa virtud de llenar un vacío más que molesto. Añadiré, para ir formando un *dossier* que todavía está muy incompleto, que ese término fue proscrito del uso público en 1936-1937, a consecuencia del Glorioso, por razones que, supongo, no deben de ser las mismas que las que ahora se le oponen. Vaya esto por delante a título de primer intento de llegar a una situación en que se puedan discutir los tabús y las interdicciones que tanto abundan entre nosotros sin trabas auto- o heterocensoriales.

La referencia a «una polémica reciente» es una prueba, más bien innecesaria, de la caducidad irremediable de nuestras palabras, aunque queden fijadas por escrito. Baste ahora con recordar que se dio en la prensa donostiarra y que tenía que ver con el lugar que correspondía a la lengua, antes y después, en la supervivencia del hecho vasco. La discusión sigue, y seguirá sin duda, aunque los contrincantes y sus puntos de vista no sean los mismos.

68

En «Algo sobre nombres» hay una alusión poco amable a Unamuno que quisiera explicar para que no parezca que soy culpable sin atenuantes de poner en práctica la máxima «A moro muerto, gran lanzada», como imitador de uno de mis mayores en edad, dignidad y gobierno. No es solamente que haya unos cuantos términos

indígenas para ‘árbol’, empezando por *zuhamu*, que aparece ya en Dechepare, nuestro primer autor, sino, más precisamente, el despropósito que el bilbaíno sostuvo con la frente muy alta, según el cual *arbola* ‘árbol’ no es vasco, sino latino, románico o lo que sea. Me gustaría saber cómo puede ser no vasco, es decir, extraño un término que usó Arrese-Beitia (*Arbola bat zan Paradisuan...*) y que es la palabra-clave de lo que, desde que se cantó por primera vez, es (al menos para mí) el himno vasco: en otras palabras, el *Gernikako arbola*. Conforme a la opinión de Unamuno, tendríamos que llegar a la conclusión (evidentemente absurda puesto que en este caso se trata de una lengua «culta») de que en el título de una conocida revista especializada, *Language. Journal of the Linguistic Society of America*, no hay, salvado un nombre propio (*America*) que puede ser patrimonio común, más que dos palabras inglesas, *ofy the*, si no preferimos llamarlas americanas, siguiendo las normas de la «Série Noire de Gallimard». Ahora bien, *language*, para quienes publican y leen esa revista, no es menos inglés de lo que *lengoajea*, en grafía actual, era vasco para Dechepare.

A propósito del nombre de los *Vascones* (con vocal breve en la penúltima o, en otras palabras, con acento en la primera), J. Untermann ha añadido un argumento a los escépticos que dudaban de la ecuación de Tovar: su principal dificultad radicaba en el hecho de que celtibérico *b-* difícilmente podía corresponder en esas fechas a latín *u-* ante vocal, es decir, a una especie de *w* inglesa. En vista de que la leyenda monetar *bars-*, con *r*, no parece ser más antigua, sino por el contrario más reciente, que *bas-*, sugiere, con buenos paralelos en apoyo, que la lectura real que subyace al epígrafe puede ser /bras-/ , en cuyo caso su semejanza con /was-/ desaparecería completamente. Es un hecho conocido que la escritura ibérica no tenía medio directo de representar esos grupos de consonantes que técnicamente se suelen llamar de *muta cum liquida*: me refiero a *br*, *bl*, *kr*, *kl*, etc., que parecen haber sido desconocidos tanto para la lengua ibérica como para el vasco de la misma época.

Para *latinado*, es decir, *ladino*, el primer testimonio que conozco en nuestro país se halla en un documento de Leire, referido seguramente al siglo XI, en el que, en el valle de Salazar, se reseñan entre los mezquinos *Blasco Latinato* y *Xemeno Latinato* en Izal. Como ahí difícilmente puede tratarse de gentes de lengua primera árabe, habrá que interpretarlos como equivalentes de *Erdara* y *Erdalduna*, ‘de lengua extraña’, en testimonios procedentes de Irache y de Artajona.

A propósito del «interés científico de la lengua», se insiste en el hecho evidente, pero que —acaso por su misma evidencia— necesita ser subrayado de que no hay lenguas más difíciles, o para el caso más fáciles, que otras, a no ser que esto se entienda estrictamente referido a personas o grupos determinados. Y tanto da decir «difícil» como «complicado», término muy desafortunado recogido recientemente en una información de prensa cuya redacción bien podía haber sido algo más clara y algo más precisa.

Con todo y eso, conviene también advertir que el parentesco genético, cuestión aparentemente teórica si las hay, tiene grandes consecuencias prácticas: aunque sólo sea por esa razón, no estoy enteramente de acuerdo con la opinión expresada entre nosotros por algún investigador avanzado, según la cual el interés por tales minucias había desaparecido en la vanguardia del movimiento lingüístico. ¡Como si la curiosidad por el pasado de las lenguas y de los pueblos, sobre todo por el de la lengua y el pueblo de uno mismo, fuera una cuestión de modas!

Hoy andamos bastante mejor de datos que cuando escribí esas líneas. Habría mucho que citar, pero reduciré drásticamente las referencias. Por prioridad no sólo temporal, menciono, en primer lugar, el libro de José María Sánchez Carrión, *El estado actual del vascuence en la provincia de Navarra* (1970). *Factores de regresión, relaciones de bilingüismo*, Pamplona 1972; cf. también del mismo, «Bilingüismo, diglosia, contacto de lenguas», *Anuario del Seminario Julio de Urquijo* (=ASJU) 8 (1974), 3-79. Sigue después el estudio, fundamental hasta ahora, de Pedro de Yrizar, «Los dialectos y variedades de la lengua vasca: estudio lingüístico-demográfico», *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País* 29 (1973), 3-78, y véase también su «Los dialectos y variedades de la lengua vasca», *ASJU* 7 (1973), 3-36. Y, finalmente, haré referencia a un libro muy reciente, que reúne en corto espacio una información varia que generalmente se suele hallar dispersa: Luis C. Núñez, *Opresión y defensa del euskera*, San Sebastián 1977. La omisión de obras en lengua vasca y de las que, en esa u otra lengua, traten de literatura, acertada o no, es deliberada.

De estos y otros estudios se desprende el hecho curioso de que el número de euskaldunes no ha disminuido, sino que ha aumentado: se puede asegurar, con una confianza razonable, que pasan de los 600.000. Claro es que lo que ha crecido es el número total, no la proporción en relación con el conjunto de la población, que ha bajado, naturalmente.

La presencia medieval de la lengua por tierras de la Rioja Alta y Burgos es para mí, y creo que para muchos otros, el resultado de una expansión: esto no es más que una opinión, la que me parece más verosímil, que hoy por hoy no puede ser demostrada. Creo, sin embargo, que, entre la idea de que el vascuence de esa zona es un resto que sobrevivió a la romanización primera y la de que sea una importación del siglo X, cabe un término medio. Es lícito pensar que el excedente de población de Álava y zonas vecinas (lo que después ha venido a llamarse País Vasco ha sido tradicionalmente una zona de emigración) buscara salida en las cuencas del Oja y del Tírron, del Oca y del Arlanzón, y en la comarca de los obarenes. Este movimiento, espontáneo o forzado, pudo empezar ya durante el Bajo Imperio para seguir durante toda la época visigótica, sin interrumpirse durante los siglos VIII-IX. Recientemente me han dicho que esta hipótesis no es nada original, de lo que me alegro.

Hemos entrado ya con esto en «La Antigüedad» y voy a remitir al lector, por una vez, a un trabajo propio, «Lenguas indígenas y lengua clásica en Hispania» publicado primero en las Actas del VI Congreso Internacional de Estudios Clásicos (Madrid, setiembre de 1974)^a y reproducido en *Gaiak* 3 (1977), 341-352, lugar de fácil acceso para los lectores de nuestro país. A falta de otras virtudes, intenta ofrecer una especie de compendio de los hechos que en este aspecto me parecieron más relevantes y da una bibliografía razonablemente completa de los trabajos publicados hasta aquella fecha, con referencia actualizada de los trabajos de Barbero y Vigil.

Hoy ya se sabe, por fin, que el centro urbano de Oeasso, importante para nosotros por su situación, se encontraba en el mismo Irún, y no hacia Oyarzun, por donde repetidamente había sido buscado. Esto da fundamento real a la vieja hipótesis de que el nombre *Irun* coincide con el de *Iruñea*, nombre vasco de Pamplona y probablemente de la *Iruña* alavesa, que se ha solido considerar como procedente de (*h*)*iri* 'villa', más algo no bien precisado. Las diferencias están en que el segundo nombre tiene una *-e* y una palatalización, que bien se puede pensar expresiva, más que el primero. Lleva, además, hecho que se suele olvidar demasiado a menudo, artículo determinado, lo mismo que *Bizkaia*, por ejemplo, de modo que la

^a *Assimilation et résistance à la culture gréco-romain dans le monde ancien. Travaux du VI^e congrès international d'Études Classiques (Madrid, septembre 1974), Bucarest-Paris 1976, pp. 41-51.*

declinación es *Iruñe-a*, *Iruñe-a-n*, como *Bizkai-a*, *Bizkai-a-n*, *Iruñe-ko*, *Iruñe-ra*, *Iruñe-tik*, como *Bizkai-ko*, *Bizkai-ra*, *Bizkai-tik*. Es, pues, muy verosímil que ya en la Edad Media el nombre fuera tomado como común, es decir, como apelativo, por el estilo de *Elburgo*, *Lapoblación*, etc.

Parece natural que estas poblaciones recibieran la denominación de 'la ciudad' por antonomasia, no solamente por su importancia sino también, repito, por su emplazamiento. Santacara, por citar otro caso, el probable *Municipium Carense*, quedaba demasiado al sur.

Olite, cuya ocupación se suele atribuir a Suintila y que efectivamente conoció por lo que dicen una ampliación en época visigoda, se llamaba en vasco, según autores de los siglos XVI-XVII, *Erriberri*. No parece haber tenido razón Oihenart, seguido por muchos modernos, al interpretarlo como *urbs noua*: no es *urbs*, sino *terra noua*, de acuerdo con prácticamente todas las traducciones de fecha no reciente («tierra, patria», «pays, contrée», etc.). Podría ser, pues, algo así como la Extremadura vasca, uno de los puntos más avanzados que alcanzaron las gentes de lengua vasca a lo largo del Cidacos, en el camino de Pamplona a Tudela, sin que esto quiera decir que no se adelantaran más al este y al oeste de esta cuenca. Esta opinión, sea acertada o no, no pretende ser novedosa.

74

No voy a añadir ni quitar nada a «Estructura de la lengua», que seguirá por lo tanto siendo tan insuficiente como lo era al nacer. Espero que se me permita, con todo, precisar un punto que entonces, más por prudencia que por ignorancia, me callé. Decía, pues, que la lengua posee «abundantes recursos para la formación de palabras...: hay... abundantes sufijos de derivación nominal y verbal... y la composición sigue siendo muy productiva».

Lo que silencié fue la falta o escasez extrema de lo que técnicamente se conocen por preverbios, los que en latín, por ejemplo, permiten derivar de *capio* 'tomar, coger', *-cipio* en composición, compuestos de sentido tan diverso como *ac-cipio*, *con-cipio*, *de-cipio*, *ex-cipio*, *in-cipio*, *per-cipio*, *prae-cipio*, *re-cipio*, *sus-cipio*. Estos verbos son los que, en préstamo, plantearon aquel pintoresco problema con el que bregaron durante años los estructuralistas norteamericanos que trabajaban con el inglés. El análisis de *conceive*, *deceive*, *perceive*, *receive* parece unívoco: hay, de una parte, unos segmentos iniciales, *con-*, *de-*, *per-*, *re-*, recurrentes en bastantes otras formas y cuyo sentido hasta se puede adivinar en alguno de

75

los casos más favorables, y un *-ceive*, de otra, que carece de existencia independiente. Esta situación ya se daba, dicho sea de paso, en la lengua donante, el francés, que tiene *concevoir*, *décevoir*, *percevoir*, *recevoir*, pero nada que corresponda, que yo recuerde, a cast. *caber* o a vasc. *kabitu*.

Tales preverbios no están incluidos en ninguna lista de universales lingüísticos y ni siquiera está probado que su posesión aumente o mejore las posibilidades expresivas de un idioma. Pero el hecho es que las lenguas indoeuropeas, y basta con tener en cuenta las europeas, los tienen por herencia o por readquisición, y que constituyen un instrumento fácil para sacar cinco, diez o quince verbos de cada verbo, mientras que nuestro *ekarri* sería una raíz estéril que no da otro fruto más que el causativo *erakarri*.

Tampoco faltan estos preverbios en las lenguas kartvélicas, empezando ya por el georgiano más antiguo, y, por lo que sé, también aparecen en húngaro, por ejemplo. Hasta se podría decir, exagerando algo, que los preverbios son un elemento constitutivo de nuestra civilización, al serlo de casi todas las lenguas, grandes y pequeñas, que le sirven de vehículo. Y esa civilización solamente es nuestra porque nosotros, al menos en los niveles más altos, hemos sido y somos receptores, no creadores. Así pues, como receptores, estamos condenados a recibir, junto con ideas y productos, las formas lingüísticas a que van unidos.

76 Desde que hay textos vascos, el preverbio *des-*, sustituido alguna vez por (o disimulado en) *ez-*, es de uso general: *des-egin* ‘des-hacer’, etc. Fue aceptado sin reparos por Larramendi, sus contemporáneos y sucesores, que ampliaron mucho su campo de empleo: *des-agertu* ‘des-aparecer’, *des-lotu* ‘des-atar’, etc. Pero las aguas cambiaron de curso hacia 1900 y todo esto, incluso en lo que tenía de más tradicional, fue condenado sin apelación. Otros preverbios como *mez-* (correspondiente en la forma y sentido al francés *mé-*), cuyo uso fue siempre dialectal, no mejoraron de estado.

Desde hace unos años, y cada vez de forma más patente, se están multiplicando compuestos destinados, más o menos sistemáticamente, a llenar ese vacío. Son hoy corrientes, en la lengua escrita y hasta en ciertos niveles de la hablada, formas como *aurreiritzi* ‘pre-juicio’, *azpimarkatu* (*-marratu*) ‘sub-rayado’, *kontraesan* ‘contradicción’ (cf. *maisú* : *kontramaisu*, ‘maestro’ / ‘contra maestre’, etc., en el léxico tradicional), *metahizkuntza* ‘meta-lenguaje’, *telegidatu* ‘tele-dirigido’, etc., etc.

No hay nada realmente nuevo, al menos a mi entender, en el capítulo de «Relaciones de parentesco», ya que no se puede contar como tal la serpiente de verano (por estas aguas apareció efectivamente en verano de 1976) recogida por diarios tan respetables, por unas u otras razones, como *Pravda*, *Times*, *Le monde* o el *Journal de Genève*, entre otros muchos. El supuesto descubridor georgiano leyó a su manera un texto compuesto en una escritura perfectamente legible, la llamada ibérica, y en una lengua que nada tiene de georgiano (y, como secuela, de vasco): se trata, sin lugar a dudas, de celtibérico, lengua indoeuropea y más precisamente céltica. Esta identificación es segura, lo cual no significa, por desgracia, que el texto sea comprensible por entero. Todavía estamos en la fase de los tanteos por lo que se refiere al celtibérico en general y a este bronce, hallado en Botorrita, no lejos de Zaragoza, en particular. Uno de los detalles que parecen reconocerse es una palabra emparentada con el nombre vasco de la 'plata': *zil(h)ar*, *zirar*. Esta es su denominación más difundida, pero se diría que *urre zuri*, usada en una parte del vizcaíno, es más antigua.

78

A propósito de la clasificación dialectal de Bonaparte, quisiera volver a insistir en un punto, tomando pie en unas palabras que me fueron publicadas en 1960: «A pesar de su atención primordial a la lengua hablada, por una inconsecuencia que desde el punto de vista literario no puede menos de ser llamada feliz, la mayoría de las versiones que hizo preparar están en variedades fijadas y normalizadas por la tradición escrita, es decir, en lo que su seguidor Campión llamó en 1884 *los cuatro dialectos literarios de la lengua éuskara*: vizcaíno, guipuzcoano, labortano y suletino». Bonaparte, precursor de la dialectología moderna, se muestra en esto, dicho sea de paso, precursor de la lingüística soviética que, fiel espejo de la legislación, distingue siempre entre variedades escritas y no escritas, condenadas al parecer a no pasar nunca al primer estado, de las lenguas.

79

Bonaparte que, al fin y al cabo, era extraño al país, por muy vascófilo que fuera, tuvo que elegir, o hacer que sus colaboradores eligieran, entre distintas variantes de cada una de esas normas. Así, en los casos que conozco mejor, está claro que concedió su preferencia, en términos generales, al vizcaíno que podríamos llamar mogueliano (que es también el de los dos Astarloa: el teórico y el práctico), frente al de Añibarro, por ejemplo. Uno y otro tienen, como siempre ocurre, una base geográfica que aquí, simplificando, sería

Marquina-Durango frente a Arratia. Los primeros fueron seguidos después por Arana-Goiri; Añibarro, Zavala, etc., por Azkue o Zamarripa.

El guipuzcoano merece que se le concedan unas líneas, porque el ejemplo es más complicado de lo que parece a simple vista. Bonaparte, como guía de su colaborador (que en esta ocasión era, y el hecho es significativo en más de un sentido, el vizcaíno padre Uriarte), aceptó la norma de Larramendi, propia del Beterri guipuzcoano, tal como había sido practicada sobre todo por Lardizabal, a pesar de ser éste de Zaldibia: ya entonces, como se ve, el principio de territorialidad estaba lejos de ser decisivo. Una de las diferencias que más saltan a la vista, por la frecuencia de las formas, está en la conjugación. Mientras en Beterri se opone *duen* ‘que lo ha, tiene’ a *du-ten* ‘que lo han, tienen’, en pasado *zuen* a *zuten*, autores de Goyerri (Aguirre de Asteasu, etc.) usaban *duan* / *duen*, *zuan* / *zuen*. Lo que 80 esto y otros detalles demuestran es la falta de autonomía de la norma guipuzcoana, que se inclina inevitablemente o hacia el oeste, vizcaíno, o hacia el este, labortano y navarro (en primer lugar, Mendiburu).

No es, pues, que el cultivo literario de la lengua se haya venido haciendo al capricho del autor, que no disponía apenas de guías que seguir y de modelos a que ajustarse. Se diría, al contrario, que las normas, dada su multiplicidad, más bien han sobrado que faltado. Lo malo es que sus posibilidades de exportación han sido siempre pequeñas, aunque su influencia, más bien difusa, se ha podido dejar sentir lejos del foco original.

Si las divisiones territoriales, la falta o escasez de instituciones culturales y la ausencia de centros urbanos con gran poder de irradiación (cuando éste ha existido, ha sido para difundir el romance), etc., no explicaran suficientemente la fragmentación dialectal de la lengua vasca, bastaría con señalar la casi completa carencia de una política cultural entre nosotros, sobre todo en lo referente a la lengua.

A lo largo de este siglo, cada vez se notaba con mayor claridad, aunque no al mismo tiempo en todas partes, la quiebra de las normas tradicionales. La Academia de la Lengua Vasca, que es hoy la única institución de ámbito vasco, fue fundada a raíz del Congreso de Estudios Vascos de Oñate en 1918, sobre todo y ante todo para 81 establecer un modelo unificado de lengua escrita, tal como lo expresó sin rodeos Luis de Eleizalde. Por desgracia, la Academia, que tan-

to contribuyó al estudio de la lengua, fue inoperante en este campo y no es difícil adivinar la razón de una omisión que de ninguna manera se debió a dejadez. En espera de una unanimidad imposible, se aplazaba toda decisión de orden práctico, que no podía tomarse sin provocar por necesidad discordias y disensiones.

La situación posterior a nuestra Guerra civil, y también a la Guerra mundial, introdujo, a medida que la losa impuesta sobre el pueblo y sobre la lengua iba siendo movida, grandes modificaciones. Algunos de los puntos esenciales en que éstas se han manifestado, y esto se ha hecho patente más que nunca en los diez años que han transcurrido desde que se escribió el primer texto de este trabajo, son, además de un extraordinario esfuerzo editorial razonablemente coordinado, la introducción de la lengua como medio de enseñanza a partir de las *ikastolas* (como complemento de la anterior transmisión casera a manera de planta silvestre) y la instrucción en su lengua de gente «mayor» cada vez más numerosa. Una muestra bien significativa del cambio se encuentra en la presencia cada vez más activa del *euskaldun berri* o vasco de segunda lengua: entre ellos se cuentan algunos de los escritores que han alcanzado mayor reputación estos últimos años.

Todo esto no podía ocurrir sin que se dieran profundos cambios en el tipo de lengua propuesto y empleado. Tras un movimiento de raíz tradicionalista en cuanto a la lengua, aunque se manifestara en tendencias cultistas y populistas más bien contrapuestas entre sí que coincidentes, que tuvo acaso su forma mejor perfilada en el labortano clásico preconizado por el padre Villasante (con mención expresa de Axular como modelo y de las ideas de su primer profeta, Etcheberri el de Sara) y practicado también por el suletino Jon Mirande, la Academia se vio obligada, por presión del ambiente y no por temeridad suicida, a pronunciarse sobre cuestiones centrales cuya resolución no admitía demora. Todo esto tuvo su manifestación más conocida —aunque no la única, ni siquiera la primera— en la asamblea de Aránzazu en 1968, a los 50 años de su fundación.

Ahí recibió una cierta confirmación una forma de lengua, el llamado *batua* o euskera unificado (unificado, naturalmente, en deseo), al menos en algunas de sus líneas generales, en cuya exposición no voy a entrar aquí, y menos todavía en su defensa, ya que se me puede considerar parte interesada en un sentido más preciso que el natural según el cual todo vasco debería estar interesado en la cuestión.

Nadie ha creado este *batua* o, mejor dicho, lo han creado muchos: se podría decir que reúne rasgos complementarios del lenguaje usado por diversos autores, y no de los menos notables, en los quince o veinte años anteriores a 1968. Esto significa que preexistía a lo que podemos llamar su explicitación, que todavía se está haciendo.

83 Tiene, por otra parte, una base dialectal bien definida, central-oriental: es decir, con arreglo a lo que se ha apuntado antes, sería guipuzcoano de Beterri con fuerte influencia labortana y navarra, si no se prefiere invertir los términos y hablar de un navarro-labortano con un elemento guipuzcoano nada despreciable. Y no es que se dé de lado a vizcaínos o a suletinos: lo que ocurre es que la forma de lengua elegida, una por definición, les deja en una situación marginal, que es la que les asigna la misma geografía.

Incidentalmente, se parece mucho, salvo en detalles, al *gipuzke-ra osotua* de Azkue, con una diferencia esencial: aquél ha sido tan elogiado como ignorado en la práctica, mientras que el de ahora es tan abominado como usado o, más precisamente, no falta quien abomine de él precisamente porque muchos lo usan. Por lo que a mí toca, no tengo el menor inconveniente en admitir, previa demostración, sus defectos, pero el hecho de que necesitamos, si la lengua ha de sobrevivir, una lengua *una* me parece que está más allá de toda discusión posible. Una lengua *una* para ciertos usos, como se ha advertido a menudo y, curiosamente, *no* para la literatura. Nadie quiere acabar con los dialectos que precisamente aquí, en la literatura, entendida como poesía, como una de las bellas artes, tienen un lugar natural. Lo que necesitamos más que nada es una prosa incolora, inodora e insípida que sea, y ésta es su razón de ser, supradialectal.

Esta forma de la lengua no encuentra por cuanto sé, para llenar este vacío, más que una alternativa que le hace hasta cierto punto competencia. Me refiero a lo que llamaré, con todo respeto y porque creo que no estoy equivocado en cuanto a sus fuentes, el vasco «litúrgico». A este modelo de lengua escrita (que, por cierto, no difiere tanto del *batua*, sobre todo en su forma hablada), yo le encuentro sobre todo dos defectos, ambos bastante graves. En primer lugar, su aparición en cierto modo subrepticia, ya que nació, en su variante guipuzcoana, para cubrir necesidades, muy importantes sin duda, que sólo en pequeña parte coinciden con las que aquí se han apuntado. El segundo, que acaba de ser aludido, es su guipuzcoanismo: no se sabe que aspire a ser en algún uso la lengua de gente

84

de habla no guipuzcoana, aunque su presencia, un tanto inesperada por inexplicada, en un reciente documento político panvasco parece indicio de mayores ambiciones.

Termino, por mantenerme fiel a mi afición de siempre al anti-clímax, con dos referencias bibliográficas. Merece ahora leerse, por ser una síntesis de notable densidad, el librito de Jacques Allières, *Les basques*, P.U.F. («Que sais-je?», núm. 1.668), 1977. Y, puesto que lo verdaderamente excepcional en el caso de nuestra lengua es su supervivencia, recomiendo la lectura de J. M. de Azaola, *Vasconia y su destino*, Madrid, Revista de Occidente, en particular II, 1 (1976),^b pp. 86 ss.

Pero es que, aun dejándonos del pasado y ateniéndonos estrictamente al presente y al porvenir, una lengua genéticamente aislada, como es la nuestra, no tiene a dónde acudir en momentos de apuro en busca de modelos casi listos para ser usados, fáciles de hallar cuando existen lenguas de la misma familia. Por otra parte, nadie negará que, mientras el catalán o el gallego son fácilmente comprensibles en su forma escrita para una persona cuya lengua primera y normal sea el castellano, no le ocurrirá lo mismo con la nuestra. Este mismo verano, un colega y amigo, bien conocido profesionalmente, creyó ver un texto político en un letrero en el que se leía *Liburu eta diska azoka*, en virtud de la única palabra que creyó reconocer y que es la única que no debía haber reconocido. Esto ocurría en Fuenterrabía, y el letrero presidía un despliegue de puestos en que se exhibían generosamente las mercancías.

La diferencia es todavía más escandalosa en el terreno de la lengua hablada. Al mismo castellano-hablante de marras le puede ser molesto, y quizá llegue a considerarlo descortés para con él y los suyos, que se use el catalán en un curso de la Universidad de Barcelona. Es seguro, sin embargo, que, a pesar de ello, si le interesa la materia, no necesitará más de quince días para seguirlo con aprovechamiento. El mismo sujeto —provisto de gramáticas, diccionarios y, a ser posible, de un buen profesor— necesitará como un año para enterarse de algo en un curso en lengua vasca, dado a nivel de parvulario.

Esta dificultad de comprensión condiciona estrictamente las posibilidades de desarrollo de nuestra lengua, por ejemplo en el punto crucial de la enseñanza. Sería la última persona en recomendar una resignación pasiva, que es la acusación que se suele recibir cuando se

85

86

^b *Los vascos ayer y hoy*.

muestra una actitud crítica hacia posturas maximalistas. Se ha hecho, se hace y se hará mucho, y lo que se haga dará buen fruto en la medida en que soñemos con los pies bien plantados en tierra, sin levitar como hacía aquel compañero de chabola de Arteche que dejaba en suspenso, en cuanto cerraba los ojos, la ley de la gravedad.

Sobre «Límites», me confieso culpable de haber repetido lugares comunes, válidos a grandes rasgos para las situaciones tradicionales, cuando la nueva había sido ya descrita por Julio Caro Baroja en 1955. Esta nueva situación se caracteriza porque ya no puede aplicarse a la lengua el concepto de territorialidad, mantenido todavía en el Estatuto vasco aprobado en 1936. Con todo, la tradición lingüística —es decir, la historia— de las distintas comarcas sigue pesando de una manera muy real en el día de hoy, aunque lo que realmente se distinguen entre sí ahora son zonas con mayor o menor densidad de euskaldunes en su población. Tampoco deja de corresponder a algo muy real la idea de zona limítrofe, hacia el exterior, no hacia dentro, como he podido comprobar hace poco, sin mayor alegría, en Villarreal de Álava.

BASQUE LANGUAGE

Basque, the only remnant of the languages spoken in southwestern Europe before the region was romanized, is currently used in a narrow area of approximately 10.000 square kilometres (3.900 square miles) in Spain and France. The number of Basque-speaking people outside of that territory, in Europe and in the Americas, however, is far from insignificant. In Spain the Basque-speaking region comprises the province of Guipúzcoa, parts of Biscay and Navarra, and a corner of Álava, and in France the western region of the *département* of Pyrénées Atlantiques. Although no statistics are available, the number of speakers, who are largely bilingual, might be judiciously estimated at something over 500.000. Most of them live in the highly industrialized Spanish part of the Basque country. The Basques have derived their name, *Euskaldunak*, from *Euskara*, the native word for their language. According to the classification of the philologist Prince Louis-Lucien Bonaparte (1813-1891), there are eight modern dialects of Basque. Dialectal division is not strong enough to mask the common origin or to preclude mutual understanding. Basque attained official status only for a short period (1936-1937) during the Spanish Civil War, under the Basque autonomous government. 762

Origins and classification

Basque remains an isolated language with no known linguistic relatives. The hypothesis of the German philologist Hugo Schuchardt

- 763 (1842-1927), which once had wide currency, posited an intimate genetic connection between Basque and Iberian (see below) and the Hamito-Semitic (Afro-Asiatic) language group. This theory was superseded by attempts to establish a more or less close link between Basque and Caucasian, the language group indigenous to the Caucasus region. A lack of common linguistic characteristics between the Basque and Hamito-Semitic languages makes Schuchardt's hypothesis extremely dubious. There are, however, some common features that favour the relationship between Basque and Caucasian. Still, proof of a genetic relationship beyond reasonable doubt appears remote. Perhaps the most promising theory current in the 1970s involves the comparison of Basque with the long-extinct Iberian, the language of the ancient inscriptions of eastern Spain and of the Mediterranean coast of France. But, despite amazing phonological coincidences, Basque has so far contributed next to nothing to the understanding of the now-readable Iberian texts. Therefore, it is possible that the similarity may have resulted from close contact between Basques and Iberians and not from a genetic linguistic relationship.

History of the language

At the beginning of the Christian Era, dialects of Euskarian (Basque) stock were probably spoken north and south of the Pyrenees and as far east as the Valle de Arán in northeastern Spain. It is likely that only the disruption of Roman administration in these regions saved the Basque dialects from being completely overcome by Latin. It is also likely that the Basque tongue, which had a firm foothold in the country that then began to be called *Vasconia*, experienced a substantial expansion toward the southwest, which carried it to the Rioja Alta (High Rioja) region in Old Castile and near Burgos. The more eastern Basque dialects, separated from the main area by Romance-speaking populations, were doomed. During the Middle Ages, Basque, the language of a population more peasant than urban, could not possibly hold the field as a written language against Latin and its successors. Navarrese Romance and, to a certain extent, Occitan (the *langue d'Oc*, also called Provençal) in the kingdom of Navarre. Since the 10th century, Basque has slowly but steadily lost ground to Castilian Spanish; in the north, however, where French is a more modern rival, the Basque-speaking area is practically the same as it was in the 16th century.

In the last two centuries, above all in industrial centres, Basque has had to fight for survival in the heart of the Basque-speaking country, as well as on the frontier of the Basque-speaking area.

Latin inscriptions from the Roman period, found mostly in southwestern France, record a handful of proper names of unmistakable Basque etymology. From a.D. 1000 on, records consisting chiefly of proper names but also of Basque phrases and sentences grew more numerous and reliable. The first printed Basque book, dating from 1545, began an uninterrupted written tradition. Scholarly Basque literature, with its prevailing religious interests, has been neither abundant nor varied until recent times. Intense efforts are now being made to introduce Basque as a vehicle of private primary education. In addition, a model of a unified, standard written language also seems to be gaining increasing acceptance.

Phonology

The sound pattern of Basque is, on the whole, similar to that of Spanish. The number of distinctive sounds is relatively low compared with other languages. Combinations of sound (*e.g.*, consonant clusters) are subject to severe constraints. It can confidently be asserted that certain types of consonant clusters, such as *tr*, *pl*, *dr*, and *bl*, were all but unknown about two millennia ago. The common sound system underlying the systems of the present Basque dialects has five (pure) vowels and two series of stopped consonants—one voiced (without complete stoppage in many contexts), represented by *b*, *d*, *g*, and the other voiceless, represented by *p*, *t*, *k*. Nasal sounds include *m*, *n*, and palatal *ɲ*, similar to the sound indicated by *ny* in «canyon». In this respect, as in others, Basque orthography coincides with the Spanish norm. There are two varieties of *l*, the common lateral *l* and a palatal variety, *ʎ*, as in Spanish, that sounds similar to the *lli* in «million» (as *l* + *y*). The Basque *ɾ*, made by a single tap of the tongue against the roof of the mouth, contrasts with a rolled or trilled *ɾ*, written *rr*. Two phonological features are worthy of special attention. Sibilants (both fricatives and affricates) made with the area of the tongue directly before the dorsum (the back of the tongue) are distinct from the apical sibilants, produced with the tip of the tongue. The letter *z* in Basque symbolizes the predorsal fricative, and *tz*, the predorsal affricate sound; *s* and *ts* represent the apical fricative (similar to

Castillian Spanish *s*) and affricate, respectively. (A fricative is a sound, such as English *f* or *s*, produced with friction and, hence, without complete stoppage in the vocal tract; an affricate is a sound, such as *ch* in «church» or *j* in «jam», that begins as a stop and ends as a fricative, with incomplete stoppage). In addition to these hissing sibilants, Basque also includes the hushing ones, written as *x* and *tx*; they are like the English *sh* and *ch*. The *x* and *tx* sounds, along with the palatal sounds written as *ll* and *ñ*, often have an expressive value (diminutive, endearing) in comparison with their nonpalatal counterparts; e.g., *hezur* means «bone» and *hexur* «little bone» (fish bone, for example); *sagu* is «mouse» and *xagu* «little mouse».

The phonology of some Basque dialects may be more complex than that presented in the preceding paragraph. In the easternmost Souletin region, for example, the dialect has acquired, by internal development or by contact with other languages, a sixth oral vowel —rounded *e* or *i*— and nasal vowels, voiced sibilants, and voiceless aspirated stops. The aspiration accompanying stop consonants consists of a small puff of air. There is also, word initially and between vowels, an aspirated *h*, once common but now peculiar to the northern dialects. It has also been retained in the proposed standard form of Basque.

Grammar

The mention of two features is unavoidable in describing Basque syntax. Basque is, in the first place, a language of the so-called ergative type. That is, it has a case denoting the agent of an action. Hence, what in English would stand for the subject of a transitive verb is expressed in Basque by means of a suffix *-k*; for example, in the sentence «the foot serves the hand, and the hand serves the foot» *oinak zerbitzatzen du eskua, eta eskuak oina*, the first word, meaning «the foot», is composed of three elements, *oin* «foot», *-a*, «the», and *-k*, which marks the Basque equivalent of the subject of the verb. The fourth word, meaning «the hand», does not have the *-k* ending. In the second clause, *eta eskuak oina*, the word for hand, *eskuak*, now has the ergative *-k* ending to indicate that the hand is the agent of the clause «the hand serves the foot». The subject of an intransitive verb, which is not distinguished from the object of a transitive verb, has no overt mark —e.g., in «if the belly does not eat, the belly itself will fail», *sabelak jaten ez ba du,abela bera ihartuko da*, the first term, *sa-*

belak «the belly», has the *-k* marker because it is the agent of a transitive verb «eat»; but, in the second clause, *sabela* is the subject of the intransitive verb «fail» and, therefore, has no overt grammatical mark.

The second characteristic feature of Basque concerns the finite verb, which acts as a summary of all the noun phrases in the sentence. It has markers for all three persons —the 1st, 2nd, and 3rd— and may contain as many as three personal references (for subject, direct object, and indirect object). *Da*, for example, means «is», *du* means «he has it», and *dio* means «he has it for him» in the sentence *oinari ez dio eskuak kolperik emaiten* «the hand does not give a blow [kolpe] to the foot [oin-a-ri]». In certain situations the interlocutor can also be referred to within the verb. Further, most Basque verbs have only a compound conjugation; e.g., *erori da* «he has fallen», literally, «he is fallen», and *jaten du* «he eats [is eating] it».

Although some ancient prefixes are still apparent in modern Basque, they are no longer productive, so that Basque can be characterized as an over-all suffixing language; that is, it appends suffixes to the ends of words. There is one declension with suffixes or postpositions to indicate number and case; e.g., *etxe-a* «the house», but *etxe berri-a* «the new house», and *etxe berri-a-ri* «to [for] the new house». 764 Suffixes, under certain restrictions, may be heaped upon one another. Theoretically, genitival endings indicating possession may be added to one another without limit. This is similar to the case in English of «the button of the coat of the son of the Major of York»; in Basque, however, the phrase «of the» is indicated by an ending, *-(r)en*, added to the noun. Noun suffixes can also be attached to verb forms in order to express subordination of the clauses in which the verb forms appear; e.g., *da* «is», *den* «which is», *dena* «that (-a) which is», *denean* «when there is», literally, «in that which is». Prefixes are also used for that purpose; e.g., *ez du jaten* «he does not eat» with the particle *ba* «if» becomes «if [the belly] does not eat», *jaten ez ba du*.

Vocabulary

Basque has preserved a peculiar and distinctive appearance, despite the overwhelming pressure it has been subjected to during at least 2,000 years. Nevertheless, its borrowings from the neighbouring languages, especially words and idioms, can hardly be underrated. Loanwords from the Romance languages are numerous. Some of them

bear the stamp of their archaic Latin ancestry; *e.g.*, *bake* «peace» from Latin *pax*, *pacis*, *bike* «pitch» from Latin *pix*, *picis*, and *errege* «king» from Latin *rex*, *regis*. Contrary to a widely held opinion, Indo-European loanwords of non-Latin origin are extremely scarce. Derivation, the formation of new words by the use of suffixes, is accomplished partly through the use of borrowed suffixes. This practice, as well as the compounding of nouns to form new words, as in *bizkar-bezur* «backbone», has been very much alive throughout the history of the language. Basque itself has contributed but little to the Spanish, Occitan, French, and English languages. But family and place names of Basque coinage are frequent in Spain and in Latin America, where they can be found in such proper names as Aramburu, Bolívar, Echeverría, and Guevara.

Bibliography

R. Lafon, «La lengua vasca», *ELH*, I, perhaps the best short introduction to Basque, both descriptive and historical; H. Schuchardt, *Primitiae linguae Vasconum*, [Tübingen] 1968², detailed commentary of an Old Basque text, with an introduction and up-to-date bibliography by A. Tovar; P. Lafitte, *Grammaire basque*, [Bayonne] 1962², a standard normative grammar; J. Coromines, *Estudis de toponímia catalana*, [Barcelona] 1965-1970, presents new data on the survival of Basque dialects in the Middle Ages; J. M. Lacarra, *Vasconia medieval*. [Historia y filología], [San Sebastián] 1957, authoritative review by an historian of the linguistic situation in and around the Basque country; L. Michelena, *Fonética histórica vasca*, [San Sebastián] 1961, essay on the reconstruction of the phonological system of Proto-Basque; L. Michelena (ed.), *Textos arcaicos vascos*, [Madrid] 1964, an annotated collection of documents from the Antiquity to 1700; R. Lafon, *Le système du verbe basque au XVI^e siècle*, [Bordeaux] 1945, the best account of form and function of the Basque verb; in *Le langage*, directed by A. Martinet, [Paris 1968], pp. 1414-1437, may be seen as a rather skeptical survey of old and recent theories about genetic relationship [L. Michelena, «L'euskaro-caucasien»]; A. Tovar, *La lengua vasca*, [San Sebastián] 1954 (abridged Eng. trans., *The Basque language*, [Philadelphia] 1957), and *The ancient languages of Spain and Portugal*, [New York] 1961, a discussion of the problem of the position of Basque among these now extinct languages.

Según estimaciones de 1973, en las Provincias Vascongadas y en el norte de Navarra un 33% de la población entiende el vascuence, un 25% lo habla, un 17% lo lee y un 10% lo escribe. 10.145

Dentro de su unidad el vascuence se presenta dividido en dialectos, que, según la clasificación del príncipe Bonaparte, son ocho: vizcaíno, guipuzcoano, alto-navarro septentrional y meridional, labortano, bajo-navarro occidental y oriental y suletino. Así como los límites de la zona de habla vasca no coinciden en tiempos históricos con los de la Vasconia tradicional, tampoco las áreas dialectales van de acuerdo con las divisiones político-administrativas: todas las variedades vasco-francesas, por ejemplo, tienen su prolongación en la Alta Navarra. Sólo una parte de los dialectos se han usado corrientemente por escrito, y en la literatura cada vez se ha tendido más al empleo de variedades normalizadas comunes. A propuesta de G. Aresti, la Academia de la lengua vasca inició en 1968, bajo la dirección de K. Mitxelena, una serie de reuniones de estudio encaminadas a la normalización de la ortografía, el léxico, la declinación y el verbo vascos. En la actualidad, tras un periodo de largas discusiones, el *euskara batua* (euskara unificado) está prácticamente perfilado, y su uso a nivel literario y escolar se ha generalizado.

Los primeros testimonios de la lengua datan de la época romana. Son nombres propios de personas y de divinidades, sobre todo (*Cisson*, *Nescato*, nombre de hombre y mujer respectivamente, son comparables, por ejemplo, a los modernos *gizon* «hombre» y *neskato* «muchacha»), que aparecen en inscripciones latinas halladas en Aquitania,

vertiente norte de los Pirineos, con inclusión del valle de Arán, región de Auch (Aire-sur-l'Adour). Sólo dos proceden de lo que luego fue zona de habla vasca: la votiva de Tardets (Soule) y la recientemente descubierta en Lerga (Navarra). A juzgar por la toponimia, hubo también núcleos de habla euskera al sur de los Pirineos.

La lengua estuvo probablemente a punto de perderse, como las demás prelatinas de Hispania y Galia, pero se salvó por la descomposición del Imperio, iniciada ya a mediados del s. III. Por otra parte, la romanización se detuvo después de las invasiones, época en que los vascones, antes pacíficos, lucharon encarnizadamente con francos y visigodos.

Pasados esos siglos oscuros, se halla que la lengua está sólidamente establecida, no sólo en la mayor parte de Navarra y en las Vascongadas (excepto la parte occidental de las Encartaciones y zonas de Álava), sino también en la Rioja Alta y por tierras de Burgos. (Mientras los límites de la Vasconia francesa parecen haber permanecido estacionarios durante siglos, en España se observa un retroceso más o menos lento, pero constante. En buena parte de Álava la pérdida debió de producirse en el s. XVIII; en Navarra, sobre todo en el s. XIX). La documentación sobre la lengua vuelve a hacerse cada vez más abundante a partir del s. IX. Se trata sobre todo de documentación indirecta, formada por nombres propios en documentos redactados en latín y luego en romance (castellano, navarro-aragonés, gascón). Las dos primeras frases conservadas son glosas, intercaladas entre otras muchas en romance, en un manuscrito del monasterio de San Millán, en la Rioja. Con la difusión de la imprenta aumentan los testimonios, y desde 1545 los libros vascos son cada vez más numerosos.

Aunque muestra claras huellas de la convivencia de dos milenios con el latín y las lenguas románicas, en condiciones desfavorables, el vascuence ha conservado características que lo apartan mucho de las lenguas vecinas. No ocurre esto con los sonidos, pues su sistema consta de pocas unidades, cuyas posibilidades combinatorias están además muy limitadas. Llama tan sólo la atención que posea dos sibilantes: una de tipo español (escrita *s*) y otra predorsal, de tipo francés (escrita *z*), con sus africadas correspondientes (*ts*, *tz*), que van acompañadas de palatales, fricativa y africada (*x*, *tx*). En cuanto a su estructura gramatical, puede ser calificada de aglutinante. La declinación se hace por medio de sufijos invariables que se añaden a cualquier tema nominal, es decir, al último tema de cualquier grupo nominal: *gizon-a-rekin* «con el hombre», *gizon gazte-a-rekin* «con el

hombre joven», *gizon gazte bat-ekin* «con un hombre joven», etc. La formación de palabras cuenta con abundantes recursos, ya que los sufijos de derivación (antiguos o tomados en préstamo) son numerosos, y la composición, al estilo de las lenguas germánicas, es un procedimiento muy productivo. La originalidad —relativa— de la lengua suele buscarse en el verbo, que es pluripersonal: puede concordar en número y persona con dos o tres elementos de la frase (sujeto, complemento directo e indirecto de la traducción) y no solamente con uno: *eman du* «lo ha dado», *eman ditu* «los ha dado», *eman dio* «se lo ha dado», *eman diot* «se lo he dado», etc. En las formas llamadas alocutivas (tuteo y, en algunas zonas, voseo), el verbo contiene además una referencia al interlocutor: *eman dik*, *dizkik*, *ziok*, *zioat*, respectivamente, cuando se tutea a una persona de sexo masculino. La lengua hace uso, por otra parte, de la llamada «construcción ergativa», corriente en otras lenguas como [[las caucásicas]].^a Es decir que el sujeto de un verbo intransitivo se comporta como el objeto directo de un verbo transitivo, y no como el sujeto de éste, que va en un caso distinto (activo o ergativo): *gizona etorri da* «el hombre ha venido» como *gizona ikusi du* «ha visto al hombre», pero *gizonak ikusi du* «el hombre lo ha visto», con el sufijo *-k*, índice de ergativo. El aislamiento, aparte las coincidencias debidas a la vecindad, de la lengua vasca ha sido el incentivo de muchas tentativas, más o menos razonables, para acabar con él demostrando su parentesco genético con otras lenguas o grupos de lenguas. El parentesco se ha buscado en las cercanías, y también muy lejos. Dentro de la hipótesis probable de que el vasco moderno no es sino el residuo de lenguas habladas en otro tiempo en ámbitos extensos, era inevitable pensar que este espacio comprendiera toda la península Ibérica o parte de ella. Esta idea, corriente en autores vascos, fue desarrollada por Humboldt (1821) y más recientemente por Schuchardt (1908), quien creyó demostrar que vasco o ibérico coincidían en la declinación. Como, por otra parte, gozaba de gran favor la hipótesis de que los iberos procedían del norte de África, quedaba abierto el camino para la integración del vasco en la familia de las lenguas camito-semíticas, integración que Schuchardt defendió también por medio de comparaciones de vocabulario.

No obstante, cuando Gómez-Moreno descifró el sistema de escritura llamado ibérico, se vio que las inscripciones, que antes se

^a *la caucásica* en el original.

leían de manera muy imperfecta, estaban redactadas en dos lenguas distintas, una de las cuales (el celtibérico) era claramente indoeuropea.

En cuanto a las propiamente ibéricas, procedentes de la costa mediterránea de España y Francia y del valle del Ebro, es un hecho decisivo que el vasco apenas haya servido para su interpretación, muy poco avanzada todavía, cosa que difícilmente podría ocurrir si éste fuera una forma moderna del ibérico o estuviera por lo menos emparentado de cerca con él. Con todo, se descubre una serie de coincidencias (semejanzas en los fonemas y en su distribución, identidad en elementos del léxico y hasta, al parecer, en índices gramaticales), que no se sabe hasta qué punto cabe atribuir a la vecindad o al azar. Por otra parte, lo poco que conocemos del ibérico nos lleva a un mundo que en nada recuerda al camito-semítico.

También se ha pensado desde antiguo que el vasco de un lado y las lenguas caucásicas (es decir, las lenguas habladas en el Cáucaso que no forman parte de familias bien establecidas) del otro dan testimonio de una extensa área lingüística antigua, anegada después por el avance de lenguas de otros grupos. Últimamente el parentesco lingüístico vasco-caucásico ha sido defendido sobre todo, en numerosos trabajos, por Karl Bouda y René Lafon.

No es posible en la actualidad pronunciarse sobre esta hipótesis de una manera definitiva. Si se recuerda, sin embargo, que el parentesco de las lenguas caucásicas entre sí no está demostrado todavía —hay, en el mejor de los casos, dos familias, septentrional y meridional, cuyas relaciones mutuas siguen siendo discutidas—, como también que en las investigaciones realizadas no se han tomado las precauciones previas necesarias, hay que concluir que esa hipótesis no está demostrada. El parentesco lingüístico, en efecto, sólo puede probarse dentro de ciertos límites, bastante reducidos, de tiempo.

Bibliografía

A. Tovar, *El euskera y sus parientes*, Madrid 1959. R. Menéndez Pidal, *En torno a la lengua vasca*, Buenos Aires 1962. L. Michelena, *Sobre el pasado de la lengua vasca*, San Sebastián 1964. I. López Mendizábal, *Gramática vasca abreviada*, Tolosa 1970. R. Ma de Azkue [y S. Altube], *Morfología vasca. (Gramática básica dialectal del euskera)*, Bilbao 1972. I. de Garmendia, *Geografía histórica de la lengua vasca*, San Sebastián 1972. J. Lasa, *Ensayos críticos sobre la unificación literaria del vascuence*, Zarauz 1973. J. L.

Álvarez Enparantza, *Euskara batua zertan den*, Oñate 1974. M. Zárata, *Influencias del vascuence en la lengua castellana*, Bilbao 1976. J. M^a Torrealday, *Euskal idazleak, gaur. (Historia social de la lengua y literatura vascas)*, Oñate 1977. J. Caro Baroja, *Sobre la lengua vasca*, San Sebastián 1979.

Una manera breve, aunque externa, de caracterizar a la lengua vasca se reduciría a decir, como ya se ha dicho, que es una lengua pequeña —pequeña y, en un sentido que más abajo se trata de precisar, aislada— que hoy sigue siendo usada a uno y otro lado del Pirineo. Y, ya que las lenguas en tanto que sistemas de expresión y comunicación carecen de cuerpo y por ello mismo de tamaño, esto significa en lenguaje no traslaticio que sólo es conocida y empleada por una comunidad reducida, en un territorio también reducido. 225

Este no es, además, un hecho reciente. Hay razones para pensar que en los dos últimos milenios, el período que cubren mejor o peor nuestros conocimientos históricos, los límites de la zona vascófona no han sido comparativamente muy amplios; tampoco ha sido grande, sin duda, la densidad de la población que habitaba ese territorio. Así pues, como tamaño y número obran a modo de masa crítica, por debajo de la cual se hace difícil la supervivencia de una lengua, la apurada situación moderna del vascuence, acosado por sus grandes vecinos, no carece seguramente de precedentes históricos. Por no citar más que el mejor conocido o adivinado, hubo seguramente un largo período en que sus posibilidades de resistir al latín tuvieron que parecer más bien escasas.

J. Haritschelhar, dir., *Ser vasco*, Bilbao 1986, pp. 225-265. [N. de los eds.: tres años antes se publicó una traducción francesa de este mismo texto, probablemente de una versión anterior y algo más reducida, en el gemelo francés del mismo libro: «La langue basque», en Id., *Être basque*, Toulouse 1983, pp. 225-265].

Con todo, esa lengua menor ha sido y es tan conflictiva, al menos en cuanto tema de discusión académica, como cualquier otra del occidente europeo. Para los vascos en primer lugar, pero no solamente para ellos, como lo demostraría el mero recuento de las páginas impresas que propios y extraños le han dedicado. Esta atención parece aún más desmedida si se recuerda que la lengua carece de cualquier especial brillo literario —o, más en general, cultural— que la distinga.

No es sin duda casual que la lengua vasca haya contado, y acaso cuente aún, con una corporación casi institucionalizada de defensores, los llamados apologistas, enfrentados a los detractores, espontáneos o interesados, que tampoco han faltado. Como compendio del punto de vista de los primeros vale el título de una obra que el mayor de ellos, el padre Larramendi, publicó en Salamanca en 1728: *De la antigüedad y universalidad del Bascuence en España, de sus perfecciones y ventajas sobre otras muchas lenguas*. Es decir que el bascuence, además de ser una lengua «mejor» que muchas otras, aunque Larramendi se abstiene de calificarla como la mejor de todas, es la lengua más antigua de la Península Ibérica: es, en una palabra, su lengua antigua, la que en un tiempo fue común a toda ella. El lector echará de ver, sin embargo, que las proposiciones de Larramendi, inspiradas al parecer por un ciego entusiasmo, están sujetas al freno de la más estricta prudencia política. Aunque sabía muy bien que en 1600 por ejemplo (y después y antes) la lengua vasca se empleaba también fuera de los dominios del rey de España, prefiere reducir a éstos su supuesta universalidad.

Los adversarios de estas ideas encontraron siempre graves impedimentos para poner en duda la antigüedad (es decir, la antigüedad *in situ*, en o cerca del País Vasco actual) de la *lengua* y, cuando llegaron a idear alguna escapatoria, ésta tenía que ser por necesidad inepta. Más hacedero les era rechazar la supuesta universalidad, nunca probada.

Ninguno de los contradictores se sentía muy inclinado, y esto cae de su peso, a aceptar sus posibles perfecciones. Hasta en un aspecto tan neutro como el de la pronunciación, un testigo del siglo XII, francés por cierto, afirma que el hablar de los vascos le recuerda el ladrido de los perros. Este descortés observador no cayó en la cuenta de que para todos, en el fondo, lenguaje humano sólo es el nuestro o el que, no siéndolo de origen, nos hemos apropiado muy bien.

En cuanto al fondo de la polémica, es de justicia señalar que, aunque los apologistas pecan de parcialidad manifiesta al valorar

los méritos de la lengua, han solido tener, frente a sus oponentes, la inmensa ventaja de conocerla bien. La afirmación de que no era éste en general el caso de los otros vale también para su último y hoy más conocido representante, el vasco Miguel de Unamuno, que nunca acabó de distinguir su propia incapacidad para expresarse en esa lengua, que quiso aprender pero nunca dominó, de la incapacidad de ésta para cualquier expresión o representación de carácter elevado. Por eso, la aportación de los apologistas a la lingüística general, aunque sea más bien de detalle y hecha a través de su propia lengua, no es despreciable en absoluto, como lo demuestra, valga como ejemplo, el agradecimiento de W. von Humboldt a Astarloa.

Perfecciones e imperfecciones

No tendría interés proseguir esa disputa, ya que la opinión, brillantemente expresada por Sapir y otros, de que cualquier lengua puede expresar de una u otra manera todo aquello que se dice en otra reuniría hoy un amplio consenso. O, más precisamente, que cualquier lengua *podría* expresarlo con recursos propios, si sus hablantes se tomaran el interés o la molestia de capacitarla para ello. Dicho de otro modo, las diferencias de valor, nada despreciables, que pueden establecerse entre lenguas distintas se basan en su mayor o menor adecuación a las necesidades de un determinado estadio de desarrollo, consecuencia, a su vez, de la situación dominante o subordinada en que se encuentran, porque han sido puestos en ella, los pueblos que las emplean.

Esto es especialmente claro en los casos de conquista y colonización desde el Imperio Romano hasta hechos modernos en América y África, por ejemplo, en que una comunidad se ha visto obligada más o menos brutalmente a cambiar de raíz sus modos de vida, con lo que también la lengua tenía que adaptarse o perecer. Que la adaptación es perfectamente posible lo demuestra el ejemplo japonés: el comodoro Perry no podía prever que la respuesta japonesa a su amenaza iba a ser, a la larga, Tusshima o Port Arthur, por no hablar de Pearl Harbour y de lo que pueda seguir. Y nada importa que, naturalmente, la adaptación haya traído consigo, sobre todo, después de la última guerra, la introducción de un considerable material léxico de origen inglés. Otro tanto había ya ocurrido, siglos atrás, con el vocabulario de origen chino.

Conforme a una opinión que siempre ha tenido partidarios, las lenguas naturales no parecen ser sino ejemplares, muestras o realizaciones (Humboldt decía «individuos») de una especie única: el lenguaje natural. Y dentro de éste habría también que incluir, de modo un tanto paradójico, además de las lenguas históricas, las artificiales que, como el esperanto, han sido creadas a imagen y semejanza de aquéllas. Quedarían, en cambio, excluidos objetos como los sistemas formales, llamados también «lenguajes».

Esta concepción ofrece al menos la explicación más simple del hecho sorprendente de que nunca se haya conseguido, a pesar del saber y del ingenio que en ello se ha derrochado, una clasificación operativa de las lenguas, cuando ya en el siglo XVIII se llegó a arbitrar una muy aceptable y aceptada para las plantas. Es decir, no se ha logrado una clasificación que no sea genética o, en otras palabras, histórica, basada en la comunidad de origen. Lo expuesto equivale, a fin de cuentas, a sostener que las diferencias entre lenguas, por llamativas que parezcan, son superficiales y de menor entidad al lado de las coincidencias profundas que unen hasta a las lenguas aparentemente más diversas. Por eso, cualquier intento de valoración comparativa será ocioso, a no ser que se quede dentro de lo coyuntural, que tantas veces es decisivo, sin entrar en consideraciones de estructura.

Antigüedad

En contra de lo que se infiere de una creencia muy difundida por desgracia, el preguntarse si una lengua es más antigua que otra no tiene sentido alguno. Durante el período en que sabemos algo de las lenguas gracias a la escritura —durante, digamos, los últimos 5.000 años—, toda lengua (mejor, todo estado de lengua) procede de algún estado de lengua anterior, del mismo modo que, según el viejo aforismo de Virchow, toda célula procede de otra célula. Y no cabe dudar de que lo sucedido en los últimos milenios venía ya produciéndose desde tiempos muchísimo más remotos.

Bien al contrario, tiene pleno sentido la cuestión sobre la mayor o menor antigüedad de una lengua en un país determinado: así, por citar el ejemplo que tenemos entre manos, la vasca es por estas comarcas más antigua que las lenguas románicas vecinas, ya que el la-

tín, antecesor de éstas, fue importado en una época de la que poseemos abundantes testimonios, cuando las hablas éuskaras estaban sólidamente implantadas desde tiempo atrás.

No por ello queda dicho, sin embargo, que el vascuence fuera, incluso en los primeros momentos de la conquista romana, la más antigua de las lenguas habladas en Galia y en Hispania: es solamente la más antigua *in situ* entre las que se han conservado hasta nuestros días. Y, puesto que se ha tocado ese punto, no estará de más apuntar lo que esa conservación tiene de excepcional.

Es bien sabido que la latinización, la cara lingüística de la romanización, es un fenómeno que afecta a todo el occidente europeo, si bien no solamente a él. Acaso sea menos conocido que esta latinización no es, en una perspectiva más amplia dado que el latín es una lengua indoeuropea, sino una fase tardía del largo proceso de indoeuropeización del sur y del oeste, cuyo primer impulso está, de acuerdo con la opinión común, en la inmigración de gentes procedentes de regiones centrales de Europa. De todos modos, para la historia medieval y moderna, la latinización no ha sido una simple prolongación, sino un hecho autónomo de importancia decisiva, ya que hoy se oponen lenguas románicas a germánicas o (en Trieste, por ejemplo) eslavas, tan indoeuropeas las unas como las otras. Y, volviendo a nuestro caso, se da la circunstancia de que la lengua vasca se conservó a pesar de la romanización, cuando ésta llevaba como secuela en la parte occidental del Imperio la latinización de los territorios, sin otra excepción, en zonas fronterizas, que las provincias como Britania en que el proceso se interrumpió antes de consumarse u otras, así el norte de África, que confinaban con zonas no sometidas de lengua análoga.

229

De esta conservación excepcional, aunque no necesariamente prodigiosa, se ha seguido un conjunto de hechos que han marcado el carácter de la lengua y han condicionado su supervivencia. Al quedar como único testigo vivo de lo que en algún momento pudo ser el paisaje lingüístico de esta parte de Europa, el más indígena de los indígenas ha podido ser tomado por una especie de cuerpo extraño. De ahí también, que, siendo una lengua más, de la misma naturaleza que cualquier otra, llegue a ser considerado en su propia casa como un idioma exótico. Ahí se encuentra además la raíz de ciertas consideraciones que se oyen o se leen acerca de su dificultad, como si una lengua pudiera ser en sí más difícil o más fácil que otra cualquiera.

Aislamiento

La lengua vasca es, pues, muy europea y, dentro de Europa, muy occidental. Lo es por su arraigo ya muy antiguo en esta parte del mundo y lo es también por los estrechos contactos que viene manteniendo, desde hace más de dos milenios, con otras lenguas europeas. Vasconia, por su situación, ha tenido siempre más de pasillo que de bastión y los puertos de Roncesvalles, por reducirnos a este ejemplo, han debido de ser cruzados por incontables pueblos y ejércitos extraños, sin que hasta el año 778 tengamos noticias de que se produjera ningún desastre.

Pero, por más que esto sea así, es un hecho que la lengua vasca ha estado y está aislada en un sentido de la palabra que trataremos de precisar. Cuando se dice, como se acaba de decir, que no hay hoy en día una clasificación de las lenguas, esto no es más que una manera elíptica de indicar que no hay todavía una clasificación *tipológica*, fundada en la estructura misma de las lenguas, que tenga curso general. Lo que sí existe, por el contrario, es una clasificación basada en la idea de parentesco o, más exactamente, de parentesco genético.

Siempre se ha supuesto que este parentesco tiene una raíz histórica, que en última instancia se reduce a un origen común. Pero este concepto ha tenido que llegar a una formulación clara y afinarse después hasta llegar a separar aspectos que en un principio parecían estar inextricablemente unidos. Y lo primero que hay que distinguir es todo aquello que se pueda atribuir a afinidad, relación nacida de la vecindad.

No cabe duda de que la convivencia en espacios próximos, e incluso en un mismo espacio, de gentes que hablan lenguas de procedencia diversa es una circunstancia de carácter tan histórico como el origen común, conocido o postulado, de las lenguas. También son semejantes hasta cierto punto los efectos que se siguen de aquélla y de éste. A fin de cuentas, y en el resumen más apretado, dos o más
 230 lenguas muestran una serie de rasgos y elementos comunes: por una u otra causa, comparten hechos de pronunciación, piezas léxicas y reglas gramaticales.

Por afinidad (es decir, en último término por préstamo, sea en una dirección o en la otra) se explica la relación manifiesta que existe en el vocabulario entre fr. *choix, voix, raison, saison, loisir, plaisir, nourrice* e ingl. *choice, voice, reason, season, leisure, pleasure, nurse* y

tantos otros. O, con base en intercambios más antiguos, entre ingl. *cook, kitchen, mill, minster, mint, nonn, street* y lat. *coquus* '(maître) queux', *coquīna* (en su forma clásica) 'cuisine', *molīnum* 'moulin', *monastērium* 'moutier', *monēta* 'monnaie', *nōna, strāta* (ant.) 'estrée', etc.

No sería nada difícil hacer una larga lista que demostraría la importancia de la influencia del latín y de las lenguas románicas vecinas por lo menos, sobre el vascuence. Pero, del mismo modo que siempre se ha reconocido que la huella francesa (y antes la latina) en el inglés se debe a procesos históricos bien conocidos y relativamente recientes, la opinión tradicional siempre ha visto al vascuence como una lengua aislada, aunque lleve bien clara la marca del contacto con otras lenguas durante los dos últimos milenios. Todavía para Hervás, hacia 1800, era una «lengua matriz» que correspondría a una de las estirpes, cuyo número llegó a fijarse en 72, del catálogo de Génesis, 11.

La comparación

A finales del siglo XVIII y a principios del XIX llegó a concretarse la idea del parentesco genético. Ésta es una manera no muy exacta de hablar ya que, en la parte del mundo en que vivimos, teníamos delante de nuestros ojos un ejemplo que, gracias a la sobrea-bundancia de documentación disponible, es de particular evidencia: las lenguas románicas de hoy, como el francés o el español, no son más que latín fragmentado y diversificado según los tiempos y los lugares. Son variedades, se puede decir que dialectos, de una misma lengua que en tiempos no tan lejanos era unitaria, en la medida en que una lengua puede serlo. Del hecho en sí no podía dudar nadie, aunque la descripción y las causas del fenómeno no tuvieran necesariamente que ser siempre las mismas.

Lo que entonces se consiguió, gracias a técnicas perfeccionadas poco a poco (correspondencias fonéticas y, como consecuencia, la regularidad en los cambios de sonidos, comparación global de sistemas morfológicos, etc.), fue una mayor seguridad en la separación de los hechos debidos a un parentesco que metafóricamente podemos llamar original de la ganga debida al contacto. Y también un incremento de potencia de los métodos de prueba con los que podían ponerse al descubierto parentescos más lejanos. Ya se ha dicho

231 que en algunos casos, como en el del latín y los romances, no hacía falta probar, sino a lo sumo interpretar, el parentesco, que estaba históricamente establecido. Saltaba también a la vista del buen conocedor la estrecha relación que unía a los miembros de familias de lenguas como las románicas (Andrés de Poça, vasco y apologista, afirmó en 1587 que el rumano era una de ellas), las germánicas, las eslavas o las semíticas: las gramáticas árabe y hebrea han estado durante siglos unidas por muy estrechos lazos.

Pero, aunque se creía adivinar algún nexo entre las lenguas germánicas y las clásicas (a las que vino a juntarse, de manera decisiva, el indio antiguo), esta convicción no terminó de tomar forma hasta principios del siglo XIX. De la impresión que esto produjo, sobre gentes de lengua germánica sobre todo, da fe, por ejemplo, este texto de Hegel: «El descubrimiento, hace veintitantos años, del sánscrito y de sus relaciones con las lenguas europeas, ha sido un gran hallazgo histórico semejante al de un mundo nuevo. Nos ha sugerido, en particular, la idea de un lazo histórico de los pueblos germánicos con los de la India, tesis que comporta toda la certidumbre que cabe exigir en tales materias»,

Toda demostración reposa aquí sobre la comparación entre elementos, palabras o morfemas sobre todo, que se supone tienen, en todo o en parte, un origen común y pueden ser retrotraídos a él, por medio de las técnicas de reconstrucción. La reconstrucción puede ser interna, cuando lo que se comparan son signos, significantes con significado, de un mismo estado de lengua: *feu* : *foyer* o *lieu* : *louyer* : *louer* ‘donner ou prendre en location’, etc. Pero esto no nos llevaría demasiado atrás en el tiempo, a no ser que dispongamos de otros términos de comparación: ¿quién pensaría como posible pariente en *coucher*, lat. *collocāre* (cf. esp. *cuelgo* / *colgar* en relación con *luego* : *lugar*), si no dispusiéramos del latín? La reconstrucción externa, conocida como método comparativo por antonomasia ofrece, cuando está disponible, recursos distintos y en conjunto mucho más poderosos. Baste con recordar ahora la existencia de abundantes series que es fácil descubrir entre lenguas emparentadas, como ésta que se toma del español y del francés: *caballo* : *cheval*, *cabello* : *cheveu*, *cabo* : *chef*, *cabra* : *chèvre*, *camino* : *chemin*, *camisa* : *chemise*, *cara* : *chère*, *casa* : *chez* (cf. ant. *chiese*, *chese* ‘maison’).

Se obtienen así valiosas clasificaciones, esquemas que tienden a ser por lo general de tipo reticular: las lenguas románicas, como el francés y el español, forman una rama distinta de las germánicas,

como el inglés y el alemán, o de las eslavas, como el ruso y el búlgaro, etc., pero todas ellas, a su vez, románicas, germánicas y eslavas, son lenguas indoeuropeas, al igual que el irlandés o el lituano. Por ello mismo están claramente separadas tanto del finés y del húngaro, que van juntos por una parte, como del vasco, que va por otra, sólo al parecer.

Esta clasificación tiene un grave inconveniente, más grave porque nace de los métodos mismos que emplea: no es exhaustiva. Y no quedan cabos sueltos solamente en el escalón más alto (¿corresponde a algo real la hipótesis de un «nostrático», familia única que agruparía a todas «nuestras» lenguas: indoeuropeas, urálicas, hamito-semíticas...?), sino también, demasiado a menudo, en los más bajos. El vascuence sería, de acuerdo con la opinión más generalizada, la única lengua europea que no es miembro de una familia lingüística, pero este aislamiento, excepcional aquí y ahora, no lo es en absoluto, si tomamos en consideración la totalidad de las lenguas conocidas, presentes y pasadas. Téngase además en cuenta que esa situación se sigue, según toda probabilidad, de un hecho accidental: el vascuence ha demostrado, por hablar en términos animistas, un mayor apego a la existencia que otras lenguas emparentadas. Es, en efecto, más que verosímil que lenguas de tipo muy parecido, unidas por el origen común, se hayan hablado en épocas de las que no nos han llegado datos en países próximos y hasta en otros más lejanos.

232

Los vascos y su lengua

Podemos resumir lo anterior diciendo que, entre las razones del interés que la lengua vasca ha despertado entre propios y extraños, se encuentran su supuesto aislamiento genético, su difícil supervivencia que da un valor excepcional a su testimonio respecto al pasado lingüístico de esta parte del mundo: no es, por desgracia, llave que sirva para todas las puertas ya que, sin ir más lejos, los textos ibéricos siguen siendo herméticos, como veremos, a todo intento de penetración vasca. Y, por último, como resultado del aislamiento y de la conservación, exhibe hoy todavía, a pesar de la duración e intensidad de las influencias extrañas que viene sufriendo sin interrupción, un tipo lingüístico que se aparta mucho del de las lenguas del oeste de Europa o, para el caso, del norte de África.

Esa lengua constituye para los vascos mismos un objeto que puede ser considerado con sentimientos encontrados, pero difícilmente con indiferencia. Y, puesto que hemos pasado de la lengua a los vascos mismos, será oportuno decir unas palabras sobre sus relaciones mutuas, que no son tan unívocas como el nombre podría dar a entender.

Es patente, en primer lugar, que los límites de la lengua no son hoy coextensivos con los del territorio cuya denominación más neutra, entre varias, es la de País Vasco: precisemos por si acaso que aquí comprende, de acuerdo con un uso muy extendido, las regiones de Navarra Alta y Baja (es decir, con inclusión de la sexta merindad del viejo reino: la de Ultrapuertos), Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, más los países de Labort y de Sola. A mayor abundamiento, la lengua ya no era general en ese territorio en épocas pasadas, desde el siglo X por lo menos, con toda seguridad. Quedaban dentro del dominio romance y fuera por lo tanto del vasco tanto la parte occidental de las Encartaciones de Vizcaya como de la provincia de Álava y también, sin agotar la enumeración, la Ribera navarra que en buena parte, en torno a Tudela, seguía estando bajo dominio musulmán. Pero al revés tampoco la lengua ha estado siempre contenida dentro de las fronteras político-administrativas arriba señaladas: en ese mismo siglo el vascuence se hablaba también al sur del Ebro, en zonas de la Rioja Alta y de la Bureba.

El vascuence es la lengua de los vascos no porque todos éstos la posean en común, sino porque constituye la única propiedad de ese género que —como colectividad, si no como individuos— tienen en exclusiva. Hasta se podría sostener, sin pecar de paradoja, que los vascos, en cuanto grupo humano claramente diferenciado, sólo existen gracias a la existencia, tangible todavía, de la lengua. En otras palabras, el mantenimiento de la lengua en el núcleo menos aculturado del País ha obrado, por su sola presencia, como agente unificador en la conciencia de las gentes. No se quiere decir, claro está, que la lengua, encima de conservarse a sí misma, ha conservado a los vascos como tales. Su supervivencia, debida en lo esencial a factores extraños a la lengua (no hay que olvidar la autonomía política, como residuo o como recuerdo activo y reivindicador), impone una presencia, querida o molesta, que en cualquier caso no puede ser dada de lado sin más.

A juzgar por las apariencias, no parece faltarle un claro correlato en la nomenclatura a este papel predominante de la lengua. Se diría,

en efecto, que, a juzgar por los nombres, lo primero es la lengua dotada de un nombre que le pertenece en propio, y lo segundo o secundario son los vascos que, sólo por conocer y usar aquélla, reciben de ella una denominación derivada. 'Vasco' se dice *euskaldun*, cuya explicación transparente es *euskara*, el nombre más antiguo de la lengua (si prescindimos de los dos primeros testimonios que documentan *heuskara*, con aspiración inicial), más el sufijo productivo *-dun*: '(alguien) que tiene, que posee la lengua vasca'.

Tanto *euskara*, de donde *euskaldun* y variantes, como su contrapuesto *erdara* 'lengua extraña, no vasca', de donde *erdaldun* (*Erdara*, *Erdalduna*, al igual que *Latinato*, ocurren como sobrenombres en la zona de habla vasca de la Navarra medieval), deben de ser, como lat. *uasconicē*, *rōmānicē* (cast. *vascuence*, *romance*, el primero de los cuales se escribe normalmente *bascuenz*, *basquenz* en romance navarro), lo que Coseriu ha llamado «adverbio substantivado»: '(hablar) a la manera vasca' o algo semejante, del mismo modo que en latín se decía *latinē loquī* 'hablar latinamente'.

No está explicada la relación, si hay alguna, entre *eusk-* (*euskara*, *euskaldun*, etc.) y *vasc-* en latín *Vasconēs* (top. *Báscones*, *Villabáscones*, etc., en Castilla), cast. *vascongado*, *vasco*, etc. Hasta es muy posible que, de acuerdo con una idea ya antigua, nos hallemos ante nombres de origen completamente diferente, el primero de los cuales sería inseparable del de los *Ausci* aquitanos. Por lo que se refiere a *Vascones*, el más reciente *Wasconia*, etc., tampoco es segura la opinión de A. Tovar, quien veía en la leyenda monetaria *ba(r)ścunes* en escritura ibérica, de una ceca localizable en o cerca de Navarra, su testimonio más antiguo: la forma sería indoeuropea (en este caso celtibérica), no solamente por la desinencia *-es* de nominativo plural, hecho evidente, sino también por el sufijo y por la raíz */bars-/*. Entre otras, queda, sin embargo, la posibilidad apuntada por J. Untermann de que el letrero, a causa de las peculiaridades de aquel sistema de escritura, también pueda representar */bras-/*, con lo que desaparece todo medio de emparejarlo con */was-/*.

234

En España lo clásico ha sido *vascongado* (no *vasco*!) que, al menos en lo fundamental, era el equivalente justo de *euskaldun* 'persona que posee la lengua vasca' o, en sentido más lato, '(algo o alguien) relacionado con esa lengua o con el país en que se habla'. Aceptando pues que el adjetivo se deriva del nombre de la lengua (*vascongado* : *vascuence*), se hace difícil que se haya podido sostener repetidamente que *vascongado* (que también se decía de los *vascófonos* de Navarra) sea algo así como 'vasconizado, vascón en segundo grado', cuando esa relación en romance es exactamente paralela a la que existe en *vascuence*, y éste es el hecho primordial, entre *euskaldun* y *euskara*.

Junto a *vascongado* se empleó también *vizcaíno*, que acaso tenía una relación menos estrecha con la lengua que el término anterior. Esto no ocurre sólo en territorio español, pues en una canción del siglo XV publicada por Gaston Paris «une mousse de Bisquaye» usaba como *langaige* su *bis-quayn*. Se podría decir que *vizcaíno* indicaba ‘vasco’, sin distinguir la procedencia, con la salvedad de que *navarro*, que no tenía ninguna incompatibilidad con *vascongado*, siguió conservando su identidad.

Vasco, el término hoy corriente en castellano para el país, sus habitantes y su lengua, parece de introducción tardía y, en todo caso, no autóctono en los romances hispánicos. El *Vasco* que ocurre cuatro veces en la poesía dactílica de Silio Itálico (s. I d.C.) no pasa de ser un espejismo, ya que se trata del nominativo de un tema en *-n*, y esperaríamos por ello que las formas romances tuvieran como base el acusativo *Vasconem* con *o* breve *o*, lo que equivale a lo mismo, acentuado en la primera sílaba. La hipótesis de un préstamo que vino del norte al sur se refuerza por el hecho de que la denominación ha estado estrechamente ligada a la vertiente francesa de los Pirineos: en los siglos XVI-XVII, *Tierra de Vascos* viene a ser lo mismo que la *tellus Basclorum* del peregrino francés del XII, que éste contraponía a la *tellus Nauarrorum* situada al sur de la cordillera. Y el guipuzcoano Lope Martínez de Isasti llama, hacia 1620, *navarro de Vascos*, ‘bajo-navarro’ en la terminología actual, al poeta Dechepare.

No deja, pues, de ser una coincidencia digna de retener la atención que éste, autor del primer libro impreso en lengua vasca, sea también el único en emplear *basco* en vascuence, y lo hace hasta cuatro veces, como sinónimo, al menos a primera vista, de *euskaldun*, que él escribe *heuskaldun*. Lo usa, en otras palabras, para designar a alguien que, al menos entre otros atributos, posee el de conocer la lengua vasca.

Límites

- 235 Ya se ha apuntado que los límites de la zona de habla vasca, aunque abarquen el corazón mismo de Vasconia, no coinciden ni siquiera de una manera aproximada, ni han coincidido en el pasado conocido, si se hace la salvedad del País vasco francés, con fronteras políticas y administrativas. Los límites son muy reducidos, y me limito a transcribir la estimación numérica que hizo Lafon hace unos veinte años: 170 km de Este a Oeste y 60 de Norte a Sur. Pero la misma distinción entre zonas vascófonas y no vascófonas no tiene

ya en nuestros días el sentido que tenía todavía no hace tantos años. Hay que contar con la erosión interior y además, aunque sea en medida más modesta, con la expansión exterior de la que se volverá a hablar. La nueva situación, caracterizable sólo en términos de la proporción más o menos elevada de vasco-hablantes, fue prevista por primera vez en 1945, en un artículo de Julio Caro Baroja.

Hay sin duda un crecido número de gentes de habla vasca dispersas por el mundo, en España y Francia sobre todo, pero también, por ejemplo, en América: con todo, lo que aquí nos importa ante todo es el solar mismo de la lengua. Éste comprende hoy el llamado país vasco francés en el departamento de los Pirineos Atlánticos formado, en divisiones del *Ancien Régime*, por el país de Labort, la Baja Navarra (la merindad de Ultrapuertos del reino de Navarra) y Sola: tal vez no sea innecesario subrayar que la primera lengua de Bayona, Biarritz y Anglet ha sido el gascón. Al sur del Bidasoa, esta zona abarca buena parte de Vizcaya (central y oriental), una estrecha franja septentrional de Álava (con Villarreal, etc., y sobre todo Aramayona), el norte de Navarra y, si descontamos los enclaves hoy muy importantes, la totalidad de Guipúzcoa.

El territorio de habla vasca no ha sido siempre el mismo, como es bien conocido. Su historia acusa en los últimos tiempos un retroceso monótono, más o menos rápido o lento. Pero no es lícito extrapolar, según vamos a ver, este estrechamiento de límites como una constante también para siglos anteriores. La situación actual de la lengua acusa, por otra parte, ciertas peculiaridades que la distinguen nítidamente de la del pasado inmediato y por eso mismo habrá de ser considerada aparte.

La Antigüedad

De lo que pudo ser una lengua hablada en una zona con los Pirineos como eje durante la época romana nos informarían, en primer lugar, textos escritos en esa lengua, si los hubiera. Pero, a falta de ellos, que es nuestro caso, nos da luz la lengua misma en una fase más moderna o incluso en su estado actual, si es que se ha conservado, que es también nuestro caso. De todos modos, una lengua deja siempre algún rastro de sí, hasta allí donde se ha perdido: nombres de lugar y voces de sustrato, sobre todo, cuya interpretación apenas puede ser unívoca.

Los autores antiguos pueden darnos algunas noticias (así César, en un conocido pasaje, asegura que los aquitanos se diferenciaban también por la lengua de los otros galos), pero suelen ser escasas y poco de fiar. Pero, aun a falta de textos en la lengua misma, nombres de lugar, de persona o de divinidad, acaso también algunas palabras sueltas, han podido llegar hasta nosotros en textos literarios o epigráficos redactados en otra lengua. Ésta, en nuestros países, suele ser el latín y en mucho menor medida el griego.

Se diría que, aunque siempre quedará algún escéptico, la onomástica aquitana apoya decididamente la hipótesis de que, en los primeros siglos de nuestra era, estaban en uso hablas de tipo éuskar o a lo largo de la ladera septentrional de los Pirineos desde el valle de Arán, lingüística y geográficamente (cuenca del Garona) gascón, no catalán, hasta las proximidades de Tardets en la Soule, donde se halló una inscripción votiva. La misma onomástica se encuentra en la llanura, en el país de los Ausci (Auch), de manera que, como escribía H. Schuchardt en 1907, las inscripciones que prueban la presencia de una lengua estrechamente emparentada con la vasca no se encuentran, no ya en la totalidad del territorio aquitano, sino tampoco en toda la zona que después se separó para los *Nouem populi*.

El testimonio de la onomástica, de antropónimos y teónimos en particular, es mucho más concluyente de lo que un profano podría suponer. Si comparamos elementos de nombres propios aquitanos con palabras o sufijos vascos, sobre todo si tomamos éstos en su forma reconstruible más antigua, descubrimos coincidencias, demasiado numerosas y demasiado improbables para que puedan ser atribuidas al azar. Respecto a los sonidos, todo habla en favor de una estrecha semejanza, sobre todo la estructura silábica y lo que podemos llamar forma canónica de los morfemas o signos mínimos. Los procedimientos de composición y derivación, en la medida en que se dejan reconocer, son los mismos allí y aquí, y la coincidencia se extiende a algunos sufijos de derivación aquitanos que son productivos aún ahora en lengua vasca.

Queda por mencionar lo que podemos llamar el léxico. Como se trata de una lengua como las semíticas en que son corrientes nombres del tipo *Deus dedit* 'Dieu (l')a donné', *Dieuleveult*, etc., difícilmente aparecerán otra cosa que nombres, sustantivos o adjetivos, más sufijos de derivación nominal. Pero, aun con esa limitación, apenas cabe dudar de que *Andere* y *Nescato*, nombres aquitanos de mujer, o *Cison* y *Sembe-*, frecuentes en nombres de varón, están en íntima conexión

histórica con vasc. *andere* ‘señora, mujer’, *neskato* ‘muchacha’ (derivado de *neska* ‘moza’ más el sufijo diminutivo o hipocorístico *-to*), *gizon* ‘hombre, varón’, *seme* ‘hijo’. Todos decimos, a partir de Meillet por lo menos, que un nombre propio no significa nada, sino que se limita a designar algo o a alguien. Obsérvese, sin embargo, que aquí el sexo de las personas nombradas, indicado sin ambigüedad en las inscripciones, nos sirve de control en cuanto al sentido. Los nombres vascos no tienen género gramatical, pero en algunos casos por lo menos se emplean siempre para designar personas o animales (cf. *zaldi* ‘caballo’ : *behor* ‘yegua’) de un sexo determinado.

237

Puede y debe relacionarse con esto el hecho de que en las numerosas inscripciones votivas, en que el nombre de la divinidad está siempre en dativo, suele ir acompañado de lat. *deo*, como término no marcado, nunca de *deae*. Esto sucede incluso en un caso como *Fago deo* en que el teónimo parece ser el lat. *fāgus* (para decir ‘haya’ no hay otro término vasco que el préstamo *bago* y variantes) que era femenino, como todo nombre de árbol.

Curiosamente, este tipo de onomástica no estaba bien documentado al sur de la frontera, incluso en el territorio mismo de los vascones, hasta que en 1960 se descubrió en Lerga (Navarra) una inscripción con nombres de persona como *Ummesahar*, escrito *VM·ME·SA·HAR* con separación de sílabas. Al aspecto general de estos antropónimos se ajusta *SANHARIS*, truncado acaso al principio, en un epígrafe hallado no lejos de Lerga pero ya en la provincia de Zaragoza, al otro lado del río Aragón. A esta misma zona, bien romanizada a juzgar por los hallazgos, corresponde la dedicatoria navarra *PEREMVSTAE DEO* de Eslava, pero el nombre, seguramente indígena, no tiene carácter vasco.

Extensión

Ya ha quedado apuntado el terreno que ocupaban en dominio galo las hablas de tipo éuskaro (si no se prefiere hablar por las buenas de vasco antiguo, lo cual está ampliamente justificado) hacia, digamos, los comienzos del siglo II de nuestra era. Éstas, antes de la introducción del latín, estuvieron en contacto con el galo que, sin duda, a medida que penetraba en suelo aquitano, les había hecho retroceder hasta el punto de que casi desaparecieron, como ya se ha señalado, de la llanura.

238 Debe tenerse presente, con todo, que la extensión marcada por los testimonios ha de ser considerada antes como mínima que como máxima. La lengua de la que tratamos ha mostrado siempre, en efecto, a lo largo de prácticamente toda su historia, una tendencia recesiva. Y esto se toma no solamente en el sentido de que ha venido perdiendo terreno ante otras lenguas, sino también en el más especial de que en caso de concurrencia, empezando ya por el latín por lo menos, era la otra, la competidora, la que aparecía por escrito. De esta situación de inferioridad en lo gráfico se han sacado a menudo conclusiones erróneas sobre la situación lingüística real —sobre la lengua realmente hablada, en otras palabras— de muchas partes del país.

Como se acaba de ver, hay algunas pruebas directas de que la misma lengua se conocía y se usaba también al sur de los Pirineos, y en primer lugar en el país de los vascones. Esto, posiblemente por la magia del nombre, nunca se había puesto en duda, sin embargo. Todos parecen estar de acuerdo, además, en que, por la época a que nos estamos refiriendo, sólo una parte de este territorio era éuskaro de lengua. Naturalmente, la parte vasca estaba hacia el norte por lo que J. Caro Baroja, ampliando el sentido de una denominación antigua, ha llamado *Vasconum saltus*, como contrapuesto al *ager*. El vecino meridional antes del latín era seguramente el celtibérico, lengua emparentada de cerca con el galo, ya que era céltica, además de indoeuropea.

Nunca ha encontrado resistencia la idea de que las hablas éuskaras se extendían también en territorio hispánico muy al este de la actual frontera oriental de Navarra. A esta opinión, consagrada por la autoridad de maestros como Menéndez Pidal, le ha añadido una modificación importante, bien apoyada en pruebas, Joan Corominas, desarrollando una idea de R. d'Abadal. Hubo lengua vasca muy al este, en Andorra mismo, en contacto con el territorio cuya lengua, al menos la escrita, era el ibérico. Pero esto no duró sólo hasta los siglos VI-VII, sino que pudo continuar hasta principios de la Baja Edad Media. Basta con admitir que los países no romanizados dejaron de formar desde fechas tempranas un área continua. Así fue posible que la lengua siguiera viviendo en enclaves incluso muy alejados del foco en que se ha conservado hasta nuestros días.

Más conflictivas son para los estudiosos las fronteras occidentales del idioma. A juicio de muchos, que cuentan con el firme argumento de la situación lingüística en tiempos más recientes, alguna

forma antigua del vasco era también la lengua de várdulos y caristios, los pueblos que en este orden seguían a los vascones en la costa cantábrica, de este a oeste, y se repartían la mayor parte de los territorios modernos de Guipúzcoa y Álava, más Vizcaya hasta el Nervión. Los autrigones, vecinos occidentales de los caristios, que ocupaban el oeste de Vizcaya y la parte correspondiente de Álava, pudieron muy bien ser de habla indoeuropea, al igual que los cántabros, de cuya lengua —distinta según toda probabilidad de la celtibérica— quedan muy escasos vestigios.

Pero autores que gozan de alta reputación por distintas razones (Schulten, Gómez Moreno, Sánchez Albornoz) han sostenido una hipótesis muy diversa. Ésta se podría resumir en lo que tiene de común diciendo que hay una diferencia radical entre «vascongados» (alaveses, guipuzcoanos y vizcaínos) y vascones navarros, ya que aquéllos no son vascos, sino vasconizados por éstos, en particular por lo que se refiere a la lengua, en un proceso que se consumó durante la Antigüedad tardía y los siglos oscuros de la Alta Edad Media.

239

Las razones que aducen, no siempre sólidas, han sido discutidas en muchos lugares. No se repetirá aquí el debate, más que en lo referente al argumento más popular, que es también el más débil, por sofisticado. Hablamos de la supuesta etimología de *vascongado*, que sería algo así como «vasconizado», por las buenas o por las malas. Es evidente, sin embargo, que *vascongado* es derivado denominal de *Vasconicus* (cf. *Vasconicis... in oris* en Paulino de Nola), de donde el adverbio *vasconice* alusivo a la lengua de que ya se ha hablado, que es a su vez derivado de *vasco* y sinónimo con él, al menos en cuanto a la denotación, si no al empleo gramatical. En otras palabras, el sufijo es *-icare* que bien poco tiene que ver con *-izare* que, como su modelo griego, empezó significando «imitar a, portarse, conducirse como X» para acabar por tomar, en fecha no demasiado antigua, el valor que hoy suelen tener en francés *-iser*, castellano *-izar*, inglés *-ize*, alemán *-isieren*, ruso *-izítovat'*, etc.

En cuanto a la conservación de la lengua en este territorio, estamos reducidos inevitablemente a las conjeturas. La vida urbana no se había desarrollado en el *saltus* al norte de *Pompaelo* vascón y *Veleia* caristio, las dos *Iruña* vascas: *Lapurdum*, luego Bayona, surge más bien tarde y por razones más militares que civiles. En ese país, cruzado por la vía romana de Asturica a Burdigala —pero nada más que cruzado, como luego lo estuvo por el camino de Santiago—, apegado en lo posible a las formas de vida tradicionales, no había

más centro urbano de alguna entidad que *Oeasso*, la actual Irún, punto de salida de la producción minera (galena argentífera, agotada ya seguramente, no sabemos cuándo, en época romana), que tomaría allí el camino de Aquitania. Por lo tanto, cuando la máquina administrativa imperial, de ejemplar eficacia en sus mejores tiempos, empezó a fallar (y esto pudo ocurrir entre nosotros ya a partir del siglo III), el proceso de ruralización, general en todo el Imperio, mal pudo encontrar mayor resistencia en las escasas ciudades del país, cuyo poder de irradiación siempre había sido pequeño, por otra parte.

Como el latín fue en lo esencial, y hasta muchas veces en lo accesorio, *la* lengua de la Iglesia occidental, hay en nuestros países una clara relación entre cristianización y romanización, patente por ejemplo en la Gallia o en Britannia. El que el latín no consiguiera imponerse como lengua de la totalidad de Vasconia hace, por lo tanto, pensar que la cristianización no estaba demasiado avanzada entre nosotros, lo cual se concilia perfectamente con el hecho bien conocido de que el cristianismo fue durante los primeros siglos un fenómeno urbano.

Época medieval y moderna

240 Hay después de la época romana un muy largo hiato documental que alcanza, en una estimación aproximada, hasta el siglo X. Esto guarda estrecha relación con el hecho de que los vascones o vascos, que hasta época tardía no parecen haber mostrado graves dificultades para entenderse con los romanos, estuvieron desde el primer momento directamente enfrentados a visigodos y a francos. De aquí, sin duda, procede en último término la supervivencia misma de la lengua, ya que, como ha mostrado Caro Baroja, los visigodos fueron en Hispania quienes llevaron a buen término la romanización. La diferencia de religión —y no hablo de la que existía entre arrianos y católicos— dificultó también, a buen seguro, el éxito del proceso de aculturación entre los vascos.

Así pues, desde el siglo X, a partir del cual los testimonios susceptibles de recibir una interpretación lingüística no demasiado aventurada empiezan a ser abundantes, se pueden fijar, de manera más segura en unos puntos que en otros, los límites de la lengua vasca. Desde ese momento se puede asegurar, pongamos por caso, que los límites

han permanecido estables al norte de los Pirineos, con una fijeza más que sorprendente. Hay que señalar, con todo, que para muchos autores, entre los cuales está el suletino Oihenart, el vascuence del País Vasco francés actual no es un resto de la lengua hablada allí antes de la romanización, como el bretón medieval no continúa al galo de época romana. Sería la huella de las incursiones vascónicas hacia el norte, de las cuales es particularmente conocida la del 587, que sigue inmediatamente a la fuerte presión que Leovigildo ejerció al sur y en tierras alavesas en particular. No hay, sin embargo, demasiadas razones que abonen esta idea, indiscutiblemente antieconómica. En igualdad de condiciones, es claramente preferible la hipótesis que opera sin ninguna migración, cuando no hay constancia histórica de movimientos de gentes de uno al otro lado del Pirineo.

Cuando la documentación medieval empieza a tener una cierta densidad, nos permite asegurar que la lengua estaba entonces difundida más allá de los probables límites occidentales de los caristios: así, dentro del territorio autrigón, en una parte de las Encartaciones vizcaínas, en el valle de Ayala, acaso también por los valles de Losa y Mena en suelo burgalés. También estaba viva la lengua al sur del Ebro en los valles del Tirón y del Oja en la Rioja alta (actual provincia de Logroño): Merino Urrutia encontró prueba documental de que los habitantes de Ojacastro tenían el derecho de emplear el vascuence en los tribunales. Y no hay la menor duda de que la lengua se extendía todavía más al oeste, por la Bureba y Montes de Oca, hasta cerca de la ciudad de Burgos.

La vista de un mapa, como el excelente de Menéndez Pidal, *Orígenes del español*, [Madrid 1950³], § 96, hace pensar en este territorio meridional como una prolongación de la zona de habla vasca, pero esta impresión puede naturalmente ser un puro espejismo. Sigue en pie, en todo caso, la delicada cuestión de cuándo se produjo este paso del Ebro, por seguir con la misma imagen. Están, por una parte, los que piensan en una antigüedad que para efectos prácticos no data: el vascuence de la Rioja y Burgos es anterior a la penetración romana. Podría hacerse valer, en apoyo de esta opinión, el hecho más bien sorprendente de que todo este territorio cae dentro o al lado mismo de las fronteras que Sánchez Albornoz, basándose en consideraciones de muy otro género, asignó a los autrigones. Para otros, en cambio, se trataría de una ocupación reciente, cuyo punto culminante quedaría situado en el primer cuarto del siglo X, cuando Sancho Garcés I de Navarra dominó gran parte de la Rioja.

Cabría acaso una solución intermedia, dentro de la cual se pensaría en una expansión, pero en una expansión relativamente temprana, que pudo durar mucho tiempo, por la que el excedente de población de Álava y zonas vecinas buscó asentamiento en tierras más ricas, si es que no fueron obligados a establecerse en ellas. Parece claro, en efecto, que el Bajo Imperio se vio obligado a formar frente a las inquietas gentes septentrionales un sistema de contención que era, aunque modesto, un verdadero *limes*. Que esta situación, sólo que agravada, se prolongó a lo largo de todo el período visigótico es algo de sobra conocido. También lo es que los árabes, que nunca «ocuparon» esa zona, heredaron el antiguo estado de cosas. En todo caso, y vale la pena de subrayar esto, el tipo de lengua en la Rioja y Burgos era alavés o, por decir mejor, occidental; en manera alguna navarro.

Se puede sospechar —pedir pruebas sería excesivo, dada la pobreza del material disponible— que el siglo X no representa en manera alguna uno de los momentos de mayor expansión de la lengua vasca, sino que, muy al contrario, estaba ya en una fase de franca recesión, en las cuencas del Oca y del Arlanzón, por ejemplo. Ésta parece haber sido también la opinión de Menéndez Pidal, *loc. cit.*, cuando habla de «límite dentro del cual el vascuence predominaba aún hacia los siglos IX-X».

La historia posterior de la lengua, en la que los avances son muy pocos, puede ser resumida con brevedad. Es razonablemente seguro que hacia 1500, y posiblemente bastante antes, no quedaban comarcas de habla vasca en la margen derecha del Ebro. En Vitoria, capital de Álava, aunque no en los pueblos de alrededor, el castellano era ya la lengua corriente cuando la visitó el embajador veneciano Navaggiero en el siglo XVI. En esa región la pérdida de terreno debió de ser grande en el siglo XVIII, época en la que el guipuzcoano padre Cardaberaz describe la penosa situación de la lengua en alguna de sus comarcas. En Navarra, más bien se diría que el gran retroceso se dio en el siglo pasado, para continuar en éste: habría que valorar el peso que en ello tuvieron la Guerra de la Independencia (1808-1814) y, más todavía, la primera Guerra Carlista (1833-1839). Contrasta con todo esto la firmeza de las fronteras septentrionales que han permanecido estables, al parecer, durante los últimos 500 años. Téngase en cuenta que allí el vecino y competidor, hasta tiempos relativamente recientes, ha sido el gascón, en una u otra variedad, más que el francés.

Situaciones de bilingüismo, que ha tendido siempre o casi siempre a la diglosia, han tenido que darse también en el interior del país a lo largo de varios siglos y no solamente en ciudades como Vitoria, en menor grado Bilbao, etc. El conocimiento de una o varias lenguas románicas no era tan sólo un hecho de clase, de estratificación social, ya que el escribano «vizcaíno», que por lo común no era de elevada extracción, fue durante siglos una institución española. Se puede asegurar, con todo, que el conocimiento del romance era general entre los poderosos y constituía así en zonas euskaldunes (Guipúzcoa sería un ejemplo excelente) un eficaz instrumento de marginación política de la mayoría que lo ignoraba.

Merecen especial atención las colonias de francos en el reino de Navarra, de importancia decisiva en la vida urbana. En ciertas familias de mercaderes se conservó durante mucho tiempo el occitano, como lengua escrita, reflejo de la hablada. Su lengua es claramente no gascona, a diferencia de lo que sucedió en San Sebastián, poblada con gascones por Sancho VI de Navarra hacia 1180. La tradición oral ha conservado hasta nuestros días restos de esa lengua en Pasajes de San Juan sobre todo.

La documentación

Hay que esperar a que el alfabeto latino sea conocido y empleado en zonas de habla vasca para tener, aunque indirectamente, testimonios de la lengua: el sistema ibérico de escritura o, en la Gallia, el alfabeto griego no parecen haber sido usados a este fin. 243

El alfabeto latino se empleó, huelga decirlo, como notación de textos redactados en latín. Pero, como ya se ha indicado, un cierto número de nombres propios, a los que hay que añadir los que se documentan en textos no epigráficos griegos y latinos, aparecen incrustados en ellos, aunque tengan poco que ver con el latín. De ahí proceden los primeros testimonios de algunas palabras y sufijos de derivación, preciosos por su antigüedad, que sólo pueden ser aclarados gracias a la lengua vasca moderna.

Cuando tras un largo hiato documental, empiezan los testimonios medievales, nos encontramos al principio mismo con dos frases vascas, las dos Glosas Emilianenses intercaladas entre muchas en romance: *jzioquidugu* y *guez ajutu ez dugu*. Estas frases (no se habla ahora de palabras o grupos de palabras) no solamente son las prime-

ras, sino que, además, seguirán siendo las únicas durante varios siglos. Habrá que esperar hasta el Fuero General de Navarra para encontrar otra media frase, *on bazendu auaria*, prótasis o antecedente de condicional que significará «si tuvieseis vos a bien la cena», empleada como nombre de una especie de *cena de salvedat*: abreviada (*Onbaçendu*), es la designación de una bustaliza sita en Luçayde (es decir, en Valcarlos), según documento de Roncesvalles fechado en 1284.

Con todo, la información aumenta en gran medida en los siglos siguientes aunque, por estar casi limitada a nombres propios, no pueda tener más que un alcance muy reducido, que apenas se sale del campo léxico. Desde 1400 empiezan a aparecer textos seguidos, si bien breves, y algunos restos de la literatura oral medieval nos han sido transmitidos por autores del siglo XVI, alguna vez del XVII. En 1545 aparece en Burdeos el que, por cuanto sabemos, es el primer libro vasco impreso: *Linguae Vasconum primitiae* de Dechepare.

Es innecesario insistir en que la única lengua escrita en esta parte de Europa, en el siglo X y siglos después, era prácticamente el latín, instrumento de la administración y vehículo de la liturgia cristiana. Después, cuando poco a poco va siendo suplantado en algunos de sus usos por las lenguas vulgares, el vascuence no se halla en condiciones tan favorables como otras para llegar a desempeñar ese papel.

244 La sustitución del latín por el romance podía hacerse de modo casi mecánico, sobre todo en el lenguaje formular de tantos documentos. Su aislamiento hacía el proceso mucho más penoso en el caso de una lengua aislada, no románica, de estructura muy diversa a la del latín, y no era fácil que nadie quisiera tomar sobre sí ese largo trabajo de adaptación. El territorio en que se conocía y usaba la lengua era, por otra parte, muy pequeño y la gente letrada era también aquí gente letrada en romance y latín. Faltaban, pues, algunas de las condiciones que impusieron el uso escrito de las lenguas germánicas, por ejemplo. A diferencia de éstas, el vascuence se hallaba encerrado en un marco extraño, formado por hablas que no tenían con ella ninguna relación genética.

Por ello mismo, allí donde vascuence y romance convivían, el vasco no era, en modo alguno, la lengua superior. Otra era siempre la lengua del saber y del poder o, si se prefiere, de los sabios y de los poderosos. Y, por muy apreciada que fuera afectivamente como medio de expresión y comunicación en círculos internos, quienes la te-

nían como instrumento único se encontraban en una situación de inferioridad, ya que la lengua no llegó a ser, ni siquiera en los momentos más favorables (como el Labort del siglo XVII), vehículo total de la vida de la comunidad, por no hablar del trato de ésta con otras. Tenían, pues, que instruirse en una lengua extraña si querían transitar por ciertos caminos o llegar a ciertos lugares.

Descripción y estudios

Además de los textos, que son cada vez más abundantes, también son cada vez más numerosas las noticias que extraños curiosos o propios interesados por las cosas del País dan sobre la lengua. Las primeras informaciones se reducen, como siempre suele ocurrir, al léxico: se trata de listas más o menos largas de voces y expresiones vascas. Entre ellas se cuentan el primer vocabulario, recogido en el siglo XII por Aimery Picaud de Parthenay-le-Vieux, autor de una guía del peregrino a Santiago, o el que compuso, con palabras y frases, el también peregrino Arnold von Harff de Colonia a finales del siglo XV. Poco más tarde, ya en letras de molde, viene el del humanista italiano Lucio Marineo Siculo. Y, fechado en 1562, dejó en Madrid otro italiano, N. Landucci, un *Dictionarium linguae Cantabricae*, bastante extenso aunque por desgracia inacabado.

Sería imposible, además de ser de utilidad dudosa, presentar aquí un compendio de la historia de los estudios relativos a la lengua vasca, por lo cual nos limitaremos a seleccionar algunos nombres de autores y obras, que acaso no sean los más significativos.

Entre los apologistas, historiadores y hombres de letras en general que se ocuparon de la lengua, y sus obras no siempre han llegado hasta nosotros, ocupa un lugar destacado A. d'Oihenart que, aparte de coleccionar refranes y componer poesías originales, dedicó un capítulo de su *Notitia utriusque Vasconiae tum Ibericae tum Aquitanicae*, cuya 2.^a ed., París 1656, amplía las noticias de la primera, a la lengua y a la versificación en lengua vasca. Y, aunque tiene precursores importantes, publicados o no (Silvain Pouvreau, Pierre d'Urte), el jesuita guipuzcoano Larramendi es el autor de una gramática y de un diccionario que habían de tener una influencia preponderante hasta sobre la lengua escrita: *El imposible vencido, arte de la lengua Bascongada*, Salamanca 1729, y *Diccionario trilingüe del Castellano, Bascuence y Latín*, San Sebastián 1745.

El primer contacto de nuestro país con la lingüística europea que se encuentra en un momento de renovación revolucionaria se da con ocasión del viaje de W. von Humboldt en 1801. De su muy amistoso contacto con eruditos vascos y sobre todo con el durangués Pablo Pedro de Astarloa (1752-1806), adquirió toda una serie de conocimientos, que siempre tuvo en mucho, acerca de la lengua vasca, aparte de ciertas ideas generales —no siempre originales— de las que se limitó a tomar nota. Por desgracia, no parece haber tenido demasiada influencia entre nosotros: sus concepciones eran sin duda demasiado amplias, ya por la sólida base sobre la que estaban edificadas, para que despertaran el interés de eruditos demasiado concentrados sobre un caso particular.

Todavía hoy tiene una importancia decisiva la obra realizada, sobre todo en el terreno de la dialectología, por el príncipe Louis-Lucien Bonaparte (1813-1891), hijo de Luciano. Su nombre figura entre los precursores de la dialectología moderna en otros dominios lingüísticos (no sólo románicos), pero en el caso vasco, su trabajo juntamente con el de los colaboradores que reunió y dirigió, puso las bases de una clasificación de los dialectos y variedades de la lengua éuskara que, aun hoy en día, sigue siendo marco obligado de referencia para todos. Y, aunque su obra no puede reducirse a esto, su *Carte des sept provinces basques montrant la délimitation actuelle de l'euscara et sa division en dialectes, sous-dialectes et variétés*, publicada en Londres en dos versiones, al parecer en 1869, sigue siendo todavía una obra fundamental que, para algunas zonas donde la lengua se perdió, tiene un valor único.

La encuesta que él inició fue continuada y completada en muchos puntos por Resurrección María de Azkue (1864-1951), tanto por su obra personal como por la Academia de la Lengua Vasca que dirigió, desde su fundación en 1918, hasta su muerte. La aportación exterior se centralizó durante muchos años, desde su fundación en París en 1867, en la *Revue de linguistique et de philologie comparée*, con Abel Hovelacque y, por lo que se refiere a lo vasco, Julien Vinson. La aportación de la revista al estudio de la lengua vasca hace que aún ahora tenga que ser muy tenida en cuenta. Su tendencia (como se puede ver también en el navarro Campión, epígono de Bonaparte) era hostil, no ya a los neogramáticos, sino también, en el campo comparativo, al mismo Schleicher, considerado como un peligroso modernista.

Esto parece ser una consecuencia del retraso que por entonces tenía la lingüística en Francia. Y, para contrapesar este juicio pesi-

mista, tal vez convenga mencionar el nombre de un francés, A. Lu-chaire, que ha sido el primero en ver que la historia de una lengua, la de la vasca al igual que la de cualquier otra, debe hacerse sobre datos más que sobre conjeturas. Se trata, además, de un programa que él mismo mostró cómo había de llevarse a cabo.

A finales del siglo XIX y hasta su muerte en 1927, el austriaco Hugo Schuchardt, cuyos intereses lingüísticos eran de una amplitud nada común, fue la figura dominante. Es bien conocida la devoción que por él sentía don Julio de Urquijo que, con la fundación en 1907 de la *Revue internationale des études basques*, de la cual fue secretario G. Lacombe, se dio el primer paso, acaso el más importante, para llegar a la institucionalización de estos estudios en el mismo País Vasco, condición necesaria para asegurar su continuidad.

Entramos ahora en la descripción de la lengua, dejándonos de su historia. Por necesidad habrá de ser esquemática y es de temer que peque además de subjetivismo, ya que inevitablemente se insistirá sobre algunos aspectos, minusvalorando o pasando en silencio otros. 247

Descripción de la lengua

Los sonidos

En la imposibilidad de explicar las pronunciaciones de todas las variedades vascas, recurriremos a la fonología (reconstruida) del proto-vasco más como expediente expositivo y también como punto unitario de partida, desde el cual se podrán seguir, cuando se deje sentir la necesidad, desarrollos más modernos. De cualquier modo, se trata del estado de cosas vigentes en líneas generales hace dos milenios, tal como permiten dibujarlo la reconstrucción interna, la comparación interdialectal y el examen de los préstamos tomados de otra lengua, y en particular del latín. La realidad pudo ser algo más compleja de lo que aquí se describe —apenas mucho más compleja—, pero, si nuestros métodos no son más falaces de lo que creemos, no debió de ser más simple. 248

Todo hace pensar que la lengua antigua era, en cuanto a la pronunciación, de tipo mucho más español (más precisamente, castellano) que francés, como lo es todavía en nuestros días. Esto significa, precisando los conceptos, que contaba con un número

comparativamente reducido de sonidos distintivos (de lo que técnicamente suelen llamar fonemas) y, además de eso, que las posibilidades de combinación de éstos estaban drásticamente reducidas. Así, por ejemplo, sólo contaba según toda probabilidad con cinco vocales: *a, e, i, o, u*. Una vocal anterior labializada, más abierta que la del francés *vu*, propia de dialectos orientales como el suletino, así como las vocales nasales (cf. fr. *dans, bien, fin, son, un*, etc.) de algunas hablas de hoy y de ayer, son desarrollos recientes.

La sílaba, al igual que la sílaba ibérica en la medida en que la escritura lo transparente, tenía también una configuración simple, que puede resumirse en la fórmula siguiente:

$$(C) < A > (W) > (R) > (S) > (T),$$

donde *A* representa una vocal, *C* una consonante de la clase que sea, *W* un segundo elemento de diptongo (como *u, i* en inglés *mouse, mice* o cast. *causa, baile*), *R* una sonante (nasal, vibrante o lateral como *l*), *S* una sibilante y *T* una oclusiva cualquiera, sorda o sonora (los sonidos iniciales de *pois, toit, cage, bois, doit, gage*, etc.). Los paréntesis indican que las clases de sonidos cuyos símbolos aparecen encerrados en ellos son facultativos, no indispensables. El núcleo está constituido siempre por una vocal, único elemento necesario en todos los casos, que puede formar sílaba por sí: *e-do* «o», *e-ta* «y», etc.

En cuanto a los componentes facultativos, obsérvese que la vocal, en inicial de palabra, no podía ir precedida más que por una consonante: cuando en préstamos se daban más de una, el grupo era simplificado o por eliminación del primer elemento (*luma* «plume») o por el desarrollo de una vocal intermedia (*girstino* «chrétien»). Es sabido, por otra parte, que una *r* no podía empezar palabra, rasgo también presente en gascón y en menor medida en otras hablas pirenaicas: cf. *errota* «roue», «moulin», lat. *rota*.

Acaso nunca se haya dado una sílaba vasca con la complejidad máxima que permitiría ese esquema: los grupos más pesados se daban o en final de palabra o también en final de primer miembro de compuesto, a consecuencia de la caída de vocales últimas: *ahakoa* «parentela» «parentesco», de *ahaid(e)* «pariente» + *-goa*, es decir, de **ahat-goa* < **ahait-goa*. Lo que es obligatorio es el orden en que han de seguirse los ocupantes de cada una de las casillas, orden que es por otra parte el natural de cierre en la articulación de los sonidos que, a partir de la vocal, punto de máxima apertura, van de más a menos abierto. Así ten-

dríamos, por citar una serie, *gu* «nosotros» ($C + A$), *gau* «noche» ($C + A + W$), *gaur* «esta noche» u «hoy» ($C + A + W + R$), ant. *geur(t)z* «el año [que viene]» ($C + A + W + R + S$), etc.

Cuando se habla de diptongos vascos, se trata siempre de diptongos decrecientes: *ai*, *ei*, *oi*, *au*, *eu*, por lo menos. No tienen razón funcional de ser los que en la descripción de alguna lengua románica se suelen llamar crecientes: fr. *pierre*, cast. *bien*, *bueno*, etc. 249

Entre las consonantes, se pueden contar en primer lugar las llamadas oclusivas que, a lo largo de la historia de la lengua, forman dos series, sordas y sonoras, en cada una de las cuales se distinguen tres órdenes por el distinto punto de articulación. Son, tomando éste de adelante hacia atrás:

p t k
b d g

notación que es la misma con la que estos sonidos se vienen representando en la ortografía usual. Hay que advertir, sin embargo, que las sonoras (*b*, *d*, *g*) no siempre son oclusivas, es decir, no siempre tienen una articulación tensa con cierre total (en los labios, en dientes o alveolos, en el velo del paladar) del tracto oral. En otras palabras, y ya desde el año 1000, estas consonantes tienen una pronunciación más relajada, de tipo español, de modo que el cierre completo no se da más que en inicial absoluta o tras algunas consonantes, sobre todo nasales. Como muestra puede presentarse el caso del castellano *bebé*. Mientras que en francés las dos *b* de *bébé* son prácticamente iguales en cuanto a la articulación, no sucede así con las consonantes bilabiales de cast. *bebé*, o las de vasc. *baba* «fève». En inicial los labios se cierran por completo, pero no hace más que acercarse uno al otro, quedando entreabiertos, al pronunciar la segunda.

Las silbantes constituyen el punto de mayor riqueza del sistema vasco, puesto que conocen una distinción que no es demasiado común. La que se escribe *z* representa un sonido muy semejante al de la *s* sorda (¡a pesar de la grafía!) francesa (italiana, etc.) de *sens*, *poisson*, pero la representada por *s* coincide con la *s* castellana (que es también catalana, pero no meridional) en *sesos*, *peso*, *dos*. Al lado tienen, a manera de correlatos fuertes, las africadas correspondientes, escritas *tz* que indica más o menos el sonido representado por *z* en alemán *Zeit* o transliterado por *c* en ruso *car'* «emperador», y *ts*, consonante esta última que, como *s*, se articula no con la punta de

la lengua baja, sino elevada contra los alvéolos. Constituye un sonido *sui generis* que el observador no habituado puede confundir con el de la africada chicheante (*chuintante*) escrita *ch* en la ortografía española. El ibérico, vale la pena subrayarlo, distinguía en la escritura dos sonidos (o dos clases de sonidos) sibilantes. También usaba, dicho sea de paso, dos signos distintos para vibrantes, de valor mal precisado, que se suelen transliterar por *r* y *r'*. Las sonantes, expresión convencional bajo la que se reúnen las consonantes no bruyantes, es decir, que no son oclusivas ni sibilantes, son, en época moderna las nasales *n* y *m*, la lateral *l* y las vibrantes *r* y *rr*; que son *roulées* allí donde no ha llegado la influencia francesa y se distinguen o distinguían como la vibrante simple y la múltiple castellanas. Hay, además, motivos para sospechar que esta correlación *fuerte / lena* fue general en las consonantes hasta bien entrada la Edad Media, de modo que tendríamos, indicando al lado los resultados modernos cuando iban entre vocales:

**N* (> *n*): **n* (> *cero*, o sea que se pierde)

**L* (> *l*): **l* (> *r*)

PR (> *rr*): **r* (> *r*)

Varias consonantes de este grupo han sufrido también modificaciones características en el transcurso del latín al gascón: así latín *-nm-* intervocálica se ha conservado como *n*, mientras que latín *-n-* se ha perdido, al igual que en vasco, en esa posición. Hay algún fundamento para que *m* no esté presente en el cuadro anterior, a pesar de que se trata de un sonido corriente en vasco histórico, cuyo primer testimonio (véase *VM.ME...* arriba) data de los primeros siglos de nuestra era. Faltaba o casi en ibérico y no es disparatado pensar que su entrada es relativamente tardía en la lengua. Su origen puede estar tanto en préstamos como en la reducción del grupo consonántico *-nb-*: cf. el ya citado aquit. *Sembe-*: vasco común *seme* «hijo».

Faltan también los sonidos que se suelen llamar mojados, ya que al menos en muchos casos, cuando la mojadura tenía un carácter expresivo, aparecen como correlato secundario de consonantes principales, no mojadas. Se trata de las que se suelen representar por *tt*, *dd*, *tx*, *x*, *ñ*, *ll* que se pueden aproximar a los correlatos siguientes: el sonido final de gascón pirenaico *beth* «bel» (o ruso *brat'* «tomar, coger», opuesto a *brat* «hermano»); la *y* oclusiva de cast. *inyectar*; *tx* = esp. *ch* y *x* = fr. *ch*, respectivamente y, por último, los sonidos bien

conocidos de fr. *oignon*, esp. *año*, de una parte, y gasc. *oelh*, esp. *pollo*, de otro. Este carácter secundario de las consonantes mojadas tiene su apoyo en el hecho de que, al poderse obtener en vasco diminutivos o términos cariñosos, etc., sin añadir nada al tema, esto se consigue con sólo sustituir alguna de sus consonantes por una variante palatalizada. Ya un diccionario del siglo XVII distingue *hezur* «os» de *hexur* «arête de poisson».

Queda por mencionar la aspiración, representada por *h* (pero también, en la Edad Media, por *fa* causa de la doble influencia castellana y gascona). Ésta podía presentarse (a) en inicial (*harri* «piedra»), (b) en posición interior, entre vocales (*aho* «boca», *ohore* «honor» < lat. *honorem*), (c) tras segundo elemento de diptongo (*aihen* «sarmiento», *eihar* «seco» [hablando de animales o plantas], *oihan* «bosque», *auhen* «lamentación»), (d) tras sonante, caso que debe englobarse con el anterior. En los ejemplos comprendidos en los dos últimos apartados resultan lo que Grammont llamaba *groupes disjoints*: la aspiración va al comienzo de la sílaba siguiente a la que termina en sonante, como puede verse ya en *NAR·HVN·GE·SI A·BI·SVN·HA·RI* en la inscripción romana de Lerga, donde la interrupción marca la silabación.

Los dialectos septentrionales conocen también oclusivas aspiradas (*ph*, *th*, *kh*, como la inicial de ingl. *pain*, etc.) que son naturalmente unidades inseparables en la pronunciación. Reúnen todas las condiciones necesarias para distinguir significados, sólo que prácticamente no sirven para distinguir nada. Pares como *notatu* «note» / *nothatu* «souillé, corrompu» son sumamente raros. 251

Antes de hablar de diferencias dialectales, merece anticiparse que la presencia o ausencia de *h* constituye una clara nota diferenciadora. La frontera franco-española constituye hoy, en líneas generales, el límite, con algún pequeño enclave de *h* al sur y su ausencia en la costa labortana, ausencia debida a pérdida muy reciente. Pero el vasco de la Rioja y Burgos conocían la aspiración, al igual que el de Álava, todavía en el siglo XIII: *haran* e *ibar*, prácticamente sinónimos («valle»), se escriben consecuentemente así, con y sin aspiración inicial. Lo mismo ocurría probablemente en Vizcaya, pero acaso ya no en Guipúzcoa. En todo caso, la aspiración, conservada en las zonas en contacto con los romances, castellano y gascón, que la conocieron, se perdió en la Navarra alta que colindaba con el romance navarro (o navarro-aragonés) que mantuvo lat. *f* sin variación. Tal vez se conservara, sin embargo, en alguna zona fronteriza como el Baztán.

El nombre y el grupo nominal

Atendiendo a la estructura morfológica, se podría calificar de «aglutinante» a la lengua vasca, en la medida en que esa denominación tiene algún sentido y lo tiene si, con Greenberg, lo consideramos como un parámetro que en textos de una u otra lengua puede alcanzar un valor más alto o más bajo. No tiene nada de sorprendente una secuencia vasca de morfemas como *iraun-korr-ago-a-ri* «à (-ri) celui (-a-) (qui est) plus (-ago-) enclin (-korr-) à durer (*iraun-*) (qu'un autre)». Un elemento significativo, sea radical o sea un afijo, tiende a conservar la misma forma, o si la cambia, lo hace por lo general con arreglo a esquemas fijos. También tiende a ser invariable el orden de los afijos, pero no lo es el de las palabras en la frase, que muestra una notable libertad.

Hay una declinación vasca, ya que no se ve razón de no llamarla así, pero difiere mucho de la declinación latina, de la rusa, etc. Ante todo, porque hay *una* declinación, válida para todos los nombres y también prácticamente hasta para los pronombres, en vez de varias, cada una de las cuales tiene su forma característica. Así, el sufijo, mejor que desinencia, de dativo será siempre, dentro de una forma determinada de lengua, *-(r)i*: es decir, *-i* tras vocal y *-ri* tras consonante. Algunos de estos sufijos se delatan todavía como antiguas posposiciones (el equivalente funcional de las preposiciones románicas, etc.), de las cuales hay en uso un número indefinido: *elizaren inguruan* «alrededor (*inguruan*, con *-n* «en») de la (*-a-ren*) iglesia» o también *eliza inguruan* en forma de compuesto, etc.

252

Aunque la distinción entre sustantivos y adjetivos no es muy marcada, el orden sust. + adj. es norma en la lengua. Determinantes como los demostrativos o el artículo determinado (*-a*, pospuesto, según se ha visto) siguen al último miembro del grupo, sea éste el nombre nudo, sea el último de los adjetivos que lo acompañan. Los sufijos de declinación, a su vez, suelen ser el último elemento de la cadena: *moltsa bat* 'una bolsa' con sufijo *moltsa batetik* '(habiéndolo sacado) de (*-[e]tik*) una bolsa' y, con adjetivos, *moltsa gorri batetik* 'de una bolsa roja', *moltsa gorri eder batetik* 'de una bolsa roja, hermosa' o, más idiomáticamente, 'de una hermosa bolsa roja', y así sucesivamente.

Esta ordenación conoce casos que podemos considerar excepciones. En primer lugar están los llamados «genitivos» en *-ren* (*-en* tras vocal, *-ren* tras consonante), mencionado ya en un ejemplo, y

-*ko* (tras vocal, -*eko* después de tema nominal en consonante), de valor más local que el anterior: *etxeko andrea* «la señora de (la) casa», etc. «Genitivo» sólo significa ahí que uno y otro se traducen normalmente por románico *de*. En realidad, el sufijo, como también ocurre con -*is(a)* en georgiano, es en ambos casos un sufijo de derivación, no de flexión, ya que forma bases que, a su vez, pueden recibir artículo, etc., y otras desinencias casuales: *etxeko-a* ‘el de (la) casa’, *etxeko-a-ri* ‘al de la casa’, etc. Este -*ko* puede incluso agregarse a un nombre provisto ya de casi cualquier otro sufijo de caso: el instrumental de *seda* ‘seda’ es *seda-z*, de donde *seda-z-ko* ‘(hecho) de seda’, antepuesto en *sedazko moltsa gorri eder batetik* ‘de una hermosa bolsa roja de seda’.

Preceden, pues, por lo general al sustantivo del cual dependen, cuando se esperaría más bien lo contrario: cf., en una canción popular, *Aldapeko sagarraren adarraren punttaren punttan* ‘en el extremo del extremo de la rama (*adarraren*) del manzano (*sagarraren*) del Aldape’. También se anteponen las oraciones de relativo, formadas por adición del sufijo -(*e*)*n* a una forma verbal personal: de *gure alderakotzat hutsak egiten dituzte* ‘cometen faltas contra (lit. *envers*) nosotros’ sale *gure alderakotzat egiten dituzten* (*dituzte* + -(*e*)*n*) *hutsak* ‘las faltas que cometen contra nosotros’, donde, como se ve, *egiten dituzten*, lit. ‘que hacen’, se antepone a *huts-ak* ‘las faltas’.

La construcción ergativa

Se trata de una particularidad que, en diversas variantes, no es rara entre las lenguas del mundo; sí lo es, en cambio, entre las de Europa occidental, por lo que tendríamos que alejarnos hasta el Cáucaso para hallar buenos paralelos. Para no entrar en tecnicismos, lo mejor será ejemplificarlo en su forma vasca por medio de unas pocas frases.

En *anaia joan da* ‘el hermano se ha ido’, con verbo intransitivo, el sujeto *anaia* no lleva ninguna marca de caso o, como se suele decir también, lleva sufijo cero. Podría pensarse, pues, que, de una manera paralela, el transitivo *anaia ezagutu du* se podría traducir por ‘el hermano lo ha (re)conocido’, pero no es así. Eso se dice *anaia-k ezagutu du* en, por ejemplo, *anaiak ezagutu du arreba* ‘el hermano ha (re)conocido a la (es decir, a su) hermana’ y la frase transcrita arriba, *anaia ezagutu du* no es otra cosa que ‘(alguien) ha

(re)conocido al hermano'. Es claro, por lo tanto, que el elemento nominal sin sufijo casual corresponde al sujeto de la traducción tan sólo cuando va con verbo intransitivo; con verbo transitivo, equivale al objeto directo de la traducción. El sujeto de una oración transitiva, siempre que esté expreso, va en el llamado caso activo o ergativo, cuya marca formal es *-k*, detrás de consonante *-ek*.

Acaso convenga insistir en que el ergativo es un caso puramente gramatical, sin sentido concreto, y que nada tiene que ver, por lo tanto, con el instrumental, cuya desinencia *-z* hemos conocido ya: *eskuz* 'a mano', *oinez* 'a pie', *ezpataz* 'por medio de la espada', etc. También hay que apuntar, por otra parte, que en la frase vasca el orden de los elementos nominales respecto al verbo no indica su función en la frase. La posición privilegiada, que es la inmediatamente anterior al verbo, suele servir a fines de *mise en relief*: *anaiak ezagutu du arreba*, por volver a un ejemplo anterior, sería 'c'est le frère qui a reconnu sa soeur'.

No parece acertado decir, como más de una vez se ha hecho, que la construcción transitiva vasca es en realidad pasiva: no tiene el menor sentido hablar de un pasivo que no tiene activo a que oponerse. Lo que ocurre es que la traducción en pasiva es un recurso cómodo para dar un equivalente al sufijo vasco de ergativo: *ni-k egin* 'hecho por mí', etc., no es solamente cómodo, sino además indispensable. Pero tomemos la oración ya repetidamente comentada, cambiando el orden de sus elementos: *arreba ezagutu du anaiak*. Una traducción que se viene espontáneamente al espíritu, ya que hay que insistir esta vez sobre *arreba*, es 'c'est la soeur qui a été reconnue par son frère'. Pero todo esto, repetimos, nos dice más de hechos de traducción que de la lengua misma. Ésta, por otra parte, dispone también de una especie de voz pasiva.

El verbo pluripersonal

Otro rasgo que merece ser tocado es el del carácter pluripersonal del verbo, de modo que en vascuence no tiene validez la regla tantas veces repetida en las lenguas vecinas de que el verbo concuerda con el sujeto (y solamente con él, aunque esto no se dice por considerarlo innecesario) en número y persona, por lo menos.

Hay formas verbales unipersonales como *da* 'es', que son siempre intransitivas. El verbo transitivo contiene como mínimo la referencia a dos elementos nominales de la frase: *du*, por ejemplo, es

necesariamente '(él, ella, ello,) lo (la) a'. Téngase en cuenta que ahí, en la indicación del objeto directo, aunque falta toda alusión al género, está tan expreso su número como lo está el del sujeto: *du* es 'lo ha' porque *d-it-u* es 'los ha' del mismo modo que *du-te* es 'lo han' frente a *d-it-uzte* 'los han'. Una consecuencia de esto es que el llamado empleo absoluto de un verbo transitivo es, hablando en puridad, imposible. *Video* 'je vois' en el sentido de 'puedo ver, tengo vista, he recobrado la vista' no puede decirse en vasco sin añadir algo más. Y así, al ciego de nacimiento, se le hace decir *ikusten dut*, lit. 'lo veo', es decir, 'veo una sola cosa y no varias'.

El verbo personal tiene, por lo tanto, una estrecha relación, que bien puede llamarse de concordancia, con varios elementos no verbales de la frase. Al sujeto y al objeto directo ya mencionados, hablando siempre en términos de traducción, hay que añadir el objeto indirecto, con verbos transitivos o intransitivos, como vamos a ver.

Piarresek eman zuen hamar soseko xuri bat 'Pierre donna une pièce de dix sous' + *etxeke andreari* 'a la dueña' se convierte, para muchísimos de una manera obligatoria, en *Piarresek eman zion etxeke andreari hamar soseko xuri bat*, con *zion* 'él se lo había', tripersonal, en vez de *zuen* 'él lo había', bipersonal. Y, puesto que sujeto, objeto directo y objeto indirecto son expresados por medio del caso cero, llamado también nominativo, del ergativo y del dativo, parece muy puesto en razón considerar a estos tres casos, llamándolos casos gramaticales, como un subconjunto dotado de propiedades muy particulares dentro del conjunto de los casos, que no son pocos, de la declinación vasca.

Se diría que esta necesidad de expresar por medio de formas verbales diferentes, poco relacionadas a veces entre sí como *naiz* 'soy' y *zait* 'me es', lo que en otras lenguas se manifiesta por medio de un verbo constante y un número reducido de formas pronominales, siempre las mismas, tiene que dar lugar a un sistema verbal de complejidad extrema. Las cosas, con todo, no son tan complicadas como podrían parecer. Los verbos fuertes, los que tienen algunos tiempos simples, son muy pocos, y su número ha venido decreciendo desde el siglo XVI. Estos mismos, además, no tienen más que formas compuestas en muchos tiempos, al igual que la totalidad de los débiles. Basta, por consiguiente, con conocer los verbos auxiliares, considerados por lo común como uno solo, y con saberse unas cuantas formas nominales, de formación generalmente regular: de *joan* 'ido', *egin* 'hecho', participios, *joa(i)ten*, *egiten*, nombres verba-

les, *joanen* / *joango*, *eginen* / *egingo* (del participio + los sufijos *-en* o *-ko* de «genitivo»), tenemos, entre otros tiempos, *joan da* 'il est allé', *egin du* 'il l'a fait'; *joaten da* 'va, suele ir', *egiten du* 'lo hace', *joanen* o *joango da* 'irá', *eginen* o *egingo du* 'lo hará'.

Relaciones de parentesco

255 Dada la peculiar posición del vasco, no extrañará que muchos, aficionados y profesionales, hayan tratado y traten de demostrar que se encuentra emparentado genéticamente con otras lenguas o familias de lenguas. Sólo se mencionan los intentos que ofrecen un mínimo de garantías, olvidando las anécdotas como las de vascos y japoneses que se entendían perfectamente al primer encuentro.

Por razones externas, el ibérico es con mucho el candidato más plausible: se trata de una lengua no indoeuropea que se hablaba en la vecindad inmediata del vasco antiguo. Ha habido, además, una forma más fuerte de la hipótesis del parentesco: según ella, ibérico no es prácticamente más que otro nombre del vasco antiguo.

Esta idea no ha ganado terreno, sino todo lo contrario, desde que Gómez Moreno hace más de medio siglo consiguió leer los textos ibéricos; también apareció el primer plomo de Alcoy que, por haberse empleado en él un alfabeto griego, no ofrecía dificultades de lectura. Ninguna consideración optimista puede paliar el duro hecho de que los textos ibéricos, con o sin ayuda de la lengua vasca, sigan sin poderse entender. En realidad, y esto es todavía más grave, apenas si tenemos alguna idea acerca de cuál pudo ser la estructura de esa lengua, incluso en sus rasgos centrales.

La comparación entre ambas lenguas da, sin embargo, resultados nada despreciables. Había un parecido sorprendente en los sonidos de una y otra lengua: escaso número de unidades distintivas distribuidas en clases semejantes, igual estructura silábica de donde se sigue la coincidencia en la «forma canónica» de los temas nominales (ib. *biur* : vasc. *bihur* '[re]torcido'), típicamente bisílabos, etc. Hay un número crecido de buenas ecuaciones (buenas, por desgracia, sólo en cuanto a la forma, ya que apenas sabemos nada del sentido de palabras y frases ibéricas) en el «léxico» y Tovar ha presentado como muy verosímil la suposición de que ambas lenguas comparten (cf., por ejemplo, ib. *-en*) algún índice gramatical de función semejante.

Una muestra de las coincidencias, nada triviales, a que se ha hecho referencia podría ser ib. *bios-* en letras griegas en el segundo plomo de Alcoy, aquit. *Bihox-*, *Bihos-* en nombres de personas, vasc. *bihotz* 'corazón', que forma parte sin duda del fondo antiguo del vocabulario. Se diría, con todo, que estos acuerdos se manifiestan sobre todo en los componentes de nombres propios ibéricos (generalmente compuestos según reglas que recuerdan las de la composición vasca, muy frecuente en esta lengua) que lenguas distintas y hasta no emparentadas pudieron tomar de una especie de *pool* onomástico compartido.

Lo demás, y muy en particular las similitudes fonológicas, pueden muy bien explicarse por afinidad, como consecuencia de un largo contacto. Hay que añadir ahora que la hipótesis vasco-iberista no se ha solido presentar sola. En la forma clásica que H. Schuchardt le dio en 1907, se aceptaba la idea tradicional del origen africano de la lengua ibérica y, dando un paso más adelante, se llegó a establecer que vasco e ibérico formaban parte de la familia hamito-semítica. Este grupo de lenguas, llamadas afro-asiáticas por J. H. Greenberg, constituyen un conjunto de bordes imprecisos, pero en nuestro caso sólo se tomaba en consideración su núcleo más sólido: de una parte las lenguas semíticas, próximas entre sí (acadio, árabe, hebreo, etc.) y de otro las hamíticas del norte de África (egipcio antiguo y copto, dialectos bereberes y libio antiguo). 256

Un balance rápido de esta tentativa puede resumirse en muy pocas palabras. Demuestra, en primer lugar, cómo la opinión sostenida con aplomo por una primera figura puede ganar consenso casi universal entre especialistas que, si estaban en condiciones de hacerlo, no se tomaron la molestia de examinar con alguna detención sus fundamentos.

Es posible que el ibero fuera traído de África, pero, si se consideran las razones que abonan esa creencia, se llega a la conclusión de que igual pudo venir de cualquier otra parte. Ahora bien, si lo que hace dos o tres milenios se hablaba en el norte de África era lo que se ha hablado después (bereber, fragmentado en dialectos, llamado libio en su fase antigua), el ibérico, aunque no entendamos sus textos, era algo completamente distinto: las raíces ibéricas tienen una forma inmutable, mientras que el bereber, como cualquier lengua semítica, tiene una rica flexión interna. En otras palabras, mientras la significación general está expresada por las consonantes, son las vocales o su ausencia (unida a la geminación consonántica o

falta de ella) las que la precisan en una palabra y fijan su pertenencia categorial.

Así pues, aunque esta hipótesis no puede decirse que haya sido completamente descartada (Tovar, por ejemplo, le sigue prestando un cierto apoyo), y difícilmente podrá serlo alguna vez, dejó paso, sobre todo después de la 2.^a Guerra Mundial, a la admisión de un parentesco con las lenguas caucásicas. Como tales se entienden las que los autores soviéticos llaman «iberocaucásicas», y no todas las lenguas habladas en el Cáucaso o en sus proximidades. No se tienen en cuenta las que, como el oseta iranio, pertenecen a familias lingüísticas bien establecidas, pero sí el oubykh o el tcherkesse llevados a Turquía en 1864.

Tentado acaso por el señuelo de la «Iberia» caucásica, fue posiblemente el padre Fidel Fita el primero que presentó, precisamente en España, un intento de comparación entre el vasco y la lengua caucásica mejor conocida: el georgiano. La idea, apoyada por C. C. Uhlenbeck, ha sido desarrollada a partir de los años treinta por G. Dumézil, K. Bouda y R. Lafon.

257 Es éste un problema en el que conviene más que en ninguno tratar de precisar los términos que van a usarse en la discusión, ya que últimamente hizo irrupción en la gran prensa, desde *Le monde* a *Pravda*, a propósito de un bronce hallado «cerca de Bilbao» y descifrado en Tbilissi, que resultaba estar escrito en georgiano antiguo que sería también, así parece sugerirse, vasco antiguo o algo muy parecido a éste.

Lo que ocurrió, en realidad, es algo muy diferente. El bronce apareció en Botorrita, cerca de Zaragoza: esto, para los vecinos que no ven las cosas desde el punto de vista de Sirio, quiere decir *lejos* de Bilbao. Por añadidura, el bronce se lee sin dificultad alguna conforme al sistema de Gómez Moreno; hasta se da la circunstancia de que el único signo de interpretación más que dudosa, *Y*, no ocurre ni una sola vez en esa inscripción. Y, para terminar, la lengua es sin duda celtibérica, es decir, una lengua indoeuropea más próxima al francés que al georgiano o al vasco.

Es alarmante en toda esa manipulación la posición privilegiada que se concede al georgiano nada más que por ser una lengua de cultura de considerable importancia, hecho que para el comparatista no tiene otro valor que el de las consecuencias indirectas que puede acarrear. Una de éstas, decisiva en muchos aspectos, es que la documentación georgiana, al contrario de lo que ocurre con las otras lenguas caucásicas, empieza en el siglo V y no se interrumpe hasta hoy. Por otra parte, el georgiano, y esto más bien debe de atri-

buirse al azar, cuenta con varias lenguas que le están estrechamente emparentadas, la más aberrante de las cuales es el svano, hablado en valles de alta montaña.

Tradicionalmente, las lenguas caucásicas se han solido dividir en dos grupos bien diferenciados: las septentrionales y las meridionales, por otro nombre kartvélicas, con el georgiano, que son las que acabamos de mencionar. En las lenguas del norte se distinguen tres subgrupos de características muy diferentes: el del noroeste, razonablemente homogéneo, aunque el trabajo comparativo no parece estar demasiado avanzado; el central (tchéthène, etc.), unitario, se relaciona acaso con las lenguas del nordeste o del Daghestan, que son muchas y variadas.

La lingüística soviética, tras recobrase de la catástrofe que supuso la imposición por Stalin a título de doctrina oficial de las ideas de Marr, el Lysenko de la lingüística soviética, ha empezado el trabajo por donde debía de haber sido iniciado hace muchos años: además de la descripción de las hablas, la comparación se hace entre lenguas próximas entre sí, para pasar de estas reconstrucciones basadas en parientes cercanos a otras de mayor alcance. Y, hasta que este trabajo no esté adelantado o hasta que sus resultados no hayan encontrado mayor difusión fuera de la URSS, cuanto aquí o en otra parte se podría decir tiene necesariamente que ser aventurado.

A título de hipótesis de trabajo, no falta de verosimilitud, se había sugerido que las lenguas del nordeste —e incluso, como ya se ha apuntado de pasada, las del nordeste más las centrales— estaban emparentadas genéticamente entre sí. Troubetzkoy, el padre de la fonología, presentó en varios lugares indicios favorables a la idea de que todas las lenguas septentrionales están unidas por lazos de parentesco, no debidos a la afinidad. Pero, esto merece ser subrayado, el parentesco de las lenguas del norte y las del sur o kartvélicas puede ser una hipótesis sugestiva, grata para muchas personas, pero está por ahora falta de prueba. *A fortiori* carece de base la suposición de que el vasco esté relacionado genéticamente con el conjunto de las lenguas caucásicas o bien, aunque esto no parece intentarse demostrar nunca, con alguno de sus grupos.

Ninguna lengua desaparece de la superficie de la tierra sin destear sobre las que le suceden: a los restos que quedan como consecuencia de esta supervivencia *post mortem* es a lo que se suele llamar sustrato. Es indudable, por consiguiente, que las investigaciones sustratistas, a las que en nuestro caso se ha dedicado con asiduidad

y competencia J. Hubschmid seguramente más que nadie, merecen ser proseguidas. Sobre el alcance de los resultados que de ellas se puedan obtener hay, sin embargo, opiniones muy distintas. Unas cuantas piedras sueltas, desparramadas aquí y allí, nunca formarán un edificio y mucho menos una ciudad. Es, pues, de creer que por este camino se podrá aclarar mucho la prehistoria de elementos sueltos, palabras o sufijos; difícilmente nos permitirá, por el contrario, hacernos una idea de lo que pudo ser el paisaje lingüístico de la cuenca mediterránea, por ejemplo, en época a que no llegan los testimonios directos de que disponemos. Menos aún si pensamos que éste, lejos de ser unitario, pudo ser aún mucho más abigarrado que en época histórica.

Los dialectos vascos

La lengua vasca está dividida en dialectos, cuyo estudio sistemático hizo por primera vez Luis Luciano Bonaparte en momentos mucho más favorables que los actuales para ello. A su clasificación se le han encontrado, no sin razón, ciertos defectos. Más que un dialectólogo en el sentido moderno de la palabra, fue un precursor, uno de los más grandes, de la dialectología. No es por tanto de extrañar que, como dijo Menéndez Pidal, fuera un prisionero del concepto unitario de dialecto. Él parece pensar en áreas continuas cuando hoy se observan isoglosas, líneas —rara vez coincidentes unas con otras— que deslindan la extensión de determinados fenómenos.

También es verdad que mezcló, aunque seguramente no en su mapa, dos clases de especies de géneros muy diversos: se trata de los dialectos literarios o escritos, como en la literatura soviética, y de los no escritos. Fue, además, poco explícito y más que un tanto casual, en el sentido inglés de la palabra, en enumerar los criterios de que se valió para establecer sus divisiones. De cualquier modo, y al contrario de lo que ocurrió desde muy pronto en la dialectología románica y no sólo en ella, éstos parecen haber sido sobre todo morfológico-sintácticos, con las variantes de los verbos auxiliares, en forma y en uso, como piedra angular.

De todas formas Bonaparte, que fue un observador de minuciosidad ejemplar (de visión más microscópica que telescópica según Schuchardt) debió atenerse a hechos nada superficiales, a la manera del buen retratista que acierta a poner de manifiesto rasgos muy ca-

racterísticos de su modelo. Porque el hecho es que desde entonces todos vienen empleando, salvo detalles retocados, la clasificación y hasta las denominaciones de Bonaparte.

Dentro de este cuadro, los dialectos son, de oeste a este y sur a norte: vizcaíno, guipuzcoano, alto-navarros septentrional y meridional, labortano, bajo-navarros occidental y oriental, suletino. En el Pirineo navarro, aezcoano, salacenco y roncalés se han solido considerar, no sin motivo, como prolongaciones meridionales, con rasgos diferenciales muy marcados sobre todo en los sonidos, del bajo-navarro occidental, del oriental y del suletino. Respecto al baztanés, se ha vacilado en considerarlo labortano o alto-navarro: se trata seguramente, de acuerdo con indicios históricos, de una antigua variedad labortana sometida a una fuerte influencia alto-navarra durante los últimos siglos.

Toda el área alavesa de habla vasca fue clasificada como de dialecto vizcaíno por Bonaparte y, si el diccionario de Landucci representa efectivamente lo que se hablaba en Vitoria y cercanías allá por el siglo XVI, nos encontramos con una variedad muy afín al vizcaíno: sería más preciso decir que, aunque con discrepancias muy notables, se parece más al vizcaíno que a cualquier otro de los dialectos vascos que conocemos bien.

Parece estar presente, sea como fuere, un componente nada despreciable que llamaremos navarro por indicar su naturaleza oriental. Esta misma impresión se confirma con un examen de la toponimia, mal estudiada desde este punto de vista, que es menos «vizcaína» hacia el este. También los nombres vascos de lugar en la Rioja y Burgos son, en la medida en que son reveladores, de impronta occidental.

260

No hay un procedimiento operativo para valorar las diferencias dialectales; tampoco lo hay para fijar su antigüedad. Ha de tenerse en cuenta, por otra parte, que la zona cuya lengua nos es bien conocida ha formado durante siglos un área conexas, sin soluciones de continuidad, lo que explica que bastantes procesos recientes sean comunes a toda ella: baste con citar, por tomar una muestra, la pérdida de **n* entre vocales y, en general, el tratamiento ya apuntado de las sonantes.

Con todo, sólo si uno está decidido a ir contra toda evidencia o no conoce lo bastante los hechos que debe conocer, podrá decir que la historia de la lengua da fe de un proceso de convergencia antes que de divergencia. En el siglo XVI el vizcaíno, por ejemplo, estaba

mucho más cerca del bajo-navarro de Cize de lo que está actualmente. Hay mucho rasgo común que desde entonces se ha ido perdiendo en unas partes o en otras. Muchas veces en todas.

«Le basque commun —l'origine commune des parlers actuels— ne doit pas être très différent de ce que ces parlers sont de nos jours», escribía Hans Vogt en 1955, con lo que señalaba de paso el escaso grado de divergencia que se nota en éstos. Según toda probabilidad, esa observación tiene un valor que, por encima de las flaquezas de la reconstrucción comparativa que propende a acentuar lo unitario, expresa algo que se puede predicar con verdad de la lengua misma. Podríamos aventurarnos a proponer que, en época no muy remota de la prehistoria de la lengua, existió entre nosotros una *koiné* bastante unitaria, de la cual salen los dialectos vascos históricos. Decir que hubo *koiné* es otra manera de decir que tuvo que haber alguna especie de unidad supracomarcal que contribuyó a extender un tipo de lengua borrando muchos particularismos anteriores.

En todo caso, es un hecho, no una suposición, que la lengua de Álava, Rioja y Burgos tenía *baltz* «negro», *barri* «nuevo» y *huri* «villa» ya en el siglo X, frente a *beltz*, *berri* e (*h*)*iri* de hablas más orientales. Más interesante, por su generalidad, es la conservación ya mencionada de *h* en esa zona, además de probablemente en parte de Vizcaya y con toda seguridad al norte del Pirineo, frente a la pérdida que desde los primeros documentos medievales es manifiesta en la Navarra Alta. Decimos pérdida porque ahí mismo, como hemos visto en el caso de Lerga, gozaba de vida muy holgada en los primeros siglos de nuestra era.

Se ha insistido por lo general en la personalidad singular del vizcaíno que para algunos (C. C. Uhlenbeck, J. Gorostiaga, G. Lacombe) no es un dialecto como cualquier otro. Véase lo que este último escribía en *Les langues du monde*, [París] 1952², p. 261: «on passe par gradations insensibles d'un dialecte à l'autre parmi ceux qui constituent ce groupe centro-oriental, tandis que le saut est assez brusque quand on passe du guipuzcoan au biscayen». Pero, si se
 261 pasa revista a las notas diferenciales del vizcaíno, algunas de las cuales nos consta son el efecto de elecciones recientes, no parece haber ninguna que exija, no solamente permita, una fecha muy elevada de divergencia. La brusquedad del paso —en algunos puntos, no en todos— de los dialectos centrales al vizcaíno habrá de explicarse del mismo modo que se explican tantos saltos cuya razón histórica es

conocida: un movimiento de expansión, en una u otra dirección, ha puesto en contacto variedades antes distantes una de otra, borrando o soterrando hablas de transición.

Tomamos, finalmente, un ejemplo de lo que constituye una de las diferencias más llamativas entre los dialectos vascos y lo tomamos de dos formas del auxiliar transitivo en tres dialectos:

Vizcaíno	Guipuzcoano-navarro	Labortano
<i>deutsuguz</i> 'os los hemos (a vos)'	<i>dizkizugu</i>	<i>d(er)auzkitzugu</i>
<i>deuskuzuz</i> '(vos) nos los habéis'	<i>dizkiguzu</i>	<i>d(er)auzkigutzu</i>

Hay aquí fundamentalmente elección de distintos radicales (o variantes del mismo radical): en algún caso, consta que formas como *-i-* radical con referencia a dativo de 3.^a persona, así *dio* «se lo ha» han sido comunes a todos los dialectos de la lengua. El pluralizador del objeto directo muestra formas distintas (*-zki-*, *-z*) con un núcleo común. La regla que le asigna lugar en la cadena es, salta a la vista, diversa: mientras en los otros dialectos se infija, en vizcaíno va sufijado al final de la forma verbal. Hay otras, éstas referidas ante todo a la pronunciación, entre las cuales se cuentan las de alcance muy general que aquí convierten **-ts-zu-* en vizc. *-tsu-* y **-ts-gu-* en vizc. *-sku-*. El aparente polimorfismo sin límites del auxiliar se reduce en realidad, y así lo aprendió Humboldt de Astarloa, a la reiteración en distintas posiciones de un puñado de índices, sobre todo pronominales, que pueden ser idénticos a los pronombres independientes mismos: cf. común *gu* «nosotros», *zu* «vos».

Extensión de los dialectos

Esta cuestión merece ser tratada por separado, ya que la extensión de los dialectos no corresponde más que en parte a la de las regiones y comarcas de las que reciben el nombre. Sin volver a mencionar las zonas que no eran de lengua vasca, hay que recordar que el vizcaíno se extiende fuera del Señorío y no solamente por Álava: habla también vizcaíno el occidente de Guipúzcoa, con la cuenca del río Deva. Además de esta parte occidental, hay que recortar del territorio guipuzcoano el trecho oriental de habla alto-navarra, de

- 262 Lezo-Rentería a la frontera, con Oyarzun, Irún y Fuenterrabía. Bonaparte asignaba, en cambio, al dialecto guipuzcoano la zona navarra de Burunda y Ergoyena.

Es opinión muy extendida la de que hay una notable correlación entre límites tribales antiguos y mugas de dialectos. Así es seguro, porque los textos son varios y muy explícitos, que la zona guipuzcoana de habla alto-navarra corresponde muy bien al territorio de Oeasso, vascón y no várdulo. También se suele pensar que el Deva, río cuyo nombre está ya atestiguado por Ptolomeo, marcaba la frontera entre caristios y várdulos como luego la iba a marcar entre gentes de habla vizcaína y guipuzcoana.

La coincidencia se extiende después a las divisiones eclesiásticas. La ya mencionada zona de Oyarzun estaba dentro de la diócesis de Bayona, y después de la de Pamplona, dentro de la cual formaba el llamado arciprestazgo menor de Guipúzcoa. También el Baztán, Navarra al norte de Belate, dependió de Bayona hasta tiempos de Felipe II. La Guipúzcoa central, guipuzcoana de lengua, formaba el arciprestazgo mayor de Guipúzcoa dentro del Obispado de Pamplona. El obispado de Álava, con sede en Armentia, tenía jurisdicción sobre la parte occidental de Guipúzcoa, casi toda Álava y toda Vizcaya menos buena parte de las Encartaciones; todo esto, al suprimirse el obispado alavés, pasó a formar parte de la diócesis de Calahorra. Al oeste estaba el Obispado de Valpuesta, en territorio ya autrigón.

Los dialectos literarios, escritos (y usados en la predicación, hasta cierto punto en la versificación de los bersolaris, etc.), no tienen una geografía más que en el sentido más laxo de la palabra. La zona de influencia de cada uno de ellos no ha coincidido más que en términos generales con la extensión de los dialectos orales. Y con el correr del tiempo no solamente han cambiado sus características, sino también su número. Para Campión en 1884, y en esto seguía sin duda a Bonaparte, había cuatro dialectos literarios: vizcaíno, guipuzcoano, labortano y suletino. Casi es innecesario advertir que puede haber y hay variedades del mayor interés lingüístico que prácticamente nunca han sido cultivadas por escrito.

Una última advertencia nada consoladora. A pesar de tratarse de un territorio reducido cuyos límites han venido estrechándose y a pesar también de que el área de habla vasca y su vecindad constituyen un país más bien rico que pobre, más desarrollado que atrasado, no hay todavía nada que corresponda a los atlas lingüísticos que a

gran escala primero y en territorios pequeños después se han realizado y publicado en los países románicos vecinos, y no solamente en ellos. Lo que hoy se pueda hacer será ya mucho menos de lo que se pudo hacer hace unos años, pero será seguramente mucho más de lo que se podrá hacer dentro de algunos más. Se trata de una tarea de la mayor urgencia ya que no es, como podría pensarse, el peligro de desaparición de la lengua el más acuciante, sino otro de orden muy distinto: es la transmisión natural de las variedades comarcales o locales la que está siendo sustituida cada vez en mayor medida por otros medios de aprendizaje.

Conclusión

La lengua vasca ha recibido mucho de las vecinas, aunque suele tenderse a exagerar esta aportación, y es poco lo que sabemos con certeza que les ha dado. Son los vascos los que han dado, de bueno y de malo, fuera de su país. También exportaron su lengua, pero ésta rara vez salió del ámbito de las familias y de los grupos, de modo que, aunque haya podido mantenerse viva durante largo tiempo, sobre todo en América, ha solido terminar, por la ley del número, por desaparecer del uso. 263

Hay todavía mucho de verdad en lo que escribía Dechepare en 1545, en la traducción —algo retocada— de Lafon: «Les Basques s'étaient fait apprécier dans le monde entier, mais tous les autres se moquaient de leur langage». Los vizcaínos, fieles a su fama de ser «cortos en palabras», no hicieron muchos préstamos de léxico común. Dejaron, en cambio, sobre todo en América repetimos, mucho nombre propio de lugar y de persona, es decir apellidos como *Bolívar*, *Durruti*, *Guevara*, *Iturbide* o *Silhouette*.

La Guerra Civil española, sumada a la Guerra Mundial con la ocupación en Francia y, más que nada, a una espantosa postguerra en España que se vino prolongando decenio tras decenio, quebrantaron o deshicieron las bases en que tradicionalmente venía apoyándose la lengua para prolongar bien que mal su existencia. Inmensos trasiegos de población, de dentro y fuera del país, alteraron en algunas de sus regiones su demografía de manera radical. No puede negarse que este movimiento de gentes supuso el establecimiento de gentes de habla vasca en lugares donde la lengua, así en Vitoria, era poco más que un recuerdo lejano. Pero esto es insignificante en

comparación con las masas de *erdaldunes*, desconocedores de la lengua del país, que vinieron a vivir y trabajar hasta en zonas que se habían considerado sus reductos más fuertes.

La gravedad de la situación hizo que mucha gente acabara por darse cuenta, porque esto no fue cosa de un día, de que la supervivencia de la lengua imponía severas exigencias a propios y a extraños. Extraños e indiferentes no podían seguir manteniendo que una política de aparente tolerancia —cota que se tardó mucho en alcanzar en territorio español—, de *laissez faire*, fuera suficiente: si a una lengua se le niegan los medios que, en la fase actual de desarrollo y en la que es previsible en un futuro próximo, son necesarios para su pervivencia, entonces, simplemente, se está matando la lengua, mientras se ensalzan sus valores como ornamento natural. Los propios e interesados, por otra parte, no pueden cerrar los ojos ante el hecho de que, si no exigen *de qui de droit* las condiciones mínimas de subsistencia para su lengua y, más que nada, si no hacen ellos mismos el esfuerzo necesario para que ésta alcance la capacitación indispensable para hacer frente a las necesidades actuales, son ellos mismos quienes, fingiendo interesarse por el destino de su lengua,

264 la abandonan a su suerte. Todos deben darse buena cuenta de que, en ciertos contextos, «dejar vivir» significa «dejar morir».

Pronto se vio que, si la transmisión natural del idioma estaba puesta en peligro, había que asegurar que la enseñanza (es decir, la enseñanza *en* lengua vasca) convirtiera en sostén de la lengua algo

265 que antes había sido su gran enemiga. Y, aunque los inicios de este movimiento vienen de muy atrás, es en los años de la postguerra, precisamente en el momento en que las condiciones parecían ser desesperadas, cuando las *ikastolas* adquieren la importancia que hasta hoy han venido aumentando. La introducción de la lengua en la enseñanza impone la necesidad de fijar un tipo normalizado, *standard*, que sea en principio el mismo, en ciertos usos, para todo el país. De ahí que en 1968, al medio siglo de su [fundación, la Academia de la Lengua Vasca se decidió por un]^a modelo de lengua, de base central (guipuzcoano de Beterri, navarro, labortano), cuyas líneas generales ya estaban dibujadas en la obra de varios escritores. Este *batua* o lengua escrita unificada, a pesar de una muy

^a Laguna en el original; la versión francesa reza así: «...en 1968, un demi-siècle après sa fondation, l'Académie de la Langue Basque s'est décidée en fait pour un modèle de langue...».

fuerte y muy natural oposición, ha conseguido más adeptos que enemigos durante los últimos diez años.

Hay hoy, según estimaciones prudentes, más de 600.000 personas de habla vasca. La cifra puede parecer alta a quienes se basaban en los cálculos corrientes que llegaban por lo general a cifras más bajas; no es, sin embargo, más que una cantidad muy reducida en cuanto nos ponemos a compararla con la de los hablantes de otras lenguas. No son pocos ni inactivos, por otra parte, los que han puesto su empeño en asegurar su continuidad. Un observador diría que todo depende en buena parte de que elijan bien, con sobriedad y sin demasiadas ilusiones, los fines que se tratan de conseguir y, en función de ellos, escojan los medios más eficaces y más económicos.

II

TIPOLOGÍA Y PARENTESCO LINGÜÍSTICO

TIPOLOGÍA EN TORNO A LA LENGUA VASCA

Como dijo Vittore Pisani, y llevo años repitiendo en clase, las 159 coincidencias de todo carácter que se observan entre dos (o más) lenguas pueden agruparse en dos grandes apartados. Las hay que tienen causa histórica, que están motivadas por el pasado y el presente de las comunidades que hablan esas lenguas, y las hay que no tienen fundamento histórico. Así, por ejemplo, por citar una coincidencia formal, no material, el vasco, al igual que el rumano (o el búlgaro o lenguas germánicas escandinavas), lleva el artículo determinado pospuesto al nombre. Pero no se podría atribuir gran peso a este acuerdo, ya que, si una lengua posee artículo (falta, como se sabe, en otras lenguas eslavas, empezando por el ruso), éste no puede ocupar más que dos posiciones con respecto al nombre que determina: o va delante de él o va detrás o, en términos más distinguidos, va antepuesto o pospuesto. Y el rumano y el vasco, por condicionamientos que eran sin duda distintos en cada caso, eligieron, o se vieron forzados a elegir, la segunda posición. Era como tirar una moneda al aire: o sale cara o sale cruz y si no hay algún *bias* en la moneda o en el que la lanza, las probabilidades se reparten mitad y mitad.

Se podría, pues, decir que hay en las lenguas, como en las especies vivientes, homologías entre elementos que tienen su firme raíz en las líneas seguidas por la evolución y meras analogías, que son insignificantes, en el sentido propio de que no significan nada.

Semejanzas y desemejanzas entre lenguas sirven, entre otras cosas, para intentar clasificarlas, pero toda clasificación depende del punto

ASJU 16 (1982), 159-170; PT, pp. 23-32. [N. de los eds.: véase, al final del artículo, el codicilo de 1987].

de vista que para hacerla se ha escogido, de los criterios de que nos hemos valido. Según unas palabras de Jakobson, que han sido repetidas y comentadas a menudo, tendríamos, en primer lugar, el parentesco genético, el que a menudo solemos abreviar en parentesco a secas; en segundo, la afinidad (la que se observa, valga decir, entre vasco y castellano) y, en tercero, el parentesco tipológico. Los dos primeros tienen, sin duda, explicación histórica: el que acertemos o no a encontrarla, depende de nuestros conocimientos y de nuestra agudeza de ingenio. En el caso del parentesco genético (no genealógico, por favor, que no estamos tratando de Grandes de España), la raíz, como en las semejanzas familiares, se encuentra en el origen común. Y la afinidad, de la que han tratado en detalle Kr. Sandfeld o el mismo Jakobson, entre otros, se basa en la vecindad espacial (y cultural), en otras palabras, en el contacto, que supone siempre convivencia y conflicto.

El parentesco tipológico (que no implica isomorfismo de ninguna clase, contra lo que quiere Jakobson, si debemos respetar el valor fuerte de las palabras y no jugar con ellas) no entraña razones históricas. Puede darse, y según dicen se da, entre el turco y el quechua, lenguas separadas por distancias enormes que, por cuanto sabemos, no fueron menores en épocas lejanas. Esto no quita, sin embargo, que el parentesco tipológico pueda también deberse a causas históricas: al origen común, desde luego, y acaso también, hasta cierto punto, a la afinidad, aunque esto ya sea mucho más dudoso.

Conforme a una concepción ya antigua de Coseriu, hay algo que una lengua —mejor, una familia de lenguas como la románica— puede conservar y conserva por siglos: lo que él llamó el «tipo». Y, aunque éste no sea exactamente el tipo de los aficionados a la tipología lingüística, no deja de coincidir con él en rasgos esenciales. Una consecuencia de la comunidad genética es, de acuerdo con la opinión común, una cierta semejanza, que no deja de ser perceptible a pesar de enormes cambios. Así, sin ir más lejos, es un hecho de experiencia que, para una persona castellana de primera lengua, le resulta mucho más fácil aprender catalán, italiano o hasta francés o rumano que vasco, a pesar de que esta lengua, como resultado de más que centenarias relaciones de contigüidad, presente muchos rasgos que se pueden calificar sin mayor impropiedad de ‘españoles’. Pero hay otros, y decisivos, que no cabría apellidar así en modo alguno.

Es sabido, y no voy a hacer aquí la historia de esta complicada actividad, que los intentos de clasificar las lenguas de Europa y sus

aledaños primero, más tarde de las lenguas del mundo entero, empiezan ya en el siglo XIII por lo menos, con gentes como don Rodrigo Jiménez de Rada, navarro al servicio de Toledo, que suelen basarse en el relato, Génesis cap. 11, de la confusión de Babel, así como en la lista de las estirpes procedentes de los hijos de Noé, contenida en el capítulo anterior, y también, y esto es importante, en datos menos librescos como los obtenidos de observaciones personales, directas o indirectas. Todos conocemos, además, que estas tentativas, unidas a la reunión y publicación de materiales de distintas lenguas, se prosiguen cada vez con mayor empeño en los siglos XVI, XVII y XVIII (gente tan ilustre como Leibniz se ocupó de ello), de suerte que Hervás y Panduro más bien constituye la culminación de una época pasada que el albor que anuncia la era que había de sucederle.

Esta se abre a finales del siglo XVIII y principios del siguiente y viene a suponer, a la larga más que en el momento mismo, la separación de dos puntos de vista que, aunque interrelacionados como hemos visto, no pueden o no deben confundirse entre sí. Me refiero, claro está, a que, no sin ganga de otras concepciones, terminó por quedar aislada y explícita la idea ya repetidamente mencionada del parentesco genético, debido a un origen común (idea que ya se encuentra claramente expresada en una carta de J. Ludolf a Leibniz, en 1691, mucho antes por lo tanto que el famoso discurso de Sir William Jones): este nombre suele ir unido al de autores tan conocidos como Rask, Bopp, Jakob Grimm, y alguno más esotérico, como Gyármathi, al hablar de la aparición de lo que después había de ser la lingüística comparada o la comparación lingüística *kat' exokhé:n*. 161

Y digo por antonomasia porque es evidente, como ya entonces tenía que verse, que dos o más lenguas pueden ser comparadas bajo diversos respectos y no solamente en cuanto a su posible origen común. La clasificación genética, que llevaba a resultados como la constitución de familias de lenguas, que algunas ya estaban reconocidas *avant le mot* como tales (así las románicas, las germánicas, las eslavas e incluso las semíticas), pero también de agrupaciones más atrevidas: lenguas indoeuropeas, fino-ugrias luego urálicas, hamito-semíticas, etc.

Este modo de clasificación adolecía, sin embargo, y adolece hoy, de una grave deficiencia: no puede llevar a clasificaciones exhaustivas, ya que muchas lenguas aisladas (el vasco y el burushaski actuales, al igual que el sumerio, el elamita, el ibérico o, según la opinión

más extendida, el etrusco del pasado) no encuentran cobijo en ella. Lo malo es que este defecto no es corregible. Podemos, pues, esperar nuevos descubrimientos que acaben con el aislamiento de algunas lenguas o agrupen familias antes separadas en *phyla* más amplios. Pero el método tiene sus límites y no alcanza a reconocer parentescos cuyo punto inicial está demasiado alejado en el tiempo; la documentación de que disponemos y dispondremos, que tiene que ser escrita, encierra la historia de las lenguas dentro de un período que, incluso en los casos más favorables, es ridículamente exiguo si se pone en relación con la antigüedad del lenguaje oral.

Además de este carácter parcial por no exhaustivo a que acabo de referirme, la clasificación genética es también parcial en otro sentido: en el de que no acierta a tomar en cuenta las coincidencias y disimilitudes estructurales entre las lenguas, las que afectan a la forma y no a la materia fónica de los términos comparados. El ejemplo más sencillo podría ser el de las técnicas de composición de palabras. El inglés *backbone* y el vasco *bizkarrezur*, ‘espinazo, espina dorsal’, no suenan igual ni parecido. Están de acuerdo, sin embargo, en ser compuestos, palabras únicas, formadas de dos, cada una de las cuales puede también ser empleada como forma libre: *back* y *bone*, *bizkar* y *hezur*. Y los términos homólogos los que podríamos tomar como versión uno del otro, *back* y *bizkar* ‘espaldada, dorso’, *bone* y *hezur* ‘hueso’ aparecen en el compuesto en el mismo orden en una lengua y en la otra. Esto mismo sería tan raro en castellano, que bien podemos calificarlo de imposible. Incluso en un monstruo reciente como *cantautor*, que se aproxima de alguna manera al modelo inglés, el primer miembro parece tener un carácter verbal, indeterminado en cuanto a cualquiera de las modalidades que una forma verbal puede recibir, y hasta en lo referente a su condición finita o infinita.

Lo que antecede equivale a decir que no había razón, por mucho que se buscara descubrir parentescos genéticos, para abandonar los intentos de establecer clasificaciones tipológicas y, como consecuencia, de mejorar las ya existentes. De la primera etapa de investigación de hechos en las lenguas más diversas y de elaboración conceptual, nos quedan todavía, si no esquemas generales, sí al menos denominaciones que, no por haber dejado de pertenecer a marcos más amplios, han cesado de estar en uso. Así se habla todavía, como contrapuestas en el límite, de lenguas sintéticas y analíticas o de aglutinantes y flexivas, pongamos por caso.

Acaso la culminación de las corrientes iniciales se halle en el librito de Fr. N. Finck, *Die Haupttypen des Sprachbaues*, [[Leipzig] 1910, que llegó a establecer, convencido de que las casillas arbitradas hasta entonces no eran suficientes, ocho tipos lingüísticos que ejemplificó con ocho lenguas. Finck, y no ha sido el último, creyó que la red empleada en las clasificaciones anteriores no era lo suficientemente fina, y trató de introducir una malla más adecuada

Pero la falla de la concepción que bien podemos llamar clásica no se halla precisamente en la escasez de subgrupos, sino ante todo en la heterogeneidad de los criterios que sirvieron para establecerlos. Aquí mismo, y a simple vista, no podemos menos de echar de ver que, por ejemplo, analítico / sintético y aglutinante / flexivo no son particiones que se hayan hecho según un mismo eje o, si se prefiere, una misma dimensión. Como, al decir de los matemáticos, toda partición determina una relación de equivalencia y toda relación de equivalencia determina una partición, nos encontraríamos en principio con cuatro clases: lenguas analítico- y sintético-aglutinantes más lenguas analítico- y sintético-flexivas, si no introducimos otros criterios de partición que estos dos únicos. Y, desde el punto de vista de la lógica del método, poco significaría el que alguna o varias de tales clases estuvieran vacías a no ser que se llegara a demostrar que este hecho no era casual, sino producido por alguna relación de solidaridad entre hechos de naturaleza aparentemente diversa.

La introducción de varias dimensiones en la clasificación es obra de Edward Sapir antes que de ningún otro. Este lingüista presentó un esquema de sistema como uno de los capítulos de su *Language*, [[Nueva York] 1921, libro que a una extrema agudeza une una exposición fácil y elegante y una brevedad muy poco común en esta clase de trabajos. Muchos años después, las ideas de Sapir tuvieron prolongación en un sentido muy preciso que ya estaba en cierto modo contenido en *Language*. En su «A quantitative approach to the morphological typology of language», reimpreso en 1960 en *International journal of American linguistics*, Greenberg tomó, puesto que una lengua no es o aglutinante o no aglutinante, sino que puede poseer esa propiedad en grado diverso, el camino de la cuantificación de manera abierta y decidida.

La lengua como sistema abstracto, en el sentido saussureano de la palabra, se presta poco, mejor nada, a la cuantificación. No así el habla, los textos orales o escritos, que podrían ser el paraíso mismo para los estadísticos amigos de las grandes poblaciones. Greenberg

tomó, pues, textos de cada lengua que quería situar en el punto que le correspondía, según la medida de diez índices, en un espacio de cinco dimensiones. Tovar lo ha aplicado a la lengua vasca, en comparación con otras once lenguas o estados de lengua, en su artículo «Comparaciones tipológicas del euskera», aparecido en *Euskera*, Boletín de la Real Academia de la Lengua Vasca, 22 (1977), 449-476.

En mi deseo de no pecar por omisión aun en una enumeración tan sumaria como ésta, señalaré de pasada que la línea clásica, la de Finck en el fondo, ha tenido también una continuación, quizá un tanto sorprendente, en las ideas de Ernst Lewy, expuestas sobre todo en *Der Bau der europäischen Sprachen*, 1942,^a y de algunos seguidores.

Digo ‘sorprendente’ porque aquí la clasificación, sin dejar de ser tipológica, tiene muy en cuenta el género de hechos que se suelen atribuir a la afinidad. A esto apunta también el uso frecuente de denominaciones de carácter geográfico. ‘Lenguas europeas’, ‘lenguas atlánticas’, etc., parecen apuntar a espacios en que cierta clase de fenómenos se encuentra difundida. En otras palabras, se diría que, al menos a veces, se trata de caracterizar áreas más que lenguas.

Esto ha sido mencionado de pasada, pero hay otro desarrollo debido también a Joseph H. Greenberg que sigue siendo muy actual y va a constituir el centro de estas breves consideraciones. Greenberg aceptó la sugerencia ya antigua de Roman Jakobson en el sentido de que la tipología tenía que basarse en la implicación, entendida ésta como es natural en sentido empírico y no lógico. La forma lógica de la implicación es la condicional, si *a* entonces *b*, lo cual trasladado a nuestro campo vendría a decir que, si una lengua posee el rasgo *a*, posee también el rasgo *b*.

164 Esto, si pudiéramos anteponer a la fórmula un cuantificador universal, obraría milagros. Pero serían milagros sobre el papel conseguidos en el reino atemporal de la sintaxis lógica, y no en el dominio de las lenguas del mundo sublunar. Greenberg tiene, pues, que contentarse, y nosotros con él, con afirmar que, si una lengua tiene la particularidad *a*, también suele tener la particularidad *b* con una frecuencia (mucho) mayor que la que cabría atribuir al puro azar.

Desde la conferencia de 1961 en que se presentó y desde que la ponencia apareció en un volumen colectivo, *Universals of language*, [Cambridge Mass.] 1963, se ha visto y se sigue viendo que esto

^a *Proceedings of the Royal Irish Academy* 48 (1942-1943), 15-117.

funciona, dentro de ciertos límites, y que permite por lo tanto descubrir conexiones entre rasgos de una lengua que, lejos de ser evidentes, pasan a menudo inadvertidos a primera y aun a segunda vista.

Pero, según reza el título de su trabajo («Some universals of grammar with particular reference to the order of meaningful elements»), Greenberg fue más allá y propuso un rasgo central, el orden de las palabras en la frase, con respecto al cual se definían muchas otras particularidades de la lengua. Y el orden de las palabras era, en primer lugar, como determinante, el orden de los elementos principales de una oración enunciativa: S(ujeto), O(bjeto, se sobreentiende que directo, en principio) y V(erbo). Está claro, y por ello mismo no necesita advertencia especial, que O puede y suele faltar en nuestras lenguas en muy numerosas ocasiones.

Greenberg vio enseguida que los seis órdenes posibles en abstracto se reducían en la práctica (no hay que olvidar que se habla siempre del orden básico o dominante de una lengua) a tres: VSO, SVO y SOV. El autor los simbolizó por I (sería el del árabe, el del hebreo bíblico y el del irlandés antiguo), II (bien conocido por aquí, ya que es el del castellano, el del francés, etc., pero también el del griego clásico) y III (que es el orden del latín o el del vasco). Recuérdense esos híbridos a que por pobreza de imaginación tantas veces recurrimos en clase: *Petrus Paulum cecidit*, *Pierre tua Paul* o *gizonak gizona ikusi du*.

Hace tiempo que se señaló, y de tiempo en tiempo se insiste sobre lo mismo, que una deficiencia grave de la gramática generativa y transformativa, tal como aparece propuesta por Chomsky (al menos hasta sus penúltimas formulaciones), es su incapacidad para mostrar, salvo de forma oblicua, las relaciones de dependencia entre miembros de una construcción, relaciones que son evidentemente importantes para cualquiera que se interese por el lenguaje, y no solamente para teóricos de la dependencia desde Tesnière y sus lejanos precedentes medievales hasta Hays y sucesores. Si consideramos estas relaciones atendiendo al orden lineal en que se dan sus elementos, suele saltar a la vista que hay lenguas en que la relación de dependencia tiende a dirigirse hacia la derecha, cualquiera que sea la construcción que se tome en consideración, o bien hacia la izquierda. Esto ocurre, como se sospechará, de manera más consecuente en unas lenguas que en otras: éstas pueden, pues, representar tipos más o menos puros o mezclados.

En las dos columnas que ahora presento, siguiendo aproximadamente a Th. Vennemann, aparecen los componentes de algunas construcciones bipartitas, encabezadas por *II* y *III*. Entiéndase esto en el sentido de que en las lenguas con orden básico SOV en la oración las clases gramaticales alineadas bajo *II* tienden a preceder a las siguientes, al contrario de lo que ocurre con las lenguas SVO, donde *III* suele anteponerse a *II*:

II	III
O	V
Adv	V
V Pers	Aux
V Pers	V Modal
Atributo Nom:	
Rel	N
Gen	
Adj	
Término de comp	Adj comparativo
N	Postpos (Prep)

La contraposición entre castellano y vasco sería clara en los siguientes casos: *Gizonak gizona ikusi du* 'el hombre al hombre ha visto': *el hombre ha visto al hombre*; *ongi ikusi du*: *lo ha visto bien*; *ikusi du* 'visto lo-ha' (un verbo transitivo vasco tiene que incorporar la referencia al objeto): *ha visto*; *ikus (ahal) dezaket*: *puedo verlo*; *ikusi nuen gizona* 'visto había-que hombre-el': *el hombre que vi*; *gizonaren etxea*: *la casa del hombre*; *etxeko gizona*: *el hombre de la casa*; *elurra baino zuriago* 'nieve que más blanco': *más blanco que la nieve*; *gizon-a-rekin*: *con el hombre*; *gizon-a-ri*: *al hombre*, etc.

En la construcción *adj. atributo + nombre* se observa inconsecuencia de una parte y de otra: *aurora roja*, como *egunsenti gorria* (cf. *red sunrise*). Esto sin embargo no es inevitable en castellano (hay hasta una clara tendencia a anteponer el adjetivo en la lengua escrita de hoy), pero sí lo es en vasco: *mala hierba* no podría traducirse, en cuanto al orden de las palabras, más que por el rutinario *belar txarra* «hierba mala».

Mientras aquí hay una coincidencia general, aunque no llegue a ser total, la contraposición de ambos órdenes es llamativa en la construcción *nombre + determinante* (artículos, demostrativos, pero

no numerales): *gizon-a* 'el hombre', *gizon bat* 'un hombre' (es decir, *a man*), *gizon hau*, *hori*, *hura* 'este, ese, aquel hombre', etc. 166

No tengo la menor intención de sacar de los materiales contrapuestos que acabo de presentar consecuencias de largo alcance o de bosquejar generalizaciones que, como se suele decir ahora, acierten a capturar aspectos no triviales de algunos tipos lingüísticos. Pero, aun sin ambiciones teóricas, bien podrían servir para ilustrar las dificultades que el hablante puede encontrar al pasar de un sistema al otro, a no ser que domine ambos con una competencia suficiente que le impediría, si no es un realista condenado a no poder expresarse sin reflexión, caer en la cuenta de los abismos que está franqueando al pasar de una lengua a la otra y al volver de ésta a la una.

Puesto que me he adentrado en un conato de ofrecer al menos un atisbo de la estructura de la lengua vasca, no tengo más remedio que decir algo sobre la llamada construcción ergativa de la oración que —según se suele afirmar, aunque no con entera verdad— es algo completamente extraño para gentes de primera lengua indoeuropea. La verdad es que, como intentaré mostrar aquí, la ergatividad (lo que los rusos llaman *èrgativnost'*) no siempre se da en estado puro ni sus huellas resultan siempre fáciles de descubrir.

Para abreviar la introducción, será mejor dar de lado la distinción, importante en algunas lenguas, entre sujetos activos e inertes: hay a este respecto una clara diferencia según se trate de *está* o *yace*, de una parte, y de *corre* o *hace*, de la otra. Pero en una lengua como el latín, que tiene casos superficiales, el nominativo *homo* será igualmente sujeto de *est* (*manet*), *iacet*, *currit* y *facit*.

Seguimos hablando en términos de latín o de castellano. Como acabamos de ver, la expresión del sujeto es siempre la misma, tanto si el verbo expresa una acción o un estado, lo mismo si éste es transitivo o intransitivo. Bien al contrario, en una lengua que emplea la construcción ergativa (supondremos, por sencillez, que la emplea de manera consecuente), no sería igual la expresión del sujeto de un verbo transitivo que la del sujeto de uno intransitivo. Ésta coincidiría en la superficie con la expresión del *objeto* de un verbo transitivo.

Está muy generalizado que no haya en una lengua más que dos expresiones distintas para tres elementos de la oración. Las lenguas como el latín o los romances, que usan la construcción de la oración llamada acusativa (no nominativa!), no distinguen sujeto de

167 verbo intransitivo (Sintr) de sujeto de verbo transitivo (Str): así en latín según acabamos de ver, ambos van en nominativo. Pero lo que se confunde en las lenguas de tipo ergativo es el objeto de un verbo transitivo (O) con el sujeto de uno intransitivo. Mejor dicho tiende a confundirse, al tiempo que se distingue de ellos el sujeto de verbos transitivos, al que se le asigna una posición singular.

El cuadro de la doble distinción, realizada de dos maneras diferentes, es, poniendo a la izquierda el tipo ergativo y a la derecha el acusativo:

$$\left\{ \begin{array}{c} O \\ \text{Sintr} \\ \text{Str} \end{array} \right\}$$

Naturalmente, la primera forma de expresar estas distinciones e indistinciones que se le ocurre a uno es el uso de casos diversos en una lengua cuya morfología cuenta con desinencias casuales manifiestas. Así, para ‘el hombre ha venido’ y ‘el hombre ha visto al hombre’ tendríamos, en vascuence y en latín respectivamente:

$$\left\{ \begin{array}{l} (gizonak) gizona ikusi du / (homo) hominem uidit \\ \quad \quad \quad gizona etorri da / \quad \quad \quad homo uenit \\ gizonak (gizona) ikusi du / homo (hominem) uidit \end{array} \right\}$$

Esta manera de manifestación es, repito, la que parece más natural, al menos a primera vista. No voy a explicar a nadie lo que puede ser un acusativo, pero acaso sí convenga subrayar que hay lenguas, y la vasca es una de ellas, que poseen un caso destinado a la expresión del sujeto de verbos transitivos, el ergativo, que es un caso aparte puramente gramatical como destinado a esa función (y esto es lo que sucede en vasco) o bien puede coincidir formalmente con algún caso oblicuo que cumple también otros menesteres.

Pero hay también otros medios, que pueden conducir a los mismos fines. Así el orden de las palabras, en francés o en inglés, por ejemplo, que no son menos lenguas ‘acusativas’ que el latín, a pesar de no tener marcas casuales fuera de los pronombres personales. O bien la configuración del verbo personal. Vasc. *n-abil*, de *ibil* ‘andar’ significa ‘yo ando’, pero *n-akar*, de *ekar* ‘traer’, es ‘(alguien) me trae’ no ‘yo traigo’, que eso se dice *d-akar-t*, con *-t* índice de

primera persona sing. agente: *d-* se refiere al objeto de 3.^a pers., '(yo) lo (traigo)'.

No hay más remedio que cortar en seco, ya que las ramificaciones de un tipo y otro son demasiado complicadas y, más que nada, están demasiado entremezcladas. Me contentaré, por lo tanto, con decir que, de las lenguas de las que tengo alguna noticia relacionada con la construcción ergativa, la vasca es la que la aplica de manera más sistemática y la que se permite un número menor de infracciones a la regla general: tratándose de verbos transitivos hay ergativo tanto con nombres como con pronombres (incluso personales), tanto con nombres animados o racionales como con inanimados, sea cual fuere el tiempo, el aspecto o el modo del verbo, etc.

168

Ha quedado, con todo, sin mencionar siquiera una última cuestión que exige respuesta hasta en una presentación tan somera como ésta, y la cuestión podría resumirse en unas preguntas. En primer lugar, ¿cuál es el sujeto de una frase vasca transitiva? ¿Es el que va expresado en caso absoluto o caso cero y es así común, hablando en términos de su versión a una lengua de tipo acusativo, a *Sintr* y a *O*, o es más bien el que lleva el *Str* en ergativo? Más todavía y más difícil, ¿es que tiene sentido seguir hablando de sujetos en una lengua de este cuño?

Por lo que me toca, sí creo que hay que contestar afirmativamente a esta pregunta, anterior en el orden lógico a la primera. Tiene pleno sentido hablar aquí de la relación 'sujeto de' y de sus correlatos; hasta creo que es útil y saludable hablar de ello. En cuanto a la anterior, pienso que el sujeto debe ser identificado en una frase intransitiva con el elemento nominal que va en caso absoluto o cero (en absoluto, según suelen escribir en inglés), pero también pienso que, a pesar de la diferencia de forma, hay que tomar el elemento nominal en ergativo como sujeto de una frase transitiva. Tendríamos, pues, separando el sujeto a la izquierda, tanto *gizona / etorri da* 'el hombre ha venido' como *gizonak / gizona ikusi du* 'el hombre ha visto al hombre'.

Sujeto y ergativo, sobre todo si se entiende por éste el mero componente nominal portador de cierta marca casual, *-(e)k* en vasco, no son nociones que pertenezcan a un mismo nivel lingüístico: admitido esto, y es difícil no admitirlo, huelga añadir cuál de los dos corresponde a un nivel más somero. Y, salvo prueba en contrario, se diría que parece inconveniente renunciar sin más a relaciones

profundas que pueden servir para dar razón de hechos sintácticos de niveles más accesibles a la observación directa.

S. R. Anderson examinó en 1976 casos vascos de elisión pronominal bajo referencia idéntica. Tenemos, por citar alguna muestra, *ikusi nahi dut* 'quiero ver' que ha de entenderse, sin lugar a dudas, como *(nik) ikusi (nik) nahi dut* '(yo) quiero ver (yo)', con *nik* (*ni-k*) en ergativo nada anómalo, puesto que *ikusi* es también transitivo en este ejemplo. Lo decisivo es que nada cambia aunque sustituyamos el transitivo por un intransitivo: se dice, del mismo modo, *etorri nahi dut* 'quiero venir', a pesar de que aquí se trataría de *(ni) etorri nahi dut (nik)* '(yo) quiero venir (yo)'.

La referencia a la 1.^a pers. sing. que aparece aquí, podría decirse, va incorporada en forma de índice personal *-t* al verbo auxiliar: la primera persona a que nos remite no necesita, por otro lado, ninguna precisión en cuanto a la referencia. Pero se da el caso de que exactamente lo mismo sucedería con una 3.^a pers. en que la referencia podría en principio ser equívoca. Con todo, volvemos a hallarnos ante lo mismo: se dice *ikusi nahi du* 'lo quiere ver', es decir, *(honek) (hau) ikusi nahi du (honek)* '(éste) (lo) quiere ver (éste)', lo mismo que *etorri nahi du* 'quiere venir', en otras palabras *(hau) etorri nahi du (honek)* '(éste) quiere venir (éste)', donde *hau* se equipara a *honek* a pesar de la diferencia de forma.

También se ha mencionado entre nosotros la existencia de otros fenómenos de correferencia que no suelen ser ambiguos, a pesar de que se diría que deberían serlo si uno se mantiene fiel a ciertas doctrinas lingüísticas muy apegadas a lo somero. En oraciones como *eraman du eta etorri da* 'lo ha llevado y ha venido', *etorri da eta eraman du* 'ha venido y se lo ha llevado', incluso cuando uno de los verbos va empleado en forma no personal, como ocurre en *eramanik etorri da* 'habiéndolo llevado, ha venido' o *etorririk eraman du* 'habiendo venido, se lo ha llevado', ningún conocedor de la lengua duda (salvo acaso si la situación es completamente anómala), de que quien realiza la acción de llevar, su actor, es el mismo que realiza la acción de venir, y viceversa. Y, aunque entre dentro de lo posible que se llegue a decir *hau eramanik etorri da hau*, por ejemplo, 'habiendo llevado a éste, ha venido éste', no se identifican, sin embargo, el *hau* llevado y el *hau* que ha venido, sino que, bien al contrario, este último *hau* coincide en cuanto a la referencia con el *honek* no expreso que ha realizado la acción de llevarse a 'este (otro)'.

Y aquí, resumo, se encuentra la raíz más profunda de que el euskaldun corriente y moliente se haya mostrado decididamente refractario a aceptar la concepción pasivista del verbo vasco, que no hace tantos años todavía dominaba entre los mejores tratadistas, a partir sobre todo de Schuchardt. El hablante ingenuo no podía aceptar la identificación de cosas que para él eran inidentificables, como tampoco podía aceptar que se rechazara lo que él espontáneamente y de todas todas identificaba.

* * *

En esta brevísima exposición, resalta todavía más su insuficiencia por el hecho de que ni siquiera se ha mencionado lo que los de Copenhague llamaban el plano de la expresión. La omisión, debo confesarlo, ha sido voluntaria. No ofrecía dificultad especial para mí, ya que mis trabajos se han referido por lo general a él, más que al plano del contenido. Una caracterización esquemática, por otra parte, habría dado más luz en ese terreno que en el que he escogido para estas consideraciones.

La razón principal de mi abstención consiste en que, aunque haya una solidaridad entre ambos planos (uno no podría existir sin el otro y viceversa), todavía no se han encontrado, que yo sepa, las estructuras de implicación que ligan, por ejemplo, la existencia de oclusivas recursivas con la construcción ergativa, o al revés; la tendencia a la sílaba abierta con el orden SVO, etc., etc. No parece, hoy por hoy, demasiado fácil que se encuentren y, en todo caso, éste no sería el lugar más apropiado para buscarlas. 170

P. S. En lugar de dar una bibliografía, necesariamente insuficiente en vista de lo que se publica sobre este tema, acerca del ergativo, la construcción ergativa de la oración o la ergatividad como tipo, creo que lo mejor será dar la referencia de una obra colectiva, en lengua de fácil acceso y en la que han colaborado algunos autores que conocen muy bien los hechos vascos. Me refiero a: *Ergativity. Towards a theory of grammatical relations*, ed. by Frans Plank, London, Academy Press, 1979.

Señalo que hay abundante y sólida bibliografía soviética (Klimov, etcétera). El estadalismo marrista despertó, por obra ante todo de Meščaninov, un vivo interés por el tema, lo que constituye una de sus pocas contribuciones positivas a la lingüística, al lado de tantos desastres.

Codicilo de 1987, extraído de las «Rectificaciones y enmiendas» de *PT*, pp. 465-492, 468-472 (texto completo en el vol. X):

A propósito de universales (vamos, de cierto género un tanto chapucero de universales), se puede remitir a los cuatro tomos de *Universals of human language*, ed. by J. Greenberg [C. A. Ferguson, E. A. Moravcsik, Stanford 1978]. Siempre he tenido debilidad por la teoría, pero considero que el dato es de importancia crucial sobre todo cuando se trata de hechos, como los lingüísticos, sobre los que tanto ignoramos en general y en detalle. No estamos todavía en situación, diría yo, de sentar principios que, por ahora (y por algún tiempo más, si uno se atreve a aventurar predicciones), no van a ser comparables a los de la termodinámica o a los de la mecánica newtoniana.

En cualquier caso, al decir y escribir estas palabras sobre cuestiones que en parte no conozco nada bien, no tenía más intención que la de vulgarizar ideas que al nivel ordinario de comprensión pusieran de marcado relieve algunos hechos fundamentales. Digamos, para entendernos, que si se tomaban en consideración aproximaciones caseras de ideas generativas, éstas andaban, por atenernos a fechas, no mucho más aquí que 1957 y 1965. Advierto, aunque sea innecesario, que hay ahora, dentro de ese aparato teórico, medios (considerados más bien innecesarios antes) de señalar hechos de dependencia.

Uno de los temas que me han preocupado durante años era el de decidir, dado el desacuerdo entre forma y función en una lengua como la vasca, qué elemento de la oración debía ser identificado como S o como O y cuestiones similares. Yo tenía, como tiene todo euskaldun mientras no se demuestre lo contrario, la convicción de que sintácticamente *aita* (*etorrida*) va con *aitak* (*ikusi du*) y no con *aita* (*beste norbaitek ikusi du*). Pero, si uno oye repetir à *longueur de journée* a eminentes autoridades que hay que basarse sólo en diferencias de forma, que todo lo demás es *pensée* inaprehensible, duda y no se atreve a decir todo lo que piensa. De todo esto trato en el apartado 16, y remito allí a los posibles interesados.^b

En cuanto al orden normal, no marcado, de la aserción ordinaria, tanto en oración principal como en secundaria, apenas puede uno dudar de que sea precisamente el SOV de marras, ya que es el que uno viene usando espontáneamente desde que empezó a hablar cuando enuncia algo sin añadir especias a la frase: así en clase cuando uno menciona, no usa, una frase de ese género: *aitak semea ikusi du*, *amak alaba somatu du*, etc. Es lo

^b El autor se refiere sin duda a «Notas sobre compuestos verbales vascos», *Revista de dialectología y tradiciones populares* 33 (1977), 245-271 [= *PT*, pp. 311-335].

mismo que se hace, o se hacía, por aquí al presentar una oración latina del mismo estilo.

Con todo, salta a la vista que ese orden puede ser modificado de varias maneras, con mayor o menor alteración del valor de los elementos. Exactamente de seis maneras en los casos arriba mencionados, y este número crecería si se sustituyera la afirmación por la negación: *aitak ez du semea ikusi*, etc. Habría que señalar, con todo, que se trata en buena medida, como solía advertir Ángel Irigaray, de hechos más dialectales que comunes: esto es de sobra conocido en los ejemplos como *ikusi egin du*, inexistentes en buena parte del país y no siempre usados de la misma manera allá donde se oyen.

Se trata, de otra parte, de prácticas que se siguen de cierto tipo de *competence*, unas normas que algunos tratamos de imponernos, aunque no siempre nos atengamos a ellas, por descuido o por incertidumbre, al menos cuando nos expresamos con atención, sobre todo por escrito. La codificación, que ahora a veces no sabemos si nos es impuesta o nos la imponemos por propio impulso, empieza por Azkue, sigue por Altube y alcanza su culminación en Orixe para quien éste era el más subido patrón de la corrección gramatical.

¿Han variado estas reglas con el tiempo? Es verdad sin duda que antes no eran tan tenidas en cuenta, pero sería difícil demostrar que esto se debía tan sólo a servil deferencia por lo extraño y menosprecio de lo propio. Es cierto que, como se ha señalado más arriba, Leizarraga calcó el orden griego y el latino (más el francés, etc.) al traducir Lc 15, 11 *Guiçon batec cituen bi seme*, contravieniendo al parecer la norma que debía haberse aplicado. Pero lo mismo hace Larreguy, 1777, II, 230 (*Guiçon batec cituen bi seme*), y nadie parece haberse rasgado las vestiduras al leer que Aguirre el de Asteasu, famoso por su buen uso del lenguaje, vertió *Aita batec cituan bi seme* por los alrededores de 1800.

Me parece que es todavía bastante reciente la tendencia a dar importancia decisiva a hechos superficiales, y el orden de los elementos de un enunciado lo es tanto como el que más, cuando antes se nos solía remitir a simas abisales como explicación última. Sea o no así, el hecho es que esa tendencia me va a contrapelo. Me resisto a aceptar que las relaciones de contigüidad, de proximidad, de anterioridad o de posterioridad en la cadena hablada tengan una importancia decisiva. Hay relaciones que poco tienen de lineal y me inclino a pensar que mucho de lo que decimos sobre tópico, foco o énfasis tiene más que ver con la retórica (de la que, cosa que viene en cierto modo a cuento, *no* se ocupó el Brocense en su *Minerva*) que con la gramática propiamente dicha.

En estos últimos tiempos domina la sospecha vehemente de que el euskara, y no es que ande solo, es una lengua «no configuracional», cosa que, bien entendida, nada tiene de peyorativo. En tales lenguas no existe el VP (o SV), *eta kito*. Sobre esto remito a Georges Rebuschi que en varios lugares explica, con gran claridad y sana reserva, los progresos de sus estu-

dios, a la luz también del movimiento de la teoría, en el análisis de los hechos vascos.

De cualquier modo, el primer paso por este camino lo dio, en lo que nos concierne, P. G. de Rijk, en algo que más bien es, a lo que se me alcanza, un anticipo que una continuación: «Topic fronting, focus positioning and the nature of the verb phrase in Basque», en *Studies on fronting* ed. by Frank Jansen, Lisse, Peter de Ridder Press, 1978, pp. 81-112.

No es esta la mejor ocasión para el comentario de ese trabajo, y menos si éste procede de mi mano. No me abstendré, con todo, de apostillarlo con alguna observación. Una se refiere a una frase tomada de Barandiaran: *Da alaba oi, plazên erdiñ erre omentzoên* «And that daughter, in the middle of the market-place they burnt». Más adelante se nos dice sobre ella:

Its topic is *alaba oi* «that daughter». It is marked as such by the pause following it, indicated by the comma. As there is only one clause present, the comma in this position can have no other function than that of indicating topichood rather than mere subjecthood.

Yo diría más bien que la pausa, como he escrito en otra parte, es puramente virtual: puede aparecer, pero no tiene que hacerlo por necesidad. En realidad, cualquier elemento de la frase, empezando por el sujeto o el objeto, puede ir seguido de pausa, *con tal de que no sea el foco*. Lo mismo pasa con la coma, que se pone o no se pone, antes no que sí.

La distinción para esta lengua del tópico y de lo que de Rijk llama «left dislocation», se me figura más ilusoria que real: *Alaba oi* ha dejado detrás un pronombre, sólo que va inserto en el verbo personal. La traducción literal es «they burnt her», en castellano «y a esa hija *la* quemaron en medio del mercado», donde *la* no puede faltar. Se recoge, claro está, solamente aquello que el verbo personal puede recoger: grupo nominal en absol., ergat., o dativo, y no es posible *Sendagille orrekin, beintzat, ez det uste berarekin iñoiz mendira joango naizenik*. Basta con decir, como se dice: *Sendagille orrekin... ez det uste mendira joango naizenik*.

El complejo verbal, formado por verbo infinito más verbo finito (cualquiera de los cuales puede faltar), es una realidad morfológica lo que no excluye su unidad sintáctica cualquiera que sea el espacio, nulo en tantos casos, que los separa. Ya se ha mencionado que cabe decir *ez du honek hori esan, ez du honek hori gaur goizean esan, ez du honek hori gaur goizean oihuka esan* y así acaso sin que haya en teoría una cota superior que limite el número de aditamentos «extraños» intercalables. Item más. La posibilidad de anteponer, sin negación, el auxiliar a la forma nominal está muy viva en varios dialectos, de modo que Elizamburu bien pudo haber dicho *meza zen hari aldarean* o *hola dautazu khendu bakea?*, aun hablando en prosa. Ahora bien, esto es también perfectamente admisible en la zona occidental, siempre que se trate de verso: si esto es audacia renovadora o

conservación de un rasgo arcaico, no lo sé. En todo caso Arrese Beitia escribió, sin escándalo de nadie:

Euskaldun jayo nintzan,
Euskalduna azi,
Euskara utsik amak
Eustan irakatsi.

Y me atrevería a decir que también pudo haber escrito, aunque sin ganancia expresiva,

euskara utsik eustan
amak irakatsi,

perfectamente adecuado por el metro y de gramática no condenable por cuanto a mí se me alcanza.

Desconozco cómo se tratan lenguas en que el orden corriente y movente es el que ejemplifica ya Gen. 1, 1, tal como lo calcó la Vulgata: *In principio creavit Deus caelum et terram*. O bien la glosa *dobérat huili a coibsená (isind láosin)* «all shall give (lit. shall give all) their confessions (on that day)». Y no es que ni una lengua ni otra sean desconocidas para los interesados.

Remito por vía de ejemplo a la p. 58 de la múltiple y descabellada traducción de F. J. Newmeyer titulada *El primer cuarto de siglo de la gramática generativo-transformativa (1955-1980)*, Madrid, Alianza, 1982, cuyo encabezamiento (*Linguistic theory in America*) ha sido si no arteramente por lo menos sí sagazmente despojado: el encabezamiento muestra que, según el desaforado Newmeyer, el conjunto A puede incluir en sentido propio al conjunto B, a la vez que éste incluye no menos propiamente a aquél, sin que por ello, conforme al fundamento de unas ideas que circulan por aquí en las *humaniores litterae*, A sea igual a B. Tanto peor para lo que Felix Bernstein sentó en 1897. Para que sobre la versión española lo dicho no parezca apasionado, transcribiré sólo que en la p. 21 se le atribuye al pobre Hume el sostener que «cualquier volumen», «de metafísica escolar o de la divinidad, por ejemplo» es algo que podemos coger en las manos. ¿No se tratará de «metafísica escolástica» y de «teología»? Porque, al menos en castellano, «la divinidad», sobre cuya existencia las opiniones del filósofo eran tan escépticas como reticentes, a duras penas pasará por autor de volúmenes.

«Antes de que la lingüística se volviera ciencia» (p. 41), es decir —en rigurosa sinonimia— antes de 1957, Chomsky, iniciado por su padre en la lingüística histórica, a la que Newmeyer califica inesperadamente de modo positivo, cosa que es de agradecer, comenzó a trabajar en una gramática de hebreo moderno. Esto se tradujo en dos trabajos académicos

que, aunque no publicados que yo sepa, se caracterizaban por su inaudita novedad. En palabras del autor: «La combinación de su profundo conocimiento del proceso histórico, de la chocante inadecuación de la lengua hebrea a la descripción en términos estructuralistas y del factor intangible del propio genio de Chomsky le hizo darse cuenta casi inmediatamente de que un estudio estructuralista y revelador de esta lengua era imposible».

Estoy de acuerdo de punta a cabo en que tanto el conocimiento de la evolución histórica de la lengua, real aunque después se haya manifestado tan pocas veces, como la genialidad de Chomsky —que no tengo escrúpulo en reconocer ya que no me cuento entre la legión de los que creen que participan de ella por vía de elogio o de halago—, se revelaron ahí de modo esplendoroso. Sé, por otra parte, muy poco de hebreo y ese poco se refiere más bien a la fase bíblica que a la actual. Me atrevo a pensar, sin embargo, aun dada mi insuficiencia, que no habrá muchas lenguas cuya morfofonología se preste mejor a una consideración clásica que el hebreo, lengua en que las gramáticas tradicionales mismas representan por *KALB* un nombre shegolado como *keleb*, con *b* fricativa. ¿Ha oído hablar Newmeyer del tratamiento del menomini por Bloomfield, por ejemplo, y de lo mucho que se ha dicho sobre él? La ignorancia casa muy mal —o, si se prefiere, demasiado bien— con la manía de grandezas.

A. TOVAR, *EL EUSKERA Y SUS PARIENTES*,
MADRID 1959

Ediciones Minotauro ha tenido la idea feliz de publicar como 2.^o 77
volumen de su Biblioteca Vasca esta colección de trabajos diversos
del prof. Tovar, en su mayor parte publicados ya, algunos en este
Boletín. El libro tiene el siguiente sumario: 1, «El problema de los
parentescos del vascuence»; 2, «Difusión de la palabra vasca *ezker*
‘izquierdo’ y de su significado»; 3, «Un ejemplo de etimología vas-
co-caucásica (vasc. *guraso*, georg. *gvari* ‘familia’, de vasc. *gure*, georg.
gv- ‘nos’); 4, «El parentesco vasco-ibérico»; 5, «El vascuence, lengua
europea (sobre i.-e. *ko-*, vasc. *-ko*)»; 6, «La etimología europea de
gaur ‘hoy’»; 7, «Sobre la primitiva extensión del vasco»; 8, «Una an-
tigua inscripción vasca con el nombre de Dios»; 9, «Los nombres de
hermano y hermana en vasco»; 10, «El problema de las etimologías
en el vascuence»; 11, «‘De bruces’»; 12, «La etimología vasca de
abarca»; 13, «*Erdera* — media lengua»; 14, «*Gárgoris* y *gari*, *gara-*
gar»; 15, «El vizcaíno entre los dialectos vascos».

Una reunión de muestras de la asombrosa actividad, varia pero
no dispersa, del prof. Tovar tiene siempre el mayor interés: añádase a
esto que, aun en la parte ya publicada de este volumen, el autor, para
quien el saber no es algo acabado y definitivo, ha tenido siempre el
cuidado de refundir, modificar y completar el texto para incluir en
él los resultados de la investigación más reciente. Véanse, para citar
un solo ejemplo, las valiosas adiciones del cap. 4 en relación con el
artículo aparecido en *Archivum* de Oviedo. Se pensaría, sin embar-
go, que el libro, simple reunión de trabajos sueltos unidos por los

débiles lazos de un mismo objeto general, no dejará de parecer inco-nexo y mal trabado al lector no especialista. Por eso mismo, no deja de causar sorpresa el constatar que, lejos de eso, el libro muestra una notable unidad, que parecería mayor todavía si no conociéramos las circunstancias de su nacimiento. El firme lazo de unión lo constituyen sin duda las ideas del autor acerca de la evolución de las lenguas y de su mutua relación. De éstas, expuestas con vigor y claridad en el primer capítulo, se deducen rigurosamente las aplicaciones a problemas como el de las relaciones entre vasco e indoeuropeo, vasco e ibérico y el del parentesco lingüístico vasco-caucásico: subraya en todo momento la importancia de los emparentamientos por vecindad frente al parentesco «genealógico» y de las limitaciones del método comparativo en nuestro Occidente donde tantos son los *missing links* de los que ni siquiera conocemos el nombre.

78 De ellas se sigue también la certera visión del vascuence como lengua europea, es decir, como lengua no aislada, sino en íntima relación e intercambio con las lenguas antiguas y modernas habladas en ámbitos vecinos. Las cuestiones etimológicas concretas aquí consideradas no son, en cierto modo, más que ilustraciones de este hecho general. «El lector, de todas maneras —se dice en el prólogo—, se dará cuenta de que el tema está inmaduro para hacer resúmenes brillantes, y sólo en breves trabajos sobre puntos concretos logramos visiones más o menos precisas sobre la relación entre el vasco y el ibérico, sobre las posibles conexiones del vascuence con remotas lenguas euroasiáticas, sobre el vasco en el mundo preindoeuropeo occidental, sobre la vieja religión europea que tuvo en la región vasca uno de sus últimos reductos, sobre alguna coincidencia profunda entre el vasco y el caucásico, sobre la íntima y secular convivencia del vasco con el español y con el gascón. En muchos puntos de éstos se trata sólo de ojeadas muy pormenorizadas, de visiones instantáneas, sobre campos que esperan un trabajo detenido y largo».

El lector más amigo de la exactitud que de la brillantez agradecerá al autor que, con una certera visión de las posibilidades reales del momento, se haya contentado con profundizar en detalles en vez de lanzarse a especulaciones más sugestivas, pero también menos fundadas. Y todos deberán reconocer que ha sabido realizar la difícil tarea de conseguir que el libro, sin perder nada de su interés para el especialista, resulte al mismo tiempo accesible e interesante para un público mucho más amplio.

Sería largo citar todos los puntos de interés que aquí se tocan aparte de los que ya están inequívocamente aludidos en el sumario copiado. No entraré ahora en la crítica de algún punto básico de las teorías de Tovar, en especial el de la facilidad del préstamo morfológico en ciertas etapas culturales. Creo que de un resumen de fenómenos de esta clase con ciertas garantías de comprobación, como el de U. Weinreich, *Languages in contact*, [[Nueva York 1953]], pp. 29 ss., se evidencia que no es muy grande el número de casos seguros, si se define estrictamente lo «morfológico». Hay que señalar, sin embargo, que el prof. Tovar, en su afán de exactitud, ha renunciado al empleo de la palabra «promiscuidad» precisamente porque, tratándose de una metáfora, podría dar pie a interpretaciones laxas (p. 22).

Vayan para terminar unas observaciones de detalle. Con respecto a *euskera* y *erdera*, tengo la impresión de que (*h*)*euskara* y *erdara*, cuya mayor difusión antigua puede probarse, son anteriores a las variantes en *-era*. El sufijo, precisamente por su valor adverbial, sería pues antes *-(k)ara*, de *jakiara* «a sabiendas», etc., del que habla por ejemplo Oihenart, *Notitia utriusque Vasconiae*, [[París 1638]], p. 50: «*sayets-cara* versus *latus & omissa littera C*, *Aizin-ara* versus *anteriorrem partem*, *guibel-ara* versus *posteriorem partem*». El diccionario manuscrito a que se refiere Humboldt es el de Silvain Pouvreau, que dice: «*Erdara*. langue du país. *franciaco erdara*». En esta definición S. Pouvreau quiere decir, a mi entender, «lengua común, general», sin la menor preocupación etimológica, pues para él no existe *erri*, sino *herri*, que traduce por «païs, parroisse».

Me parece demasiado categórico lo que se dice «sobre la extinción del vasco ya en tiempos a sólo unos 15 kilómetros de Bilbao» a propósito de *Güeñes* (p. 92). No tengo datos sobre el término de Güeñes, pero una buena parte de la toponimia del vecino valle de Gordejuela (ant. *Gordojuela*) es ciertamente vasca. Está claro, de todos modos, que tanto *Güeñes* (que podría perfectamente venir de un más antiguo **gonni-*) como *Gordejuela* muestran diptongación romance, por lo que no debían hallarse lejos del límite lingüístico medieval. Tampoco puede excluirse que en casos como éste los lugares de máxima extensión durante la Edad Media no señalen un avance del vascuence con relación a la situación inmediatamente anterior a la romanización.

En el último capítulo se aborda una importante cuestión dialectológica: ¿es el vizcaíno, el dialecto más occidental, un simple dia-

lecto como los otros o bien una variedad muy divergente que sólo largos siglos de convivencia han acercado al tipo oriental? Tovar, creo que con plena razón, se decide por la primera alternativa. Desde el punto de vista fonético, el vizcaíno se aparta menos de los dialectos centrales que el roncalés y el suletino en el extremo opuesto. Morfológicamente, y es en la morfología donde el vizcaíno muestra una personalidad más acusada, nada hay tampoco que no pueda explicarse dentro de la hipótesis de un origen común. Todos los hechos diferenciales consisten en arcaísmos conservados, en innovaciones aceptadas o en elección allí donde la antigua lengua vacilaba, según la clasificación de Rodríguez Adrados.

A esto puede añadirse que los tratadistas se han empeñado en trazar estos últimos años, con regla y cartabón, un supervizcaíno, tan apartado como sea posible del vasco común. Sirva de ejemplo de lo que digo el vizc. *gintzan* «éramos», que el autor toma de fuentes en general bien autorizadas en la p. 161. Según Azkue, *Morfología vasca*, [Bilbao 1925], p. 642, se usa *gintzezan* en Amorebieta, *gintzezen* en Villarreal de Álava, *gintzan* en Oñate y *gintzen* en Begaña, y añade: «Es muy creíble que hace como cuatro o cinco siglos no se diría en B. ninguno de esos *giñan*, *giñen*, *giñian*... etc.». Ahora bien, es evidente que no tenemos ningún medio para *oír* lo que decían los vizcaínos de hace cuatro o cinco siglos o los castellanos de la época de Alfonso el Sabio, pero que tenemos algunos para *saber* lo que decían: los textos escritos. Y los textos antiguos nos ofrecen siempre, en cuanto sé, formas como *ginean* y nunca variantes del tipo *gintza(za)n* que, como salta a la vista, son el resultado de la acción analógica, reciente a juzgar por los testimonios históricos, de *nintzan* «yo era», etc.

Ha debido haber un descuido al citar (p. 167) como roncalesa la voz *abonau* «tipo raro, curioso». Azkue lo da como vizcaíno marquinés ya anticuado, con la definición «raro, estrambótico». Fr. Bartolomé de Santa Teresa, que era de Marquina, emplea el participio *abonadu* y el nombre *abonu* con valores parecidos a los de *palagadu* «halagado, adulado» y *palagu* «halago».

EL MÉTODO LÉXICO-ESTADÍSTICO
Y SU APLICACIÓN A LAS RELACIONES DEL VASCUENCE
OBSERVACIONES SOBRE LA LISTA VASCA Y ALGUNOS OTROS EXTREMOS

Incluyo aquí traducidas —no sin supresiones, adiciones y cambios— unas notas que envié a los profesores Lafon y Tovar en marzo de 1956. 274

Me siento más o menos culpable, y ésta es la mejor ocasión de reconocerlo, como me figuro ha de sentirse todo aquel que ha traducido las palabras de la lista precedente^a a una lengua cualquiera, siquiera sea la propia. No será, pues, improcedente el tratar de precisar algunos detalles.

La variedad vasca a la cual he hecho mi versión es la que uso yo mismo por escrito y también de palabra en una conferencia por ejemplo, aunque no en la conversación corriente. Se trata, por lo tanto, de una lengua literaria —de fondo guipuzcoano, con toques alto-navarros— y como tal más bien purista, aunque alguno de mis paisanos pensará de ella lo contrario. En casos dudosos me habré atendido sin duda más de una vez, consciente o inconscientemente, a los usos locales que me son más familiares.

Han quedado sin traducción *he* y *they* por falta de verdaderos pronombres de 3.^a persona, aunque haya sucedáneos; *float*, cuya

A. Tovar, K. Bouda, R. Lafon, L. Michelena, W. Vycichl, M. Swadesh, «El método léxico-estadístico y su aplicación a las relaciones del vascuence», *BAP* 17 (1961), 249-281. Aquí se reproduce únicamente la aportación del autor, «Observaciones sobre la lista vasca y algunos otros extremos» (pp. 274-281), y la parte vasca de la lista encartada en el citado artículo, que contiene también las equivalencias a las siguientes lenguas: chukchi, circasiano, ávaro, georgiano, bereber del Rif, bereber de Sus, egipcio, copto y árabe.

^a Véanse las páginas 158-160.

versión vendría a ser más o menos la de *swim*, y también *at*. Hay varias traducciones iguales: *die* y *kill*, *right* (*correct*) y *straight*, *pull* y *shoot*; tampoco difieren mucho entre sí las de *wing* y *fly*. En los demostrativos y adverbios de lugar, se han elegido los extremos, los de 1.^a y 3.^a pers., como correspondientes a las parejas de Swadesh.

No es éste momento para examinar las ventajas y desventajas de la lista —o listas— que sirven de fundamento al ensayo anterior. Diré con todo que comparto las dudas de Kroeber¹ acerca de la posibilidad de establecer una lista universal, aplicable a cualquier lengua del mundo, y también su sospecha de que tal lista iría vaciándose de valor en la misma medida en que fuera acercándose a ese objetivo. Personalmente encuentro a la que aquí nos concierne un sabor decididamente americano (amerindio, naturalmente) por lo que no parece muy apropiada en más de un punto para el Viejo Continente. Queda abierta la cuestión, a la que yo contestaría afirmativamente, de si ciertos números debieran ser sustituidos por otros equivalentes, teniendo en cuenta particularidades regionales y locales, como propone el mismo Kroeber.²

Importa señalar que muchos de los abundantes verbos de la lista dan traducciones vascas poco satisfactorias, es decir, poco o nada adecuadas para ser aprovechadas con fines comparativos. Hablo de las perífrasis, tan corrientes entre nosotros, de nombre más un verbo de valor muy general, que además puede ser sustituido por otros:³ *igeri egin* «nadar» (o *ibilli, ari*, etc.), *egan egin* «volar» y semejantes. Por regla general, es la parte nominal, si alguna, la que podrá utilizarse en la comparación.

No sé hasta qué punto es autorizada la versión española de la lista de Swadesh ni a qué uso lingüístico corresponde: en todo caso he ajustado a ella en algún punto la mía, después de haber seguido primero al original inglés.

31. Más precisamente *eutsi* «asir», *euki* «tener sujeto».

34. *itzuli* «volverse, darse la vuelta».

¹ «Semantic contribution of lexicostatistics», *IJAL* 27 (1961), 1-8.

² Véase también Douglas Taylor, «Some particular problems in the application of the 100-item lexicostatistic test list», *ibid.*, 30-41.

³ Se trata, como se sabe, de un rasgo «atlántico» que E. Lewy y su escuela encuadran dentro del carácter «bedeutungsisolierend» del verbo céltico y vasco. Cf. en último lugar Heinrich Wagner, *Das Verbum in den Sprachen der britischen Inseln*, Tübingen 1959, pp. 98 ss.

39. En el uso actual *etzan* es más bien «echarse, acostarse, tumbarse»: «yacer» sería *etzanik (etzanda) egon*.

43. Exactamente «fendre par la moitié», como traducía Pouvreau. En Rentería y ampliamente por Guipúzcoa, *erdibitu* (también de *erdi* «mitad»), cf. *erdibitu zan* (Lardizabal, p. 462) correspondiente a Mc. 15, 38 (y pasajes paralelos) *scissum est, eskhís-the* (= Leizarraga *erdira cedin*). «Rajarse» sería más bien *artesitu*.

49. Entre nosotros más bien significa «cavar, levantar y mover la tierra con la azada u otro instrumento semejante», pero cf. Leiz. Lc. 6, 48 *aitzurtu eta barna irequi baitu* «éskapsen kai ebá-thunen»: «excavar» sería *zuloa egin, iriki*, lit. «hacer, abrir (el) hoyo».

72. *lodi* es «grueso», no «gordo» (= *gizen*).

97. Para nosotros completamente libresco: los lagos no son una especialidad del País Vasco. Lo más aproximado en la lengua hablada sería para mí *lintzura* «pantano, ciénaga».

105. Y también *zain*, que significa además «vena».

109. He traducido «fruto». Por lo visto, *baya* ha sido popular (v. Corominas, s.v.) con el valor de «fruto del laurel»,⁴ pero hoy no es más que un término técnico que, si no estoy equivocado, está muy lejos de corresponder a *berry*. Y «frutilla», aparte de ser «fresa» en varios países americanos, no sé si en España es algo más que un vago diminutivo de *fruta*. 276

118. En ciertos contextos, *kristau*, lit. «cristiano»: para oponer «hombre, varón» (*uir, anér:r*) a «mujer» se emplea más *gizaseme* que *gizon*.

141. *gizen* sería «gordo (de la carne)», contrapuesto a «magro».

160. Completamente libresco para mí.

161. Supongo que *smell* es «olfacere, osphraínesthai» y no «ole-re, ozein».

167. Y también *itz egin*, lit. «hacer palabra».

184. *txar* «malo» se dice tanto de personas (*lagun txar bat*, etc.) como de cosas; *gaizto*, entre nosotros, sólo de personas y a lo sumo de animales.

186. Para quien no es de habla inglesa, la inclusión de *dull* parece una broma pesada. Lo he tomado como «oscuro», siguiendo al georgiano, aunque temo que con poco acierto. «Embotado» (=

⁴ En Larramendi, «bayas, bacas, granillos de laurel o de otros árboles, *ostaleac*», acaso invención, de quien pasa a Lacoizqueta.

«romo») es *kamuts* y *opaco* en castellano en un cultismo aparatoso que sabe a óptica teórica y experimental, lo mismo que *translúcido*. El lat. *opacus* no tiene en España otros continuadores populares que los pirenaicos, con inclusión de los vascos, que significan «umbría».

189. Como se sabe, *arreba* es «hermana de hermano», *aizpa* «hermana de hermana»

200. *jostatu* «jugar a juegos infantiles, recrearse, divertirse» (= *jolastu*); *jokatu* «jugar a las cartas, a la pelota, al fútbol, etc.»).

204. Ya *lanza* en Larramendi (Lardizabal, p. 463, etc.). En cuanto a *astamakilla* «lanza» que alguna vez se lee, véase J. Garate *RIEV* 21 (1930), [153-163], p.153^b y 24 (1933), [94-104], p. 94,^c con textos de los vizcaínos Iturriza y Astarloa, quienes lo traducen por «palo para brincar en barrancos y lodazales», «garrote gordo, usado en las contiendas»: Añibarro en su vocabulario dice «garrote, palo». No es inverosímil, desde luego, que en un tiempo haya significado «astil, palo de lanza».

210. He traducido «quemar(se)»: «arder, estar ardiendo» sería *sutan egon*, lit. «estar en fuego».

Advierto que a partir del n.º 103 las distintas traducciones no son a veces homogéneas: en ár., eg. y copto se ha traducido p. ej. «juego», «trabajar»; en georg. el 205 es «puñal» y el 206 «luchar», aunque en este último caso, según creo, la desviación no tiene importancia.

* * *

La comparación vasco-caucásica no es, ni mucho menos, un campo virgen que con este experimento se tantee por primera vez. No estará de más, por consiguiente, hacer un poco de historia de uno de sus aspectos (georgiano-vasco), aunque sin ninguna pretensión de que las referencias siguientes sean exhaustivas.

Las reglas del juego glotocronológico, según las cuales una palabra debe ser comparada siempre con su equivalente semántico más próximo en otra lengua, excluyen algunas de las mejores aproximaciones propuestas: vasc. *su* «fuego»: georg. *c'v-* «quemar, arder». Recuérdese también p. ej. la comparación de georg. *ori* «dos» con la parte inicial de vasc. *zortzi* «ocho» (cf. vasc. *bederatzi* «nueve» y *bat* «uno»).

^b «Contribución al Diccionario Vasco».

^c «Segunda contribución al Diccionario Vasco».

De las 15 equivalencias, de ellas 5 dudosas, admitidas por Tovar ya han sido propuestas por distintos autores (Uhlenbeck, Dumézil, Bouda, Lafon)⁵ por lo menos las señaladas por los números 24, 54, 103, 115, 121. Esto deberá hacerse extensivo al n.º 12 (*eta* : *da* «y»), aunque no puedo ahora afirmarlo con seguridad.

No se han tenido en cuenta, por el contrario, otras ecuaciones, defendidas ya con mayor o menor energía: 53 (Lafon), 125 (Bouda), 135 (Dumézil, Lafon), 138 (Uhlenbeck, Dumézil), 173 (Dumézil) y 195 (Lafon).

No podemos detenernos en un simple cómputo de semejanzas, pues los defensores del parentesco lingüístico vasco-caucásico han fijado ya algunas —aunque no muchas— correspondencias fonéticas. Véase Lafon, *Eusko-Jakintza* 2 (1948), [359-370], p. 366,^d según el cual a las sibilantes africadas aspiradas caucásicas en general y georgianas en particular⁶ corresponden sibilantes predorsales vascas, en tanto que las apicales vascas son el correlato de las recursivas caucásicas. Usando la terminología de Martinet, diferentes órdenes responden aquí a diferentes series caucásicas. Dentro de esta hipótesis hay que desechar evidentemente los números 39⁷ y 187, tomados en consideración por Tovar, así como también el 138, que no se ha contado.

278

Si la correspondencia —más o menos holgada— de una sola consonante no basta, sino que el acuerdo debe extenderse por lo menos a dos, algunas aproximaciones resultan precarias: 14, 24 (una vocal!) y 89.⁸ El 76 presenta otra dificultad, gravísima: si el vasc. *andi* es un significante complejo, como se ha sugerido no sin verosimilitud, su componente principal tiene que hallarse en

^d «Correspondance basque-caucasique».

⁵ No me he entretenido en entresacar aproximaciones de las obras de Trombetti, en las cuales todo se compara con casi todo dentro del mayor desorden.

⁶ Las correspondencias parecen poco o nada precisas en cuanto a las sibilantes fricativas caucásicas y a las africadas sonoras; también las chicheantes fricativas y las sonoras en general, en la medida en que deben considerarse originales, admiten correlatos mal definidos.

⁷ El vasc. *etzan* (*etzin*, *etxun*) ha sido comparado ya además, por Lafon, con el georg. *z* «yacer, hallarse».

⁸ Se podría hacer también mención del núm. 141: vasc. *koipe* (distinto del equivalente de «gordo de la carne» que di en la primera versión de la lista) : georg. *kon-* «zir, salo». El elemento final *-pe* puede ser lo que aparenta, un sufijo (= «sub-»), con lo que cero sería el correlato vasco de *-n-*, lo cual está en regla.

la primera sílaba de la palabra. De las aproximaciones que Tovar no ha tomado en cuenta habría que rechazar también, por insuficientes, los números 53 y 125. No hay en efecto la menor prueba, por lo que hace al primero, de que el vasc. *egun* haya tenido alguna vez una oclusiva apical inicial como las palabras kartvélicas que significan «día»,⁹ por más que esto entre dentro de lo meramente posible. Para «lengua», el primer miembro —esencial— del compuesto dialectal vasco que aquí figura (*gain* es «parte superior, superficie») procede al parecer de **bini*, con la inicial tan frecuente en nombres de partes del cuerpo. Dudas de otro género (carácter pueril de georg. *ena*, inicial *n-* en otras lenguas kartvélicas) han sido expresadas por H. Vogt, *NTS* 17 (1950), 537-549, p. 545.^e

En el 215, cero (en otros dialectos *h-*) responde también a una oclusiva caucásica. Véanse además las objeciones de Vogt, *ibid.*, p. 543, n. 5.

Por lo que hace al n.º 195, aunque se admita la corrección de la correspondencia inicial (cf. vasc. *sagu* : georg. *tagvi* «ratón»), el término
279 vasco, según una opinión generalizada, es un préstamo románico: el latín *soca* se documenta ya (v. Corominas, s.v.) en el siglo VI. Esto no excluye un parentesco remoto e indirecto, claro está, pero no hay motivo especial para pensar que el vasco haya conservado aquí un arcaísmo.

Sospecho que algo parecido le puede ocurrir al georg. *balaxi* «hierba», pues los autores posteriores, mejor informados, no recogen la propuesta de Uhlenbeck. En el *Léxico comparativo lazo-min-grelo-georgiano* de A. Čikobava (Tiflis 1938)¹⁰ no hallo mención de *balaxi*, a pesar de que el svan. *baläx* (gen. *bälxi*) p. ej. está citado en [A.] Dirr, *Einführung*, p. 113.^f

^e Reseña de K. Bouda, *Baskisch-kaukasische Etymologien*, Heidelberg 1949. ^f *Einführung in das Studium der kaukasischen Sprachen*, Leipzig 1928.

⁹ Y acaso también las caucásicas septentrionales que significan «sol» «día»: véase Lafon, *Études basques et caucasiques*, Salamanca 1952, p. 66. Puestos a buscar paralelos, las palabras caucásicas recuerdan mucho más formas indoeuropeas: germ. **dagaz* «día» y el grupo de ind. ant. *dāhati*, lit. *degù*, etc., si no está relacionado con el anterior. Y, a propósito de resonancias indoeuropeas, el vasc. *mendi* (< **men-ti-*?) ha sido ya comparado con el lat. *mons*, etc.

¹⁰ No cito el título original por no sobrecargar una tipografía ya demasiado recargada.

Corominas parece tener razón al pensar que el vasco *burruka* (*borroka*, etc.) «lucha, sobre todo a derribarse», n.º 206, es un derivado de *borro* «carnero de un año, principalmente de lucha», con el suf. adverbial *-ka*: cf. *borroka(n) ari* «luchar».

Por lo que se refiere a vasco. *ezur* «bone» (n.º 135), véanse mis reparos a la aproximación propuesta por Lafon en *Emerita* 17 (1949), [195-211], p. 210,⁸ reparos que sigo creyendo sustancialmente válidos. La del n.º 173 (no recogida por Lafon y Bouda, ni ahora por Tovar) tiene muy poca consistencia. Conviene recordar además que variantes bisilábicas de tipo *za(h)ar*, no *zar*, se hallan con abundancia en documentos medievales de cualquier región de Vasconia: quizá se documenten ahora para la época romana en la inscripción recientemente aparecida en Lerga (Navarra).

* * *

Entrando en un campo distinto, Tovar señala «la difusión general desde el vasco hasta el árabe del vocablo 207», a pesar de lo cual está fuera de toda duda que los términos egipcio y copto han de ser excluidos de la cuenta: según la primera regla del juego, «nombre» debe ser comparado con «nombre» y nunca con «nombrar». Por otra parte, sin la menor pretensión a una competencia que no poseo, creo que salta a la vista que las formas bereberes están tomadas del árabe. Que un término de este valor está sujeto a préstamo como otros lo prueba p. ej. el vasco salacenco donde, con perdón de mis lectores vascos, se dice *nonbre* «nombre» (y *desnonbre* «apodo, sobrenombre») excepto en el Padre Nuestro.

De la posibilidad de una amplia difusión *da fe*, explíquese como se explique, la coincidencia de la denominación indoeuropea (lat. *nomen*, a.a.ant. *namo*, irl. ant. *ainm*, gr. *ónoma*, etc.) con la urálica: finés *nimi* (*nime-*), húng. *név*, etc.¹¹ Pero en el caso que ahora nos ocupa hay un detalle formal, la inicial *i-*, que pesa en la comparación y debe ser examinado por separado.

Está claro, en primer lugar, que *i-* dentro del semítico (cf. acadio *šumu*, hebr. *šem*, etc. «nombre») es un desarrollo particular del árabe,

⁸ «Voces vascas. I. (*h*)*egi*, *tegi*. II. Vasco *azari*, *azeri* y *azenarius*. III. Sobre algunos elementos latino-románicos en vascuence y otras voces vascas».

¹¹ Véase p. ej. B. Collinder, *Fenno-Ugric vocabulary. An etymological dictionary of the Uralic languages*, Uppsala 1955, p. 39.

como ya advirtió Schuchardt,¹² quien por lo demás no se hacía ninguna ilusión acerca del carácter advenedizo de este término en varias lenguas africanas. Dentro del vasco mismo, por otro lado, cada vez me parece más manifiesto que *i-* no es un prefijo autónomo, en contra de lo que él pensaba, ni lo ha sido en la prehistoria próxima de la lengua, sino una variante del prefijo *e-*, lo mismo que *j-*: en otras palabras, el resultado general de *ei-* y el de *e-* ante consonante en algunos contextos.

No es esto sólo. El vasc. *izen* no es forma única, como Bouda ha recordado a este respecto, sino que tiene a su lado el vizc. *uzen*. Se trata, como se sabe, de una correspondencia occid. *u-* : or. *i-* que se da, en inicial absoluta o tras *h-*, en un corto número de voces antiguas: *(h)uri* : *(h)iri* «villa», etc. Sus causas son oscuras y nadie, por la misma escasez de los ejemplos, se ha atrevido a postular una sexta vocal protovasca.

Como suponer que una consonante inicial perdida ha sido la causa del fenómeno resulta demasiado hipotético y tampoco se ve razón clara para éste en la naturaleza de la consonante siguiente, la explicación podría buscarse en otra dirección. Admitiendo por el momento que *u-* (arrinconado en época histórica) es lo más antiguo, podemos hallarnos ante los efectos de una tendencia, de la que hay otros indicios, a la armonía vocálica. En otras palabras, *u* no protegida por una consonante inicial pasó alguna vez a *i* en primera sílaba de bisílabos ante vocal anterior (*e*, *i*). Entre los obstáculos que encontró esa tendencia figuraría en primer lugar la presencia de *rr* y de *r* más consonante (cf. *urre*, *urri*, *urde*, *urte*, formas comunes) entre ambas vocales. No hay que olvidar que algunas veces la permutación *i-* : *u-* no es más que aparente, como en el caso de vizc. *itxi* «dejar», or. *utzi*, ambos de *eutzi*: cf. vizc. ant. *etxi*, guip. ant. y salacenco actual *eutzi*.¹³

¹² «*izen*, Name. Das *i-* ist wiederum 'Artikel' und stimmt somit nur zufällig zu dem des arab. *ism*, welches Vorvokal vor Doppelkonsonanz ist» (¶«Zur methodischen Erforschung der Sprachverwandschaft. Nubisch und Baskisch»], *RIEV* 6, 1912, [267-281], p. 274).

¹³ Esto me lleva a hablar de *uste* «creencia, opinión» que por su *-te* tiene todo el aspecto de ser un sustantivo verbal: el sentido corresponde evidentemente a la forma. Un verbo del cual pudiera derivarse se halla sin esfuerzo: es *etsi* «tener por, considerar, reputar». La distinta evolución formal ha separado, como tantas otras veces, dos palabras que el sentido une aun hoy estrechamente. Ténganse además presentes formas finitas como *-liotsa* en Axular, p. 419: *eta Iaincoac ailliotso liren asco* «plust à Dieu qu'ils fussent assez». No veo razón especial, excepto una vaga correspondencia caucásica, para pensar con Lafon (*Études*, pp. 80 ss.) que el sentido original de *etsi* es «hacer»: los testimonios vascos se oponen abrumadoramente.

Este intento de explicación, tan bueno como cualquiera de los que se han propuesto, hipotético como es, antes contribuye a quitar peso a la coincidencia vascosemítica que a añadirsele.¹⁴

* * *

Entre las sugerencias del prof. Swadesh hay algunas que pueden ser sustituidas por otras más ventajosas, que ya han sido expuestas en diferentes ocasiones.

En vez de pensar en i.-e. **g^whormo-* para el georg. *tbili* «caliente» y los términos kartvélicos emparentados, cabe recordar sin ninguna violencia el i.-e. **tep-*, paralelo ya mencionado por Vogt, *NTS* 18 (1951), 5-90, p. 52, nota:^h Schuchardt pensó en **tep-* para vasc. *epel* «tibio». Lo más parecido a i.-e. **g^wher-* en vasco es *gori* «candente», acaso un antiguo participio, que podría ser un préstamo del céltico.

El georg. *guli* «corazón», que es una de las correspondencias léxicas que más frecuentemente aducen los partidarios del parentesco de las lenguas caucásicas del Norte y del Sur, se parece mucho más a la palabra vasca a que tantas veces ha sido comparada: *gogo* «mente, alma, gana», formado posiblemente por reduplicación. La relación entre «alma» y «corazón» le es bien conocida a Swadesh en lenguas americanas, a las que puede añadirse p. ej. el rumano *inima* «corazón» (*suflet* «alma»).

^h «Structure phonémique du géorgien».

¹⁴ Swadesh tiene razón en subrayar la semejanza entre las denominaciones semíticas de «nombre» y «oír» (**š-m*). Para «oír» en las lenguas kartvélicas, cf. Čikobava, *op. cit.*, p. 314.

LISTA COMPARATIVA DE PALABRAS
VASCO

1	yo	ni	38	flotar	—
2	tú	i	39	yacer, estar	etzan
3	él	—	40	empujar	bultzatu
4	nosotros	gu	41	fluir	jario
5	vosotros	zuek	42	lavar	garbitu
6	ellos	—	43	rajar	erdiratu
7	quién	nor	44	atar	lotu
8	dónde	non	45	dar un golpe	jo
9	qué	zer	46	enjuagar	txukatu
10	cuándo	noiz	47	cortar	ebaki
11	cómo	nola	48	frotar	igortzi
12	y	eta	49	cavar	aitzurtu
13	si	ba-	50	arañar	arramazkatu
14	porque	-lako	51	apretar	estutu
15	en (ingl. <i>at</i>)	—	52	año	urte
16	en, dentro de	-n	53	día	egun
17	con	-kin	54	noche	gau
18	allí	an	55	uno	bat
19	lejos	urruti	56	dos	bi
20	cerca	urbil	57	tres	iru
21	derecho (lado)	eskui	58	cuatro	lau
22	aquí	emen	59	cinco	bost
23	aquel	ura	60	seis	sei
24	este	au	61	siete	zazpi
25	izquierdo (lado)	ezker	62	ocho	zortzi
26	venir	etorri	63	nueve	bederatzi
27	sentarse	eseri	64	diez	amar
28	dar	eman	65	veinte	ogei
29	volar	egan egin	66	ciento	eun
30	estar de pie	zutik egon	67	todos	guzti(ak)
31	sujetar	euki (eutsi?)	68	pocos	gutxi
32	caer	erori	69	muchos	asko
33	nadar	igeri egin	70	algunos	batzuek
34	dar vueltas	itzuli	71	ancho	zabal
35	andar	ibili	72	gordo	lodi
36	tirar, echar	bota	73	largo	luze
37	tirar (hacia uno)	tira	74	delgado	mee

75	estrecho	mear	115	perro	zakur
76	grande	andi	116	animal	animali
77	pequeño	txiki	117	pájaro	txori
78	corto	labur	118	humano en general	pertsona
79	hielo	orma	119	mujer	emakume
80	sal	gatz	120	niño	aur
81	estrella	izar	121	hombre	gizon
82	sol	eguzki	122	sangre	odol
83	viento	aize	123	oreja	belarri
84	cielo	zeru	124	mano	esku
85	nube	odei	125	lengua	mingain
86	lluvia	euri	126	diente	ortz
87	agua	ur	127	pie	oin
88	mar	itsaso	128	huevo	arrautz
89	humo	kee	129	espalda	bizkar
90	nieve	elur	130	cola	isats
91	arena	ondar	131	carne	aragi
92	piedra	arri	132	ojo	begi
93	montaña	mendi	133	pluma	luma
94	ceniza	(err)auts	134	piel	larru, azal
95	tierra	lur	135	hueso	ezur
96	polvo	auts	136	cabeza	buru
97	lago	aintzira	137	boca	ao
98	niebla	laño	138	nariz	sudur
99	río	ibai	139	ala	ego
100	fuego	su	140	corazón	bihotz
101	corteza	azal	141	grasa	koipe
102	hoja	ost	142	tripas	este
103	hierba	belar	143	vientre	sabel
104	árbol	zugaitz	144	cuello	lepo
105	raíz	sustrai	145	cabello	ille
106	flor	lore	146	hígado	gibel
107	bosque	baso	147	pierna	anka
108	semilla	azi	148	beber	edan
109	baya, frutilla	fruitu	149	morir	il
110	palo	makil	150	oír	entzun
111	gusano	ar	151	ver	ikusi
112	culebra	suge	152	dormir	lo egin
113	piojo	zorri	153	vivir	bizi
114	pez	arrai	154	comer	jan

155	saber	jakin	186	opaco, embotado	illun
156	morder	ozka egin	187	sucio	zikin
157	temer	beldur izan	188	hermano	anai
158	pensar	pentsatu	189	hermana	arreba, aizpa
159	respirar	arnasa artu	190	padre	aita
160	vomitir	oka egin	191	madre	ama
161	olfatear	usaia aditu	192	esposo	senar
162	reír	parre egin	193	esposa	emazte
163	cantar	kantatu	194	coser	josi
164	chupar	edoski	195	cuerda	soka
165	llorar	negar egin	196	disparar	tira
166	escupir	ixtua bota	197	cazar	eizean ibilli
167	hablar	mintzatu	198	cocer	egosi
168	negro	beltz	199	contar	kontatu
169	verde	berde	200	jugar	jostatu, jokatu
170	rojo	gorri	201	vestido	jantzi
171	blanco	zuri	202	trabajo	lan
172	amarillo	ori	203	bailar	dantzatu
173	viejo	zaar	204	lanza	lantza
174	seco	legor	205	horadar	zulatu
175	bueno	on	206	lucha	burruka
176	nuevo	berri	207	nombre	izen
177	caliente	bero	208	otro	beste
178	podrido	ustel	209	no	ez
179	frío	otz	210	arder	erre
180	afilado	zorrotz	211	soplar	aize egin
181	correcto, bien	zuzen	212	helar	ormatu
182	derecho	zuzen	213	hincharse	puztu
183	liso, pulido	leun	214	camino	bide
184	malo	txar	215	matar	il
185	húmedo	eze			

G. BÄHR, *BASKISCH UND IBERISCH*,
BAYONA 1948

Este trabajo es la tesis doctoral, presentada en 1940 a la Univer- 346
sidad de Gottinga, del autor, desaparecido en Alemania en 1945.
De ella teníamos ya noticias por don Julio de Urquijo (*BAP* 1, 347
1945, 123-143, p. 140).^a G. Bähr, nacido en Guipúzcoa de padres
alemanes, poseía un perfecto conocimiento del vasc., y de su forma-
ción científica nos da idea esta obra, cuyo alto interés ha hecho po-
sible su publicación en alemán en *Eusko-Jakintza*, de Bayona (2,
1948, 3-20, 167-194 y 381-455) y en tirada aparte.

Es difícil resumir un libro tan denso, cargado de hechos que son
tratados muchas veces, por necesidad, en forma esquemática. Tras
una breve exposición (pp. 5-7) de las razones que justifican un nue-
vo examen de la teoría a que dio forma definitiva H. Schuchardt
con su *Iberische Deklination* (progresos de la arqueología, etnografía
y prehistoria en relación con la Península Ibérica; aumento de tex-
tos ibéricos desde Hübner y avance decisivo, debido a Gómez-Mo-
reno, en el camino del desciframiento de la escritura ibérica), pre-
senta un resumen de los resultados obtenidos por la arqueología y el
estudio de las fuentes antiguas en el que sigue en lo fundamental a
Schulten y a Bosch-Gimpera (pp. 8-18).

La parte segunda (pp. 19-30) está dedicada al análisis del vasc.,
al cual señala como características, siguiendo a Schuchardt, su pre-

Emerita 17 (1949), 346-351; *SHLV*, I, pp. 91-94. Reseña de Gerhard Bähr,
Baskisch und Iberisch (extrait de *Eusko-Jakintza* 2, 1948, 3-20, 167-194, 381-
455), Bayona, Imprimerie Darracq, 1948.

^a «La famosa inscripción ibero-vasca de un vaso de Liria: *Gudua Deitzdea...*».

ferencia por la sufijación y la estructura de su sistema verbal. Su estudio del sistema fónico vasco merece atención especial. Además de los detalles conocidos y siempre citados (falta de *f*, *p*-, *r*- y de los grupos *muta cum liquida*), establece decididamente la ausencia de *t*-, *d*-, iniciales, hecho que, aunque generalmente es pasado por alto por los tratadistas, no es menos notorio que la de *p*-, ya mostrada por Schuchardt en 1887. Hace resaltar el contraste entre sílabas interiores, nunca cerradas por oclusiva, y las finales, en las que *-k*, *-t* son relativamente frecuentes, lo que explica por pérdida de vocales en el último caso. Es resuelto partidario de la antigüedad de la aspiración, que en otro tiempo se extendía también a los dialectos cispirenaicos. Esta aspiración puede representar, en ocasiones, un fonema velar (*ch*, *kh*, *k*) anterior. No queda muy claro, sin embargo, si admite también el carácter primitivo de las oclusivas aspiradas (*ph*, *th*, *kh*), aunque parece que se inclina a aceptarlo.

Al tratar de los cambios fonéticos, menciona junto a fenómenos de gran regularidad y extensión otros muy esporádicos, como el de *-m-* > *-mb-* y *-n-* > *-nd-*. Entre éstos puede incluirse el paso de *o* románica (principalmente inacentuada) a *e*, ya sostenida por Vinson y García de Diego, en apoyo del cual se aduce un material muy poco probativo por distintas razones. Tampoco es muy exacto decir, según creo, que el cambio *-ct-*, *-cl-* > *-it-*, *-il-* sea un fenómeno vasco: más probable parece que los préstamos en que se observa sólo reflejen la evolución del dialecto románico de que fueron tomados. Sus conclusiones al final de esta segunda parte son: que el vasc. ha cambiado muy poco, fonéticamente, en los últimos dos mil años y que hacia los comienzos de nuestra Era se distinguía también por su carácter sufijante; su sistema verbal, por el contrario, ha debido de variar mucho: posiblemente eran aún independientes entonces los elementos de la flexión verbal o, por lo menos, su unión era mucho menos estrecha que actualmente.

En la parte tercera («Los vascones y sus vecinos en la antigüedad», pp. 31-43) separa racial y lingüísticamente, siguiendo principalmente a Schulten, a los vascones de los várdulos, caristios y autrigones. Sin entrar en la discusión del problema, quiero dejar señalado que los argumentos empleados no siempre son convincentes. Si, por ejemplo, la toponimia de las tribus últimamente citadas no es muy «vasca», tampoco ha obtenido el autor resultados satisfactorios de sus ensayos interpretativos por medio del vasc. de los nombres de las poblaciones vasconas: así, no se puede decir

que «Varduli kann wegen des *ua-* kaum baskisch sein» sin recordar que este grupo *ua-* ocurre precisamente en el nombre de los vascones, la tribu vasca por antonomasia. Y, si Ptolomeo afirma que los vascones poseían el puerto de Oiasso, hay que forzarlo algo para deducir de ahí que los vascones penetraron hasta el mar en el siglo I d. J.C. Los mismos reparos son aplicables a la teoría del autor —que también en esto repite a Schulten— de que los vascos transpirenaicos no son descendientes directos de los aquitanos, sino de los que el año 587 cruzaron el Pirineo desde la vertiente española: *die.., die Pyrenäen überschritten* es, a todas luces, una mala traducción del *de montibus prorumpentes*, de Gregorio de Tours. En apoyo de esta opinión se cita también que el nombre de país *Laburdi* (continuación del antiguo *Lapurdum*, hoy Bayona) indica por su *-b-* haber pasado por bocas románicas. Esto es indiscutiblemente cierto, pero no lo es menos que su nombre vasco, en el propio país, es *Lapurdi*. Esta forma es la indicada por unanimidad en los ocho pueblos labortanos a que se extendió la encuesta realizada por la Academia de la Lengua Vasca (*Euskera* 9, 1928, 318-336, p. 336).^b En cualquier caso, las consideraciones de orden puramente lingüístico no apoyan, como señala Bouda en el prólogo, esta presunción.

El autor presupone una fuerte influencia celta en el vasc., necesariamente, puesto que, aparte de relaciones de vecindad, sostiene que en Álava, Guipúzcoa y Vizcaya esta lengua sustituyó a la céltica o célticas que allí se hablaban. Pero, aun admitiendo considerables pérdidas en el vocabulario vasco, los préstamos célticos que hasta ahora van señalados —muy discutibles en muchos casos— no parecen corresponder por su cuantía a lo que *a priori*, basándose en consideraciones históricas, cabría esperar. Lo que el autor añade a la lista no tiene gran valor: *seska* (mejor que *zezka*), aunque de origen celta, es románico (esp. *jisca*, prov. *sesca*); *bezu* «costumbre» es, sin duda, románico (*vezado* «acostumbrado», p. ej., en Berceo, *Mil.* 359b); *sen(h)ar*, de proceder del celt. *sen-* hubiera perdido la *-n-* con arreglo a las leyes fonéticas admitidas por el autor, etc. Es, en cambio, muy cierto que la toponimia de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya acusa elementos no vascos —o, si se quiere, pre-vascos—, sólo que esta observación debe hacerse extensiva, quizá con más razón, al antiguo territorio de los vascones.

349

^b «Erizkizundia Lapurdin».

La parte más extensa —y más importante— está consagrada naturalmente al ibér. (pp. 45-111). La escritura ibérica septentrional es objeto de un detenido estudio, en el que, aparte de la justificación del valor de los signos —siguiendo a Gómez-Moreno—, se intentan derivar algunos de ellos de los del alfabeto fenicio, mientras que para otros se admite la invención libre. El sistema es, a juicio de Bähr, creación de un individuo, derivado en conjunto, en el siglo IV, del alfabeto fenicio. Nació en el S., culturalmente superior, de donde se extendió su uso al NE. Hace también un breve ensayo para fijar en lo posible las equivalencias de los signos ibéricos meridionales.

Sigue, tras un corto examen de las inscripciones célticas (pp. 62-65), el estudio combinatorio y comparativo con el vasc. de las propiamente ibéricas (pp. 65-93), y, a continuación, el de las celtibéricas, cuyo carácter fundamentalmente céltico afirma (pp. 93-103). Señalaré que en cuanto al contenido del bronce de Luzaga sigue las ideas de Schulten y que en su transcripción asigna al signo *V* el valor *c* (no silábico), lectura que no fundamenta. Termina esta parte con el examen de los nombres del bronce de Ascoli (pp. 103-111).

En la última parte, consagrada al parentesco lingüístico (pp. 111-119), resume sus conclusiones rotundamente negativas, conclusiones que han venido anticipándose a través de toda la parte anterior. Las razones por las que llega a ellas pueden resumirse así:

1.^a Schuchardt creyó probar que la declinación ibér. se correspondía con la vasca; pero, a pesar de ello, fue incapaz de interpretar los textos ibéricos, sobre todo los más extensos, con ayuda del vasc. Ahora bien; admitido el parentesco, era más bien de esperar que coincidiera el vocabulario, siendo diferentes los sufijos y desinencias.

2.^a El sistema fonético ibér. presenta diversas analogías con el vasco (carencia de *f*, *r*-, de los grupos *muta cum liquida*; sílabas cerradas por oclusiva sólo en posición final; coincidencia aparente de los diptongos; distinción de dos vibrantes), pero también importantes diferencias (falta *p* en ibér., en vasc. sólo en posición inicial; *t*-, *d*-relativamente abundantes en ibér., faltan en vasc. o se presentan con carácter excepcional; la *h* vasca y aquitana no existe en ibér., etc.). Entre las divergencias incluye el hecho de que el ibér. poseía sólo dos sibilantes, mientras que el vasc. tiene, junto a *s* y *z*, la palatal *x*, más las africadas correspondientes (*ts*, *tz*, *tx*), pero para que esta ob-

servación tuviera plena validez sería necesario probar que los fonemas vascos actuales no pueden explicarse como evolución de dos únicos sonidos primitivos.

3.^a Separando las inscripciones de tipo indoeuropeo y teniendo en cuenta las modificaciones introducidas en la lectura, del esquema de la declinación ibér. establecido por Schuchardt queda sólo esto (p. 117):

	<i>Sing.</i>	<i>Pl.</i>
Nom.	- - -, <i>s</i> ?	- <i>g</i> ?
Gen.	- <i>n</i> ?	- <i>ce-n</i> ?
Dat.	- <i>i</i> ?	- - -
Act.	- - -, <i>g</i> ?	- - -
Instr.	- - -	- - -

y añade: «...den persönlichen Urteil des Einzelnen überlassen ist, ob man die Ansätze mit einem oder zwei Fragezeichen versieht».

Hay que contar, además, con el hecho negativo de que el ibér. poseía sufijos (*-u*, *-ai*, *-giar*) que carecen de contrapartida en vasc. Éste posee, a su vez, sufijos de declinación de los cuales no encontramos rastro de correspondencia en ibér. En algún caso (suf. *-tar*, *-dar*) no hay acuerdo en la función, a pesar de la coincidencia formal, entre el ibér. —que en esta ocasión parece coincidir con el aquit.— y el vasc. Lo mismo ocurre con ibér. *-gi*, *-ki*.

Aceptando plenamente las conclusiones del autor de que el parentesco lingüístico ibero-vasco dista mucho de estar probado y de que solamente nuevos hallazgos podrán ponernos en vías de interpretar los textos ibéricos, su estudio no ha sido realizado, a mi entender, con toda la imparcialidad deseable. Se buscan con marcada preferencia los paralelos célticos, mientras se maneja con intención demoledora, y muchas veces con arbitrariedad, la gramática histórica vasca —cuyos resultados seguros son, desgraciadamente, escasos— para destruir de raíz todo intento de aproximación al vasc. Sólo quiero apuntar que este método, seguido con absoluta consecuencia, llevaría a conclusiones absurdas. Ya he dicho que me parece insatisfactorio su ensayo de explicar por el vasc. la toponimia vasca; el autor mismo reconoce, por otra parte, a propósito de los nombres de los componentes de la Turma Salluitana, que: «...zum Baskischen stimmen die Namen überraschenderweise nur selten. Dagegen sind die vaskonischen PN in Bezug auf die Bildungsweise

und die Bildungselemente von den iberischen der gleichen Quelle (TS, Ilerda) und von den sonstigen iberischen... kaum verschieden» (p. 110).

La tesis terminaba con una breve exposición de los intentos realizados para establecer el parentesco del vasc. con otros grupos lingüísticos que, por esquemática y por haberse perdido una hoja del manuscrito, no ha sido publicada por el editor. La conclusión negativa a que en este terreno llegaba Bähr no era tampoco del agrado de éste, quien afirma: «Diese Skepsis ist verfrüht: ...und ich kann jetzt erklären, dass die Verwandtschaft des Baskischen mit den kaukasischen Sprachen eine sichere Tatsache ist» (p. 2). Acepta, en cambio, la parte publicada como demostración definitiva de que ya no puede hablarse de un parentesco lingüístico ibero-vasco.

EUSKARAREN IZTER-LEHENGUSUAK DIRELA ETA

Biziki poztu naiz *Euskera*-ren azkeneko zenbaki mardulean, 22 161
(1977), 907-909, Swadeshen izenarekin topo egin dudanean, eta hona non: Txillardegik, «Euskararen eta Kaukaso-ko hizkuntzen berezkuneaz». Swadesh dela eta glotokronologia dela, hagitz gazteago nintzen urteak etorri zaizkit gogora, aspaldixko honetan ez baitute ez bata ez besteak inoiz izan duten bezalako arrakastarik.

Swadesh hizkuntzalari trebe eta saiatua izan zenik ez du inork duda egingo. Ospe onekotzat daukagu askok, gainera, komunista (edo) izanik, jasan zituenak jasan zituelako bere buruari ukorik ez egitearren.

Ez nioke, beraz, deus kendu nahi. Halaz guztiz, eta orduko eta geroko gorabeheren berri zerbait dakidalarik noraezean, ez dut uste Swadeshen legerik inon eta inoiz izan denik. Gehienez ere, Swadeshen formula bat dugu, besteri aski eta gehiegi zor diona. Berak aitortzen zuenez, bestek (Leesek, nik uste) eskainia baitzuen, honek berriz besterengandik mailegatua zuelarik. Formularen muina, fisikan ongi ezaguna hainbeste aldi eta lekutan erabiltzen denez gero, harako ekuazio diferentzial ximple baino ximpleago hartan baitatza:

$$-\frac{dy}{dt} = Ay$$

Baina honetaz, inork izatekotan, Txillardegik berak luke zer erakuts. Hurrengo urratsa, jakina, hizkuntzalarien esku gelditu zen, hauek bakarrik erabaki baitzezaketen, gutti gorabehera bederen, ze

- 162 heinetan aldatzen den mila urteren buruan hizkuntza baten oinarritzko hiztegia: hots, zenbat hitz galtzen diren ehuneko, berrien truk, epe horretan.

Halaber, Txillardegik, azaltzen dituen erakuskarien arabera, ez ditu batere errespetatzen Swadeshek berak, baita behar ere, jarri zituen jokalegeak: jokoak ez luke, bestela, inolazko zentzurik. Eta hona lehenbizikoa: itzulpenak zirt edo zart, gerta ahala gerta (*a cara de perro*, gaztelaniaz esaten denez), behar dira egin, erdal (ingeles) hitzaren ordainik zuzenena bilatuaz eta emanaz. Ezin daiteke, esate baterako, 'su' berdin 'erre'-rekin, eta gure *su*-ri dagokion georgierazko kideustekoak horixe, 'erre' alegia, adierazten du, oker ez banabil. Orobat, 'heart' ez da *gogo*, *bihotz* baizik; 'full' ez da *ase*, *bete* baino. *Et sic de ceteris*.

Hizkuntz ahaidetasunera, etorki komunera, gatozenean, bidenabar diot, badabil gure artean halako ilunbe hodeitsuren bat. Konparaketan, gureak, bakarka doanez, ez du istilu berezirik sortzen. Ez da, ordea, beste horrenbeste gertatzen hariaren hango muturrean. Bi maila bereizten dira, izan ere, dirudienez behintzat, eta hiru bereizi behar lirateke, erdian hirugarrena sarturik. Georgiera esatea guttiegi esatea da, bai baititu ahaideak, eta ahaide hurbilak gainera: hizkuntza kartvelikoez, hegoaldekoez, ari naiz, jakina. Kaukasoko hizkuntzak aipatzea, berriz, gehiegixko ere bada, «iberokaukasiko» deitura daramatenak baizik hartzen ez baditugu ere, han usatzen diren gainerako guztiak (oseta eta) bakandu ondoan. Irudipenezkoa baizik ez baita, orain arte behintzat, multzo hori guztiori ahaidetasun kontuan biltzen duen lokarria. Bada eskuarteko libururik aski egoera horretaz argi eta garbi mintzatzen denik.

- Esanak esan, ez nituzkeen esango halako ikara batek hartu ez banindu «Georgia-ko aztertzaileei jakin erazteko» *zer* ote dugun gogoan pentsatzen hasi nintzen orduko. Gure anaitzakoei (eta Lizardigandik hartzen dut hitza) zerbait jakinaraztekotan, *dossier* osoa eman beharko diegu aditzera. Eta Txillardegik darabilena ez dago osorik, hor sartzen baita eskubide osoz gai horretan behinik behin ezagun den baino ezagunago izatea merezi lukeen, eta Donostian bertan agertua dugun lantxo bat: «El método léxico-estadístico y su aplicación a las relaciones del vascuence», *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País* (izena osorik doa, laburdurarik gabe, bada ezpada), 17 (1961), 249-281. Tovar zuen egile eta lan-kideen artean honako hauek ageri ziren: Karl Bouda, René Lafon, W. Vycichl eta (honek badu bere gatzozpindua) Morris Swadesh

bera. Argitaratzea bere bizkar izan zuenak ere ez zuen lan makala hartu.

Berandu konturatu naiz aipamena ez zela premiazkoa, *Euskera*-ren zenbaki horretan bertan aurki baitaiteke, Tovarren artikuluan, 476. plaman bereziki. Diodan hiru Kaukasoko hizkuntza erabili zituela Tovarrek, baten orde, eta G. A. Klimoven hiztegi etimologikoa oraindik argitara gabea bazen ere, Txikobavarena erabilia izan zela hizkuntza kartvelikoei buruz. Matematika oinarriak ere aski garbiro azalduak daude, Tovarren adiskide bati eskerrak.

Premiazkotzat daukate hor barrena ikertu nahi den gaiaz artean egin diren azterketak ezagutzea eta aipatzea. Hori, gainera, beti erraza izan da gurean (aski da maizenik hiruzpalau aldizkari gainbegiratzea); are errazagoa orain, Jon Bilbaoren obrari eskerrak. Ez dut uste, bada, Peneloperen lan-deslanean segitzea komeni zaigunik, egunez egina gauez desegiten dugularik. Duela hamabost urteko kezkak eta asmoak ez daude hain zaharkituak non eta besterik gabe zokora daitezkeen.

La reconstruction linguistique

Une langue, instrument de communication, est aussi, à quelque moment qu'on l'envisage, un système qui retient une certaine quantité d'information sur son passé, sur ses stades plus anciens. La masse de cette information est naturellement variable et dépend du hasard des changements survenus; on ne peut pas prévoir non plus combien de temps cette information demeurera enregistrée sans s'effacer. En tout cas, c'est un fait qu'une langue, ainsi que l'a souligné maintes fois E. Sapir, est un produit historique extrêmement complexe qui recouvre, sous les éléments actifs et productifs de sa structure, plusieurs couches de date très diverse. On peut par suite arriver, à l'aide des méthodes de la reconstruction interne, non seulement à établir la distribution ancienne de certains traits, mais aussi à deviner quelque chose du rôle que jouaient autrefois des procédés réduits désormais à l'état de résidus isolés et sans rapport avec le reste du système.

1414

La situation est beaucoup plus favorable lorsque nous ne sommes plus limités aux seules ressources de la reconstruction interne —c'est-à-dire, en pratique, à des états de langue peu différenciés—, et que l'on peut faire appel à des dialectes assez divergents, issus de l'évolution d'une langue commune. Chacun de ces dialectes porte alors témoignage des faits anciens et l'on peut s'attendre à ce que, par le jeu du hasard, les traits, autrefois distinctifs, aujourd'hui brouillés et confondus, ne soient pas toujours les mêmes. Qui plus

A. Martinet, dir., *Le langage*, Paris 1968 («Encyclopédie de la Pléiade», XXV), pp. 1.414-1.437; *LH*, pp. 458-475.

est, la quantité d'information conservée ne sera pas la simple addition des données sauvées par l'ensemble des dialectes en question: on pourra en tirer, en les comparant, plus que chacun d'eux pris séparément n'est capable de nous révéler.

Parenté et affinité

1415 On suppose dans ce qui suit qu'on peut distinguer, dans certaines limites et dans certaines conditions, la parenté génétique des langues qui forment une famille issue d'une souche commune, de l'affinité d'une «association de langues», somme des coïncidences dues à la contiguïté et, en dernier ressort, à des faits de bilinguisme. Il est probable que, si l'on pouvait remonter assez haut dans le temps, ces distinctions viendraient à s'effacer, mais elles gardent tout leur sens dans la plupart des cas, dans les limites de notre documentation, qui ne renferme qu'une fraction infiniment petite du passé du langage humain.

Il faut en effet souligner, avec É. Benveniste, l'importance décisive du temps dans toute comparaison: «Une classification génétique ne vaut, par la force des choses, qu'entre deux dates». Au-delà d'un certain point, très variable mais qu'on semble avoir déjà atteint dans plusieurs domaines, on est réduit à croire plutôt qu'à savoir: on peut ébaucher des lignes d'évolution vraisemblables, mais dépourvues ou presque de valeur probante. Au fur et à mesure que le point idéal de convergence —la langue commune postulée— s'éloigne dans le temps, le champ des composants d'une langue qu'on parvient à expliquer par l'unité primitive se rétrécit aussi.

Dans une démonstration de parenté, les similitudes de structure n'auront qu'une valeur d'indice (Deeters, 1955), tant positif que négatif, si les coïncidences matérielles font défaut. L'établissement de correspondances phonétiques précises n'est non plus qu'une condition préalable: on en trouve d'excellentes, dans une partie du vocabulaire, entre l'italien et le basque par exemple. Les correspondances devront s'établir entre des mots appartenant au lexique de base, expression du reste assez vague que les méthodes lexico-statistiques aideront peut-être à préciser, et entre des exposants grammaticaux: la rigueur de la preuve augmente lorsque ces correspondances sont étayées par des faits complexes de flexion. Mais, s'il s'agit de langues à morphologie pauvre ou peu caractéristique, le poids de

la démonstration portera sur des morphèmes lexicaux. En tout cas, entre la parenté prouvée, admise par tous les spécialistes, et la divergence trop grande pour que personne n'ait songé à une relation génétique prochaine, s'étale une foule de cas limites qu'on peut expliquer des façons les plus diverses, sans qu'aucune de ces possibilités puisse l'emporter sur les autres dans l'état actuel de nos connaissances ou de notre ignorance.

1416

Basque, aquitain et ibère

On a formulé depuis longtemps, de façon plus ou moins vague, l'hypothèse d'une parenté génétique euskaro-caucasique. Il était naturel de penser que les dialectes basques d'un côté et les langues parlées au Caucase de l'autre, exception faite de celles qui se rattachent à des groupes linguistiques bien établis, ne sont que des îlots témoins d'une aire linguistique, autrefois vaste et continue, dont plusieurs langues asianiques et méditerranéennes anciennes auraient aussi fait partie. A. Trombetti et N. Marr, dont les idées linguistiques ne jouissent pas —pour des raisons diverses— de la faveur générale, ont proposé des rapprochements euskaro-caucasiques. L'hypothèse, reprise dès 1923 par C. C. Uhlenbeck, a fait l'objet de plusieurs travaux de G. Dumézil, de R. Lafon et de K. Bouda, qui ont essayé de la prouver à l'aide de nombreux rapprochements d'éléments lexicaux et grammaticaux.

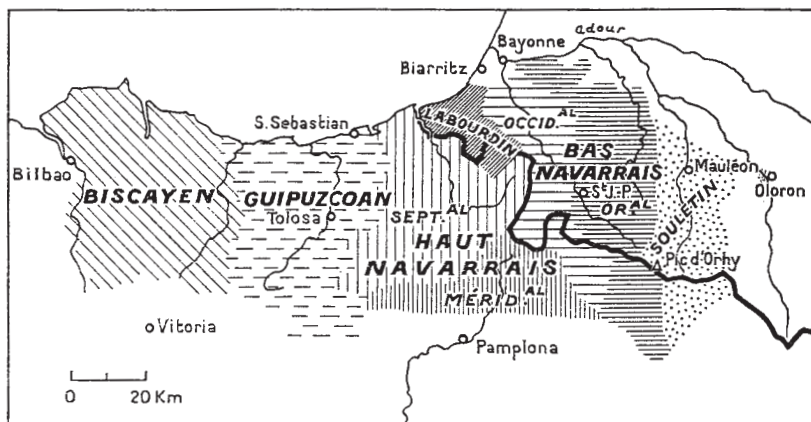
Il faut ici, avant tout, décrire sommairement les deux termes de la comparaison, dont la complexité est fort inégale. En Occident, il s'agit des dialectes basques modernes, parlés sur les territoires français et espagnol au fond du golfe de Gascogne. Le premier livre basque ne date que de 1545 mais on connaît, depuis le X^e siècle, quelques phrases, des listes de mots et surtout une foule de noms propres de lieux et de personnes. Il faut encore mentionner, à date plus ancienne, plusieurs noms de personnes et de divinités qui figurent dans des inscriptions latines d'Aquitaine, dont quelques-uns sont semblables, identiques même, à des mots basques: leur nombre vient de s'accroître du fait d'une inscription découverte en 1960 à Lerga, dans la Navarre espagnole. Il ne fait donc pas de doute que dans ces contrées —près des Pyrénées et dans les régions d'Auch et d'Aire-sur-l'Adour—, on parlait, aux débuts de l'époque romaine,

1417

des dialectes étroitement apparentés aux parlers basques actuels. Il est aussi probable que des dialectes de la même famille ont été en usage sur le versant méridional des Pyrénées bien à l'est du Pays basque historique, ainsi que J. Corominas a essayé de le prouver par l'analyse de la toponymie. Il est donc juste d'employer le terme «euskarien» (du basque *euskara*, langue basque), pour désigner l'ensemble basque-aquitain.

Le travail de reconstruction a fait des progrès dans ce domaine, mais avec des résultats assez maigres: c'est à peine si l'on peut arriver à **ardano*, «vin», à partir de *ardao*, *arno*, etc., ou à **senbe*, «fils», sur la foi de l'aquitain, car il n'y a que *seme* en basque. La raison en est, H. Vogt (1955) l'a bien vu, que «le basque commun —origine commune des parlers basques actuels— ne doit pas être très différent de ce que ces parlers sont de nos jours».

Dans le lexique, on peut reconnaître, à peu d'exceptions près, les mots, très nombreux, et quelques suffixes de dérivation empruntés au latin et aux langues romanes; l'apport indo-européen prélatin semble être par contre assez réduit, incertain et peu caractéristique, sauf peut-être pour une poignée de noms de lieux. Pour ce qui est de la grammaire, on peut arriver à ébaucher, en écartant les traits jugés d'introduction récente et en tâchant de découvrir le rôle des éléments qui sont en voie de disparition à date historique, ce que devait être sur certains points le système ancien. Toutes ces présomptions, bien entendu, attendent une confirmation que ne peut venir que du dehors.



LES DIALECTES DE LA LANGUE BASQUE

L'ibère, attesté à date ancienne sur la côte méditerranéenne de l'Espagne et du Sud-Est de la France, ainsi que dans la vallée de l'Ebre, n'a fourni jusqu'ici, à cet égard, que très peu de chose. Depuis qu'on lit assez bien les inscriptions rédigées dans cette langue, on ne peut plus y voir, avec Schuchardt, une forme ancienne du basque: il est décisif que celui-ci n'ait guère contribué à leur interprétation, qui en est encore aux tout premiers stades. Néanmoins, dans la mesure où l'on est arrivé à les lire et à les diviser en segments, on y croit entrevoir avec le basque un ensemble de coïncidences: des ressemblances dans l'inventaire des phonèmes et dans leur distribution, dans la forme canonique des thèmes nominaux, des identités matérielles dans certains éléments lexicaux et même, à ce qu'il semble, grammaticaux. On hésitera à voir dans tout cela, les caprices de l'homonymie mis à part, le seul effet de la proximité dans l'espace. En tout cas, si l'ibère n'est pas une forme ancienne du basque, il n'a rien non plus, malgré Schuchardt, qui porte à le rattacher aux langues chamitiques.

1419

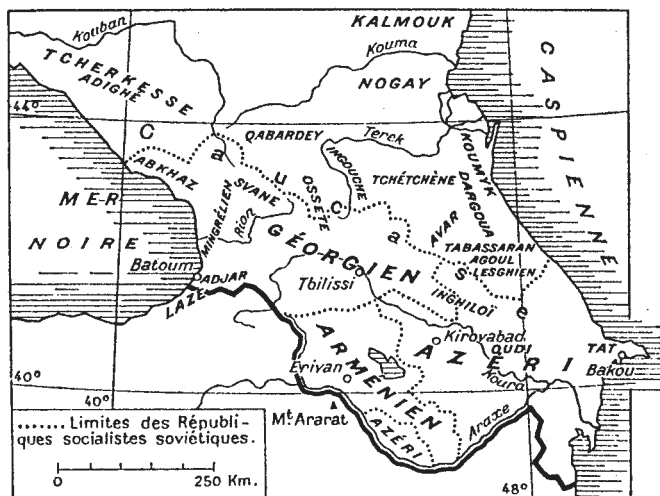
Caucasique du sud

À l'isolement et à l'uniformité de l'euskarien s'oppose, du côté de l'Est, une multiplicité et une complication extrêmes. Les langues caucasiennes (dans le sens précis défini ci-dessus), les langues «ibéro-caucasiennes» des linguistes géorgiens, sont nombreuses et constituent plusieurs groupes et sous-groupes dont les rapports mutuels sont souvent de nature peu claire. Il est naturel de les grouper dans deux grandes divisions: langues du versant Nord (CN), et langues du versant Sud (CS) dites aussi kartvéliennes. Cette classification, imposée par des raisons linguistiques évidentes, se trouve en accord avec la distribution géographique.

1420

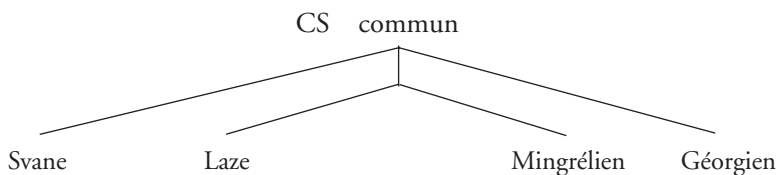
On s'est efforcé, naturellement, de rattacher aux langues caucasiennes d'autres langues encore, surtout des langues asiatiques anciennes (hatti, hurri, halde, etc.). On ne fera pas état ici de ces rapprochements, attendu que l'intervention de ces langues, pas toujours bien déchiffrées, ne ferait que brouiller les lignes d'un tableau déjà fort obscur. Il en va de même du bourouchaski, langue isolée du Pakistan, qui a été rapprochée du caucasique et du basque.

L'unité du CS (géorgien, mingrélien, laze, svane) est assurée. La filiation du membre le plus aberrant, le svane, ne fait même pas de



LES LANGUES DU CAUCASE

doute, encore que le lexique en soit si divergent que le nombre des bonnes identifications n'y dépasserait guère la centaine (Vogt, 1955). Les rapports de parenté de ces langues peuvent être représentés, d'après Deeters (1930), au moyen du *stemma* suivant:



Le géorgien est, parmi elles, une langue de civilisation attestée dès le V^e siècle: cela ne nous mène pas cependant aussi loin qu'on s'y attendrait, parce que les changements qu'il a subis au cours d'une histoire assez longue sont, somme toute, relativement limités. Il y a plus. Le non-spécialiste qui veut se former une opinion sur la préhistoire des sons du CS trouve, chez les spécialistes, beaucoup plus de restrictions et de nuances que d'affirmations catégoriques. Cela est dû en partie à la circonstance que les linguistes soviétiques n'ont pas toujours travaillé, ce qui était bien leur droit, avec les mêmes méthodes et ne se sont pas intéressés aux mêmes problèmes que les Occidentaux. Mais il faut en chercher

encore la raison dans le fait que le sujet d'étude, sous des dehors très simples, est remarquablement difficile. Ainsi, si l'on envisage par exemple le vocalisme du sous-groupe géorgien-mingrélo-laze, on peut expliquer par la syncope les accumulations de consonnes, très variées et très complexes, du géorgien, mais on a pensé aussi à une innovation du mingrélolaze, qui aurait allégé les groupes par de fréquentes épenthèses. Certaines correspondances (géorgien: *e*, 1421 mingrélo-laze: *a*; géorgien: *a*, mingrélo-laze: *o*, *u*), qui sautent aux yeux, sont de nature à combler de joie le linguiste par le caractère phoniquement inattendu des termes rapprochés: elles prouveraient, soit dit en passant, l'archaïsme du géorgien. Mais on trouve souvent, à leur côté, des correspondances plus banales (*e* : *e*; *a* : *a*, etc.) qu'on hésite à interpréter; faut-il postuler, par des correspondances croisées, un système vocalique beaucoup plus riche dans la langue commune ou s'agirait-il plutôt du résultat d'emprunts en masse? Ce qui a été dit du vocalisme s'applique à plus forte raison au consonantisme.

Caucasique du Nord

Sur le versant Nord, il y a aussi deux groupes de complexité fort inégale: les langues du Nord-Ouest (CNO) et celles du Centre-Nord et Nord-Est (CCNE) ou langues tchéchéno-daghestaniennes. Le CNO (abkhaz, oubykh, tcherkesse), pour lequel il faut se rapporter à la situation antérieure à 1864, est assez homogène, et son unité primitive semble assurée, bien que la richesse des systèmes phonologiques à comparer, mal déterminés encore sur plusieurs points, empêche souvent l'établissement des correspondances phonétiques.

Le CCNE est beaucoup plus varié et, dans certains cas, mal connu. Le caucasique du Nord-Centre (CNC) comprend trois langues peu différenciées (tchéchéne, ingouche, bats), dont la phonétique comparée a été étudiée par A. Sommerfelt. Au Daghestan, c'est le fourmillement des langues du Nord-Est (CNE), qu'on peut classer de la façon suivante: (1) le groupe avar-andi-dido dans le Daghestan septentrional; (2) dargwa, lakk et artchi, dans le Daghestan central; (3) le groupe samourien (kuri, tabassaran, agoul, etc.) et (4) l'oudi, parlé dans deux hameaux qui forment l'extrême Sud de tout le CNE.

1422 On s'accorde à penser que la parenté du CCNE —c'est-à-dire de l'ensemble du CNC et du CNE— est déjà démontrée. De bonnes équations étymologiques, qui portent sur de nombreux termes du vocabulaire de base, pronoms personnels et noms de nombre compris, ont été proposées et l'on est même parvenu à ébaucher, sur un ample réseau de correspondances phonétiques, le système phonologique de la langue commune. Il ne faut pas passer sous silence que c'est N. Trubetzkoy, dont on sait qu'il avait le souci de mettre en valeur les similitudes acquises, aux dépens des ressemblances héritées, qui a frayé le chemin avec succès à cette nouvelle application des méthodes comparatives classiques (Deeters, 1957). Il a même réussi à établir, toujours dans le domaine du vocabulaire de base, des correspondances phonétiques, en nombre naturellement plus court, pour l'ensemble du CN. Quoique les rapprochements proposés visent plutôt des racines que des mots, ce qui était inévitable du fait des divergences qui séparent les deux groupes, on dirait donc que la probable unité primitive du CN est déjà un fait acquis.

Les classes nominales

Tout n'est pas dit pour autant. Malgré les correspondances et les rapprochements de vocabulaire, la restitution des grandes lignes de la morphologie du CN commun paraît encore très lointaine.

Il faudrait, semble-t-il, travailler les détails sur les différents niveaux: au sein de chaque sous-groupe, puis de chaque groupe, jusqu'au stade plus ancien accessible à la reconstruction. On ne saurait le faire, selon V. Polák (1950), à cause de la continuité géographique des concordances morphologiques. Nous nous trouverions en face de deux phénomènes difficiles à concilier dans l'hypothèse du développement divergent d'une langue commune: la hiérarchie des parentés qui sépare le CNO et le CNC, et la continuité qui les relie l'un à l'autre.

Nous aurions donc affaire à des «connexions de caractère sérial» (Benveniste), qu'on retrouve ailleurs dans des aires linguistiques où chaque zone se définit «par rapport à la zone voisine plutôt que par référence à une structure commune». Il n'est cependant pas démontré, tant s'en faut, qu'il faille faire appel à des faits de convergence, en renonçant à la parenté génétique, dans le cas d'une «pa-

renté par enchaînement», expression qui ne recouvre au fond qu'une confession d'ignorance. Du reste, le CNC marche avec le CNE, sur la plupart des points décisifs, plutôt qu'avec le groupe occidental. 1423

Ce qui importe beaucoup plus, ce sont les grosses différences typologiques qui séparent les deux groupes. La déclinaison, par exemple, très riche en CNE, est peu développée en CNO: elle n'existe pas du tout en abkhaz et n'est que rudimentaire en oubykh et en tcherkesse. Mais la première place revient à cet égard aux classes nominales dont la présence ou l'absence pèse lourdement sur l'agencement de la phrase.

En CCNE, le système des classes, exception faite de quelques langues où il a pourtant laissé des traces, constitue l'élément essentiel du mécanisme grammatical.

«Loin d'être un enrichissement du système des personnes», écrit Dumézil (1933), «...il est si bien autonome et si important que, dans le verbe par exemple, la personne reste normalement inexprimée ... dans la conjugaison, on ne rencontre pas normalement d'indices de personnes, presque jamais d'indices de nombres; on n'a que des indices de classes».

Ainsi tchéchène: *v-u* ou avar: *v-ugo*, «je suis, tu es, il est», indiquent seulement que le sujet en est un être raisonnable de sexe masculin, et s'opposent, par exemple, à *j-u*, *j-ugo*, dont le sujet est «raisonnable féminin».

Classes	Singulier	Pluriel
I	*w	*b
II	*j	
III	*b	*d
IV	*d	

Dans la syntaxe nominale, l'accord de l'adjectif avec le substantif est aussi marqué, quand cela peut se faire, par des indices de classe.

Les systèmes connus, assez différents à plusieurs égards dans les divers sous-groupes, pourraient être ramenés sans trop de difficultés à l'unité d'un prototype commun, bien que celui-ci ne se laisse pas restituer de façon sûre et univoque. Le modèle ci-devant d'un système à quatre classes (Deeters, Dumézil), qui n'est qu'approximatif du point de vue phonologique, suffirait à expliquer la variété attestée. 1424

Il importe de noter que le contenu de ces classes est en général assez bien déterminé. Les classes I-II sont affectées aux êtres raisonnables, en y distinguant le sexe; les classes III-IV sont réservées aux non raisonnables, divisés suivant des critères plus difficiles à saisir. Les noms d'animaux, en tout cas, appartiennent en grande majorité à la classe III, sans qu'on y tienne à distinguer le sexe qui détermine pourtant la division des raisonnables en deux groupes.

Divergence typologique

Seul l'abkhaz possède, en CNO, ce qu'on pourrait appeler les rudiments d'un système de classes: on y trouve, en effet, dans le verbe et dans les préfixes possessifs, l'opposition masculin / féminin, à la deuxième personne, et masculin / féminin / non raisonnable à la troisième. On y retrouve encore l'opposition raisonnable / non raisonnable dans la formation du pluriel et dans les noms de nombre.

Avons-nous ici un archaïsme de l'abkhaz, plus conservateur sur ce point que les langues soeurs? Il suffira de dire, sans entrer dans les détails, qu'il faut y voir plutôt une innovation: il y aurait seulement, d'après Dumézil, identité matérielle entre plusieurs des préfixes abkhaz et des indices de classe du CCNE, les uns et les autres étant issus d'un stock commun de racines démonstratives. Quoi qu'il en soit, le fait est que l'abkhaz, comme l'ensemble du CNO, est dominé par la notion de personne: tout le reste n'est que luxe surajouté. C'est ainsi que, parmi les langues indo-européennes, certaines langues romanes ont introduit la distinction de genre dans les pronoms de première et deuxième pluriel, et le tokharien A est allé jusqu'à distinguer le masculin du féminin à la première personne singulier.

1425

En tout cas, il découle de tout cela qu'il y a un contraste troublant entre le verbe polypersonnel du CNO, fort compliqué, où les formes pourvues de deux ou trois indices personnels sont absolument normales, et celui du CCNE, beaucoup plus simple, qu'on pourrait appeler impersonnel, dominé par la catégorie de classe. Le contraste est si frappant que des auteurs intéressés à la caractérisation typologique des langues ont pu y voir (H. Wagner) l'une des principales isoglosses qui divisent les langues de l'Eurasie: le CNO marche avec le basque, tandis que le CCNE s'alignerait sur les langues de l'Extrême-Orient.

Ce serait sans doute aller trop loin que de dire qu'une telle diversité typologique n'est pas compatible avec l'hypothèse d'une origine commune, fondée sur d'excellentes concordances matérielles. Rappelons par exemple que le système verbal extraordinairement touffu et nuancé de l'indo-iranien ancien a donné le pas à des conjugaisons bâties en bonne partie sur des formes nominales. Mais on comprend aussi sans peine que la divergence constatée au Nord du Caucase ne favorise guère la reconstruction des grandes lignes de la structure grammaticale de la langue commune.

Caucasique du Nord et caucasique du Sud

Pour ce qui est des rapports génétiques du CS avec le CN, on en est encore à ce stade où il est permis de croire à leur unité primitive, qu'il faudrait placer dans une époque fort reculée. Il est aussi permis, cela va sans dire, de n'y point croire. Les raisons linguistiques qui appuient cette hypothèse ne sont pas décisives, et les connaissances archéologiques ou historiques n'excluent pas d'autres possibilités.

Deeters a souvent exprimé l'avis que le CS, dont l'unité interne ne fait pas de doute, a l'air d'être une langue de type caucasique occidental qui aurait changé d'aspect sous l'influence (pre-arménienne et pré-iranienne) de quelque langue indo-européenne mal définie, car elle n'a guère laissé d'empreinte, à l'encontre de ce qui est arrivé en finno-ougrien par exemple, dans le lexique du CS. Le verbe en est aussi polypersonnel, mais l'emploi simultané de préfixes et de suffixes fait, par un jeu subtil d'oppositions, l'économie de bon nombre d'indices pronominaux, dont la présence matérielle n'est pas nécessaire pour marquer sans ambiguïté les personnes grammaticales intéressées au procès. L'existence de trois thèmes verbaux (de présent, souvent dérivé, d'aoriste, de parfait), accompagnée cependant d'une inversion très caractéristique des cas grammaticaux, l'alternance vocalique, les préverbes à valeur locale et aspectuelle, comparables à ceux du grec ou du slave, et surtout l'hypotaxe très développée au moyen de conjonctions et de pronoms relatifs, rappellent, quelquefois de très près, des faits bien connus dans le domaine des langues indo-européennes.

Le CS ne connaît pas de distinctions de genre, sous quelque forme que ce soit. Des linguistes géorgiens (Tschikobava, etc.), qui

tiennent à l'unité des langues caucasiennes, ont essayé, bien sûr, d'y trouver des restes d'un ancien système de classes nominales, semblable à ceux du CCNE, dans certaines consonnes initiales, qu'elles appartiennent ou non à des préfixes productifs à date historique. Or il est clair que cette idée, si plausible soit-elle, est née avant tout du parti pris de la parenté de toutes les langues caucasiennes et qu'elle est plus apte, par son origine même, à étayer la foi des croyants qu'à convaincre les incrédules. Les préfixes du CS ont une tout autre fonction et l'on n'a pas démontré numériquement (ce qu'on peut aisément faire pour le basque *b-* dans les dénominations des parties du corps) que la fréquence de certaines consonnes soit anormale dans des noms appartenant à des champs sémantiques déterminés.

Le fait décisif se trouve cependant ailleurs: aux différences de structure, qu'on peut estimer surmontables, s'ajoute la divergence des vocabulaires. Abstraction faite des coïncidences qu'on attribuera à l'emprunt, dans un sens ou dans l'autre, il ne reste que peu de chose. On a signalé par exemple les noms du «cœur» (tcherkesse: *g^wə*, *gu*; tchéchène: *dog*; avar: *raḱ*; géorgien: *guli*) et du «feu» (tcherkesse: *maṣ^we*; lak: *çu*, comparer au géorgien *çv-*, «brûler»), qu'on hésite à considérer empruntés, et qui seraient aussi attestés en basque (*gogo*, «esprit, pensée, volonté», forme à redoublement, et *su*, «feu»).

1427 Même si l'on ne conteste pas le bien-fondé de ces rapprochements, il n'en reste pas moins vrai que leur nombre ne surpasse pas clairement la somme des concordances qu'on peut s'attendre à trouver, pour des raisons diverses, en comparant les langues les plus variées. Il en découle donc que le lien de parenté qui unit le CS au CN, si parenté il y a, est si éloigné qu'il se trouve au-delà du champ qu'on peut atteindre avec les méthodes comparatives en usage. Les concordances ne semblent pas en tout cas plus frappantes que celles qu'on trouve, par exemple, entre indo-européen et ouralien.

Caucasique et basque

À en croire quelques linguistes, le basque, si éloigné dans l'espace, pourrait être le pont qui aiderait à combler la distance qui sépare les deux groupes caucasiens.

À ne regarder que le verbe, on serait tenté tout d'abord de rapprocher le basque du CNO. Sans traces d'incorporation nominale,

sans connaître les préverbes —c'est-à-dire, avec une formation beaucoup plus simple du complexe verbal—, on retrouve en Occident le même soin minutieux de noter matériellement, en ne recourant que rarement aux signes zéro, les personnes intéressées au procès (abkhaz, *i-z-gweyt*, basque, *d-arama-t*, «je le porte», etc.). Un trait spécifiquement basque est la place toujours croissante qu'on y donne aux périphrases verbales (la *Flexions-* ou *Bedeutungsisolierung*, d'E. Lewy et son école). Les formes composées à l'aide d'auxiliaires l'emportent dès les premiers textes sur les synthétiques, et cela non seulement dans les temps où cet usage est exclusif (parfait, etc.), mais aussi là où les deux types de formation se trouvent en concurrence (présent, imparfait). Dans *ematen diot*, «je le lui donne», opposé à *eman diot*, «je le lui ai donné», par exemple, l'expression des personnes (et celle du temps) est réservée à l'auxiliaire pourvu de trois indices personnels, tandis que seule la forme nominale est chargée de manifester la «signification» (et l'aspect) du verbe.

Le basque, typologiquement plus proche du CNO (Dumézil, 1933), montre pourtant nombre de coïncidences remarquables avec le CS. Tout d'abord dans le domaine de la déclinaison, où personne ne niera la ressemblance des deux systèmes. En basque comme en géorgien (selon Vogt, 1947), on entrevoit «un état de langue où la catégorie du nombre était inconnue dans le système nominal», tandis qu'elle était déjà soigneusement notée dans le verbe. Ici comme là, il y a trois cas fondamentaux «constituant avec la forme verbale le squelette de la proposition», c'est-à-dire que les éléments essentiels de la phrase, exprimés par des formes nominales pourvues de suffixes casuels, sont repris par les indices personnels du verbe, tandis qu'en abkhaz les noms apparaissent comme des blocs isolés (Bouda, 1960), dont la fonction syntaxique n'est précisée que par les affixes verbaux.

1428

En dehors de ces trois cas (nominatif ou cas neutre, ergatif, datif), le génitif géorgien et les deux génitifs basques sont plutôt des formes à suffixes dérivatifs, parce qu'ils peuvent recevoir à leur tour de nouvelles désinences casuelles. Les postpositions, dans les deux langues, suivent surtout le génitif, commutable en général avec le nominatif.

Il serait à la rigueur possible de trouver une certaine analogie entre les «voyelles de version», si caractéristiques du CS, et les voyelles *a / e* qui précèdent la racine dans certaines formations verbales basques pour y opposer des formes bipersonnelles à des tripersonne-

lles. À côté des nombreux préfixes nominaux du CS, le basque, langue nettement suffixante dans le domaine du nom, conserve quelques restes de préfixes qui ont cessé d'être productifs à date plus ou moins ancienne: *e-* dans les indéfinis et dans les substantifs et adjectifs verbaux, *b-* (voir ci-dessus), qui exprimait peut-être la possession inaliénable.

On n'a pas fait état de la prétendue passivité du verbe caucasique et basque. On ne sait pas en effet quel sens précis on peut attribuer aux mots actif et passif là où la catégorie de diathèse n'existe point, ce qui est le cas du CN et du basque: tant que la construction sera à sens unique, on se bornera à discuter sur des faits de traduction. Le CS qui possède de vraies formes passives, opposées aux actives correspondantes (géorgien: *v̄cer, scribō / v̄cerebi, scribor*) est à écarter à cet égard du CN et du basque. Celui-ci est pareil à la plupart des langues caucasiennes en ce qu'il connaît la «construction ergative»; *ni nator*, «je viens», *ni ikusi nau*, «il m'a vu», mais *nik ikusi dut*, «je l'ai vu».

1429

On ne devra pas non plus exagérer la portée du caractère polypersonnel du verbe en CNO, en CS et en basque. L'intégration des références personnelles au prédicat verbal peut être le résultat d'une simple inertie (A. Martinet), dont on constate les commencements (reprise non obligatoire des termes nominaux par des pronoms) dans des langues aussi diverses que l'espagnol et le gascon, voisins du basque, et le lointain araméen.

La démonstration de la parenté linguistique

Les arguments typologiques, on l'a déjà dit, ne seront tout au plus que des indices quand on cherchera à démontrer des parentés génétiques. Si l'on n'est pas arrivé à l'établir pour le CN et le CS, l'introduction d'un nouveau terme de comparaison, en l'espèce le basque, aura d'emblée l'effet de compliquer le tableau. Il reste à voir si des résultats plus heureux pourront s'ensuivre.

Pour certains linguistes, des rapprochements convaincants établis entre le basque et le CN d'un côté, et le basque et le CS de l'autre, aideront à prouver que CN et CS sont à leur tour des groupes apparentés. Pour Vogt, au contraire, la comparaison avec le basque n'aura de succès que si l'on a réussi au préalable à prouver la parenté du CN et du CS: «L'hypothèse de la parenté du

basque avec une ou plusieurs langues caucasiennes est, telle qu'elle a été formulée, solidaire de l'hypothèse de l'unité de toutes les langues caucasiennes».

La force démonstrative d'un rapprochement croît rapidement avec le nombre des langues qui portent témoignage du trait commun (Greenberg). Mais lorsque les rapprochements se répartissent entre plusieurs langues et que l'on peut comparer chaque fois l'une d'elles avec n'importe quelle autre, la comparaison devient vite dénuée de tout sens. C'est un péché souvent commis par des comparatistes à échelle mondiale que d'étayer des hypothèses inconsistantes avec d'autres hypothèses de plus en plus dépourvues de fondement jusqu'à ce qu'ils aient bâti des échafaudages gigantesques qui, malgré leur apparence spécieuse, ne sont que des châteaux en Espagne. Le discrédit a toujours suivi les tentatives de ce genre: prouver n'importe quoi équivaut à peu près à ne rien prouver du tout.

1430

On pourra, à l'avenir, essayer de prouver la parenté du basque avec les seules langues CN ou avec celles du CS, prises séparément. Mais, si l'on veut rapprocher le basque conjointement aux deux groupes, il faudra s'astreindre à la règle formulée par Vogt: on devra se borner aux seuls éléments pancaucasiens.

Rapprochements euskaro-caucasiens

Personne ne doit se laisser tromper par le nombre des rapprochements euskaro-caucasiens proposés. Ce n'est pas une affaire de quantité, mais de qualité, comme on peut le montrer par quelques considérations quantitatives du caractère le plus rudimentaire.

Le nombre des langues comparées, on l'a vu, peut réduire à rien la valeur des coïncidences, si l'on n'opère pas avec des prototypes uniques restitués par l'accord de plusieurs langues. Il serait étonnant qu'un mot basque ne puisse trouver de pendant, avec les licences phonétiques et sémantiques que l'on sait, en tcherkesse ou en ingouche, ou en dargwa ou en svane, etc. Il faudrait démontrer, ce que personne n'a fait et, probablement, ne fera jamais, qu'on ne peut pas tirer du basque, comparé avec un ensemble équivalent de langues indo-européennes (plus de trente), un nombre sensiblement égal de «bonnes» étymologies.

Quant aux outils grammaticaux (désinences, affixes, thèmes pronominaux) dont la coïncidence est souvent jugée décisive, Vogt

(1955) a bien montré qu'elle vaut beaucoup moins qu'on ne croit d'ordinaire, si la coïncidence n'est pas accompagnée de faits complexes d'alternance. La raison en est que ces morphèmes sont d'habitude très courts, or les phonèmes qui les composent sont nécessairement sujets à revenir avec des fonctions pareilles dans plusieurs langues. Il y a un peu partout des suffixes de pluriel ou d'ergatif en *-k*, de pluriel ou de datif en *-i*, de génitif en *-n*, ou *-s*, de latif en *-a*, etc. Ainsi l'accord du basque *gu*, «nous» (préfixe verbal *g-*), avec le géorgien *gv-*, préfixe objectif de la première personne du pluriel, n'est pas plus étonnant que celui de l'irlandais *mé*, «je, moi», avec le géorgien *me* (idem): cf. irlandais moyen: *ní-m-thá*, géorgien *ara m-akvs*, «non est mihi». Il en est de même du basque *-antz*, etc., «vers», qui peut être rapproché de l'abkhaz *-(a)ndza*, etc., «jusqu'à», mais aussi, tout aussi bien, de l'indien ancien *-añc-*, «vers».

Correspondances phonétiques

R. Lafon a établi quelques correspondances phonétiques euskaro-caucasiennes, ce qui donne un certain poids à une partie des rapprochements proposés. Il est douteux, néanmoins, que cela suffise. Quelques langues du Caucase ont des systèmes phonologiques d'une opulence extraordinaire, tel celui de l'oubykh qui comprend, avec un vocalisme rudimentaire, soixante-dix-huit consonnes (Dumézil, 1959). Les langues du versant Sud ne sont pas si riches (quelque trente consonnes en vieux géorgien), mais il est sûr qu'ici même, bien qu'il faille éliminer dès l'abord quelques phonèmes d'introduction récente (tel *ž* en géorgien), on doit postuler un système beaucoup plus complexe pour le CS commun, à cause de l'enchevêtrement des correspondances et de la complication des groupes consonantiques, surtout en géorgien. À leur côté, le basque (comme l'espagnol moderne et aussi, à ce qu'il semble, l'ancien ibère) est très pauvre et, si l'on fait abstraction des phonèmes mouillés probablement secondaires, on peut expliquer les faits attestés à partir d'un système ancien de moins de vingt-cinq phonèmes, voyelles et consonnes. Il y a partout au Caucase trois séries d'occlusives et de mi-occlusives (sonores, sourdes aspirées, glottalisées) à côté des sonores et sourdes basques, les aspirées n'étant à l'origine que des variantes de ces dernières. La distinction caucasique des ordres post-palatal et vélaire n'a pas non plus de pendant en basque. On ne nie

pas que le système de l'euskarien commun puisse être issu de l'appauvrissement d'un autre beaucoup plus riche: le tokharien, pour n'en citer qu'un parallèle, a confondu en une seule trois séries anciennes d'occlusives. Nous tenons seulement à remarquer que, à cause de l'inégalité des inventaires en présence, les correspondances devront forcément être assez vagues.

Les correspondances établies portent sur les sifflantes, où les dorsales basques correspondraient aux aspirées caucasiennes, et les apicales basques aux glottalisées des langues du Caucase. Les sifflantes caucasiennes qui ne sont ni aspirées ni glottalisées (en géorgien: *s* et *z* par exemple) restent en l'air, et il semble qu'on n'ait trouvé au Caucase rien de précis qui fasse pendant à l'opposition spirante / affriquée, qui est distinctive en basque au moins à l'intervocalique à l'intérieur des unités signifiantes. Il en est de même de l'opposition basque *r* / *ṛ*, qu'on a déclarée secondaire (Bouda) et due à l'action du substrat ibérique.

1432

Pour tout le reste, les travaux d'identification n'ayant encore été qu'entamés, on se fie au gros bon sens: tout ce qui est physiquement identique est censé remonter au même prototype. À l'initiale, plusieurs consonnes sont tombées en basque, ont subi des changements ou ont été protégées par des prothèses; les groupes consonantiques du CS, qu'on semble juger presque toujours primitifs, ont été simplifiés d'une façon brutale. C'est tout. On s'attendrait pourtant, vu la date reculée qu'il faut attacher à la langue commune, à des correspondances souvent compliquées et malaisées à reconnaître. Correspondance ne veut pas dire nécessairement ressemblance, et des équations telles que celle, proposée par Bouda, de géorgien *ḡordzi*, «cal, durillon»: basque *ikorzirin*, idem, où, sauf deux appendices inexpliqués dans le mot basque (qui a toute l'allure d'un composé, dont le premier membre pourrait bien être *bikor*, «grain»), le noyau commun est resté imperméable aux flots du devenir universel, parlent plutôt, à notre avis, contre l'hypothèse euskaro-caucasique.

L'étymologie

Tout linguiste qui s'est occupé de langues de longue histoire, dont l'appartenance à une famille bien établie est sûre, sera tenu d'avouer que l'étymologie, loin d'être un art facile, est un exercice plein de pièges que seule une connaissance approfondie des maté-

riaux doublée d'un sens critique inflexible aidera à éviter. Ce sont là des exigences difficiles à remplir dans notre domaine, mais les a-t-on remplies tout au moins dans la mesure du possible?

1433 Les postulats de base de tout travail comparatif —plus faciles à énoncer, hélas, qu'à suivre—, sont connus partout: l'explication la plus simple et la plus proche, dans le temps et dans l'espace, doit être préférée à la plus recherchée et à la plus lointaine. À chaque niveau —analyse interne, hypothèse d'un emprunt, rapprochements à l'intérieur de chaque sous-groupe, puis de chaque groupe—, l'ensemble des données doit être soigneusement examiné. Et, avant toute chose, l'histoire de chaque forme en question devra être étudiée exhaustivement, à l'aide de tous les témoignages possibles. L'oubli, ou le mépris, de l'histoire conduiraient à des rapprochements aussi pittoresques que celui qu'on pourrait faire entre français et basque *gogo*, parce que «vivre à gogo» c'est *gogara bizi*, avec *-(a)ra* égal à *à*.

On a vite fait de montrer que tous les rapprochements euskaro-caucasiens ne suivent pas ces règles. Même dans des listes aussi restreintes que celles de Vogt (1955) et de Lafon (1957), on trouve beaucoup à redire: le géorgien *cxovari*, «brebis» (rapproché du basque *azuri*, «agneau») était à l'origine tout simplement un être vivant, animé (Deeters, *Festschrift Krahe*, page 15);^a le basque *ezpara*, «taon», doit être un emprunt; le basque *borobil*, «rond» (rapproché du géorgien *borbali*, «roue») ne peut être mis sur le même plan que *biribil*, qui est sans doute plus ancien (il trouve d'ailleurs en Amérique des parallèles parfaits, du type répandu à redoublement: *wilwiluu*, *wolwol*, etc.: voir M. Swadesh, *Language* 32, 1956, 17-41, p. 31);^b il est strictement possible que le basque *koroso* —espèce de champignon—, attesté au XX^e siècle dans un petit coin du Pays basque, soit ancien et apparenté au svane *koričōl*, etc., mais les chances en sont infiniment petites. Pour que le basque *itxadon*, «attendre», soit ancien et apparenté au géorgien *cad-* (idem), il faut: que le basque *tx* vienne ici de *tz* et non de *ts*; que *d* (et *a*) soit primitif, et surtout, que le mot basque ne soit pas ce qu'il semble bien être: un composé (nom + verbe), comme son synonyme oriental *eguriki*, où la limite des signifiants passerait entre *tx* et *d*. On ne peut pas taire

^a «Über einen *n/r*-Wechsel in Georgischen», *Sybaris. Festschrift Hans Krahe zum 60. Geburtstag...*, Wiesbaden 1958, pp. 14-17. ^b «Problems of long-range comparison in Penutian».

non plus que, dans presque tous les travaux, on a systématiquement méconnu le fait historique qu'en basque comme ailleurs les variantes les plus longues sont en général les plus anciennes en déclarant, contre tous les témoignages dont on dispose, que *goldio*, «mousse», est plus ancien que *goroldio*, etc. Bref, il y a quelques rapprochements euskaro-caucasiens dont on ne peut démontrer qu'ils sont impossibles, mais il y en a un grand nombre dont on peut montrer l'extrême invraisemblance.

1434

Bilan des résultats

Le *non liquet* auquel a abouti cet examen n'est sans doute pas fondé sur une critique de détail, qu'on n'a pu qu'entamer ici. Toutefois, le principal argument ne se trouve pas parmi les objections de détail. On peut poser, sans pécher par pragmatisme, que la meilleure preuve d'une hypothèse scientifique est sa fécondité même. En linguistique diachronique il faut, pour qu'une hypothèse de parenté soit admise, qu'elle serve à quelque chose. Autrement dit, il faut qu'elle éclaire d'un jour nouveau des questions que la reconstruction interne et l'histoire de chaque langue ne sont pas à même d'expliquer. Or les énigmes de la linguistique caucasique et de la linguistique basque, et elles sont nombreuses, restent sans explication. La linguistique comparée indo-européenne (et la sémitique, ouralienne, etc.) ne s'est pas bornée à expliquer, si l'on peut ainsi dire, quelques faits isolés de vocabulaire. La parenté euskaro-caucasique sera donc peut-être lourde de conséquences historiques, mais elle s'est trouvée singulièrement inefficace pour éclairer la préhistoire des langues rapprochées.

Un dernier exemple servira à le montrer. Lafon (1951-1952) a rapproché le relatif basque *-en* du mingrélien *ni*, particule enclitique qui, parmi d'autres emplois, peut figurer dans des phrases relatives. Qu'est-ce qu'on a réussi à expliquer ainsi? On a rapproché une particule mingrélienne d'origine et de valeur inconnue, dont le statut kartvélien est douteux et qui peut entrer dans des phrases qu'on traduit en français par exemple par des tours relatifs, d'un suffixe basque non moins mystérieux. On sait heureusement depuis longtemps, sans sortir du basque, que *-en* «relatif» n'y est autre chose que *-en* «génitif», c'est-à-dire un suffixe qui sert à former des noms dérivés en s'ajoutant soit à des thèmes nominaux soit à des formes verbales finies.

1435 Il faut être reconnaissant aux savants avertis qui ont eu le courage de faire ce travail ingrat et pénible: c'était une exploration qui devait être tentée et dont les résultats, succès et échecs, ont sans doute enrichi la linguistique. On prévoit aussi que la prospection sera poursuivie à l'avenir, tant il est naturel de chercher des liens entre ces deux coins conservateurs de l'Eurasie. On peut douter cependant, avec Vogt, qu'il soit possible de prouver cette parenté, tant qu'on ne disposera pas de méthodes plus puissantes: il reste à voir si les techniques quantitatives, comparatives et typologiques, pourront en fournir. L'âge des grandes découvertes, dans le domaine de la linguistique comparée aussi bien que dans celui de la géographie, est loin de nous. Le fruit mûr, sauf peut-être dans quelques régions mal explorées, n'attend plus la main qui ira le cueillir.

Le fondement fallacieux des grands espoirs qu'ont fait concevoir plusieurs essais comparatifs se trouve probablement dans l'idée d'une ancienne homogénéité linguistique autour du bassin de la Méditerranée, de ce qu'on a appelé la vaste famille des langues méditerranéennes, dont on a essayé de fixer certains traits phonologiques, lexicaux et morphologiques. Or c'est un fait acquis, que des découvertes nouvelles ne font que confirmer, que la situation linguistique de cette région, dans le passé accessible à nos méthodes, était au contraire extrêmement bigarrée. L'expansion des langues indo-européennes n'est pas sans doute la première vague qui a refoulé, isolé et éliminé des langues plus anciennes. En conséquence, même si le basque et les langues caucasiques remontent à une origine commune, le nombre des maillons intermédiaires disparus doit être si grand qu'il est à craindre que, faute de les connaître, on n'arrive pas à rétablir les anciens liens de parenté. La diffusion de quelques termes (tel le nom du «chien», qui semble s'entendre du CS jusqu'au basque, en passant par la Grèce, la Corse et la Sardaigne) n'y suffit pas.

Bibliographie

- É. Benveniste: «La classification des langues», *Conférences de l'Institut de Linguistique de l'Université de Paris* 11 (1952-1953), 33-50
- 1436 K. Bergsland et H. Vogt: «On the validity of glottochronology», *Current anthropology* 3 (1962), 115-153.
- K. Bouda: *Baskisch-kaukasische Etymologien*, Heidelberg 1949.

- K. Bouda: *Introducción a la lingüística caucásica*, Salamanca 1960.
- G. Deeters: *Das kharthwelische Verbum*, Leipzig 1930.
- G. Deeters: «Gab es Nominalklassen in allen kaukasischen Sprachen?», *Corolla linguistica. Festschrift F. Sommer*, [Hrsg. H. Krahe], Wiesbaden 1955, pp. 26-33.
- G. Deeters: «Die Stellung der Kharthwelsprachen unter den kaukasischen Sprachen», *Bedi Karthlisa* 23 (1957), 12-16.
- A. Dirr: *Einführung in das Studium der kaukasischen Sprachen*, Leipzig 1928.
- G. Dumézil: *Études comparatives sur les langues caucasiennes du Nord-Ouest*, Paris 1932.
- G. Dumézil: *Introduction à la grammaire comparée des langues caucasiennes du Nord*, Paris 1933.
- G. Dumézil: «Langues caucasiennes», dans [A. Meillet – M. Cohen, dirs.], *Les langues du monde*, Paris 1952², pp. 227 ss.
- G. Dumézil: *Études oubykhs*, Paris 1959 (compte rendu de H. Vogt dans le *BSL* 55, 1960, 240-244).
- J. H. Greenberg: *Essays in linguistics*, Chicago 1957.
- R. Lafon: «Concordances morphologiques entre le basque et les langues caucasiennes», *Word* 7 (1951), 227-244; 8 (1952), 80-94.
- R. Lafon: *Études basques et caucasiennes*, Salamanca 1952.
- R. Lafon: «Le géorgien et le basque sont-ils des langues parentes?», *Bedi Karthlisa* 26-27 (1957), 8-14.
- R. Lafon: «La lengua vasca», *ELH*, I, pp. 67-97.
- A. Martinet: «La construction ergative et les structures élémentaires de l'énoncé», *Journal de psychologie normale et pathologique* 55 (1958), 377-392.
- L. Michelena: *Lenguas y protolenguas*, Salamanca 1963.
- V. Polák: «La position linguistique des langues caucasiennes», *Studia linguistica* 4 (1950), 94-107.
- V. Polák: «L'état actuel des études linguistiques caucasiennes», *Archív Orientální* 18 (1950), 383-407.
- V. Polák: «Contribution à la grammaire historique des langues khartwéliennes», *Archív Orientální* 23 (1955), 77-89.
- K. H. Schmidt: *Studien zur Rekonstruktion des Lautstandes der sudkaukasischen Grundsprache*, Wiesbaden 1962.
- A. Tovar: *The ancient languages of Spain and Portugal*, New York 1961.
- A. Tovar: «El método léxico-estadístico y su aplicación a las relaciones del vascuence», *BAP* 17 (1961), 249-281.
- A. Tschikobava: *Dictionnaire comparé tchane-mégrélien-géorgien* (en géorgien, résumé en français et en russe), Tbilisi 1938.
- A. Tschikobava: *Problema ergativnoj konstrukcii v iberijsko-kavkazskix jazykax* (en géorgien, résumé en russe), Tbilisi 1948-1961, I-II.

- A. Tschikobava: «Iberijsko-kavkazskoe jazykoznanie, ego obščelingvističeskie ustanovki i osnovnye dostiženija», *Izvestija Akademii Nauk SSSR* (Section de langue et littérature) 17-2 (1958), 113-129.
- A. Tschikobava: «Die iberio-kaukasischen Gebirgssprachen und der heutige Stand ihrer Erforschung in Georgien», *Acta Orientalia Academiae Scientiarum Hungaricae* 9 (1959), 109-161.
- H. Vogt: «Arménien et caucasique du Sud», *NTS* 9 (1938), 321-338.
- H. Vogt: «Alternances vocaliques en géorgien», *NTS* 11 (1939), 118-135.
- H. Vogt: «La parenté des langues caucasiques», *NTS* 12 (1942), 242-257.
- H. Vogt: «Le système des cas en géorgien ancien», *NTS* 14 (1947), 98-140.
- H. Vogt: «Structure phonémique du géorgien», *NTS* 18 (1951), 5-90.
- H. Vogt: «Le basque et les langues caucasiques», *BSL* 51 (1955), 121-147.
- H. Wagner: *Das Verbum in den Sprachen der britischen Inseln*, Tübingen 1959.

Des travaux plus récents sur les langues caucasiques, parus surtout en Union soviétique, obligeraient à changer, sur plusieurs points, l'image qu'on en a donnée ici. Il faut surtout souligner, pour la reconstruction du kartvélien commun, l'importance de *Sistema sonantov i ablaut v kartvel'skix jazykax*, Tbilisi 1965 (en géorgien, ample résumé en russe), de T. V. Gamkrelidze et G. I. Matchavariani.

K. BOUDA, *NEUE BASKISCH-KAUKASISCHE
ETYMOLOGIEN*, SALAMANCA 1952

En este breve opúsculo de 16 páginas, editado como publicación 141
de la Cátedra Manuel de Larramendi, el profesor Bouda nos ofrece,
como complemento de sus conocidos trabajos en este terreno, una
lista de 41 nuevas correspondencias vasco-caucásicas. No hay que in- 142
sistir acerca de la importancia de la aportación de Bouda a los estudios
de lingüística vasca, desde fecha ya antigua, y últimamente con prefe-
rencia a los de comparación vasco-caucásica. Esta labor tenaz y prolon-
gada ha reunido una rica colección de materiales, no siempre sin duda
del mismo valor, pero de utilidad incalculable en su conjunto.

En esta obrita encontramos, como ocurre siempre en los traba-
jos del autor, gran número de observaciones originales y altamente
sugestivas, y no es de lo menos valioso su contribución al análisis de
palabras compuestas vascas. Se pueden señalar, a mi entender, como
del mayor interés en varios aspectos los números 40 y 41.

En cuanto a los caminos a seguir en la etapa actual de estos es-
tudios comparativos, puede haber sin duda diversidad de opiniones
y de actitudes. Habrá quien no se atreverá a proponer aproximacio-
nes exactas por temor a equivocarse al no parecerle suficientemente
seguras por el momento. Y habrá tal vez quien prefiera multiplicar-
las siempre que queden comprendidas dentro de los límites lejanos
e imprecisos de lo meramente posible. Así, al aumentarse el número
de ecuaciones propuestas, se aumentará automáticamente el núme-
ro bruto de aciertos, ya que no su tanto por ciento.

BAP 9 (1953), 141-144. Reseña de Karl Bouda, *Neue baskisch-kaukasische
Etymologien*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1952 ('Acta Salmanticensia,
Filosofía y Letras', t. V, núm. 4).

Mi impresión sincera es que esas meras posibilidades, de las que lo más que puede decirse es que no son imposibles, se utilizan alguna vez con exceso en este trabajo. Si, por ejemplo, con una obstinada labor de análisis dejamos reducido el vasc. *beazun*, etc., «hiel» a *z*, su «raíz», hemos facilitado tanto la tarea comparativa que no podemos sentirnos muy sorprendidos si en otras lenguas cualesquiera encontramos «raíces» parecidas. Hechos análogos encontrará el lector en el número 42.

O, para citar otro caso, entresacamos de Azkue el vizz. de Munda *bolo* «colgajo de camisa». Para ofrecernos este hecho en toda su pureza, ni siquiera se mencionan otras dos acepciones de *bolo* que figuran en el mismo artículo: se supone que nada tienen que ver con el hecho que nos ocupa. Entonces lo comparamos con otro hecho puro y solitario, el georg. *bolo* «extremo, cola». No sabemos si hay palabras relacionadas con ella en el léxico georgiano, si tiene correspondencias en otras lenguas kartvélicas y cuáles, si está atestiguado desde antiguo. Y, como aunque entra dentro de lo posible no es probable que ya en la época de comunidad lingüística vasco-caucásica se hubiera dado un nombre especial al fenómeno de que una punta de camisa asome por donde no debe, y que nosotros —o, mejor dicho, los mundaqueses— nos hayamos aferrado a conservarlo, habrá que suponer que el sentido de «extremo, cola» ha sido el primitivo. Pero, aunque sea puramente posible, ¿es siquiera verosímil que en el perpetuo fluir universal el georgiano y mundaqués *bolo* haya permanecido por rara excepción idéntico a sí mismo?

Van a continuación unas consideraciones que la lectura de este trabajo me ha sugerido. Los números que las encabezan son los mismos que en él llevan las distintas aproximaciones vasco-caucásicas.

2. ronc. *apeio* «arado». ¿No se tratará de un representante del lat. **apparium* (esp. *apero*)?

4. Se nos dice que en *idulki* «pedazo de tronco» «pedestal» (¿popular o creación culta?), el cambio de *dur* a *dul* «es regular en posición anteconsonántica», y se citan en apoyo *eskual-dun* y *zamal-dun*. Pero, hablando exactamente, el cambio sólo se verifica cuando, como en esos ejemplos, *r* queda ante consonante a consecuencia de la pérdida de una vocal. Cuando *r*, en composición o derivación, queda directamente en contacto con una consonante, se ha perdido en formaciones antiguas: *lu-* de *lur*, *ada-* de *adar*, *u-* de *ur*, *zu-* de *zur*, etc.

8. vizz. *gei* «llamada», *geitu* «llamado». Hay que añadir *gei emon*, ya en Micoleta, y *gei egin*. Todos ellos no son evidentemente

otra cosa que variantes de *dei*, *deitu*, *dei egin*, etc., en los que la opinión general ve reflejos del lat. *dictu(m)*.

12. sal. *aguer* «perezoso». Tampoco está aislado, sino estrechamente unido al sal. *auger* y, por intermedio de éste, al sal., b.-nav., sul. *au(h)er*, ronc. *aurer*. De éstos pasamos a *afer* y al tan extendido *alfer* y finalmente al número 4002 del *REW* de Meyer-Lübke (tercera edición).

17. a.-nav. del Baztán *konka* «hueco». Teniendo en cuenta *konkatu* «abollado», *konkadura* «abolladura» (Duvoisin), y el más extendido *konketa* «taza grande, aljofaina», ¿no habrá que pensar en el lat. *concha* (*REW*, núm. 2112)?

18. *k(h)otzo*, *k(h)otxo* «cuadrúpedo macho» (b.-nav., sul.). Sólo quiero señalar que me parece variante de *p(h)otzo* «perro grande», que Uhlenbeck ponía en relación con *otso*, sin razón a juicio de Lafon (*Word*, 6, 1950, 224-233, p. 229 n. 17), con quien estoy de acuerdo.^a

19. A *korape* hay que añadir *koape* (a.-nav. de Oyarzun) «alero de tejado» y *gorape* (a.-nav., b.-nav., lab.) «atrio, claustro, sotechado». Parece un derivado, con el suf. *-pe* como quiere Bouda, de *koro* «bóveda, techo» en algunas variedades vizcaínas y quizá en una bajo-navarra, aunque al parecer sólo como segundo elemento de compuestos (*aokoro* «paladar», *labakoro* «bóveda de horno»). Esto, naturalmente, no hace más que confirmar la hipótesis de Bouda de que se trata de una palabra compuesta.

Repetimos que con la publicación de este trabajo y del que anteriormente hemos señalado la Universidad de Salamanca ha vuelto a contribuir de manera destacada al florecimiento de los estudios vascos. A ella, y de una manera señalada a su Rector, don Antonio Tovar, expresamos el agradecimiento de todos los interesados en esta labor.

^a A. Martinet, «De la sonorisation des occlusives initiales en basque», que cita una comunicación personal de Lafon.

K. BOUDA, *INTRODUCCIÓN A LA LINGÜÍSTICA
CAUCÁSICA*, SALAMANCA 1960

Esta obra, cuya edición ha sido subvencionada por la Cátedra 381
Manuel de Larramendi, representa algo excepcional en España, que
no sé si tiene otro paralelo que el del volumen dedicado al persa an-
tiguo en el *Manual de lingüística indoeuropea*. Se trata, sí, de una
traducción, pero de una traducción publicada cuando el original
alemán sigue inédito. Constituye, casi no es necesario decirlo, una
muestra de los afortunados esfuerzos de don Antonio Tovar por ele-
var el nivel y la amplitud de los estudios lingüísticos españoles.

El profesor Bouda, «investigador universal y crítico», como le
llamó en una ocasión Uhlenbeck, no necesita presentación y en
ningún lugar la necesita menos que ante los lectores de este *Boletín*,
del que es asiduo colaborador. Es merecidamente famosa su expe-
riencia lingüística auténticamente excepcional, tanto por la ampli-
tud como por la profundidad de sus conocimientos. Y es sabido
también que, entre tantos dominios bien conocidos y mal conoci-
dos, el laberinto de las lenguas del Cáucaso es uno de los que más
frecuentemente han tentado su curiosidad y su penetración. El libro
que presento es, pues, una obra de primera mano que muy pocos
lingüistas podrían hoy escribir.

Aunque el autor es un comparatista, se ha atenido aquí casi ex-
clusivamente a la descripción, actitud prudente dado el carácter del
libro: el profesor Bouda era tan competente como el primero para
dar un resumen de los resultados obtenidos hasta ahora por la com- 382

BAP 16 (1960), 381-382. Reseña de Karl Bouda, *Introducción a la lingüística caucásica*, [traducción de L. Michelena], Salamanca, Universidad de Salamanca, 1960 (Acta Salmanticensia, Filosofía y Letras, t. XV, núm. 1).

paración —nada despreciables, aunque acaso no tan importantes como debieran ser—, pero el lector interesado encontrará un guía seguro en la nutrida y ordenada bibliografía que aquí se cita. No estará de más recordar que una buena iniciación a estos problemas se encuentra en los *Études basques et caucasiques* (1952) del profesor R. Lafon, publicados también en Salamanca.

El presente libro contiene indicaciones precisas y completas dentro de su brevedad acerca de la difusión geográfica, número de hablantes y, en cuanto es posible, la historia de cada una de las lenguas llamadas caucásicas. Ofrece, por otro lado y ésta es la parte más importante del libro, textos bastante extensos de muchas de las lenguas consideradas (abjaz, circasiano, chechen, ingush, avar, dargva, lakk, küri, tabasaran y georgiano), acompañados de traducción interlinear, notas y de una versión corriente. Tres apartados dedicados a los rasgos fundamentales de cada uno de los tres grupos en que el autor ha dividido las lenguas presentadas (lenguas del noroeste, del nordeste —incluido el grupo central— y del sur), extremadamente ricos en su concisión, facilitan al lector una orientación general.

Alguna vez el lector no habituado a enfrentarse con estructuras lingüísticas variadas y poco familiares desearía acaso aclaraciones más amplias, pero su brevedad está determinada por el volumen del libro (90 páginas, incluidos los índices). Se echa también de menos un mapa, detalle en el que el autor no ha tenido la más mínima culpa. Las indicaciones geográficas que se dan en el texto son por otra parte tan precisas que nadie encontrará dificultad en situarlas con la ayuda de un buen atlas.

Soy la persona menos indicada para dar un juicio acerca de la traducción. Aprovecho, sin embargo, esta ocasión para corregir alguna de las erratas, según indicación del autor: léase *Abhandlungen* (p. 8, línea 9), *mot* (p. 48, l. 6), *Morphème* (p. 87, l. 13 desde abajo), *raíces* (p. 88, l. 4). Por un error de traducción, el diccionario de I. Nizeradze aparece citado en la p. 79 como *svano-ruso*, en vez de *ruso-svano*. Añádase finalmente al apéndice bibliográfico de la p. 88 la siguiente indicación: S. I. Mikailov, *Očerki avarskoj dialektologii* (Apuntes de dialectología avar), Moscú 1959.

Quiero para terminar recomendar este manual a la atención de todos los que se interesan por la prehistoria de la lengua vasca. Como en varias ocasiones he hecho comentarios no demasiado favorables acerca del valor probativo de las demostraciones de los vasco-caucasistas, tengo que precisar que éste sigue siendo, dentro de

lo disponible que no es demasiado, uno de los campos más favorables para la comparación extra-vasca. En todo caso tenemos la obligación de seguir, aunque sea de lejos, los progresos en el estudio de esas lenguas.

W. J. E. SCOTT, «WHERE EAST MEETS WEST.
THE INDO-CHINESE THEORY OF BASQUE ORIGINS» (1935)

Este artículo constituye una verdadera curiosidad. Yo al menos desconocía que, entre los innumerables intentos comparativos de que ha sido objeto el éuskara, figuraba uno con las lenguas munda. 351

A pesar de que el autor se presenta a sí mismo como un científico riguroso, el artículo —quizá a causa del carácter popular que se le ha querido imprimir para publicarlo en una revista no especializada— no se ajusta estrictamente a esa denominación. Contiene también algunos extensos y encendidos *excursus* lírico-políticos escritos en lo que supongo hay que considerar como muestra de la prosa poética a que son, según dicen, aficionados los celtas, en los que hay oscuras alusiones a circunstancias concretas de la guerra mundial 1914-1918.

Prescindiendo aquí de esto, como también de un mapa encabezado por el llamativo título de «The road to Armageddon», en el que se da forma gráfica a la ruta seguida por las lenguas vasca, pre-celta y bantús desde el N. de Japón. Como no se hace referencia a esto en el cuerpo del artículo, habrá que creer al autor bajo su palabra.

La parte propiamente lingüística —que es, por mucho, la más extensa— está dedicada a demostrar la coincidencia de la declinación vasca con la de las lenguas munda. ¿Se consigue este propósito? No me parece que el ensayo sea muy concluyente. Participa claramente de ciertos defectos que, por desgracia, parecen inseparables de esta clase de tentativas. Se diría que van dirigidas expresamente a personas que carezcan de conocimientos de ambas lenguas o grupos

Emerita 17 (1949), 351-352; *SHLV*, I, pp. 95-96. Reseña de W. J. E. Scott, «Where East meets West. The Indo-Chinese theory of Basque origins», *Celtic forum* 1 (1935), 99-118.

lingüísticos que se tratan de comparar. Y, para que la demostración resulte más convincente, no se tiene reparo en «arreglar», casi inconscientemente, los hechos.

En el caso que nos ocupa, nos encontramos, p. ej., con formas vascas que, al menos a mí, me es imposible controlar: *buhuru* «cabeza» (p. 102), *bakid* «igual» y *lot-ez-hume* «a legitimate child» (p. 196). En otras ocasiones, la traducción no es buena: *eche-ra* «at home», en vez de «home», y una serie de casos análogos en la p. 112. La descomposición de voces es también *sui generis*: sólo se puede decir de ella que se aparta, en general, de cuanto se considera más firmemente adquirido por la vascolología.

El autor tampoco ha apreciado debidamente la importancia del influjo románico en el vasc. Así, nos habla (p. 108) de la terminación *-tu* de los participios como puramente vasca. Por cierto que, por razones desconocidas para mí, la considera como una desinen-
352 cia de «dativo simple». En la p. 107 tenemos un «Basq. *kanto-i* corner —whence *Cantium*, Kent».

En cuanto al otro término de comparación, aunque mi desconocimiento es absoluto, tengo la impresión de que el autor no utiliza más que un dialecto. ¿El material que presenta es puramente munda? A veces se sospecha que no: hay un *eka* «uno, un» (p. 104); un «comitative prefix and suffix» *sam*; un verbo *bas* «to be, live, dwell» (p. 101) que recuerda el a. i. *vasati* «permanecer». También cabe pensar que no faltan elementos dravidianos en el material comparado.

En cuanto a evoluciones fonéticas, se sostiene, p. ej., que *izen* viene de *nizen* (p. 111), sin tratar siquiera de probarlo, y que *gizon* es *gin* más un infijo. Supone (p. 112) que *al-de* < **e-de* «so as to preserve the weak liquid sound which Basque invariably drops at the beginning of words except for special causes», etc.

El autor no deja de tener verdadero ingenio y muchas veces sus paralelos resultan agudos y sorprendentes. Recuerdo ahora su comparación de vasc. *bephuru* «ceja» con a. i. (no santali) *bhrū-* en la que precedió a Uhlenbeck. Lástima que muchas veces descuide pequeños hechos que derrumban sus ingeniosas teorías: así, su perfecto *Massilia* = *Mats-ili-a* «ciudad de las viñas», que sólo olvida que ésta es la forma lat. del nombre *Massalia*. Su intento de encontrar restos del dual en vasc. tiene incluso verdadero interés, aunque es demasiado superficial.

En resumen, el autor no carecía de condiciones para la tarea que se propuso. Poseía, en particular, una viva imaginación, pero su trabajo está viciado por la falta de crítica. Otra cosa hubiera sido, tal vez, si hubiera tratado sencillamente de investigar y no de probar como fuera unas ideas preconcebidas.

J. ERRANDONEA, *ANALOGÍAS VASCAS*
EN EL VOCABULARIO SUMERO-SEMÍTICO, ROMA 1953

Este largo artículo constituye en todos los sentidos una muy agradable sorpresa. Su autor que, como salta a la vista desde el primer momento, se ha dedicado con el máximo aprovechamiento al estudio de las lenguas antiguas del Oriente próximo, vuelve los ojos a la de su país, deseoso de aclarar su pasado con la ayuda de los conocimientos adquiridos. Y sin duda son de esperar los mejores frutos de la combinación de este saber con el conocimiento directo del euskera: como más inmediato, una nueva perspectiva que puede poner a la luz aspectos que han pasado inadvertidos en nuestros estudios. 283

Como profanos pecaríamos de presunción si nos pusiéramos a elogiar el dominio de los textos sumerios, acádicos y hebreos que muestra el Sr. Errandonea en todo momento: el lector menos atento lo ha de advertir al instante sin necesidad de que nadie se lo indique. Pero debemos señalar la maestría con que realiza su difícil tarea expositiva. A fuerza de claridad y elegancia hace fácil una lectura que, por la extraordinaria riqueza de datos, se habría convertido fácilmente en prolija y pesada.

Este trabajo es, usando las palabras del autor, «exclusivamente lexicográfico» y está dedicado a mostrar la afinidad entre *vasc. itzal* «sombra» y *zulo, zilo* «agujero» (se mencionan también incidentalmente en el mismo sentido *apal, bera, estali* y *[h]obi*) y palabras sumerias y semíticas.

BAP 9 (1953), 283-284. Reseña de Juan Errandonea, «Analogías vascas en el vocabulario sumero-semítico», *Anthologica annua* 1 (1953), 225-299 (Iglesia Nacional Española, Roma).

Es un lugar común la dificultad de ocuparse con una competencia suficiente de campos lingüísticos distintos. La falta de la debida información en alguno de ellos es consecuencia natural de la limitación humana y quizá en algún caso, al menos en el mío, de hábitos de inercia. Por eso no me atrevo a expresar aquí dudas acerca de hasta qué punto puede ser correcta la utilización simultánea de material sumerio y semítico, sin precisar con exactitud la naturaleza de sus relaciones mutuas; lo mismo digo de la reducción a un origen común de voces semíticas con correspondencias fonéticas muy distintas en algunas lenguas del grupo (véanse, para el arameo y el etiópico, las pp. 235 y 260).

284 El Sr. Errandonea no ha estudiado las voces vascas en su trabajo con el mismo detenimiento que las orientales: sería por ejemplo muy interesante el considerar las relaciones de *itzal* con su sinónimo *geriza*, tan difundido en sus diversas variantes, e incluso con *erraiñu*. Como un estudio de esta clase no presentaba dificultades para él, habremos de pensar, sin mayor temor a equivocarnos, que no disponía en su residencia actual de los medios bibliográficos necesarios.

Sin duda también por esta deficiencia material, y de ella sufriremos todos mientras el Sr. Tovar no lleve a buen término su proyecto ya muy adelantado de un diccionario etimológico vasco, no ha advertido el Sr. Errandonea que en su aproximación de vasc. *itzal* a hebr. *sel*, etc., ha coincidido con H. Schuchardt quien, en un artículo famoso (*RIEV* 6, 1912, 282-283),^a presentó precisamente esa ecuación entre otras (algunas de las cuales, según Lafon, «parece que deben mantenerse») como prueba accesoria de que *e-*, *i-* en muchos participios y nombres vascos es una especie de artículo, es decir, un elemento prefijado. En cuanto a *estali*, aunque no tengo delante en estos momentos el artículo de Schuchardt citado por el Sr. Errandonea ni la primera edición del *REW* de Meyer-Lübke, veo por su tercera edición (núm. 2918) que éste no propone ninguna etimología románica para *estali*, sino que por el contrario deriva del vasc. *estalbe*, con más o menos dudas, el cat. *estalviar* y otras palabras románicas.

Para el vasc. (*h*)*obi* me parece preferible la explicación que lo deriva del lat. *fovea*, y no creo estar sólo en esta opinión. También creo en el origen románico de *ap(h)al* (cf. fr. prov. *aval*, *REW*, núm.

^a «Bask. *i-*, *e-*».

9134) como indiqué en este *Boletín* (7, 1951, 571-582, p. 575 n.),^b sin caer en la cuenta de que esa etimología ya había sido propuesta por K. Bouda (*EJ* 4, 1950, [51-70 y 317-336], p. 52 n.),^c aunque no veo claros los motivos que tiene para relacionar *ap(h)al* con *afarri*, etc. «cena».

Termino estas rápidas notas, una de cuyas finalidades era la de intentar mostrar que en los trabajos comparativos referentes a la lengua vasca se dedica al léxico una atención especialísima, incluso preferente, desde hace bastantes años, expresando la esperanza de que este trabajo del Sr. Errandonea no sea más que el comienzo de una labor larga y fecunda. De una manera muy particular desearíamos ver impreso cuanto antes el estudio comparativo de las morfologías sumeria y vasca que anuncia tener preparado y del cual sin duda podremos obtener muchas importantes enseñanzas.

^b «De fonética vasca. II. La sonorización de las oclusivas iniciales. A propósito de un importante artículo de André Martinet». ^c «Étymologies basques».

J. ERRANDONEA, *ANALOGÍAS VASCAS EN EL VOCABULARIO SUMERO-SEMÍTICO*, ROMA 1955

Señalamos a nuestros lectores este trabajo del señor Errandonea, 263
aparecido en esta publicación anual (páginas 145 y siguientes) que
por lo general no llega a manos de los interesados en los estudios 264
vascos, como otro trabajo del mismo autor que reseñamos en este
Boletín, 9 (1953), 283-284. Está dedicado, como indica el subtítulo
que no hemos reproducido, a la comparación de vasc. *atzapar* y los
nombres sumero-semíticos que significan «uña, garra».

Como en aquella ocasión, diremos que el señor Errandonea ha
hecho un estudio exhaustivo de palabras y cosas en lo referente a los
términos semíticos y sumerios comparados. Hay que señalar, sin
embargo, aun sin entrar en la comparación misma, que su examen
es menos profundo en lo que respecta a la parte vasca. Así, es difícil
escapar a la sospecha de que *atzapar* es un compuesto, cuyo primer
elemento es (*h*)*atz* «dedo, pata de bestias». Creo que muchos se
mostrarán conformes con esto, aunque las discrepancias serían pro-
bablemente mayores por lo que atañe al segundo miembro. En efec-
to, ¿es fundada la hipótesis de Azkue (*Diccionario*, s.v. *atzamar*),^a
quien ve en él el numeral *amar*? No estará de más indicar, para la
historia de la etimología vasca, que la hipótesis se encuentra ya im-
plicita en Moguel, *Peru Abarca*, [Zarautz 1956], p. 54, cuando hace
decir a su portavoz Peru, en una bien intencionada pero poco razo-

BAP 13 (1957), 263-264. Reseña de Juan Errandonea, «Analogías vascas en el vocabulario sumero-semítico», *Anthologica annua* 3 (1955), 145-169 (Iglesia Nacional Española, Roma).

^a *Diccionario vasco-español-francés*, Bilbao 1905-1906.

nable defensa de las buenas costumbres antiguas: «Cetaco emon euscuzan Jangoicuac amar atzac edo atzamarrac?». Como se ve, Peru no estaba lejos de ver en el empleo del tenedor un grave atentado al Fuero.

N. LAHOVARY, *SUBSTRAT LINGUISTIQUE
MÉDITERRANÉEN, BASQUE ET DRAVIDIEN*,
FLORENCIA 1954

El objeto de este estudio, continuación de otros anteriores del autor, es el de demostrar que las lenguas dravídicas forman parte, junto con el vascuence, las lenguas caucásicas y las camito-semíticas, de una gran familia mediterránea *lato sensu*, grupo que a su juicio debiera ser llamado indoeuropeo meridional. Importantes restos de esta procedencia se han conservado a su juicio en griego y en latín y cierto número de lenguas africanas, en particular las del grupo bantu, se relacionan también con él genealógicamente. La obra se compone de unas consideraciones generales, una lista de analogías fonológicas y estructurales, otra de exponentes gramaticales comunes y finalmente de una larga serie de comparaciones lexicales. En separata aparte va un índice de voces citadas y las adiciones y correcciones. 118

El autor admite modestamente (pp. 145-146) que no tiene pretensión alguna de agotar la materia, pero no deja de tener confianza en que, a pesar del carácter incompleto y hasta cierto punto provisional de sus estudios, el lector habrá de sacar la conclusión de que las lenguas dravídicas forman parte de esa familia mediterránea y están por tanto relacionadas genéticamente con el vasco y el grupo camito-semítico. 119

Si colocándonos en una posición absolutamente desinteresada tuviéramos que dar nuestra opinión acerca de la acogida que está destinada a tener esta obra entre el público especializado, tendríamos que expresarnos, sin mayor temor a equivocarnos, en un senti-

BAP 10 (1954), 118-123. Reseña de Nicolas Lahovary, «Substrat linguistique méditerranéen, basque et dravidien. Substrat et langues classiques», *Archivio per l'Alto Adige* 48 (1954), 1-167.

do muy pesimista. El Sr. Lahovary tendrá razón al quejarse de la incompreensión y de los excesos de muchos lingüistas, «en particulier de l'école allemande», que se han encastillado en consideraciones estrictamente lingüísticas, «souvent aussi arbitraires que trop ingénieuses» (p. 3): tendrá que aceptar con todo el hecho real de que el *onus probandi* recae exclusivamente sobre él y que la costumbre, acaso no basada en la misma naturaleza de las cosas, sostiene que un tribunal especializado de lingüistas es el más competente para fallar en pleitos de parentesco lingüístico. Por lo cual, si no consigue convencerles, difícilmente podrá considerar que su tentativa, desde el punto de vista del éxito terrenal, haya sido afortunada.

No puedo menos de pensar, sin embargo, que, cualesquiera que sean los títulos que abonen la causa del Sr. Lahovary, los especialistas no dejan de tener algún motivo justo de irritación ante intentos como el suyo. Porque, para señalar sólo lo más evidente, las formas que aduce procedentes de lenguas tan variadas no siempre están escurpulosamente citadas ni los análisis que ofrece son impecables y, sobre todo, sus consideraciones estructurales no pueden tener muchas veces la menor pretensión de exactitud. Para atenernos a hechos vascos, diremos que se menciona, entre otras cosas, una desinencia *o* de futuro eventual o condicional que es vasco común (p. 23, n.º 28), un artículo demostrativo vasco *-da /-tan* (p. 27, n.º 42), *sagardi* «plantation d'arbres fruitiers» (p. 108, n.º 114) se descompone en *sag-ardi* y se asegura que tanto en drávida como en vasco hay una clara oposición entre formas verbales positivas y negativas (p. 24, n.º 31). Esta última afirmación se aclara en una nota que dice: «Pour exprimer une phrase négative on ne peut employer simplement un verbe avec une négation... mais on doit avoir recours à une conjugaison négative spéciale». En ciertas ocasiones la intervención del factor imaginativo en la elaboración de los datos es tan grande como para sorprender hasta a un lingüista, la casta de gente que, con los aviadores, menos se sorprende de nada, según Ortega y Gasset: «Basque *Cala*, maison, lieu habité, d'où les très nombreux noms de localités ibériques, tels que *Cala-gurris* ou *Cala-horra* (la maison rouge, en général, asile ou hôpital; au moyen âge, souvent léproserie)». Justo es reconocer que bastante de esto se explica no por deficiencias personales del Sr. Lahovary, sino por la imperfección inherente al género humano: el adquirir un conocimiento suficiente para manejar con alguna seguridad la variada bibliografía citada por el autor y el conseguir un mínimo de familiaridad con

estructuras lingüísticas tan diversas es algo a que sólo personas excepcionalmente dotadas en este sentido pueden aspirar, después de un trabajo largo y agotador.

Hay quizá otro defecto importante, que tampoco es exclusivo del Sr. Lahovary, sino que, por tratarse sin duda de una debilidad común, aparece con frecuencia en trabajos comparativos, sobre todo en los de objetivo tan amplio como el de éste: es decir, no precisamente un defecto, sino el exceso de lo que en inglés llaman *wishful thinking*. El autor, preocupado por no dejar tesoro sin explorar, no parece haberse preocupado demasiado acerca de si recogía pepitas de oro, billetes de banco o desperdicios variados, y no hay que olvidar que no existe unanimidad de pareceres sobre si el coleccionar alfileres perdidos es el mejor modo de llegar a millonario. No hace falta, pongamos por caso, ser un especialista en latín para darse cuenta de que Ernout y Meillet pudieron tener serias razones para relacionar lat. *uro* con gr. *heúô*, etc., (cf. *us-s-i*, *us-tum*), para separar *toga* de *texo* y unirlo a *tego* o para pensar que *bis* procede de *duis*.

Los resultados conseguidos por el Sr. Lahovary deben, pues, discutirse dentro de la cuestión más general de cuál es el valor de esta clase de ensayos comparativos. Podemos subsumir, de una manera aún más amplia, estas tentativas lingüísticas dentro de los ensayos ya antiguos para explicar semejanzas físicas (según Tácito, p. ej., *Agric.* 11, la tez morena y cabellos rizados de los antiguos habitantes de Gales indican su origen hispánico) o culturales entre los pueblos diversos. No hablaremos ahora de los intentos precientíficos, cuya falta de valor queda muchas veces de manifiesto por la misma diversidad de conclusiones a que llegan los distintos observadores, y tampoco tengo la menor autoridad para tratar de los criterios de que dispone la Etnología para dar cuenta de estos parecidos, pero, en lo que respecta a la Lingüística, sí puedo decir que existe un método comparativo que ha dado excelentes resultados en la clasificación genealógica de lenguas muy semejantes o que, aún siendo muy disímiles para el observador corriente, puede demostrarse que tienen mucho en común gracias a las correspondencias de sonidos que entre ellas pueden establecerse.

Pero fuera de este campo, bastante reducido en comparación con la totalidad de las lenguas conocidas, que, aunque en detalle prosiga el progreso, ha quedado acotado con éxito desde hace muchos años, y en el cual se han formado los grupos conocidos con el nombre de lenguas germánicas, eslavas o, en un orden más elevado, indoeuropeas, urálicas, bantúes, etc., ¿cuáles son las posibilidades

del método comparativo? ¿En qué relación están estas familias unas con otras? Se observan a veces semejanzas (indoeuropeo y urálico, por ejemplo, tienen en común desinencias casuales, pronombres personales, interrogativos, elementos léxicos, etc.), pero, ¿cómo hay que explicarlas? En otros casos hay grupos establecidos a base de semejanzas tipológicas y de una cierta coincidencia de elementos léxicos y gramaticales, debida acaso a contigüidad geográfica, pero no parece que hasta ahora haya sido posible dar una prueba estricta del parentesco genealógico de las lenguas que los forman en el mismo sentido que en las lenguas i.-e. por ejemplo, ni tal vez sea posible darla con nuestros métodos actuales.

La quiebra principal del método comparativo reside acaso en que se basa en un principio matemático sin que le sea posible reducir sus demostraciones a datos cuantitativos. Fundándonos en consideraciones de probabilidad, encontramos que las coincidencias observadas entre varias lenguas difícilmente pueden ser debidas a mera casualidad, mientras que pueden explicarse muy bien por el contrario suponiendo que proceden todas de una lengua común, proceso del cual tenemos testimonios históricos directos en otros casos, o bien que son el resultado de contacto o intercambio más o menos prolongados. Incluso podemos hacer hasta cierto punto la discriminación, sin que intervengan ya las consideraciones cuantitativas, de lo que es debido a consanguinidad y a afinidad. Pero es evidente que si, por ser de orden heterogéneo las semejanzas y desemejanzas que entre lenguas se observan, no podemos dar un valor determinado a la probabilidad de que estén emparentadas entre sí, tiene que quedar un amplio margen para las opiniones personales, opiniones cuya motivación habrá de buscarse a menudo más bien en el terreno subjetivo que en el de los hechos.

122

Es cierto que Schuchardt creía, y así lo afirmó categóricamente, que un lingüista experimentado difícilmente podía equivocarse al enjuiciar tales parecidos. Pero, aunque estaba tan cerca de la genialidad como un lingüista puede estarlo, él mismo proporcionó una refutación clamorosa de su propia tesis cuando sus comparaciones vasco-camito-semíticas se encontraron insuficientemente probativas. Y digamos, entre paréntesis, que sólo gracias a su inmenso prestigio personal pudieron ser aceptadas durante algún tiempo como verdades inconcusas, dado su escaso fundamento. Es decir, gracias a su prestigio y a la costumbre desgraciadamente muy extendida de aceptar la autoridad ajena sin molestarse en examinar sus bases.

Acaso no sea extemporáneo mencionar, por otra parte, que Schuchardt, como amigo que era de la espontaneidad del espíritu, de la creación en el lenguaje, de la consideración de éste como actividad, no como obra, etc., se inclinaba a moverse en la zona más confusa, arbitraria e irregular del lenguaje, allí donde el hilo conductor de la investigación no puede a menudo ser otro que eso que se llama intuición, cualidad preciadísimas sin duda, pero que no puede considerarse válida en una demostración mientras no encuentre otros apoyos. Y si más de una vez creyó él seguir la evolución de las palabras a través de sus infinitas relaciones mutuas, acaso no estemos equivocados al pensar que sus explicaciones no están libres de cierto positivismo —de la peor clase de positivismo, en realidad: del positivismo antipositivista— y que sus series evolutivas, por complicadas que nos parezcan, no son, frente a la inagotable riqueza combinatoria de lo real, más que groseras aproximaciones, tan groseras en el fondo como los más descarnados esquemas neogramáticos. Porque, a mi entender, una cierta cantidad de positivismo, y aun una gran cantidad, es tan necesaria en lingüística como en otra ciencia cualquiera, si no queremos que todo se reduzca a opiniones personales más o menos inconclusivas. No quiere esto decir que se niegue a nadie el derecho a explorar lo que en la lengua hay de asistemático, irregular o arbitrario, sino el reconocimiento de que en el lenguaje hay una parte sistemática, regular —o, si se quiere, mecánica— que puede también ser objeto de estudio si alguien quiere dedicarse a ello, y que en ella podrán alcanzarse resultados de un rigor mayor que en la otra.

Volviendo ahora a nuestra reseña, habremos de decir que, mientras la comparación no pueda ser cuantificada, seguirá siendo más bien un arte, una técnica, que una ciencia. Y entre lo que es absolutamente seguro en sentido positivo y lo que es evidente en sentido negativo quedará una amplia zona entregada al arbitrio de las opiniones, perfectamente lícitas en tanto no traten de presentar como certeza lo que no es más que presunción individual. Y del mismo modo que un arquitecto asegura la solidez de su edificio no cargando los elementos sustentadores hasta su límite teórico de resistencia, el comparatista responsable tratará también de moverse con un amplio margen de seguridad, cuando se trate de demostraciones propiamente dichas y no de exploraciones, y preferirá renunciar a lo dudoso, aunque sea verosímil, antes que debilitar su tesis con un acopio de pruebas deleznales que aparentemente la refuerzan.

Así no le sería difícil a quien tuviera más conocimientos que yo demostrar que, si el Sr. Lahovary prueba su tesis en esta ocasión, ha probado automáticamente mucho más de lo que se proponía. Habrá probado que muchísimas otras lenguas, de las que no hace la menor mención, están también emparentadas con el vasco y las lenguas dravídicas. El número de lenguas que no tienen *f* o *h* en posición final debe ser incontable, el ugro-finés común —como el finés actual— entre otras muchas lenguas no tenía grupos de consonantes iniciales, la «repugnancia» por la *l* inicial (que no parece haber sentido el vasco) puede notarse en griego (cf. gr. *eleútheros*, lat. *liber*, etc.), *r* y *l* son «intercambiables» en japonés, un «subjuntivo propiamente dicho» falta por ejemplo en ruso, la conjugación negativa que se atribuye erróneamente al vascuence existe en varias lenguas urálicas, etc. En cuanto a la acentuación inicial, es, según Troubetzkoy (*Principes de phonologie*, [París 1949], p. 294), la más frecuente en lenguas de acento fijo, y cita como ejemplos modernos el gaélico, el islandés, el lapón, el finés, el livonio, el alto sorabio (y parcialmente el bajo), el checo, el eslovaco, el húngaro, el chechén, el darghin, el lakk, el samoyedo yurak, el samoyedo tavgy, el samoyedo del Yenissey, el vogul, el yakut, el mongol, el calmuco, y termina con un etcétera.

Todo esto, si alguna cosa prueba, prueba la necesidad de distinguir claramente los intentos de demostración estricta de parentescos lingüísticos de la mera búsqueda de parecidos, y la conveniencia de separar lo exactamente probado de lo vagamente opinado. Y no estaría de más tampoco que no se sintiera tanta prisa por extraer datos lingüísticos sueltos del contexto que les da sentido a fin de servirse de ellos para catapultar amplias teorías que aspiran a colmar todas las lagunas de la Historia y de la Prehistoria.

N. LAHOVARY, *LA DIFFUSION DES LANGUES ANCIENNES
DU PROCHE-ORIENT. LEURS RELATIONS AVEC
LE BASQUE, LE DRAVIDIEN ET LES PARLERS
INDO-EUROPÉENS PRIMITIFS*, BERNA 1957

En este libro de 370 páginas el autor no sólo ha reunido el copioso material comparativo de los distintos trabajos que viene publicando desde hace varios años, sino que lo ha aumentado considerablemente. Aunque presentado como una simple introducción y no como un resumen exhaustivo, debe considerarse sin embargo como una exposición completa de sus ideas en el momento actual. 501

Estas, por lo que respecta a los problemas lingüísticos y más particularmente a lo referente a la lengua vasca, pueden resumirse en dos conclusiones que el autor anticipa al principio del libro (pp. 5-6):

1.º Las lenguas dravídicas, aunque hoy sean lenguas «compuestas» a causa de los numerosos elementos que se han venido incorporando en el curso de los siglos, no están aisladas, sino que forman parte de una vasta familia de lenguas peri-mediterráneas de carácter incorporante o polisintético que en otros tiempos ocupaba una vasta área continua en el Cercano Oriente.

2.º Esa unidad se rompió a causa de la presión ejercida en distintas épocas por los semitas, indoeuropeos, etc. Lenguas de esa familia —vasco, lenguas caucásicas y dravídicas— se han conservado hasta hoy en zonas aisladas, al paso que muchas otras —sumerio elamita, etc.— fueron desapareciendo.

No hay, pues, a su juicio, un parentesco especial entre vasco y lenguas caucásicas, antes bien las concordancias son más precisas entre vasco y dravídico.

BAP 13 (1957), 501-503. Reseña de Nicolas Lahovary, *La diffusion des langues anciennes du Proche-Orient. Leurs relations avec le basque, le dravidien et les parlers indo-européens primitifs*, Berna, Éditions Francke, 1957.

La tesis del señor Lahovary es fundamentalmente, como se acaba de ver, de orden lingüístico y a este orden pertenece la mayor parte del material y de los argumentos presentados en este libro. La introducción, sin embargo, muy inteligentemente escrita, está dedicada a una clara exposición de los resultados de las investigaciones prehistóricas, arqueológicas y antropológicas, según los cuales las distintas revoluciones técnicas a partir del Neolítico no han tenido, por lo que respecta a Euráfrica, más que un centro de difusión: el Cercano Oriente. De aquí, según el autor, tanto por la difusión de las innovaciones como por migraciones sucesivas, se han propagado palabras y usos lingüísticos a lenguas distintas y en particular a las indoeuropeas.

La parte propiamente lingüística del libro empieza (p. 39) con un estudio de las particularidades fonéticas comunes a las lenguas estudiadas al que sigue (pp. 63 ss.) el examen de las concordancias estructurales y morfológicas.

El señor Lahovary considera no obstante, y sin duda con razón, que las semejanzas de estructura no constituyen por sí solas pruebas de parentesco y dedica la parte principal de su libro a la comparación en el sentido clásico de significantes análogos que en las diversas lenguas consideradas expresan también significados semejantes. Ya en la parte dedicada a las concordancias morfológicas, dicho sea de paso, se trata sobre todo de comparar morfemas concretos de declinación, conjugación, etc., más que la semejanza general en los procedimientos gramaticales.

El estudio de los parecidos en el vocabulario ocupa, como ya se ha dicho, la mayor parte del libro, pp. 137-287. Las palabras están agrupadas por grupos de sentido y los resultados se resumen en una cómoda lista de podríamos decir esqueletos consonánticos de las «raíces» así establecidas (pp. 309-330). El resto del libro está dedicado a las conclusiones (pp. 288-303) y a un extracto bibliográfico que, pese a su nombre, es una lista impresionante de obras no sólo lingüísticas, sino también pertenecientes a otros campos científicos.

Los lectores de esta revista conocen los puntos de vista del señor Lahovary tanto en lo que respecta a sus ideas sobre las relaciones de parentesco entre diversas lenguas, entre ellas la nuestra, como en lo referente a la utilización del método comparativo gracias a su nota «Basque, dravidien et caucasien», publicada aquí (*BAP* 11, 1955, 249-254) en respuesta a mi reseña anterior (*BAP* 10, 1954,

118-123) de su obra *Substrat linguistique méditerranéen, basque et dravidien*.

Si nos atenemos a lo esencial de nuestros puntos de discrepancia, creo que la diferencia puede resumirse como sigue. A mi modo de ver, la comparación como medio para establecer parentescos lingüísticos es un instrumento que, aparte de ser de muy difícil manejo, es de alcance muy limitado. Mi mayor dedicación con posterioridad a la publicación de la citada reseña a cuestiones etimológicas concretas, donde la semejanza de forma y valor podía ser contrastada con abundante documentación tanto en vascuence como en lenguas de historia mejor conocida, no ha hecho más que aumentar mi desconfianza con respecto a ecuaciones etimológicas entre formas pertenecientes a lenguas muy alejadas en el tiempo y en el espacio. Esto significa, entiéndase bien, no que yo crea que son incorrectas —y mucho menos que pueda demostrar su incorrección—, sino simplemente que desconfío de su valor probativo.

No creo que sea inmodestia afirmar que, a mi juicio, mi punto de vista no está demasiado alejado del que hoy es habitual entre los lingüistas que se dedican en una u otra forma a la comparación. En efecto, desde que se empezó a utilizar este método más bien ha disminuido el optimismo en cuanto a los resultados que de él podrían esperarse y se ha tendido sobre todo a afinar su aplicación y a precaverse contra las grandes posibilidades de error que encierra. 503

Esto es simplemente un intento de describir los hechos, sin tratar de justificarlos. El señor Lahovary no es tan pesimista y acaso tenga razón. De todos modos, no creo ser injusto con él si digo que su manera personal de practicar la comparación no es estrictamente ortodoxa, es decir, que se aparta en aspectos importantes de la forma en que la manejan hoy los especialistas. El autor se da claramente cuenta de ello cuando escribe (p. 136): «Il faut aussi avoir un certain flair pour distinguer ce qui peut déceler un air de famille, sans se laisser enfermer dans un système de déterminations grammaticales ou phonétiques trop rigoureusement précises». Es claro también que el atenerse a las opiniones que podemos llamar oficiales no significa siempre estar en lo cierto.

Se trata en definitiva de un ensayo ambicioso para hallar conexiones entre lenguas y pueblos separados por largos intervalos de tiempo y de espacio. Para fundamentarlo, el autor ha reunido un

material extraordinariamente abundante y variado y en la parte propiamente expositiva del libro ha sabido presentar su tesis con una rara claridad. El volumen tiene por otra parte la excelente presentación a que nos tiene acostumbrados la casa Francke.

N. LAHOVARY, *LA DIFFUSION DES LANGUES ANCIENNES
DU PROCHE-ORIENT. LEURS RELATIONS AVEC LE BAS-
QUE, LE DRAVIDIEN ET LES PARLERS INDO-EUROPÉENS
PRIMITIFS*, BERNA 1957

M. Lahovary arrive dans ce livre, avec un matériel accru, aux 102
vieilles conclusions: basque et dravidien seraient des langues appa-
rentées au sein d'une vaste famille linguistique, celle des anciennes
langues du Proche-Orient (*lato sensu*), dont le vocabulaire serait
également commun en grande partie avec les langues chamito-sémi-
tiques et certaines langues indo-européennes.

Ce sont les arguments d'ordre linguistique qui priment dans cet
ouvrage, ce qui est normal attendu qu'il s'agit de démontrer une
thèse linguistique. On y fait donc de la comparaison. Mais compa-
raison n'est pas un terme univoque. Dans certains domaines cultivés
de longue date —mais, en somme, assez rétrécis —elle est soumise
à des règles très sévères: rigueur philologique, attention aux corres-
pondances phonétiques, connaissance approfondie de l'histoire des
mots comparés y sont des conditions indispensables. Il n'en est rien
dans ces vagues espaces où l'astérisque est inconnu ou du moins peu
apprécié. Surtout quand on est pressé et qu'on veut brûler les étapes
qui ont permis ailleurs aux études linguistiques d'arriver à leur état
actuel.

On semble aussi penser dans ce genre de travaux, et celui de M.
Lahovary n'est pas une exception, que la décision doit toujours être
favorable aux bataillons les plus nombreux. On ne saurait cepen-
dant s'étonner du nombre des rapprochements proposés quand on
songe que l'auteur, pour en augmenter la foule, peut faire appel aux

Word 14 (1958), 102-103. Reseña de Nicolas Lahovary, *La diffusion des lan-
gues anciennes du Proche-Orient. Leurs relations avec le basque, le dravidien et les
parlers indo-européens primitifs*, Berna, Éditions Francke, 1957.

langues, mortes ou vivantes, les plus diverses (dravidiennes, caucasiennes, africaines, chamito-sémitiques, indo-européennes, «méditerranéennes», et j'en passe), des Indes jusqu'au détroit de Gibraltar. On ne se doute pas, à ce qu'il semble, que, ce faisant, on ôte à la méthode comparative toute raison d'être. Ce qui est étonnant c'est que le comparatiste n'ait pas trouvé dans ce pullulement de formes, qu'il ne prend presque jamais soin de ramener à l'unité d'un prototype restitué, de quoi doubler ou décupler le nombre des rapprochements. Il ne serait pas aisé non plus de contrôler les mots rapprochés, puisés à des sources assez suspectes, étant donné que même un linguiste expert n'arriverait qu'à grand-peine à situer sur une carte les langues et dialectes comparés.

103 Il s'agit au fond du problème, très exactement posé par M. G. H. Fairbanks dans *IJAL* 21 (1955), 116-120,^a des mots qui se ressemblent sans être apparentés et des mots apparentés qui ne se ressemblent pas. M. Lahovary, à mon avis, penche du côté de la ressemblance. «Il faut aussi avoir un certain flair, écrit-il à la page 136, pour distinguer ce qui peut déceler un air de famille, sans se laisser enfermer dans un système de déterminations grammaticales ou phonétiques trop rigoureusement précises». Pour les langues i.-e. ce penchant se révèle sitôt que l'auteur se résout à faire la sourde oreille aux sages conseils de M. Pokorny et rapproche par exemple lat. *tueor* de gr. *théa*, allem. *sehen*, v. irl. *súil* (p. 144, num. 47) ou affirme que le groupe de lat. *ferō* et celui de lat. *uir*, d'où viendrait l'esp. *varón*, ne sont que des variantes très proches «du même thème» (pp. 164 s.).

Il faut ajouter que M. Lahovary a su présenter sa thèse d'une façon très claire. L'introduction du livre, fort intelligemment écrite, est consacrée à montrer, par les résultats des recherches préhistoriques, archéologiques et anthropologiques, que le Proche-Orient a été le seul centre de diffusion, en ce qui concerne la race blanche, des civilisations néolithiques et de celles des premiers âges du métal.

^a «A note on glottochronology».

TXERRIBUZTANGO ERREKAKO ERROTARIA.
 [[LAHOVARY, EUSKARA ETA HIZKUNTZA DRAVIDIKOAK]]

Egun on, irakurle bihotzeko, eta berri on.

124

Entzun dituzunek ez dakit onik egin dizuten, ez baitut garbiro ikusten zure lerroetan poztu ala goibeldu zaituzten. Berri horiek, gainerako irakurleak ere gaiaz jabe daitezen, G. Larrañagak *Aránzazu* aldizkari ederrean (122. zenbakia, aurtengo abuztukoak) argitaratu duen idazlan batean ikusi dituzu: «El euskera y el dravídico (Sugerencias de un artículo)» deritzanean.^a Larrañaga jaunak beste artikulua batera garamatza, Aita Salbatore Barandiaran euskaltzale gartsuak *Arbor*-en aurtengo martxoan azaldu duenera,^b eta Aita Barandiaranenak, berriz, Lahovary jaunaren ikerlanetara: «Las investigaciones llevadas a cabo por el eminente lingüista profesor Lahovary sobre el tema enigmático y siempre sugestivo de los orígenes de la lengua vasca», Larrañaga jaunaren esana hitzez hitz aldatzeko.

125

Ikerlan horien ondorea, dirudienez, haxe da, edo honelako zer-bait behintzat: gure hizkuntzak baduela ahaidetasun berezi bat hegoaldeko Indian (brahúi delakoa izan ezik) eta Ceilanen zati batean bizi diren hizkuntza dravidikoekin. Horrenbestez, beraz, euskara zaharraren jatorri eta iturburuarekiko auzi aspergarria erabakia legoke. Zenbait poztu egingo da, argia azkenik sortu delako, eta sortaldetik datorren argia, berriz ere; beste zenbait, ordea, goibeldu, euskarak

«Adabakiak», *Egan* 1963 [1-3], 124-126; *MEIG*, I, 237.-239. or.

^a *Aránzazu* 43 (1963), 236-237.
Arbor 54 (1963), 280-297.

^b «El euskera y sus semejanzas con el dravídico», *Arbor* 54 (1963), 280-297.

antzinako «uhartetazuna» galdu duelako. Beste batzuei, bukatzeko, berdín edo berdintsu izango zaie.

Ez dakit, berriro ere esango dut, zeinetarikoa zaitudan, baina nolanahi ere ez zenuke aurrerantzean zalantzan gelditu nahi. Iritzi bila zatozkit aurkitze edo atzemate berri honezaz, nereak zerbait baliu duelako ustean. Eskerrik asko zure sineste onagatik.

Maiz aski esan izan didate baitezpadako erantzunak izaten direla nereak, ez dudala inoiz «bai, bai» edo «ez, ez» erantzuten, kristau zintzoaren antzera. Oraingoan behintzat ez duzu horrelakorik izango, zenbait puntu zorrotzetan laburtzera noanez gero nere esatekoa:

1. Lahovary jauna gizon asko-jakina da, baina ez, besterik badiote ere, irakaslea ezta hizkuntzalaria ere. Ez dago hor latsaizunik, munduan barrena jantzirik nahiz larrugorrian dabilzan gizon-emakumerik gehienak ez direnez gero ez bata eta ez bestea. Ez da irakaslea, ez baitu inon irakasten, bizibide hoberik baduelako noski. Eta ez da hizkuntzalaria linguistikan, beste edozein gaitan bezala, ikasia izateko egin behar den lan aspergarria egin nahi izan ez duelako. Gehienez ere, esan daiteke linguistika dela bere txolarte ugarietan gogoko izan duen *hobby* edo «denbora-paxako» jostaketa kuttuna.

2. Lahovary jaunak ez du euskara ezagutzen. Ez dut esan nahi ez dakiela euskaraz mintzatzen, idazten nahiz irakurtzen; ez. Besterik esan nahi dut: ez dakizkiela gure hizkuntzarekiko oinarritzko jakinbeharrak ere, konparatista bati bere lanerako dagozkionez ari naiz, edozein linguistak denbora gutxiren buruan menderatuko lituzkeenak. Gehiegizko baderitza norbaitek esan dudanari, irakur beza astiro Lahovary jaunak gure artean, *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País* 14 (1958), 227-257^c (eta lehena-go, 11, 1955, 249 eta hurrengoak [249-254]), argitara zuen artikulua.^d

3. Nik ez dakit deus hizkuntza dravidikoez, espezialista ez direnentzat eskuliburu ezagunetan edo bestelako idazlanetan irakur daitekeena baizik. Ezin dezaket, bada, esan ez duela Lahovary jaunak hizkuntza horien berri handirik. Halaz ere, aitortu behar dut juzku txar hori gogoan erabilia dudala, zerbait ezagutzen ditudan hizkuntzak nola elbarritzen dituen ikusi ondoren.

^c «Le basque et les éléments pré-indo-européens de l'albanais. Les terres d'origine du basque et ses étapes vers l'Occident». ^d «Basque, dravidien et caucasien».

4. Bi nahiz gehiago hizkuntzaren elkarrekiko ahaidetasuna egiaztatzeko eta finkatzeko badira jokabide jakinak. Ez naiz hemen gai astun horretan sartuko, luzaz mintzatua bainaiz arestian liburuxka batean: beste asko ere, jakina, mintzatuak dira auzi horrezaz, ni baino lehen eta hobeto. Hemen dihoakiguna hauxe da soil-soilik: Lahovary jauna ez dabilela bide ezagun horietatik, berak gogoak eman ahala hautatzen dituen bide eroso eta erraxago batzuetatik baizik, eta bide horiek, gainera, linguista guztien edo gehienen us-tez, ez dutela denbora alferrik galtzea beste atarramenturik.

Ene iritziz, bada, eta barka biezat Aita Barandiaranek, bagau-dezke lasai lehengo lo ederrean, Lahovaryren lanak gorabehera. Gure hizkuntza eta dravidikoa ahaide direnik ez dut nik ukatuko; ahaidetasun hori probatua dagoenik, bai. Orain arte sortu diren metodoek badituzte beren muga jakinak, mehar xamarrek gainera: asma bitzate hobeak eta indartsuagoak Lahovary jaunak eta bere *diadokhoek*. Horrenbesterako gauza badira, noski.

Baina, esango didazu agian, ez ote dute behin ere jendearen us-tez jakintsu zirenek asmaketa handirik baztertu eta arbuiatu? Ez ote dute inoiz buru argiagoko gizonik erotzat jo? Bai, dudarik gabe; ez dago beste erantzunik. Horrelako egiazko asmatzaile gutxietsien ondoan, ordea, zenbat ez dabilta gure artean bere zoroak bizi dituen horietakoak: *pi*-ren balio zehatza aurkitu dutenak, geldituko ez den mugimenduaren bila dabiltzanak eta beste hainbeste, «Dios es el Trinotripodio perfecto» asmatu zuen hura ahaztu gabe.

Hau dela eta, Arrese-Beitiaren bertsoak datozkit gogora, zuzen edo oker:

Itxi daiguzan erdaldunentzat
Erdaldun diran kontuak.

Otxandioko semea ez zen, noski, dravidikoaz ari; nik ere ez dut hemen erdaldunekin auzirik. Gure aldera aldatu nahi nituzke horratik bertsook, neurria lasaixeago hartzea zilegi bazait:

Itxi daiguzan linguistentzat
Linguisten diran kontuak.

J. HUBSCHMID, *DIE ASKO- / USKO-SUFFIXE UND DAS
PROBLEM DES LIGURISCHEN*, PARÍS 1969

J. Hubschmid, investigador que con ejemplar tenacidad y seriedad, unidas a una documentación inmensa y cada vez más amplia, cultiva desde hace años un terreno más bien ingrato, no necesita presentación. No es tampoco ningún secreto que en su paciente labor de estudio de los sustratos lingüísticos de Europa, en cuanto testigos de la situación anterior a su casi total indoeuropeización, y sobre todo a su romanización, se ha visto obligado a hacer la guerra en dos frentes: contra los escépticos, que quieren convencer de la solidez de los resultados que en este campo se pueden conseguir con la aplicación de métodos estrictos, y al mismo tiempo contra correligionarios aparentes, que se dejan arrastrar por la fácil dificultad de la tarea. Más de una vez hemos visto, en efecto, que sobre unos cuantos nombres propios más o menos semejantes y un manojo de palabras se levantan edificios tan vistosos como poco consistentes. 397

Este libro, como se indica arriba,^a apareció ya, aunque sin índices, en la *Revue internationale d'onomastique*. En realidad, y así lo señala el prólogo, viene de mucho más arriba, puesto que ya estaba *in nuce* en la introducción escrita en 1944, aunque no publicada, para *Praeromanica*, su tesis doctoral. En estos 25 años, el autor ha aumentado su documentación, venciendo dificultades a las que aquí mismo se alude, y ha afinado sus métodos. De todo ello son testi-

FLV 1 (1969), 397-401. Reseña de Johannes Hubschmid, *Die asko- / usko-Suffixe und das Problem des Ligurischen*, París, Éditions d'Artray, 1969. (Sonderdruck, mit zusätzlichem Index, aus der *Revue internationale d'onomastique* 18 [1966] und 19 [1967]).

^a Véase la nota inicial.

monio más que suficiente abundantes publicaciones, entre las que se cuentan los dos primeros fascículos del *Thesaurus praeromanicus* que puede ser, como síntesis, la culminación de su obra.

Dentro de un terreno ya en sí difícil, como queda indicado, el autor toca aquí una cuestión, o un complejo de cuestiones, particularmente espinosa, ocasión y motivo de una copiosa literatura, escrita desde posiciones nada concordes. Los ligures (no acabo de atreverme a escribir lígures que, como váscones, sería la acentuación correcta, conforme al patrón latino), constituyen, en efecto, una entidad un tanto fantasmal: no precisamente por su núcleo en periodos ya perfectamente históricos, de cuya realidad no cabe dudar, sino por el aura, cada vez más difusa, que los rodea. Dicho de otra manera, los ligures de Liguria son un hecho histórico, aunque de límites algo imprecisos, pero los testimonios de autores antiguos que los nombran, no sabemos siempre con qué fundamento, en otras zonas son de interpretación delicada. Baste con decir que han dado pie a opiniones tan opuestas como las de Arbois de Jubainville y Schulten.

Por otra parte, y esto es esencial, los autores antiguos suelen hablar de pueblos, no de lenguas, y en problemas de lengua como los que aquí se discuten, el peso decisivo corresponde a los datos lingüísticos: los otros valen a lo sumo como indicios. Así se ha podido pensar que el ligur no era una lengua indoeuropea, aunque sometido a partir de cierta época a fuertes influencias indoeuropeas, y también que sí lo era. O, por fin, cosa que a primera vista no es una hipótesis disparatada, que los ligures poseyeron una lengua no indoeuropea que fue luego suplantada, no se sabe si totalmente, por otra indoeuropea.

Parece indudable que el material disponible, por razones obvias, no permite zanjar la cuestión. No tenemos textos ligures, por lo que carecemos de acceso directo a la lengua o lenguas que allí se hablaron: otra cosa es el lepóntico, cuyo carácter general, gracias a unas pocas inscripciones, está bien determinado. Ahora bien, si se compara la escasez de la onomástica indígena registrada en inscripciones romanas de Aquitania (más la navarra de Lerga), con la riqueza de topónimos que consigna, por ejemplo, la *Sententia fratrum Minuciorum* del 117 a.C., se pensaría que Liguria nos saca una clara ventaja. Pero, bien miradas las cosas, es al revés: cabe en buena parte relacionar los nombres aquitanos con lenguas bien conocidas, vasco o galo, pero no así los ligures.

De ahí el papel central que ha correspondido a los sufijos en *-sk-* en todo intento de fijar la filiación del ligur, primero, y su extensión

antigua, después. Bastará con algunas observaciones generales para poner de manifiesto las ambigüedades inherentes a cualquier tentativa de esta suerte. En la primera se recordará, si hay necesidad de ello, que los sufijos en *-sk-* están lejos de ser desconocidos para las lenguas indoeuropeas, donde son particularmente productivos en griego, balto-eslavo y germánico. El peso de la prueba incide entonces en la vocal que precede al grupo consonántico; ya que ésta es generalmente *-i-* en las lenguas indoeuropeas, lo característicamente no indoeuropeo y específicamente ligur sería el vocalismo *-a-* o *-u-*.

¿Hasta qué punto se puede hablar, además de sufijos? Una cosa es un sufijo, elemento formativo con una determinada distribución y ciertos valores, y otra una simple terminación, perfectamente satisfactoria en un diccionario de rimas, pero no en un análisis lingüístico. Es igual en *bautizo*, *chorizo*, *echadizo*, *granizo* y *macizo*, y tampoco hay diferencia a este respecto entre *movimiento*, *pensamiento*, de una parte, y *cimiento*, *pimiento*, de la otra. Pero, si el conocimiento del latín nos permite afirmar que un día hubo un notable paralelismo de forma y función común a todos los ejemplos citados en último lugar, no es menos cierto que en la lengua moderna, y aun en la medieval, la condición de *-miento* en unas y otras palabras ya no es la misma, ni mucho menos. Es, o era, uno de los problemas típicos del descriptivismo norteamericano ante palabras como *cranberry*, etc., segmentable sin duda, pero de tal forma que la identificación de los segmentos obtenidos con morfemas existentes en un estado dado de lengua no era más que parcial. Una palabra inglesa como *acknowledgment* muestra, por otra parte, que los sufijos pasan de lengua a lengua y de un grupo a otro, y pueden adquirir productividad en el nuevo territorio. Cf., para *negrusco*, *-uzco*, etc., F. Hanssen, *Gramática histórica de la lengua castellana*, [París 1966], § 359, sin olvidar que, entre nosotros, *soldadesca* se ha convertido en vasc. *soldaduxka* 'servicio militar'. Y más vale no hablar de *amusco* o de *soconusco*, porque no trato, como es natural, de buscar el chiste fácil, sino de presentar ante los ojos unas dificultades que no dejan de ser reales por lindar alguna vez con lo grotesco.

Tampoco es posible silenciar los inevitables fenómenos de aglutinación o soldadura, cuyo saldo es generalmente favorable al sufijo, que va anexionándose elementos finales de los temas a que suele unirse. Recogiendo un ejemplo usado por Hubschmid mismo (p. 80: utilizo siempre la paginación seguida, que va a pie de página), la comparación de *Romānus*, *Sullānus*, con *Roma*, *Sulla*, deja

como residuo un sufijo *-no-*, que ya es *-āno* en *Mariānus* / *Marius* y, por último, *-iāno-* en *Caesariānus*, derivado de un tema en consonante. No trato de sugerir que el autor se haya desentendido de esta problemática. Lo que quiero afirmar es que ni él ni nadie pueden a menudo fundamentar soluciones unívocas, tanto más cuando, como aquí ocurre por estricta necesidad, los nombres propios constituyen parte nada despreciable del material aprovechado. De cualquier manera, si rom. (o rom. y vasc.) *irasco* está emparentado con vasc. *iratxo*, pongamos por caso, nos queda entre las manos un tema común, *ira-*, y dos sufijos: *-sco* y *-txo*.

El libro está dividido en tres partes. En la primera —encabezada por varios capítulos sobre metodología, fuentes, etc.—, se trata de los nombres (nombres propios) que pueden llevar sufijos en *-asko-*, *-osko-*, *-usko-*, siguiendo en general este orden geográfico: nuestra Península, Cerdeña, Italia central y meridional, Liguria y zonas vecinas, Galia y regiones limítrofes al norte, y Recia, para terminar con el estudio de los étnicos. La segunda está dedicada a los apelativos, sustantivos y adjetivos, clasificados en varios grupos semánticos. La tercera y última trata del origen del sufijo o sufijos, con alguna larga digresión para mostrar la coincidencia entre la difusión de estas formaciones y la de algunas bases léxicas, a las cuales se atribuye por esta razón un origen análogo.

Intentaré ahora, y no quisiera hacer traición a las ideas del autor, resumir sus conclusiones. Estos sufijos y la lengua en que estaban integrados no pueden ser indoeuropeos, ya que no carecen de correspondencias vascas: entre ligur y vasco no hay, por otra parte, una relación lineal y el parentesco, más o menos lejano, es en todo caso colateral. Los ligures conocieron en alguna época una expansión notable, dentro y fuera de Italia, que los llevó hasta Jutlandia: 399 acaba de señalarse el área en que Hubschmid cree posible descubrir su huella más o menos marcada. Y, finalmente, en toda la zona mediterránea occidental, hay que contar con tres estratos lingüísticos preindoeuropeos: el euroafricano, sumergido en África por la hamitización paralela a la indoeuropeización de Europa, el más antiguo de todos, al cual pertenecía el ibérico (y, según creo entender, cf. p. 215, también el sustrato tirrénico, con rasgos indoeuropeos debidos a contacto, en Italia). A él se superpusieron, procedentes de Oriente, las capas ligur y vasca, coordinadas entre sí.

No creo que tenga mayor sentido discutir estas ideas, muy respetables como opinión personal o hipótesis de trabajo, ya que en el es-

tado actual de la investigación no cabe infirmarlas o, como dicen ahora, falsificarlas: parto, naturalmente, del principio de Popper de que toda confirmación de una hipótesis es por definición provisional. Esto no alcanza, sin embargo, al ibérico, y todavía menos al etrusco. Aquí hay textos, que en ibérico al menos, no llegamos a entender, y éste es un problema específico que puede (y debe) tener una solución más o menos completa. Cuando ésta llegue, valdrá con toda independencia de los resultados de la investigación sustratista.

De acuerdo con el autor (p. 255), el dedicarse a la lingüística diacrónica no tiene por qué ser irremediabilmente «altmodisch» y de hecho, ahora, no lo es, aunque no es sin duda la parte más actual de nuestra disciplina. Lo que ocurre es que los métodos de que disponemos tienen un poder limitado, demasiado corto para nuestras ambiciones. Por ello mismo, prefiero que mi comentario quede reducido a un solo aspecto, y no el principal, de este libro: a un intento de profundizar en la historia y prehistoria de los sufijos vascos aducidos como posibles paralelos. Véase, sobre todo, pp. 175 ss.

Estos son dos, fundamentalmente: *-(e)zko*, de *burdi(n)azko* ‘eisen’, *larruzko* ‘ledern’, *lurrezko* ‘irden’, etc., de cuyo carácter compuesto (de *-[e]z*, desinencia de instrumental, más el derivativo *-ko*) nadie duda, y *-sko* / *-ska* (*-xko*, etc.), que forma diminutivos o más generalmente hipocorísticos y conoce varias ampliaciones. El autor elige el último, considerándolo al parecer primo e indescomponible en factores más simples.

Es un hecho, sin embargo, que, junto a *-sko* / *-ska*, hay un sufijo *-ko* / *-ka*, de valor análogo y distribución semejante, del cual no parece fácil separarlo. No carecen todavía de interés las palabras que Azkue dedicó a *-ko* (*-ka* no aparece) en su Diccionario: «Comparte su oficio con el sufijo *-to*, y cada uno de ellos ha engendrado otro diminutivo de sí propio: *-tto*, que en algunos dialectos se ha transformado en *-txo* y... *-txu*... Hoy, por lo menos en la mayoría de los dialectos, es sufijo muerto; es decir, que está incrustado, por decirlo así, en ciertas palabras, sin tener la vitalidad suficiente para juntarse a todas. En su lugar gozan de esta vitalidad *-tto* (BN, L),¹ *-ño* (BN,

¹ La tenía, por lo menos, en a.-nav. merid. de Elcano; en zonas alto-navarras próximas al guip. el sufijo normal es *-txo*. En ese pasaje de Azkue, la traducción de la cita de Lizarraga, que no he copiado, es fiel a la letra, pero no al espíritu: *orain otsoko otsokume, gero otso* es, en realidad, «ahora lobezno, luego lobo». El añadido *otsokume* es una glosa guipuzcoana, debida al editor de 1846, de *otsoko*.

L, R, S), *-txo* (B, G), *-txu* (B). Son, sin embargo, no pocas las palabras en que *-ko*, con su similar *-to* y su derivado *-sko*, *-zko*, duerme el sueño de la muerte». Sostiene, pues, 1) que *-ko* es «similar» a *-to* (cf. *neskato*) y «comparte su oficio»; 2) que *-tto* y *-txo* proceden (si he entendido correctamente sus palabras), tanto de *-to* no palatalizado como de *-ko*; 3) que *-sko*, etc., es un «derivado» de *-ko* que, lo mismo que éste, ya no es productivo.

Lo que nos dicen los textos, en parte coincidente y en parte discrepante, es que, en aquitano, *-ko*, empleado casi sin excepción en nombres de varón, era muy frecuente: *Belexco-*, *Ombecco*, *Sembecco-*, *Senico*, *Silesco-*, posiblemente *Attacco-*, *Laurco*, etc. Es mucho menos corriente *-t(t)o*, y ocurre en nombres de análisis menos claro; por el contrario, *-x(s)o*, comparable acaso, y comparado de hecho, con vasc. *-txo*, se documenta muy bien en personas de ambos sexos: *Anderex(s)o*, *Ombexo-*, *Sembex(s)o-*, *Senixso-*, etc. No hay indicio de *-sko* y la onomástica medieval no debilita este testimonio: la frecuencia de *-ko* es aquí muy elevada, tanto en nombres de persona como de lugar, mientras que *-sko* (en *Ychusco*, p. ej.), es más bien raro. Véanse los índices de mi artículo en *FLV* 1 (1969), 1-59, pp. 55-59.^b A la inversa, en época moderna y hoy en día si nos atenemos a la generalidad del país, *-sko* está más vivo, tiene mayor poder productivo, que *-ko* que, salvo acaso en alguna zona aislada, no es más que un fósil. Esto es precisamente lo que se esperaba, de acuerdo con las ideas de Kurylowicz, si *-sko* fuera una variante más reciente y más compleja.

Admitamos, abundando en las razones que el autor mismo presenta, que *-ko* hipocorístico y *-ko* de «genitivo» no son, por su origen, más que un solo y mismo sufijo. La doctrina clásica, que cuenta con abundantes pruebas en su abono, está muy bien resumida para las lenguas indoeuropeas en Brugmann, *Abrégé*, p. 356:^c «Diminutivos, peyorativos, hipocorísticos. Los morfemas son en conjunto los mismos que en los adjetivos denominativos... El sentido primitivo era, pues, el de pertenencia, semejanza, descendencia (cría de un animal)». El suf. de gót. *gaitein* 'cabrito', de *gaits* 'cabra', sería aproximadamente el mismo de lat. *bouinus*, *equinus*, de *bos*, *equos*.

Hay varias explicaciones viables para obtener *-sko* a partir de *-ko*, sin recurrir a la propuesta por Schuchardt y rechazada por el

^b «Notas lingüísticas a *Colección diplomática de Irache*».

^c *Abrégé de grammaire comparée des langues indo-européennes*, París 1905.

autor en la p. 151, y, como es difícil de creer que *belaka* y *belaxka* o *buruka* y *buruxka*, diferenciados sólo geográficamente y no por el sentido, sean otra cosa que variantes (primaria y secundaria: cf. fr. *plaisir*, sust., como *loisir*, o *sergent*, desplazados en su función verbal por *plaire* y *servant*), conviene apuntar alguna.

Hay, en primer lugar, una sibilante «expresiva», que se ha infijado en algunas palabras (cf. *FHV*, p. 272), y es difícil encontrar otro contexto ante oclusiva en que su inserción podría estar más motivada.

Téngase también en cuenta la posibilidad, tan frecuentemente realizada en la historia de diversas lenguas, de que la sibilante (*mihiscando*, p. ej., de *mihise*, está ya en Oihenart) sea la consonante final de algunos temas, soldada al sufijo: cf. *bele* ‘cuervo’, pero *belatz* ‘gavilán’. Esto se hace tanto más verosímil cuanto que, como acabamos de ver, hay sufijos en sibilante. Uno de ellos, que también ha dejado de ser productivo, es *-(a)ts*: *berde* ‘verde’ / *berdats* ‘verdoso’. En adjetivos, tenemos *bera* / *berats* *(-tx)* ‘blando’, cuyo diminutivo, con sufijo más antigua palatalización expresiva, es el ya citado *belax(x)ka* ‘blanducho’, y lo mismo sucede con sustantivos. Supongamos, p. ej., que, como quería Uhlenbeck, *adats* ‘cabellera’ sea un derivado de *adar* ‘rama’: en todo caso, Azkue recoge *adats* ‘ramaje’ en sul. de Licq. Entonces, del par *adar* / *adats*, de *ada(r)* + *-(a)ts*, se generan los dos derivados que consigna Azkue: sul. *adaka* ‘renuevo’, a.-nav. *adako* ‘rama deshojada’, de una parte, y *adaska* / *-ko* ‘vástago, ramilla’, de la otra. A igual resultado se llega a partir de *alde* ‘lado’ / *aldats* ‘cuesta’: *aldaka* ‘lado’ ‘ramilla’ (cf. *arteka*, *at[h]aka*, *mehaka*, *ordeka*, de *arte* ‘espacio intermedio’, *at[h]e* ‘puerta’, *mehe* ‘delgado’ y relacionado el último con *ordoki* ‘llano’ ‘llanura’), y *aldaska* ‘vástago, punta de rama’. Ésta es, a mi entender, una explicación tan convincente como cualquiera que se haya podido dar en morfología diacrónica. Añadiré, a mayor abundamiento, que también hay adverbios como *komunzki* ‘comúnmente’, *laburzki* ‘brevemente’, junto a los más generales en *-ki* unido sin intermediario al tema (*laburki*, etc.).

Pero la misma derivación de *-sko* a partir de *-zko* no queda excluida, ni mucho menos. La relación que se establece en la lengua entre sibilantes (fricativas) principales, no marcadas afectivamente, y secundarias, palatalizadas, es, como se sabe, la siguiente:

$$\left. \begin{array}{l} -s- \\ \\ -z- \end{array} \right\} -x-$$

Se trata, por lo tanto, de una correspondencia (aplicación) de dos términos a uno, pero también, a la inversa, de uno a dos. En otras palabras, tanto de *s* como de *z* se pasa unívocamente a *x*, que «neutraliza» la oposición en el punto de articulación, lo mismo que en *no creo que esté aquí ahora / mañana* se confunden los tiempos distintos en *creo que está aquí ahora / que estará aquí mañana*. A través de *x* pues, el cambio de sibilante encuentra una explicación nada forzada.

401 Todo induce a pensar, en conclusión, que *-sko*, *-ska* se explican en vasco mismo como una ampliación, relativamente tardía, de *-ko*, *-ka*. La zona de empleo es prácticamente la misma, y también lo son sus ampliaciones: *-kail* (*-koil*, *-kolo*) / *-skila*; *-kanda*, *-o* / *-xkando*, *-xkanta*; *-kote* / *-xkot*, *-skote*, etc. Les es también común la tendencia, probablemente secundaria y debida a contacto, a una especie de moción: se diría que las variantes en *-o*, únicas en un tiempo, desarrollaron variantes paralelas en *a*-. La tendencia en el orden semántico (cf. *behoka* ‘potranca’, frente a *zezenko*, *idi[s]ko*, *ahariko*, etc.), no parece haber sido desarrollada consecuentemente. Hay que llegar a los materiales roncaleses recogidos por el difunto padre Izaguirre para encontrar, en los adjetivos diminutivos, una verdadera moción de aspecto románico. No sé si todo esto lleva agua o no al molino de Hubschmid. Creo que no, pero ésta es, a lo que se me alcanza, la cronología relativa más aceptable para los hechos vascos.

Vayan al final algunas observaciones sueltas. No ha habido nunca, ni podía haberlo, un vasc. ant. **vea*, por razones evidentes, aunque sí ha existido seguramente **bea*, junto a *mea* ‘mineral’. Sin embargo, todo intento de distinguir por la presencia o la ausencia del rasgo «nasalidad» en la consonante inicial vasca la procedencia de (lat.) *uēna* o bien de **mēna* (pp. 23 s.), me parece ilusorio. Que *Menosca* sea el Urumea, o estuviera sobre él, es una presunción que entra en lo posible; que el nombre tenga algo que ver con vasc. *mea* es cuando menos muy problemático.

No entiendo muy bien las consideraciones (p. 26) sobre (San Pedro) *Nolasco*. Lo natural para determinar la procedencia de un personaje totalmente histórico es acudir a un manual o a una enciclopedia, no a la casualidad de que Vigón consigne un apellido *Nolasco* en Colunga. Si los apellidos españoles son en buena parte de origen toponímico (pero no, p. ej., *Pastor*, *Herrero*, *Carpintero*, *Organero*, *Alfayate*, *Sastre* o *Blanco*, *Prieto*, *Rico* o *Gallego*, *Naharro*, *Zamorano*, etc.), tampoco es infrecuente que los nombres de pila se

usen como apellidos: *Josemaría* (sic), *Pascual* (fr. *Pascal*), *Martín* (fr. ingl. *Martin*), *Rodrigo*, *Sancho*, *Tomás* y *Tomé* (ingl. *Thomas*), etc., etc. En todo caso, el santo, de ser español como ahora se supone, era catalán, de cerca de Barcelona, y su nombre nada puede añadir a la demostración de que *-asco* no es indoeuropeo.

Léase *Núvlaníis*, dat.-abl. pl. (p. 28). También tienen *-l-* constante los derivados *belatz*, ya mencionado, y *belatxinga*, *-ika* ‘corneja’ (p. 33); añádase que Schuchardt relacionaba *bele*, aquit. *Belex*, etc., con vasc. *beltz*. El nombre vasco de *Béhasque* (pp. 34 s.), es *Behaskane*, cuya *-e* es muy probablemente reciente pero no su *-h-*. Las formas gasconas atestiguadas parecen indicar una acentuación en la segunda sílaba. Habría varias maneras de explicar **beasko*, y muy en primer lugar por *beha-*, forma de composición de *behe* + *-sko* (p. 37), pero tiene correspondencia en el opuesto, y paralelo, *gogearasco* (del superlativo *goi[h]en?*) que ya no parece admitir tal explicación.

Vasc. *zurratu* (pp. 94 s.) es, según toda apariencia, un préstamo: el valor ‘curtir’, dicho sea de paso, está mucho más extendido de lo que Azkue indica; en vez de *zurratzaile*, es más corriente (o lo era, cuando el oficio existía) en varias zonas *zurradore* ‘curtidor’. ¿No hay posibilidad de que la familia de voces tratada en la p. 115 s. tenga que ver con cast. *deleznarse*, ant. *deslenar*? En las definiciones aparecen términos como «espadat», «plana», «en plano inclinado», «deslizarse». En tal caso, sí que tendría correspondencia vasca. En la p. 123, *riata* «lote de caballerías atadas unas detrás de otras», ¿no es simple vulgarismo por *reata*?

No he encontrado en la copiosa bibliografía sobre el ligur, lengua, un trabajo de U. Schmoll: «Il ligure, lingua mediterranea o dialetto indoeuropeo?», *Rivista di studi liguri* 25 (1959), 132-138. ¿Por qué *Ilvates* (*Ilva*) en Plinio, interpretado, y no *Iluates*, *Ilua* (p. 160)?

Hay en la obra un cierto número de descuidos de impresión o de corrección, rectificandos (a costa de uno más), en la última página. Además de los ahí señalados, habrá que leer *epê:ge*, p. 164, en la cita de Heródoto.

Finalmente, vasc. *-ko* (*-ka*) sí tiene réplica indoeuropea perfecta. ¿Es coincidencia, es puro efecto del azar o tiene motivación histórica?

A. GRIERA, *VOCABULARIO VASCO (ENSAYO DE UNA
INTERPRETACIÓN DE LA LENGUA VASCA)*,
SAN CUGAT DEL VALLÉS 1960

Tengo ante mí los dos gruesos y hermosos volúmenes en que Mons. Grieria propone una interpretación, definitiva a su juicio, de la lengua vasca. La fama —una fama poco común en esta clase de obras, cuyo interés suele quedar encerrado en un estrecho círculo erudito—, me había llegado antes que el libro, por obra de comentarios aparecidos en la prensa diaria. Sólo quienes conocemos a Mons. Grieria podemos apreciar hasta qué punto ha debido ser molesta para su modestia esta publicidad. 384

Se ha comparado con el de una bomba, por los acostumbrados excesos del lenguaje periodístico, el efecto que se esperaba de este libro. Y, sin embargo, a pesar del tiempo transcurrido desde su aparición, no parece que sus presuntos resultados destructivos se manifiesten en parte alguna, ni siquiera en ese mundo más bien abstracto y fantasmal de las ideas y de las teorías. La amable sonrisa que ha provocado en el eminente romanista Gerhard Rohlfs (*Scienza nuova ou décadence linguistique? Lettre persane*, Tübingen 1960), por ejemplo, no ha podido ser producida por la contemplación de una catástrofe. Si se trata de una bomba, habrá que pensar —para usar una metáfora ya anticuada— que estaba cargada con pólvora mojada.

En realidad, antes que de una bomba se trata de una serpiente de mar. Como el obispo Pontoppidan de Bergen, Mons. Grieria no ha perdido la fe en estos animales tan espantosos como mal identificados. No es, pues, extraño que haya encontrado eco entre los pe-

BAP 16 (1960), 384-387; LH, pp. 329-333. Reseña de A. Grieria, *Vocabulario vasco. (Ensayo de una interpretación de la lengua vasca)*. I. *Aaide-Lliistro*. II. *Ma-Zuzun*, San Cugat del Vallés, Instituto Internacional de Cultura Románica, 1960.

riodistas que, sobre todo durante el estiaje de noticias, suelen mostrarse creyentes, sinceros o interesados, en la existencia de cualquier monstruo, marítimo o terrestre.

Mons. Grier posee una serpiente particular, que persigue por los siete mares. A sus ojos, como se sabe, la lengua vasca, que por lo general es considerada aislada o sólo lejanamente emparentada con lenguas también lejanas, no es otra cosa que un dialecto románico, una forma moderna del latín. Hasta se diría, apurando un poco su argumentación, que en su fondo más antiguo no es otra cosa que un dialecto catalán, no se sabe bien —porque esto no está dilucidado— si oriental u occidental.

La primera aparición de la serpiente data de años bastante anteriores a nuestra guerra o, si se prefiere, es entonces cuando estallan las primeras bombas, ya que por aquella época el explosivo, en lugar de estar concentrado en dos macizos volúmenes, iba distribuido en artículos y comunicaciones de aire más liviano: véase, por ejemplo, «Els noms vascos dels mesos de l'any», en *ZRPh* 47 (1927), 102-112. No es fácil hoy juzgar de su efecto, porque es rarísima la mención, si alguna existe, que alcanzaron en libros o revistas, y la prensa diaria no llegó a enterarse de su existencia.

La serpiente, que no dejó de asomar entretanto la cabeza, reaparece en 1958, precedida de trompeteo periodístico, en una comunicación dirigida al Congreso de Oslo y publicada en *Proceedings of the eighth international congress of linguists*, [Oslo] 1958, pp. 614-616. No faltaban allí romanistas, ni siquiera vascolólogos, competentes para juzgar del valor de una tesis tan sorprendente: por lo que dicen las actas, sin embargo, nadie la discutió, tal vez por la terca resistencia que siempre opone la inercia a los grandes descubrimientos. No me extraña, porque tengo que confesar que yo mismo, al cumplir con gusto este deber de cortesía, tengo la clara sensación de estar haciendo algo que no debería hacer.

Lo dicho basta para mostrar que este extenso *Vocabulario vasco*, publicado en 1960, no encierra ninguna novedad, por lo que nadie un poco al corriente de las cosas va a escandalizarse de su audacia. Hace también sospechar que su suerte no va a ser muy distinta de la de los ensayos que le han precedido. Pesa sobre el autor una rara fatalidad, sobre cuyas causas valdría la pena de meditar detenidamente: sus ideas son al parecer recogidas con avidez por los periodistas y silenciadas por los especialistas, exactamente

al contrario de lo que suele ocurrir con los trabajos de sus colegas. Si este silencio —y aquel eco— está justificado, es otra cuestión.

Ciertas deficiencias evidentes hablan desde el primer momento en contra del libro. En él, al revés de lo que se nos promete en la introducción, no hay ni cultura material ni tradiciones ni historia: no hay más que palabras. Palabras tomadas de una fuente única —el Diccionario de Azkue—, copiadas con gran lujo de erratas y cuyos sentidos se han resumido no sin arbitrariedad. Lo más sorprendente es que Mons. Grierá, el adelantado de la geografía lingüística en España, no se cuide de señalar la distribución dialectal de las voces. Porque no es cierta su afirmación de que Azkue «no localiza las palabras» (p. vii): su difusión, aunque naturalmente no sin errores e imprecisiones, está indicada siempre y a veces hasta con minuciosidad.

Uno no puede menos de pensar, por otra parte, que el autor se ha propuesto, en varios sentidos, una empresa demasiado ambiciosa. Quiere explicar por el latín, mezclado de una manera chocante con los romances, la totalidad del léxico y hasta de la gramática vasca, y explicarla sin dejar residuo, cuando nadie ha pretendido hasta ahora —salvo algún optimista incorregible— proponer etimologías indoeuropeas para todas las palabras del griego o del latín o hallar en éste el antecedente de todo el vocabulario castellano o catalán. A nadie sorprenderá, pues, que Mons. Grierá haya logrado la auténtica hazaña de encontrar buenas etimologías de palabras que propiamente nunca han existido: *aitor*, *arnari*, *lausku* «bizco», *sorbo* «cuerno», etc. Azkue, aunque competente en grado sumo, no era ni podía ser infalible.

La misma disposición del libro, en su desmesura, no ha podido parecer aconsejable más que a papeleros e impresores sobrados de existencias y escasos de trabajo. Bastaba evidentemente con explicar las palabras simples y los sufijos de derivación, en vez de lo cual se ha emprendido la tarea de aclarar todo el léxico palabra por palabra, incluidos derivados, compuestos y variantes dialectales. De aquí los errores, hijos inevitables de la prodigalidad: se atribuye origen distinto a formas apenas diferentes de la misma palabra o a distintas apariciones de un mismo elemento. Así el lector queda en libertad de pensar que vasc. *seme* «hijo» viene de *semen*, de *homo* y hasta de *simius*, o que *al(h)aba* «hija» (escrito *alaaba*, no se sabe por qué) procede de *ama*, de *amata* e incluso de *pava*.

Alguna muestra, entresacada de un número ilimitado de otras parecidas, bastará para juzgar de la calidad de muchas de las etimologías propuestas. Ya ha sido comentada la que pone en el latín *populus* el origen del vasco *(h)erri*. Es verdad que *(h)erri* en sus empleos más antiguos y extendidos significa «tierra, país», algo completamente distinto de «conjunto de ciudadanos» («pueblo, conjunto de personas» se dice casualmente *populu* en algunas zonas vascas), pero no vamos a detenernos en esta pequeñez: la diferencia de valores no es mayor que la que hay entre *nor*? «quién?» y *nullus* «ninguno», que sólo tiene paralelo en el conocido episodio de Ulises con el Cíclope. Tampoco insistiré en la rareza de los cambios fonéticos supuestos, pues no son imposibles y hago gracia al lector de los inevitables ejemplos armenios. Lo malo de estos cambios está en que han sido arbitrados *ad hoc*, para explicar precisamente esa palabra, lo cual no es obstáculo para que se introduzcan otros diferentes para explicar otras voces. Enzarsarse con Mons. Griera en el juego de las etimologías es como enfrentarse al ajedrez con un adversario que tenga la desconcertante costumbre de mover cuando le conviene los alfiles como caballos o de desplazar su rey varias casillas para huir del mate inevitable. La partida resulta sorprendente por su novedad, pero pierde todo interés al cabo de pocas jugadas.

Ya se ha apuntado que alguna de las etimologías resulta pintoresca por razones semánticas. Ninguna más que la de *al(h)aba*: «La mujer es una *andera* la cabra (*sic*): el hombre un *gizon* bisonte: la hija puede muy bien ser una *pava*». ¿Por qué no, si el hijo puede ser un simio? Conmueve ver a nuestros antepasados en una comunión tan franciscana con el reino animal, aunque el hogar vasco visto por Griera recuerde mucho más a los inquilinos del arca de Noé (planta baja) que a la Sagrada Familia, pero los aficionados a las bromas podrán tomar pie de pasajes de este género para chistes demasiado fáciles y no del todo faltos de gracia. De tener que buscar un precursor de este estilo de etimologizar, no se ofrece paralelo mejor que el de nuestro gran Larramendi. Sólo que éste cometía el pecado de no tomar en serio sus propias ocurrencias, tan estupendas como extravagantes.

Queda por mencionar una última objeción, la más grave de todas, aunque el autor no se haya percatado de su posibilidad. Demos por demostrada la filiación latina del vascuence, aunque no sin usar tolerancias abusivas: si *eipe* procede de *lei* (de *leisa*) más *pede* o alternativamente de *atrium*, si *gau* «noche» (traducido «día» en la p. viii,

sin duda para simplificar las cosas) lo mismo puede venir de *nocte* que de *diurnu*, se piensa que con métodos tan potentes es hacedero probar que el vascuence es hermano gemelo del chukchi o del potawatomi. Lo que no se ha pensado es que, si el vasco es una forma moderna del latín, es también un testigo para la reconstrucción de éste, un testigo tan autorizado (recuérdese el caso de las lenguas indoeuropeas de Anatolia) como cualquiera de los romances, grandes o pequeños.

387

¡Qué latín nos descubre su testimonio! Prescindo de las erratas evidentes y hasta de los engendros que sin asterisco hormiguan por todas las páginas: en la familia de *pasco* figuran por lo menos *pasca-ceu*, *pascalotu*, *pascanu*, *pascatu*, *pastariu* y *pasterata*; al menos **pascatione* (s.v. *askatasun*) no está privado de ese adorno. Un latín en el que «helechal» se designe por *filice-terra* o «nalga» por *merdamamma*, que yuxtaponga *novella* a *novellus* o admita combinaciones por el estilo de *spera-care*, *per-en-ad*, *genitus-lacte-bal* o *vercia-troncho-el* (!!!) es algo que no puede ser llamado latín ni siquiera con la más exorbitante de las licencias poéticas: *aegri somnia* llamó Horacio a las pesadillas de ese género.

En resumen, Mons. Griera no ha explicado el vasco más que al precio de convertir el latín en una jerga de orates. El precio es demasiado elevado y pocos se decidirán a pagarlo. Se pueden —es casi costumbre— tomar libertades con la lengua vasca: hasta se puede hacer sin saberla un diccionario etimológico vasco. No así con el latín, aunque sólo sea porque en él escribieron Cicerón y San Agustín y porque es muy bien conocido. Al menos se supone que los romanistas, ya que no los vascólogos, lo conocen por definición.

Algunas palabras del prólogo (pp. vi s.) explican sin duda muchas de las particularidades comentadas: «Para buscar una interpretación de la lengua vasca, he prescindido de todos los estudios e investigaciones hechas sobre esta lengua; también he hecho caso omiso de todos los tratados gramaticales, estructurados de manera diversa. Como el joven David, equipado solamente con mi bagaje de romanista, conocedor de la lengua y de la cultura pirenaica, a cuyos dominios pertenece la lengua vasca, he emprendido buscar los orígenes de esta lengua».

Por digna que sea de elogio la franqueza ibérica de esta declaración de individualismo, el procedimiento no resulta demasiado recomendable. Hace mucho que la investigación dejó de ser, si alguna vez lo ha sido, obra particular en la que uno puede pasar por alto la

labor de sus prójimos; hace mucho también que la honda no figura entre las armas más eficaces. Un catalán eminente, don Juan Corominas, ha llevado solo a buen fin recientemente un trabajo gigantesco, pero se ha cuidado mucho de cerrar los oídos a las opiniones de los demás.

Muchos convendremos en que la obra que reseño, salvadas algunas sugerencias acertadas, no es más que un pecado venial (no más leve en todo caso que *El enigma del vascuence ante las lenguas indoeuropeas* de F. Castro Guisasola [[Madrid 1944]]) que es mejor olvidar y que en nada empaña los méritos de Mons. Griera en el campo de la dialectología románica. A Newton, al fin y al cabo, no le acompañó tampoco la fortuna como intérprete de las Sagradas Escrituras. El pecado es particularmente excusable para los vascos, como nacido del cariño hacia nuestra lengua y nuestras cosas en general.

ÍNDICES

En la elaboración de los índices ha colaborado Arantza Bilbao.

ÍNDICE DE NOMBRES

- Abadal, R. d' 94
 Adrados v. Rodríguez Adrados, F.
 Aguirre, D. 11
 Aguirre, J. B. (rector de Asteasu) 62, 141
 Aguirre, J. M.^a ('Lizardi') 11, 168
 Altube, S. 76, 141
 Álvarez Enparantza, J. L. ('Larresoro', 'Txillardegí') 77, 167-168
 Allières, J. 65
 Anderson, S. R. 138
 Añibarro, P. A. 61-62, 152
 Apraiz, O. de 29
 Arana-Goiri, S. 62
 Arbois de Jubainville, H. D' 228
 Aresti, G. 73
 Arrese-Beitia, F. 56, 143, 225
 Arteche, L. 66
 Astarloa, P. P. 4, 24, 61, 81, 102, 119, 152
 Axular, P. 10, 63, 156 n. 13
 Aymeric Picaud 101
 Azaola, J. M. 9, 65
 Azkue, R. M.^a de 44, 62, 64, 76, 102, 141, 148, 194, 209, 231, 231 n. 1, 233, 235 239
 Bähr, G. 31, 161, 164, 166
 Barandiaran, J. M. 21, 24, 142
 Barandiaran, S. 223, 225
 Barbero, A. 32, 58
 Barrutia, P. I. 11
 Bartolomé v. Santa Teresa, B. de Benveniste, É. 172, 178, 190
 Berceo, G. de 163
 Berger, H. 7
 Bergsland, K. 190
 Bernstein, F. 14
 Bizcarrondo, I. ('Vilinch') 11
 Bloomfield, L. 144
 Bonaparte, L.-L. 44, 46-47, 61-62, 67, 73, 102, 116-117, 120
 Bopp, F. 129
 Bosch-Gimpera, P. 161
 Bouda, K. 52, 76, 114, 149, 153, 154 n. e, 155-156, 163, 168, 173, 183, 187, 190-191, 193, 195, 197, 207
 Brocense v. Sánchez de las Brozas, F.
 Brugmann, K. 232
 Campión, A. 61, 102, 120
 Cardaveraz, A. 98
 Caro Baroja, J. 10, 66, 77, 91, 94, 96
 Castro Guisasola, F. 242
 César 92
 Chomsky, N. 133, 143-144
 Churruca, J. 3-4

- Cicerón 241
 Čicobava, A. S. 154, 157 n. 14, 169, 181, 191-192
 Collinder, B. 155 n. 11
 Corominas, J. 29, 42, 72, 94, 151, 154-155, 174, 242
 Coseriu, E. 21, 89, 128

 Darío, R. 26
 Dechepare, B. 10, 55-56, 90, 100, 121
 Deeters, G. 172, 176, 178-179, 181, 188, 191
 De Rijk, R. P. G. 142
 Dirr, A. 154, 191
 Dumézil, G. 52, 114, 153, 173, 179-180, 183, 186, 191
 D'Urte, P. 101
 Duvoisin, J. P. 195

 Eleizalde, L. 62
 Elizamburu, J. B. 142
 Ernout, A. 213
 Errandonea, J. 205-207, 209
 Etcheberri, J. (Ziburu) 11
 Etcheberri, J. (Sara) 11, 63

 Fairbanks, M. G. H. 222
 Felipe II 356
 Ferguson, Ch. A. 140
 Finck, F. N. 131-132
 Fita, F. 52, 114

 Gamkrelidze, T. V. 192
 Garate, J. 22, 152
 García de Diego, V. 162
 García de Salazar, L. 22

 García Lorca, F. 26
 Garibay, E. de 5
 Garmendia, I. 76
 Génesis 85, 129, 143
Glosas Emilianenses 99
 Gómez Moreno, M. 6, 31, 75, 95, 112, 114, 161, 164
 Gorostiaga Bilbao, J. 47, 118
 Grammont, M. 107
 Greenberg, J. H. 108, 113, 131-133, 140, 185, 191
 Gregorio de Tours 163
 Griera, A. 237-240, 242
 Grimm, J. 129
 Gyármathi, S. 129

 Hanssen, F. 229
 Harff, A. von 101
 Haritschelhar, J. 79
 Hays, D. G. 133
 Hegel, G. W. F. 86
 Heródoto 235
 Hervás y Panduro, L. 85, 129
 Horacio 17, 241
 Hovelacque, A. 102
 Hübner, E. 161
 Hubschmid, J. 116, 227, 229-230, 234
 Humboldt, W. von 5, 24, 75, 81-82, 102, 119, 147
 Hume, D. 143

 Irigaray, A. 141
 Isasti v. López de Isasti, L.
 Iturriza, J. R. 152
 Izaguirre, C. 234

 Jakobson, R. 128, 132
 Jansen, F. 142

- Jespersen, O. 24
 Jiménez de Rada, R. 129
 Jones, W. 129
- Klimov, G. A. 139, 169
 Kroeber, A. 150
 Kurylowicz, J. 232
- Lacarra, J. M.^a 72
 Lacoizqueta, J. M.^a 151
 Lacombe, G. 103, 118
 Lafitte, P. 72
 Lafon, R. 9, 28, 39, 52, 72, 76, 90, 114, 121, 149, 153, 153 n. 7, 154 n. 9, 155-157, 168, 173, 186, 188-189, 191, 195, 198, 206
 Lahovary, N. 211-213, 216-219, 221-225
 Landuchio, N. 101, 117
 Lardizabal, F. I. 62, 151-152
 Larramendi, M. de 4-5, 48, 60, 62, 80, 101, 151 n. 4, 152, 240
 Larrañaga, G. 223
 Larreguy, B. 141
 Larresoro v. Álvarez Enparantza, J. L.
 Lasa, J. 76
 Lees, R. 167
 Leibniz, G. 129
 Leizarraga, J. 141, 151
 Leovigildo 97
 Lewy, E. 132, 150 n. 3, 183
 Linneo, C. 35, 44
 Livio v. Tito Livio
 Lizardi v. Aguirre, J. M.^a
 Lizarraga, J. 231 n. 1
 López Mendizabal, I. 76
 Lorca v. García Lorca, F.
 Luchaire, A. 103
 Ludolf, J. 129
 Lysenko, T. 115
- Marineo Siculo, L. 101
 Marr, N. J. 53, 115, 173
 Martinet, A. 72, 153, 171, 184, 191, 195, 207
 Martínez de Isasti, L. 90
 Matchavariani, G. I. 192
 Meillet, A. 93, 213
 Mendiburu, S. 62
 Menéndez Pidal, R. 44, 76, 94, 97-98, 116
 Merino Urrutia, J. B. 29, 97
 Meščaninov, I. 139
 Meyer-Lübke, W. 195, 206
 Micoleta, R. 194
 Mikailov, S. I. 198
 Mirande, J. 63
 Moguel, J. A. 11, 209
 Moravcsik, E. A. 140
 Munibe, F. X. M.^a (Conde de Peñaflorida) 29
- Navaggiero, A. 98
 Neuwmeyer, F. J. 143-144
 Nizeradze, I. 198
 Núñez Luis, C. 57
- Ochoa de Arin, J. 48
 Oihenart, A. 59, 97, 101, 147, 233
 Olabide, R. 11
 Orixe v. Ormaechea, N.
 Ormaechea, N. ('Orixe') 11, 141
 Ortega y Gasset, J. 4, 212
- Paris, G. 90
 Paulino de Nola 95
 Peñaflorida (Conde de) v. Munibe, F. X. M.^a
 Picaud v. Aymeric Picaud

- Pisani, V. 127
 Plank, F. 139
 Platón 25
 Plinio el Viejo 235
 Pokorny, J. 222
 Polák, V. 178, 191
 Popper, K. 231
 Pouvreau, S. 101, 147, 151
 Poza, A. 5, 86
 Ptolomeo 120, 163
- Rask, R. 129
 Rebuschi, G. 141
Refranes y Sentencias 26
 Rodríguez Adrados, F. 148
 Rohlf, G. 237
 Ruiz, Juan 10
- San Agustín 241
 Sánchez Albornoz, C. 95, 97
 Sánchez Carrión, J. M. 57
 Sánchez de las Brozas, F. ('El Bro-
 cense') 141
 Sancho Garcés I de Navarra 97
 Sancho VI de Navarra 99
 Sandfeld, K. 128
 Santa Teresa, B. de 148
 Sapir, E. 81, 131, 171
 Saussure, F. 37, 42
 Scott, W. J. E. 201
 Schlegel, Fr. 35
 Schleicher, A. 102
 Schmidt, K. H. 191
 Schmoll, U. 235
 Schuchardt, H. 5-6, 51, 67-68, 72,
 75, 92, 103, 113, 116, 139, 156-
 157, 161-162, 164-165, 175, 206,
 214-215, 232, 235
 Schulten, A. 31, 95, 161-162, 164,
 228
- Sommerfelt, A. 177
 Steiger, A. 11
 Stempf, V. 55
 Suintila 59
 Swadesh, M. 149-150, 157, 167-168,
 188
- Tácito 213
 Taylor, D. 150 n. 2
 Tesnière, L. 133
 Tito Livio 26
 Torrealday, J. M.^a 77
 Tovar, A. 7, 22, 51, 56, 72, 76, 89,
 112, 114, 132, 145, 147, 149,
 153-155, 168-169, 191, 195,
 197, 206
 Trombetti, A. 52, 153 n. 5, 173
 Trubetzkoy, N. S. 115, 178, 216
 Tucídides 26
 Txillardegui v. Álvarez Enparantza,
 J. L.
- Uhlenbeck, C. C. 47, 52, 114, 118,
 153-154, 173, 195, 197, 202,
 233
 Unamuno, M. de 8, 19, 21, 24, 55-
 56, 81
 Untermann, J. 56, 89
 Uriarte, J. A. 62
 Urquijo, J. de 103, 161
 Urte v. D'Urte, P.
- Vennemann, Th. 134
 Vigil, M. 32, 58
 Vigón, B. 234
 Vilinch v. Bizcarrondo, I.
 Villasante, L. 63
 Vinson, J. 102, 162

- Virchow, R. 25, 82
Vogt, H. 118, 154, 157, 174, 176,
183-185, 188, 190, 192
Vycichl, W. 149, 168

Wagner, H. 150 n. 3, 180, 192
Weinreich, U. 8, 147

Yrizar, P. de 57

Zamarripa, P. 62
Zárate, M. 77
Zavala, A. 10
Zavala, J. M. 62
Zugaza, L. 14

ÍNDICE DE CONCEPTOS

- abjaz 180, 183, 186, 198
- Academia de la Lengua Vasca v. Euskaltzaindia
- acadio 51, 113, 156
- aezcoano 46, 117
- afinidad 84, 128, 132, 172
- africanas (lenguas) 222
- alavés (o dialecto meridional) 98, 117
- alemán 34, 87, 95, 105, 222
 - alto alemán antiguo 155
- alto-navarro 46-47, 73, 117, 119-120, 231 n. 1
- anatólicas (lenguas) 241
 - v. hitita
- antigüedad de las lenguas 25, 82
- aquitano 7-8, 30, 34, 73-74, 173-174, 228
 - onomástica 30, 92
- árabe 5, 51-52, 113, 133, 149, 155-156
- arameo 184, 206
- áreas intermedias 10
- armenio 5
- asiáticas antiguas (lenguas) 175
- asterisco 221
- atlas lingüístico vasco 45, 120
- ávoro 149, 182, 198
- balto-eslavo 52, 229
- bantu (lenguas) 211, 213
- baztanés 46, 117
- bereber 5, 51, 113, 149, 155
- bilingüismo 28-29, 172
- bretón 97
- búlgaro 87, 127
- burushaski 129, 175
- calmuco 216
- cambio lingüístico 42-43, 85, 171
- castellano 68, 74, 98, 103, 107
 - v. español
- catalán 7, 65, 92, 105, 128, 206
- caucásicas (lenguas) 52-53, 75-76, 114-115, 157, 168-169, 197-198, 211, 217, 222
 - meridionales (CS) 52, 175-177
 - v. kartvélicas
 - septentrionales (CN) 52, 115, 177
 - v. abjaz, ávaro, chechén, circasiano, dargva, ingush, küri, lakk, tabasaran, oubaykh
 - divergencia tipológica 180-181
 - parentesco interno 178-180
 - unidad 181-182
- celta 157, 163
- celtibérico 30, 51, 61, 76, 95, 114
- chechén 182, 198, 216

- checo 216
 chukchi 149 n.
 circasiano 114, 149, 182, 185, 198
 clásicas (lenguas) 86
 clasificación de las lenguas 127-132
 genealógica 213
 genética 49, 82, 84, 129-130
 tipológica 35, 84, 130, 132
 comparación 33, 85-86, 172, 188, 215, 219, 221
 método comparativo 213-214
 interdialectal 103
 comparatista 114, 215, 222
 contacto o intercambio lingüístico 27, 119, 128, 172, 214
 convergencia 42
 Copenhague (círculo de) 139
 copto 51, 113, 149, 155
 correspondencias fonéticas 85, 172
- darghin 216
 dargva 185, 198
 dialecto 116, 117, 171
 v. vasco
 dialectología 116
 v. vasco
 dravídicas (lenguas) 211, 217, 222-224
 dravídico 217, 221, 225
- egipcio 5, 51, 113, 149, 155
 elamita 129, 217
 ergativo 139
 v. vasco
 escandinavas (lenguas) 50, 127
 v. islandés
 escritura 25
 eslavas (lenguas) 25, 36, 83, 86-87, 127, 129, 213
 v. búlgaro, checo, eslavo, eslovaco, ruso
 eslavo 181
 eslovaco 216
 español 26, 28, 39, 41-43, 60, 65, 85-86, 95, 104-107, 128, 130, 133-135, 163, 184, 186, 222, 234-235
 de América 43
 v. castellano
 estado de lengua 25, 82-83, 86, 171, 229
 estructuralismo norteamericano 59
 etimología 187-188
 etiópico 206
 etrusco 130, 231
 Euskaltzaindia 62, 73, 102, 163
- finés 155, 216
 fino-ugrias (lenguas) 129, 181
 v. húngaro, lapón, ugro-finés
 fragmentación lingüística 43
 francés 26, 34, 41, 60, 68, 84-85, 95, 97-98, 103-107, 128, 133, 136, 206, 233
- gaélico 216
 gallego 65
 galo 93, 97, 228
 gascón 7, 28-29, 41, 74, 91-92, 98-99, 104, 106-107, 184
 generativa y transformativa (gramática) 133
 georgiano 5, 6, 52, 60-61, 109, 114-115, 149, 151, 153, 168, 176-177, 182-184, 186, 198
 germánicas (lenguas) 36, 75, 83, 86-87, 100, 129, 213
 v. alemán, alto alemán, escandinavas, germánico, gótico, inglés
 germánico 229
 gótico 232

- griego 9, 25-26, 33, 36, 52, 92, 133, 155, 181, 211, 213, 216, 222, 229
koiné 43
micénico 25
guipuzcoano 44, 46-48, 62, 73, 117, 119-120
- hablas 131
de transición 119
hamito-semíticas (lenguas) 5, 87, 113, 129, 175, 211, 221-222
v. acadio, berber, copto, egipcio antiguo, árabe, hebreo, líbico
v. vasco (parentesco)
hebreo 4-5, 51, 113, 133, 143-144, 156
historia lingüística 26
hitita 25
húngaro 60, 155, 216
- ibérico 51, 94, 106, 113, 129, 164-165, 175, 230-231
escritura 50-51, 56, 61, 75, 106
inscripciones 5, 52, 76, 87
v. vasco (parentesco)
ikastola 63, 122
indio antiguo 86, 154 n. 9, 186
indoeuropeas (lenguas) 25, 60, 87, 129, 181-182, 213
sufijo *-sk-* 228-229
v. anatólicas (lenguas)
indoeuropeización 26, 83
indoeuropeo 95, 157, 214
preindoeuropeo 230
indo-iranio antiguo 181
inglés 34, 59, 84-85, 87, 95, 104, 107, 130, 134, 136, 150-151, 168, 229
ingush 185, 198
- inteligibilidad mutua 9, 43
intercambio lingüístico 42, 49
iranio 52
irlandés 87, 186
irlandés antiguo 133, 155, 222
islandés 216
isoglosa 44, 116
italiano 105, 128, 172
- japonés 5, 81, 216
- kartvélicas (lenguas) 53, 60, 115, 154, 157, 168-169, 194
v. georgiano, lazo, mingrelío, svano
koiné v. griego
küri 198
- labortano 46, 48, 62-63, 73, 117, 119
lakk 182, 198, 216
lapón 216
latín 25-26, 32, 35-36, 43, 49, 59, 68, 72, 74, 79, 82-83, 85-86, 92-94, 96, 100, 103-104, 106-107, 133, 135-136, 154 n. 9, 155, 202, 206, 211, 213, 216, 222, 229, 232, 239-240
latinización 83
lazo 176-177
lengua 4, 20, 33, 42, 79, 82, 131, 171
aglutinante / flexiva 35, 130-131
aislada 4, 129
arcaica 25
artificial 82
común 214
extraña (*erdara*) 21-22, 89

- ‘fácil’ / ‘difícil’ 25, 57, 83
- histórica 82
- natural 82
- pequeña / grande 18, 79
- ‘primitiva’ 24
- sintética / analítica 130-131
- viva / muerta 4, 222
- lenguaje 80, 82, 130, 172
- lepóntico 228
- léxico 24
- léxico-estadística 172
- libico 51
- libio antiguo 113
- liga de lenguas (*Sprachbund*) 172
- ligur 228-230, 235
- lingüista 24, 190, 215
- lingüística
 - comparada 129, 189
 - diacrónica 189
 - general 81
 - soviética 61, 115, 139, 176
- lituano 25, 87, 154 n. 9
- livonio 216
- ‘mediterráneas’ (lenguas) 190, 211, 222
- micénico v. griego
- mingrelío 176-177
- mongol 216
- munda (lenguas) 201-202
- navarro 62
- navarro-aragonés 74, 107
- occitano 29, 68, 99
 - v. provenzal
- onomástica personal 31
- orden de palabras 136
- oseta 52, 168
- oseta-iranio 114
- parentesco lingüístico 7, 26, 76, 84, 86-87, 148, 181, 216, 219
 - demostración 184-185
 - genético 49, 52, 57, 85-86, 128-129, 172
 - tipológico 128
- positivismo 215
- préstamo 84, 103
- provenzal 163
- quechua 128
- reconstrucción lingüística 34, 86
 - interna 50, 86, 103, 171, 189
 - externa 50, 86, 118
- relación de dependencia 133-134
- romance 29, 43, 86, 100, 135
- románicas (lenguas) 26, 36, 49, 82-83, 86-87, 129, 180
 - v. castellano, catalán, español, francés, gallego, gascón, italiano, navarro-aragonés, rumano
- romanización 26, 31-32, 83, 95-96
- roncalés 46-47, 117, 148
- rumano 50, 86, 127-128
- ruso 35, 87, 95, 106, 127, 216
- salacenco 46, 117, 155
- samoyedo 216
- semíticas (lenguas) 86, 92, 113-114, 129, 156-157
 - v. acadio, árabe, arameo, hebreo
- semítico 205-206
- sistema 33, 171

- sorabio 216
- sujeto 137
- suletino 34, 46-47, 73, 117, 148
 - sistema fonológico 34
 - oclusivas aspiradas 34
 - sibilantes sonoras 34
 - ü 34, 104
 - vocales nasales 34, 104
- sumerio 129, 205-206, 217
- sustrato 91, 115-116
- svano 115, 175-176, 185

- tabasaran 198
- tipo lingüístico 128, 131, 135
- tipología 35, 128
- tokario 180
- toponimia 91, 163, 165
- turco 35, 128

- ubyj 114, 186
- ugro-finés 216
- unidad diferencial 33-34
- universales lingüísticos 60, 140
- urálicas (lenguas) 87, 129, 182, 213, 216
 - v. fino-ugrias (lenguas)
- urálico 214

- vasco
 - alfabetización 63
 - antigüedad 40, 49, 82-83, 93, 95-97
 - apologistas 80-81
 - batua* (unificación) 62-65, 69, 73, 122-123
 - bilingüismo / diglosia 99
 - caracterización 141
 - aglutinante 35, 74, 108
 - aislada 4-5, 7, 49, 65, 67, 75, 79, 85, 87, 100, 129, 238
 - europea 7, 84, 87, 146
 - ‘pequeña’, ‘menor’ 79-80, 100
 - sufijante 50, 71, 74
 - declinación 35, 108
 - dativo 108, 111
 - ergativo v. infra
 - genitivo 108
 - nominativo 38, 111
 - determinantes 50, 108-109
 - denominación de la lengua y de los hablantes 19, 21-23, 31, 54-56, 67, 89-90, 95
 - derivación y composición 36, 72, 75
 - composición 60, 72, 75
 - falta o escasez de preverbios 59-60
 - sufijos de derivación 72, 75
 - dialectología 44, 102
 - vizcaíno / resto de los dialectos 47
 - Bonaparte 44-48, 61, 67, 73, 102, 116-117
 - Campión 120
 - dialectos 9-10, 33-34, 44, 50, 62, 64, 73, 102, 116-120, 173
 - convergencia / divergencia 117-118
 - occid. *u-* : or. *i-* 156
 - léxico 44
 - gaz* / *-ki(n)* 44
 - pronunciación de *j* 43-44
 - sintaxis 44
 - habla de Álava 47, 117-118
 - habla de la Rioja 47, 58, 118
 - límites dialectales 46-47, 119-120
 - variedad central 33-34, 118, 148
 - vascuence de América 47
- diccionario 101
- documentación 74, 118, 155

- ei-, e- > i-* 156
- elisión pronominal 138
- ergativo (construcción de) 37-38, 75, 109-111, 135-137
- extensión de la lengua 20, 88, 90-91
- emigración, inmigración 8, 121
- pasado 7-8, 28-29, 32, 58-59, 74, 88, 93-94, 98, 147
- retroceso del vasco 8, 29, 74, 91, 94, 98
- zona limítrofe 66, 90, 94, 96-97
- gipuzkera osotua* 64
- hablas éuskaras 29, 31-32, 74, 83, 92-94
- interferencia de lenguas vecinas 49-50, 85
- normalización 73, 122
- oraciones de relativo 109
- orden de palabras 133, 140-141
- parentesco
 - con las lenguas caucásicas 5, 50, 52-53, 68, 76, 114-115, 153, 156 n. 13, 167-169, 173, 182-190, 193-195
 - con las lenguas dravídicas 212, 221, 223, 225
 - con las lenguas hamito-semíticas 50-51, 68, 75-76, 113, 155-157
 - con el burushaski 7
 - con otras lenguas 61, 75
 - filiación latina del vasco 237-242
 - hipótesis vasco-iberista 5-6, 50-51, 68, 75-76, 80, 112-115, 165, 175
- política lingüística 62, 123
- prehistoria 118
- préstamos 36, 50, 71-72, 103-104, 163, 174
- prosa 64
- protovasco 34, 50-51, 103
 - aspiración 107
 - consonantes 34, 51, 105-106
 - r* inicial 34
 - grupos de consonantes 34, 104
 - configuración de las sílabas 34-35, 104
 - fonemas 34, 103-104
 - vocalismo 104, 105
- relativo *-en* 189
- sistema fonológico 34, 69-70, 74
 - aspiración 34, 47, 118
 - au > ai* 47
 - consonantes mojadas 106-107
 - m* 106
 - nasales 69
 - oclusivas 34, 69-70, 105
 - sibilantes 34, 69-70, 74, 153, 233-234
 - 'expresiva' infijada 233
 - vibrantes 34, 69
- sufijos hipocorísticos *-ko / -ka; -sko / -ska* 231-235
- supervivencia 8-9, 83, 87-88, 96, 122-123
- testimonios 69, 73-74, 83, 92, 94, 96, 99-101
 - documentación medieval 29, 97, 99
 - Fuero General de Navarra 100
- vasco litúrgico 64
- verbo 35, 39, 40
 - auxiliar transitivo 119
 - carácter pasivo 37, 110, 139
 - formas simples y compuestas 40, 50, 111-112
 - personal 136-137
 - pluripersonal 39-40, 75, 110-111
- v. aezcoano, alavés, alto-navarro, bajo-navarro, baztanés, gipuzcoano, labortano, roncalés, salacenco, suletino, vizcaíno

- vascones 30-31, 95
- vizcaíno 44, 46-48, 61-62, 73, 117-120, 147-148
 - ‘supervizcaíno’ 148
- hechos diferenciales 148
- vogul 216
- yakut 216

ÍNDICE DE PALABRAS

Vasco

- a 70
- ahaide 104
- ahakoa 104
- ahariko 234
- a(h)o 3, 107
- a(h)untz 47
 - aintz, ahüntz
- abarca 145
- abonadu 148
 - abonau, abonau
- adaka 233
- adako 233
- adar 194, 233
- adaska, -ko 233
- adats 233
- afari 207
- afer v. alfer
- aguer v. alfer
- aihen 107
- aintzira 159
- aita 160
- aitor 239
- aitzurtu 151, 158
- aize 159
 - aize egin 160
- Aizin-ara 147
- aizpa 152, 160
- al(h)aba 239-240
- aldaka 233
 - aldaska
- aldats 233
- alde 202, 233
- alfer 195
 - afer, aguer, au(h)er,
 - auger, aurer
- almeriz-mano 36
- ama 160
- amar 158, 209
- an 158
- anaia 160
- andere 30, 93
- (h)andi 35, 153, 159
- animali 159
- anka 159
- antz 186
- a(h)o 3, 107, 159
- aokoro 195
- ap(h)al 205-207
- apeio 194
- ar 159
- (a)ra 188
- aragi 159
- haran 107
- arbola 56
- ardo 174
 - *ardano
 - ardao, arno
- ari 150
- arnari 239
- arnasa artu 160
- arno v. ardo
- arrai 159
- arramazkatu 158
- arrautz 159
- arrazoi 34
- arriba 110, 152, 160
- (h)arri 107, 159
- Harriolha 34
- arrotz 54
- arte 233
- arteka 233
- artesitu 151
- ase 168
- askatasun 241
- asko 158
- at(h)aka 233
- at(h)e 233
- astamakilla 152
- (a)ts 233
- (h)atz 209

- atzapar 209
 atzamar
 atzerritar 54
 (h)au 138, 158
 honek
 auhen 107
 au(h)er v. alfer
 auger v. alfer
 aur 159
 aurer v. alfer
 aurreiritzi 60
 auts 159
 azal 159
 azeri 155
 azari, azenarius
 azi 159
 azpimarkatu, -marratu 60
 azuri 188
- ba- 71, 158
 Bahaheztu 34
 baba 105
 bago 93
 bake 50, 72
 baltz v. beltz
 basko 55, 90
 baso 159
 bat 152, 158
 batzuek 158
 *bea v. mea
 Behaskane 235
 beazun 194
 bederatzi 152, 158
 behe 235
 beha-
 begi 35, 159
 belar 159
 belarri 159
 belatxinga 235
 belatxika
 belatz 233, 235
 bela(x)ka v. bera
 beldur izan 160
- bele 233, 235
 beltz 118, 160, 235
 baltz 118
 behoka 234
 behor 93
 bephuru 202
 bera 205, 233
 berats, beratx
 bela(x)ka
 berde 160, 233
 berdats
 bero 160
 berri 118, 160
 barri
 beste 160
 bete 168
 bezu 163
 bi 158
 bide 160
 bike 50, 72
 bikor 187
 *bini 154
 v. mingain
 bi(h)otz 35, 113, 159,
 168
 biribil 188
 borobil
 bihur 112
 bizi 159
 Bizkaia 58, 59
 bizkar 159
 bizkar-hezur 72, 130
 bolo 194
 borro 155
 borroka 155, 160
 burruka
 borroka(n) ari 155
 bost 158
 bota 158
 bultzatu 158
 burruka v. borroka
 buru 159
 buruka 233
 buruxka
- d- 137
 da 40, 71, 110
 dakart 40, 136
 dantzatu 160
 daramat 183
 dei, deitu 194-195
 gei, geitu 194
 d(er)auzkigutzu v. diguzu
 d(er)auzkitzugu v. dizugu
 des- 60
 desagertu 60
 desegin 60
 deslotu 60
 desnonbre 155
 deuskuz v. diguzu
 deutsuguz v. dizugu
 diguzu 40, 119
 d(er)auzkigutzu
 deuskuz
 dizkiguzu
 dio 39-40, 71, 119
 diot 40-41
 dizugu 40, 119
 d(er)auzkitzugu
 deutsuguz
 dizkizugu
 du 40, 71, 110-111
 ditu
 duen, duan 62
 -dun 89
 dut 40
 dute 111
 dituzte
 duten, duen 62
- ebaki 158
 edan 158
 edo 104
 edoski 160
 egin (egin) 150, 158
 egin 111-112
 ego 159
 egosi 160

- egun 154, 158
 eguriki 188
 eguzki 159
 eihar 107
 eizean ibili 160
 ekarri 60
 ekar 136
 -(e)ko 109, 112, 145
 elur 159
 emakume 159
 eman 158
 emazte 160
 emen 158
 -(e)n 109, 189
 entzun 159
 epel 157
 -era 147
 erakarri 60
 erdaldun 54, 56, 89
 Erdalduna
 erdara 21-22, 56, 89
 Erdera 145, 147
 erdi 151
 erdibitu 151
 erdiratu 158
 erori 158
 erraiñu 206
 (err)auts 159
 erre 160
 errege 72
 (h)erri 147, 240
 Erriberri 59
 Erroma 34
 errota 34, 104
 eseri 158
 esker 35
 esku 110, 159
 eskui 158
 estalbe 206
 estali 205-206
 este 159
 estutu 158
 eta 104, 153, 158
 da
 etorri 158
 etsi 156 n. 13, 157 n. h
 etzan 151, 153, 158
 etxun
 etzin
 etzanik (etzanda) egon
 151
 etzin v. etzan
 euki 150, 158
 eun 158
 euri 159
 eusk- 89
 (h)euskaldun 19, 54,
 55, 89, 90, 194
 eskualdun
 (h)euskara 19-20, 22,
 89, 147
 euskera
 euskotar 55
 eutsi 150
 eutzi v. utzi
 -(e)z 231
 ez 160
 ez- 60
 eze 160
 ezker 145, 158
 -(e)zko 231
 ezpara 188
 ezpataz 110
 (h)ezur, hexur 70, 107,
 155, 159
 fruitu 159
 gai v. gau
 gain 154
 gaizto 151
 garagar 145
 garbitu 158
 gari 145
 gatz 159
 gau 47, 105, 158, 240
 gai
 gaur 105, 145
 v. gau
 -gaz 44
 gei v. dei
 geitu v. deitu
 genizun 40
 geriza 206
 geur(t)z 105
 gibel 159
 giñen 148
 ginean, gintzan, etc.
 giristino 104
 gizaseme 151
 gizen 151
 gizon 30, 73, 93, 151,
 159, 202
 -goa 104
 gogara bizi 188
 gogearco- 235
 gogo 157, 168, 182,
 188
 goi(h)en 235
 goldio v. goroldio
 *gonni- 147
 gorape 195
 gordin 35
 gori 157
 goroldio 188
 goldio
 gorri 160
 goru 50
 gu 105, 119, 158, 186
 g-
 gure 145
 guibel-ara 147
 guraso 145
 gutxi 158
 guzti(ak) 158
 i 158
 -i- 119
 ibai 159
 ibar 107

- ibil(l)i 150, 158
 - ibil 136
- Ychusco 232
- idi(s)ko 234
- idulki 194
- igeri egin 150, 158
- igortzi 158
- ikorzirin 187
- ikusi 138, 159
- il 159, 160
- ille 159
- illun 160
- ira- 230
- irasco 230
- iratxo 230
- (h)iri 58, 118, 156
- (h)uri
- iru 158
- Irun, Iruña 58-59, 95-96
 - Iruña
- isats 159
- itsaso 159
- itxadon 188
- itxi v. utzi
- itzal 205-206
- itz egin 151
- itzuli 150, 158
- ixtua bota 160
- izar 159
- izen 156, 160, 202
 - uzen
- jakiara 147
- jakin 160
- jan 159
- jantzi 160
- jario 158
- jaun 44
- Jaungoiko 44
- jo 158
- joan 111-112
- jokatu 152, 160
- jolastu 152
 - jostatu 152, 160
- josi 160
- (e)k 37-38, 40, 70, 75, 110, 137
- ka 155
- kabitu 60
- kail, -koil, -kolo 234
 - skila
- kamuts 152
- kanda, -kando 234
 - xkando, -xkanta
- kantatu
- kantoi 202
- (k)ara 147
 - era
- kee 159
- ki 233
- ki(n) 44, 158
- ko 231-232, 234-235
 - ka
- koipe 153, 159
- komunzki 233
- konka 195
- konkadura 195
- konkatu 195
- konketa 195
- kontatu 160
- kontraesan 60
- kontramaisu 60
- korape 195
 - koape
- koro 195
- koroso 188
- kote 234
 - skote, -xkot
- k(h)otzo, k(h)otxo v. p(h)otzo
- kristau 151
- labakoro 195
- labur 159
- laburzki, laburki 233
- lako 158
- lan 160
- lanza 152
 - lantza 160
- laño 159
- Lapurdi 163
- larru 159
- lau 158
- lausku 239
- legor
- lengoajea 56
- lepo 159
- leun 160
- lintzura 151
- liotsa 156 n. 13
- lo egin 159
- lodi 151, 158
- lore 159
- lotu 158
- luma 104, 159
- lur 159, 194
- luze 158
- Maeztu 34
- maisu 60
- makil 159
- mea 234
 - *bea
- mehaka 233
- me(h)e 158-159, 233
 - mear
- mendi 154, 159
- metahizkuntza 60
- mez- 60
- mihise 233
 - mihiscando
- mingain 159
- mintzatu 160
- (e)n 158
- nabil 136
- naiz 111

- nakar 136
 negar egin 160
 nekarren 40
 neska 93
 neskato 30, 73, 93, 232
 ni 158
 nintzan 148
 noiz 158
 nola 158
 non 158
 nonbre 155
 nor 158, 240
 notatu 107
 nothatu 107
 nuen 40

 -ño v. -to

 (h)obi 205
 odei 159
 odol 159
 ogei 158
 oihan 107
 oilasko-izterra 36
 oin 35, 70, 110, 159
 oka egin 160
 on 160
 Onbaçendu 100
 ondar 159
 ohore 107
 ordeka 233
 ordoki 233
 ori 160
 orma 159
 ormatu 160
 ortz 159
 ostaleac 151 n. 4
 osto 159
 otso 195
 otz 160
 ozka egin 160
- palagadu 148
 palagu 148
 parre egin 160
 -pe 153, 195
 pentsatu 160
 pertsona 159
 p(h)otzo 195
 k(h)otzo, k(h)otxo
 puztu 160

 -(r)en 71, 108, 112, 189
 -(r)i 38, 108

 sabel 35, 159
 sagardi 212
 sagu, xagu 70, 154
 sayets-cara 147
 sei 158
 seme 30, 93, 106, 174,
 239
 *senbe 174
 sen(h)ar 160, 163
 seska 163
 -skila v. -kail
 -sko, -xko, -zko 230-
 232, 234-235
 -ska
 -skote v. -kote
 -sku- 119
 soka 160
 soldaduxka 229
 sorbo 239
 su 152, 159, 182
 sudur 159
 suge 159
 sustrai 159
 sutan egon 152

 -t 136-137
 -tar, 165
 -dar
- tegi, (h)egi 155 n. g
 telegidatu 60
 tira 158, 160
 -to, 93, 230-232,
 -tto, -txo
 -txu
 -ño
 -tsu- (vizc.) 119
 -tu 202
 txar 151, 160
 txiki 159
 txori 159
 txukatu 158

 Ula 34
 ur 159, 194
 (h)ura 158
 urbil 158
 urde 35, 156
 Hurizaahar 34
 urre 156
 urre zuri 61
 urri 156
 urruti 158
 urte 156, 158
 usaia aditu 160
 uste 156 n. 13
 ustel 160
 utzi 156
 itxi, etxi
 eutzi
 Uhulla 34
 uzen v. izen

 -xkando, -xkanta v.
 -kanda
 -xkot v. -kote

 -(e)z 110
 -z (plur.) 119
 za(h)ar 155, 160
 zabal 158

zain 151	zizar	zulatu 160
zaio 40	zilo v. zulo	zulo 205
zait 111	zion 39, 111	zilo
zakur 159	-zki- 119	zuloa egin, iriki 151
zaldi 93	zorri 159	zur 194
zamaldun 194	zorrotz 160	zuri 160
zazpi 158	zortzi 152, 158	zurradore 235
zenigun 40	zu 119	zurratu 235
zer 158	zuek 158	zurratzaile 235
zeru 159	zuen 62, 111	zuten 62
zezenko 234	zuan	zuen
zikin 160	zugaitz 159	zutik egon 158
zil(h)ar 61	zuhamu 56	zuzen 160

Latín y lenguas romances

apero 194	ladino 56	Romanzado 31
*apparium 194	latinado 22, 56	rota 104
	Latinato 56, 89	
Báscones 89		Sarracinatu 31
	monaguillo 31 n. 1	sesca 163
colum 50	mónago	soca 154
	monaziello	soldadesca 229
*gonni- 147	mons 154	suflet 157
Gordejuela 147		
Gordojuela	navarro 90	vasc- 89
Güeñes, Gueñes 147	Navarzato 31	vasco 22-23, 89-90, 95
		Vascones 22, 56, 89
-icare 95		vascongado 22-23, 31,
inima 157	pax (pacem) 50, 72	89-90, 95
ira- 230	pix (picem) 50, 72	vasconice 21, 89
-izare 95		Vasconicus 95
		vascuence 21, 23, 31, 89
jisca 163	rex 72	Villabáscones 89
	roman(i)ce 21, 89	vizcaíno 22, 90

Aquitano, lenguas paleohispánicas, onomástica antigua

Abisunhari 107	Cison 30, 73, 92	Peremusta 93
Aherbelste 34	-en (ibérico) 112	
Andere 30, 92	Herauscorritsehe 34	
Anderex(s)o 232		sanharis 93
Harbelex 34	Fago 93	Sembe- 30, 92, 106
Harsi 34		Sembecco 232
Attacco- 232	Gágoris 145	Sembex(s)o- 232
Ausci 22, 89		Senico 232
Hautense 34	Laurco 232	Senixso- 232
		Silesco- 232
bars- 56, 89	Menosca 234	
bas- 56		-t(t)o 232
ba(r)ścunes 22, 89	narhungesi 107	
Belex 235	Nescato 30, 73, 92	Ummesahar 30, 93, 106
Belexco- 232		
bios- 113	Ombecco 232	
Bihox-, Bihos- 113	Ombexo- 232	-x(s)o 232
biur 112		

Otras lenguas

<i>Alemán</i>	kon- 153	<i>Mingrelío</i>
welsch 22	ḱordzi 187	ni 189
	-n- 153	
<i>Georgiano</i>	ori 152	<i>Ruso</i>
balaxi 154	tagvi 154	nemec 22
bolo 194	tbili 157	nemój 22
borbali 188		
cad- 188	<i>Indoeuropeo</i>	<i>Semítico</i>
cxovari 188	*-es (nom. pl.) 89	i- 155-156
c'v- 152	*g ^w her- 157	
ena 154	*-sk- 228-229	<i>Svano</i>
guli 157	*tep- 157	ḱoričol 188

LUIS MICHELENA

OBRAS COMPLETAS

- I. Lingüística histórica
- II. Lingüística general
- III. *Palaeohispanica*
- IV. Exposiciones generales sobre la lengua vasca. Tipología y parentesco lingüístico
- V. Historia y geografía de la lengua vasca
- VI. *Fonética histórica vasca*
- VII. Fonética y fonología. Morfosintaxis. Dialectología
- VIII. Lexicografía. Historia del léxico. Etimología
- IX. Onomástica
- X. Norma y unificación de la lengua. Historia de la vascoología. Presente y futuro de la vascoología. Reseña de gramáticas, métodos y diccionarios
- XI. Textos vascos
- XII. *Textos arcaicos vascos*. N. Landuchio, *Dictionarium linguae Cantabricae* (1562)
- XIII. Historia de la literatura vasca. Literatura vasca del siglo XX
- XIV. Escritos autobiográficos y literarios. Traducciones. Actualidad política y cultural. Entrevistas. Crítica de cine. Cuestiones históricas y culturales
- XV. Bibliografía. Índices

